

DIONISIO BYLER

# LÉXICO

BREVE DICCIONARIO RAZONADO  
DE TÉRMINOS BÍBLICOS Y TEOLÓGICOS





# LÉXICO

BREVE DICCIONARIO RAZONADO  
DE TÉRMINOS BÍBLICOS Y TEOLÓGICOS



# LÉXICO

Breve diccionario razonado  
de términos bíblicos y teológicos

Dionisio Byler



Ediciones Biblioteca Menno

 Biblioteca Menno  
Publicaciones de AMyHCE  
[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)

© 2019 Dionisio Byler

ISBN: 9781099005343

# Prólogo

Figuran en este libro los artículos de un folio que entre septiembre de 2009 y febrero de 2019, fueron apareciendo cada mes en *El Mensajero*, a la sazón publicación mensual de las comunidades cristianas AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España).

En sus inicios no tenía otra pretensión que la de brindar material edificante para nuestros lectores cada mes. La extensión de esos artículos era siempre más o menos la misma, por cuanto iban destinados a ocupar las tres columnas de la página final de la revista. Cuando *El Mensajero* desapareció, pensé que podría ser útil reunir aquellos artículos, ahora en forma de libro.

En el blog que empecé a escribir en febrero de 2019, he ido redondeando la colección, añadiendo algunos pocos términos sin los cuales me parecía que el «diccionario» resultaba especialmente deficiente. He añadido también unos pocos artículos con información geográfica e histórica del Antiguo Testamento. Siguen faltando, sin embargo, muchísimos términos de interés para los lectores de la Biblia y aficionados a la teología cristiana.

Las entradas que sí figuran en este «breve diccionario razonado de términos bíblicos y teológicos», son los que versan sobre términos que por algún motivo u otro me han resultado de interés a mí personalmente para la comprensión de la Biblia y de la teología cristiana. La colección dice, en ese sentido, tanto o más sobre mí y sobre mis intereses, que sobre la Biblia y sobre la teología cristiana.

Reconociendo esas limitaciones me atrevo, sin embargo, a ofrecer a los lectores esta pequeña colección de artículos que espero sean siempre de edificación cristiana.

Dionisio Byler  
mayo de 2019





**adoración** — (1) Sentimiento y (2) acto de reverencia y devoción impar, del ser humano frente a Dios. (Existe un segundo sentido, como amor inmenso por una persona: «Marta siente adoración por su bebé», así como de afición superlativa por alguna cosa: «Adoro las fresas». Son usos del término que no nos interesan aquí.)

1. La adoración —como el amor, la vergüenza o la alegría— es un sentimiento que nos es más fácil reconocer e identificar cuando se produce, que describir. Sospecho que es universal en el alma humana cuando nos enfrentamos ante lo inefable, lo que nos supera y penetra desde el más allá como visión (o sensación) de una Realidad infinitamente superior, poderosa y bella, que serena nuestras inquietudes y nos recoloca en armonía con el universo entero.

Hay en la adoración elementos de admiración, alegría espontánea, amor y ternura, impresiones de luminosidad, belleza incomparable, honda felicidad. Hay también un no sé qué de respeto y reverencia —acaso temor y espanto—, un reconocimiento de la pequeñez humana, la fragilidad de nuestra existencia, la extraordinaria brevedad de la vida que se enciende como una vela y puede ser extinguida con un soplo. Todo esto en comparación con la eternidad sin fin de la divina existencia, Roca eterna, cimiento firme e inmutable del que recibe lo que acaso tenga de estabilidad el universo entero. Como un pajarito que tiembla en nuestras manos aunque nuestra única intención sea curar sus heridas, así siente temblar su existencia el ser humano en adoración de Aquel que es inmenso y nos sostiene cada día en su mano con infinita bondad.

En la adoración no es extraño —aunque algunos lo experimentan mucho más que otros— sentirse tan desbordado por la presencia del inefable, que los sentidos comuniquen al cerebro visiones, palabras o acaso melodías escuchadas, sensaciones extraordinarias, muchas veces imposibles de describir, aunque otras veces perfectamente aptas de ser relatadas como sueño o visión o profecía. Tampoco es infrecuente —aunque para unos

mucho más que para otros— que de la boca broten palabras ininteligibles, un lenguaje del espíritu que aparta del control el raciocinio, para encumbrar otra dimensión —espiritual— de nuestra existencia. Es frecuente —aunque no para todos— sentir tan desbordados los sentimientos, que afloran las lágrimas en los ojos. En la adoración es también posible —tal vez no tan frecuente— caer postrado, rostro en tierra.

La adoración es la sensibilidad humana a la impresionante gloria y majestad de la Presencia divina, que se digna acercarse a nuestros frágiles corazones y tener comunión con nosotros.

2. La adoración es también un acto no espontáneo, antes bien expresión plena de la voluntad humana, de reconocimiento de la presencia y grandeza de Dios con gestos y palabras. Un inmenso repertorio de gestos son posibles: agachar la cabeza o bien alzar el rostro; plegar las manos o bien elevarlas hacia el cielo, ponerse de pie o bien arrodillarse o postrarse rostro en tierra, bien sea de rodillas o tumbado en el suelo. La adoración puede hallar expresión con palabras espontáneas, con rezos o poesías aprendidas de memoria, con himnos y salmos y demás repertorio de cánticos espirituales.

La expresión musical es, de hecho, en la tradición cristiana, una de las más sublimes y universales formas de adoración. Desde una cantata de Bach o el *Mesías* de Händel, una misa de Mozart o Beethoven o el *Te Deum* de Bruckner, pasando por la inmensa colección de himnos evangélicos y breves coritos que se pueden repetir multitud de veces seguidas, hasta las melodías y armonías espontáneas del «cántico nuevo» —en lenguas normales o bien ininteligibles—. Con toda una orquesta sinfónica o con banda de instrumentos eléctricos, tal vez solamente con instrumentos de percusión o con una guitarra. O sin instrumento alguno. Con bellas armonías o al unísono. La musical es para los cristianos una de las formas más normales de expresar adoración.

Es también una de las más sublimes formas de adoración, la obediencia a los mandamientos divinos. La imitación de Jesús.

Vivir como él vivió y se desvivió por el prójimo. Perdonar a los que nos han hecho daño, amar a los que nos odian, saludar a los que nos rehúyen y nos miran mal. Ayudar a los necesitados, dar limosna, mantener con los diezmos la iglesia. Mantener nuestros cuerpos en esa santidad que es propia de los que han sido adoptados como hijos de Dios, para su gloria. Y otras mil maneras, imposibles de enumerar aquí, de vivir conforme a la Voluntad de aquel que nos amó y nos redimió cuando estábamos perdidos.

Todas estas formas de adoración no son sentimiento, entonces, sino actos concretos, actos que podemos decidir hacer o no. Sin esta adoración como acciones de obediencia a Dios, de poco parecería valer aquella otra adoración de sentimiento, que bien pudiera ser, si no, solo sensiblería cursi y apariencia superficial de devoción a Dios.

**adulterio** — Infidelidad a los votos matrimoniales. Por extensión, en el Antiguo Testamento se tipificó de adulterio cualquier desviación de la devoción exclusiva —solamente a Dios— en el pueblo de Israel.

Es curioso que surgiera esta idea de paralelismo entre la exclusividad en la relación de una mujer con su esposo, e idéntica exclusividad en la relación de Israel con su Dios. Fue en su día una innovación religiosa muy importante. Lo habitual era considerar que todos los dioses debían ser reverenciados, cada uno en su ámbito natural. Para el clima, para la fertilidad, la salud o la guerra, para cada cosa había que llevarse bien con su dios correspondiente.

En Israel, sin embargo, existió la idea de ser un pueblo adquirido por Dios, que pertenecía por consiguiente exclusivamente a él. Un Dios único para todos los efectos divinos, «casado» con su pueblo Israel.

El matrimonio en aquellos tiempos y latitudes, no se entendía en los términos de mutualidad e igualdad de poder entre las partes, que constituye el ideal entre nosotros hoy. En la boda el padre «entregaba» la novia al novio, de tal suerte que ella

pasaba de ser propiedad del padre, a serlo de su esposo. Así como antes obedecía a su padre, ahora debía obedecer a su marido. Hay mucho de esta idea en el paralelo ideológico con la adquisición de Israel que hace el Señor. Israel, como la chica entregada en matrimonio, nunca es realmente libre de elegir. Pasa de esclavitud al Faraón, a sierva incondicional del Señor. No es salvada de esclavitud en Egipto para ser libre, sino para ser posesión eterna de su Salvador, obediente y sumisa en todas las cosas.

Se le presuponía a la esposa amar a su esposo con todo su ser y entregarse solamente a él. Los hijos que daba a luz eran todos, naturalmente, hijos de su esposo y ella no tenía ojos para otro hombre que el que la había adquirido, a quien, por cuanto era su deber, amaba entera y absolutamente.

El adulterio no era entonces solamente un agravio sexual, fruto de una libido mal controlada. El adulterio trastocaba los cimientos de la sociedad entera, con su orden natural, su cadena de mando donde los varones mandaban y las mujeres y los niños obedecían. La familia era ejemplo y modelo de la sociedad entera. Como un padre de familia, el rey y los nobles mandaban y los campesinos y esclavos obedecían. Como la esposa, los campesinos y esclavos también debían amar a sus superiores con todo su ser. Debían estar dispuestos a morir por ellos en batalla o matarse trabajando para ellos de sol a sol.

Por eso cuando una mujer cometía adulterio su castigo debía ser ejemplar. Su falta de amor y obediencia significaba una grieta en la cimentación moral que mantenía en pie a toda la sociedad.

Asimismo, Israel como esposa del Señor había de amar al Señor con todo su ser, su alma y sus fuerzas. Por eso cuando Israel ponía sus ojos en otros dioses, ofrecía sacrificios en otros altares, adoraba otros espíritus, su pecado era el más terrible imaginable. Su infidelidad no era solamente «espiritual» sino que ponía en peligro la mismísima supervivencia de su sociedad, por cuanto hacía imaginable cualquier otra desobediencia,

desatando caos y desorden en todas partes y a todos los niveles. Y por eso cuando estas infidelidades se tornaron habituales y persistentes, al final Dios no tuvo más remedio que divorciarla y repudiar a sus hijos por ilegítimos.

Pero según el relato bíblico, al Señor le pasa algo inesperado en esta relación de marido de una esposa repudiada por adúltera. Descubre que la sigue amando, que es incapaz de dejar de amarla; que ama a sus hijos y los siente como suyos de él. Es un amor inexplicable: un amor tan fuerte que ya no importan las jerarquías, no importa que tiemblen y se desmoronen todas las estructuras de poder y dominación en la sociedad: el perdón surge irrefrenable en Dios y es imposible negarle paso.

En alguna ocasión Jesús tacha a sus contemporáneos de «generación adúltera». No es que esas personas fuesen culpables de adulterio en sus matrimonios, sino que no han comprendido todavía la base de amor, confianza y lealtad a Dios que es esencial para poder ser pueblo de Dios. Un amor y compromiso como el de Dios, merece hallar eco en igual amor y compromiso de parte nuestra. Quizá ya no por miedo a represalias —a castigo y divorcio divino— pero sí por lealtad y gratitud. Por amor.

Es curioso que Jesús cambia la metáfora de relación familiar. Nos enseñó a tratar a Dios como *Abba*, Papá, no como Esposo. Luego explicó esta relación con el ejemplo del padre del hijo pródigo, que ya no pretende de ninguno de sus dos hijos adultos obediencia ni sumisión, sino tan solamente afecto y cariño y llevarse todos bien como familia.

**Adviento** — La temporada de preparación para la festividad de la Navidad. Durante el Adviento los cristianos hacemos particular énfasis en recordar las profecías que preanunciaban la llegada del Mesías.

*El pueblo que a oscuras caminaba  
vio surgir una luz deslumbradora;*

*habitaban un país tenebroso  
y una luz brillante los cubrió (Is 9,1).*

No hay nada en los textos bíblicos que indique una fecha en particular —ni siquiera una estación del año— para el nacimiento de Jesús. A falta de ello, se impuso la costumbre desde la época de la Iglesia imperial romana, si no antes, de celebrar la Navidad en sustitución de las celebraciones paganas del solsticio de invierno (para el hemisferio norte de la Tierra).

Así como en Egipto el dios Sol fue siempre venerado como el principal entre los dioses, el paganismo tardío cuando el auge del cristianismo en el Imperio Romano también tendía a enfatizar el culto al dios Sol Invictus (invencible). El emperador Juliano II —conocido por los cristianos como Juliano el Apóstata—, que reinó a principios del siglo IV, declaró al dios Helios (Sol) como divinidad única. Los romanos celebraban el 25 de diciembre como *dies natalis Solis Invicti* (día del nacimiento del Sol invencible).

Frente a esta teología que parecía tan lógica y natural por enfatizar la preeminencia del Sol entre los divinos astros del cielo, el cristianismo propugnó su propia versión, de Cristo Lucifer (portador de luz), en alusión a aquellos textos bíblicos que hablan de que con la llegada de Cristo, amaneció una gran luz sobre la humanidad, una era de iluminación divina. (Más de mil años después, el nombre de Lucifer, título natural de Cristo, empezó a usarse en sentido inverso, como referencia al diablo —pero esa es otra historia, para otro momento—.)

¡Qué mejor manera de simbolizar que con la llegada de Cristo amanece una nueva era de luz e iluminación espiritual sobre la humanidad, que celebrar su nacimiento cuando el solsticio de invierno!

A lo largo de medio año, los días se van volviendo cada vez más cortos y fríos y sombríos; las noches más largas, en un proceso que parece amenazar con dejar a la humanidad hundida en oscuridad permanente. ¡Excelente parábola sobre las tinieblas espirituales en que está sumida la humanidad sin Cristo!

Pero a finales de diciembre, ¡oh maravilla!, el proceso se invierte y empiezan a alargarse otra vez los días. La luz parece vencer una vez más contra las tinieblas. Este fenómeno era celebrado por el paganismo de la antigüedad. Era observado con especial interés cuanto más al norte vivía la gente, porque allí el fenómeno es más notable y sus resultados más inmediatos. No es casualidad que la construcción monumental neolítica de Stonehenge, orientada hacia la aparición del sol en esas fechas, está en la isla de Gran Bretaña.

Pero el calendario litúrgico cristiano no arranca con la Navidad y el solsticio, sino con la temporada que abarca los cuatro domingos previos a la Navidad. Con el Adviento, entonces, en medio de una creciente oscuridad, los cristianos podían empezar a meditar en aquellas profecías y promesas del Antiguo Testamento que anunciaban la llegada del Mesías. Podían así solapar sus ganas de ver alargarse otra vez los días, con el deseo de la humanidad entera de que nos alumbrara por fin la redención por medio de Jesucristo.

Hoy en nuestras ciudades permanentemente iluminadas, es difícil imaginar la fuerza que tenía para todo el mundo esta imagen —tomada de la naturaleza— de la oscuridad en que estaba sumida la humanidad hasta la llegada de Cristo. Nos queda, sin embargo, el celebrar la época de Adviento y Navidad como un auténtico festival de luz en las calles de nuestras ciudades, con un derroche de iluminación que al final acaba teniendo bastante más de paganismo que de reflexión espiritual.

*Un rebrote saldrá del tocón de Jesé,*

*de sus raíces brotará un renuevo.*

*El Espíritu del Señor en él reposará:*

*espíritu de inteligencia y sabiduría,*

*espíritu de consejo y de valor,*

*espíritu de conocimiento y de respeto al Señor.*

*[...]*

*Juzgará con justicia a los pobres,*

*con rectitud a los humildes de la tierra [...]*

*la justicia será su ceñidor,  
la lealtad rodeará su cintura* (Is 11,1-5).

[Citas de la versión *La Palabra*.]

**alabanza** — Expresiones de aclamación verbal que indican admiración, opiniones favorables respecto a las virtudes excepcionales que se atribuyen a la persona (o cosa) alabada. Como término de interés religioso, serían expresiones verbales de reconocimiento de las virtudes de Dios.

Las expresiones de alabanza pueden tener objetos muy diferentes. Describiríamos igual de oportunamente como «alabanza» expresiones tan dispares como: «¡Qué hermosa estás hoy!»; «¡Este plato sabe a gloria!»; «¡Esa interpretación de la cuarta sinfonía de Beethoven ha sido sublime!». Es igualmente alabanza expresar entusiasmo por un cuadro, las virtudes de una raza de perro, una *app* para el móvil, un programa de televisión, el filo de un cuchillo. Es decir que el término «alabanza» no nace del ámbito religioso, del sentimiento religioso. La alabanza es la quintaesencia de la publicidad comercial. La publicidad alaba el artículo a la venta.

Comparemos con el término «adoración». En aquel caso, aunque es posible aplicarlo en otras situaciones («Adoro las croquetas»; «Adoro a Meryl Streep»), sin embargo su ámbito más natural es esencialmente religioso. La adoración en esos otros sentidos se referiría por analogía a la intensidad del sentimiento religioso, para indicar la fuerza extraordinaria de esos otros sentimientos, seculares. Ahora con «alabanza» es al revés. No es un sentimiento religioso sino una manera particular de hablar, de expresarse. Es expresar aprobación, tal vez aprobación entusiasta.

El sentimiento de adoración puede ser interior. Existe adoración en silencio, un recogimiento interior sin verbalizar. La alabanza no. La alabanza es una forma de hablar, una forma de expresarse; y puede por consiguiente ser sincera o fingida, desinteresada o manipuladora. La alabanza puede estar motivada por



un entusiasmo real, por decir cualquier cosa porque uno se siente incómodo con el silencio, o por el interés de ganarse la buena voluntad de la persona alabada. La alabanza puede pretender disimular el interés real; por ejemplo el de pedir dinero o un favor.

Esto no quiere decir que la alabanza a Dios no sea importante en el culto cristiano. Naturalmente la alabanza fingida no debería tener cabida en el culto cristiano, aunque probablemente todos hayamos cantado canciones de alabanza alguna vez con la cabeza en otras cosas, repitiendo las palabras sin pensar en lo que significan.

Pero la alabanza ha sido desde siempre una parte importante del culto a Dios. Muchos salmos son casi enteramente de alabanza, aunque otros muchos encierran una inmensa gama de sentimientos, como la duda, el temor a enemigos, la desesperación y la queja. Pero un pueblo que no alaba a Dios difícilmente va a ser auténticamente pueblo de Dios. Es posible —tal vez hasta frecuente— la adoración sin palabras, es decir sin alabanza. Pero es seguramente mucho más frecuente que la alabanza, repitiendo expresiones de aclamación o entonando cánticos, salmos, loas y aleluyas melódicas, sea la antesala que conduce a la adoración como sentimiento religioso hondamente interior y sublime.

Cuando yo era niño en los años 50 en un pueblo en el interior de la Argentina, teníamos en casa una bomba manual para sacar agua del aljibe donde se recogía la lluvia, agua mucho más dulce que la de la ciudad. La bomba tenía una válvula de cuero que era fácil que se secase y perdiera el efecto de vacío que la hacía funcionar. Entonces había que «cebar» o cargar la bomba echando agua por arriba. Llenábamos el tubo con agua desde arriba mientras bombeábamos con la otra mano, hasta que eliminado el aire, el agua empezaba a subir desde el pozo.

Esa es muy frecuentemente la función de la alabanza en el culto. Echamos un poquito de buena voluntad diciendo o cantando las grandes verdades de las virtudes inefables de Dios.

Estas palabras de alabanza empiezan a hacer mella en nuestro ánimo. Nos recuerdan que sí, que en efecto Dios es así. Esto «ceba la bomba» que empieza a hacer fluir desde las profundidades de nuestro interior la adoración sincera, el sentimiento genuino de maravilla y contemplación de la belleza de nuestro Señor.

Seguramente, con mucha concentración, podríamos llegar ahí mismo —a la adoración— en silencio. Pero pronunciar y cantar alabanzas nos lo pone mucho más fácil. Empezamos a repetir las verdades de Dios de manera tal vez un poco rutinaria, y poco a poco empiezan a fluir de suyo, espontáneas, auténticamente sinceras, como expresión de devoción inigualable a nuestro Señor.

**albedrío (libre)** — Ver *predestinación*.

**alianza** — Ver *pacto*.

**alma** — Se cuenta que en la antigüedad cristiana fue tema de debate intenso, de ánimos exaltados, la cuestión de si es que las mujeres tienen alma. Al final habría vencido la opinión de que sí. Desde luego, no me consta que hoy día nadie defienda ya lo contrario.

El alma es algo que todo el mundo sabemos lo que es pero no solemos detenernos a considerar en qué consiste. Desde que aprendimos a hablar venimos oyendo y empleando esa palabra, «alma», como si supiésemos de qué se trata. Pero, ¿qué es, exactamente?

Ese debate de otra era sobre el alma y las mujeres se ha trasladado, tal vez, aunque desde luego con menor intensidad y exaltación, a si es que tienen alma los animales. No es un absurdo. La palabra «animal» viene de la forma antigua de pronunciar y escribir «alma», que se decía «ánima». Los seres animales —hoy tal vez diríamos «animados»— eran aquellos que tienen aliento y movimiento de propia voluntad, cosa que no tienen las plantas ni las cosas inertes como piedras y metales.

Nuestra palabra castellana «alma» suele aparecer donde en el texto bíblico pone en griego *psyché* (o «psique»). Esto explica, por ejemplo, los siguientes versículos de 1 Corintios 15, en la versión Reina-Valera:

<sup>44</sup> *Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual.* <sup>45</sup> *Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.* <sup>46</sup> *Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual.*

Hoy entenderíamos mejor si donde Reina y Valera pusieron «cuerpo animal» pusiéramos «cuerpo psíquico» como lo contrario a «cuerpo espiritual». (Entonces el primer Adán tendría que ser «una *psique* viviente».) Pero esto nos genera sus propios problemas de comprensión. Cuando hoy día entendemos que tanto lo psíquico como lo espiritual vienen a ser realidades que son todo lo contrario a lo material, como abstracciones de lo interior, mental, invisible, imposible de localizar en ningún lugar concreto del cuerpo, ¿qué vendrían a ser esos cuerpos psíquicos y espirituales? ¿Y qué quiere decir Pablo al distinguir entre unos y otros?

El estudio moderno de la *psique* humana, esa interioridad de la persona que fija nuestros deseos, impulsos, amores y odios absolutamente personales, nos permite sin embargo seguir contrastando a quien vive impulsado solamente por ello, frente a quienes se dejan gobernar por otro tipo de interioridad inspirada más directamente por estar en comunión con Dios. Aunque supongo que a cualquier psicólogo que se precie, esto último le tiene que parecer disparatado. Al final, por mucho que uno crea en la existencia de Dios y en la capacidad de relacionarse con Dios, desde el punto de vista puramente psicológico supongo que seguimos hablando de la propia interioridad humana, la *psique*. Yo creo en Dios, por supuesto, y me sé en relación con Dios. Pero si me está tratando un psiquiatra, no tiene porqué él o ella pensar que haya en mi esencia personal nada propiamente

«espiritual», que falta en sus demás pacientes y que por eso me distingue de todos ellos.

Entonces yo, como cristiano, y cualquier persona atea que me conozca, estamos destinados a no entendernos cuando hablo de la posibilidad de ser espiritual y no solamente «almal» o psíquico. Emplearíamos ambos la lengua castellana, pero como si fueran idiomas diferentes. Esto no sucedía en el entorno grecorromano en que escribía el apóstol Pablo. Todo el mundo podía entenderle y todo el mundo, por paganos que fuesen, sabían a qué se refería. Esa era la civilización de entonces y eran formas de pensar comúnmente aceptadas entonces. Pero desde entonces han pasado dos mil años y lo que antes todo el mundo entendía, hoy solo piensan entenderlo unos pocos.

Aunque a ver si lo que piensan entender es de verdad lo que se entendía en tiempos de los apóstoles. Tal vez nos engañamos cuando pensamos estar entendiendo. Desde luego, quien habla de «salvar almas» como si fuese algo independiente de la totalidad del ser humano —con cuerpo y todo, por supuesto— probablemente se equivoca. Quien habla de almas inmortales y eternas tiene difícil, por ejemplo, explicar por qué Pablo está tan convencido de que sin resurrección del cuerpo material nuestra fe es vana y carece de sentido (1 Co 15,13-19). Los autores del Nuevo Testamento parecen estar pensando que cuerpo y alma —cuerpo y *psique*— son inseparables, y que si se pueden distinguir, sería en todo caso como diferentes aspectos de una misma realidad que constituye en sí, toda ella, la persona humana.

Jesús no vino a rescatar almas, o mejor dicho, no habría sido capaz de concebir de esa idea como algo diferente a la llegada del Reinado de Dios como una realidad que nos afecta enteros: cuerpo, alma (*psique*), relaciones sociales, realidades cívicas, todo aquello que hace de nosotros seres propiamente humanos.

**amilenialismo** — Ver *milenarismo*.

**amor** — Una inclinación o predisposición hacia otra persona (o hacia cualquier objeto, incluso hacia conceptos abstractos) que es extraordinariamente difícil de explicar pero que todo ser humano reconoce cuando lo experimenta.

«Amor» en la Biblia tiene toda la complejidad y sutileza que también hallamos en este concepto hoy día. Es imposible describirlo en pocas palabras, aunque el apóstol Pablo se acerca más que ningún otro en sus renglones famosos sobre el amor en 1 Corintios 13.

*agape, filos, eros.* Es bastante conocido que el griego del Nuevo Testamento tiene tres palabras que se suelen traducir con nuestra palabra «amor». Con el castellano nos pasa lo mismo, donde podemos referirnos a este mismo sentimiento con términos diferentes como *amar, querer, tener cariño*. Resumiendo, un cierto matiz de diferencia entre aquellas tres palabras griegas se podría explicar así: *Eros* es la palabra más fácil de distinguir, por cuanto la encontramos en palabras castellanas que se refieren a lo *ero*-tico; sería un amor cuyo objeto es encontrar la propia satisfacción. *Filos* sería el afecto de la amistad entre iguales, que se vive como compenetración por intereses y experiencias en común. De ahí la *filo*-sofía, por ejemplo: el amor a la sabiduría. *Agape* es la palabra que suele emplear el Nuevo Testamento para hablar del amor de Dios por nosotros (y nuestro amor a Dios) y el amor entre «hermanos» de las primeras comunidades cristianas. Se supone ser todo lo contrario del amor erótico: lo que busca es el bien del ser amado, aunque para uno mismo eso suponga sacrificio y sufrimiento. Nuestra palabra castellana «ágape» (banquete) guarda poca relación con aquel término griego.

Aunque estos matices de diferenciación entre los términos griegos pueden encerrar un cierto interés teológico por su uso en el Nuevo Testamento, es fácil caer en la exageración. Volviendo al ejemplo que dábamos de los sinónimos en lengua castellana, cuando empleamos estas palabras no solemos estar queriendo hilar fino en la distinción entre ellas. Es cierto que la palabra

«amor» suele conllevar una carga de compromiso e intimidad que en determinadas relaciones, por superficiales, puede parecer francamente exagerada; cosa que no pasaría con la idea de «querer» o de «sentir cariño». Y tal vez la idea de «querer», por asociación con la de desear, podría en teoría parecer relativamente egoísta, mientras que la de «sentir cariño» podría tal vez indicar (o no) un cierto sentimiento de superioridad. Pero el caso es que la mayoría de las personas echamos mano de la palabra que nos viene a la cabeza y para la mayoría de los usos, da lo mismo *amar* que *querer*, que *sentir cariño*, que *adorar*, que *tener afecto*...

Yo sospecho que algo parecido les pasaba a los autores del Nuevo Testamento. Los diferentes términos para «amor» en griego suelen agruparse en torno a determinados usos y determinadas relaciones; pero siempre es posible hallar alguna excepción donde otro de los sinónimos se emplea cuando tal vez hubiéramos esperado uno diferente. Por eso me parece elegante la solución de nuestros traductores, que normalmente han evitado indicar esas distinciones, sino que traducen los tres términos normalmente como «amor».

Tengo la impresión de que el hebreo (la lengua del Antiguo Testamento) no tiene esos mismos matices. Me parece que se suele utilizar *ahabá* para todo.

Una cosa interesante de *ahabá*, que en la medida que influyera en los apóstoles, deberíamos tener presente al leer sus instrucciones sobre el amor, es que encierra un fuerte componente de lealtad. *Amar a Dios*, como amar al rey, es ante todo serle leal. En el caso del rey, ese amor podía exigir la vida en el campo de batalla. ¿Por qué iba a ser menos exigente el amor a Dios?

Pero una vez que hemos comprendido esto, podemos entender también el concepto de Jesús de amar al prójimo, incluso amar al enemigo. Tiene mucho más de lealtad e integridad personal en el trato de la persona, que de sentimentalismo ni de buscar preferentemente su compañía. Uno puede tratar con

corrección e integridad hasta a un enemigo, incluso ser leal con él en el sentido de no atacarle a traición. Tal vez sea especialmente importante tratar precisamente a los enemigos así. No es fácil; y en determinadas situaciones de conflicto, ataque, calumnias, dolor y desgarró en relaciones, lo más fácil es dar rienda suelta a todo el veneno que uno puede llevar por dentro. Pero los discípulos de Jesús —en quienes vive el Espíritu de Paz— sabrán conservar la corrección y un trato respetuoso y digno.

En el caso de Dios, la Biblia indica que él ama. Esto es decir que si Dios elige, promete y pacta, luego será eternamente fiel a sus promesas y a su pacto. El amor de Dios es eterno e inviolable, porque aunque nosotros no seamos fieles, él permanece fiel.

Ese mismo amor es lo que Jesús y los apóstoles nos invitan que caracterice también nuestras propias vidas y conducta, en el trato con Dios y con el prójimo.

**ángel** — mensajero (de Dios). Las palabras *mal'aj* (hebreo, Antiguo Testamento) y *ángelos* (griego, Nuevo Testamento) tienen ambas este significado, el de «mensajero».

La Biblia Hebrea (nuestro Antiguo Testamento cristiano) desarrolla muy poco la *angelología*, la disquisición sobre ángeles. Allí tenemos fundamentalmente la idea del *mal'aj* del Señor, que viene a ser una materialización divina, con el propósito de hacerse presente ante el ser humano a quien se aparece. Dios sigue siendo inmaterial e invisible y permanece siempre en el cielo (y en todo lugar); pero al adoptar la forma de su *mal'aj*, puede ser visto y oído y experimentado de forma material por el ser humano así privilegiado. Por eso el «ángel del Señor» en el Antiguo Testamento habla como si fuera Dios mismo quien habla. Lo es.

Estos conceptos son propios del Oriente Próximo de la antigüedad, que son diferentes a los de los griegos. Para los griegos, si los dioses querían materializarse ante los humanos, estaban necesariamente ausentes del Olimpo mientras duraba esa materialización. No así en el mundo donde toma forma la fe

de Israel. Esto ya no se entendía en los últimos siglos a.C., cuando la cultura griega era universal en el Oriente Próximo y Medio. Por consiguiente los «ángeles», mensajeros de Dios, empezaron a entenderse en esa época como algo diferente a Dios mismo. Consideraban que Dios, inmaterial e invisible, no podía haberse aparecido tan tosca y materialmente ante los seres humanos como lo habían entendido sus antepasados.

Luego tenemos también algún episodio como Job 1-2, donde Dios preside su corte con «los hijos de Dios», entre quienes está el *satán*, el «acusador» o fiscal. Estos seres solamente pueden actuar como Dios manda, hasta tal punto que vienen a representar, tal vez, sencillamente un aspecto particular de su actividad en el mundo.

Estos *mensajeros* de Dios suben y bajan entre el cielo y la tierra (quizá para informar a Dios sobre lo que está pasando aquí), según se desprende del sueño de Jacob (Génesis 28). Pueden asumir la forma de caballos que recorren la tierra para espiarla (Zacarías 1). En un episodio, Dios consulta con «todo el ejército de los cielos» cómo provocar a Acab para que vaya a una guerra donde perecerá. Un «espíritu» propone un plan, y el Señor lo manda a la tierra para ejecutarlo (1 Reyes 22).

Siglos después, el mensajero (ángel) que revela las cosas a Zacarías ya no habla como si fuera Dios mismo, como sucedía con los profetas de antaño. Aunque leyendo con atención, no parece que la forma que «el mensajero» revelaba las cosas a Zacarías fuera muy diferente a cómo «la voz» se las había revelado a Ezequiel.

Es solamente en los últimos siglos antes de Cristo, que la literatura judía empieza a desarrollar la angelología, una curiosidad literaria sobre estos mensajeros divinos. La novelita de Tobías ya apunta en esa dirección. Pero es en la literatura fantástica, la *apocalíptica* judía de esa época, cuando empieza a proliferar todo tipo de información esotérica acerca de los mensajeros.



El libro de Daniel, escrito a mediados del siglo II a.C., nos da un buen indicio del interés mucho mayor en los ángeles a estas alturas. El mensajero que habla con Daniel habría llegado antes, dice, pero hay una guerra entre los «príncipes» celestiales, que le ha hecho perder tiempo. Algo así jamás le había pasado antes a ningún profeta bíblico. Estos «príncipes», por cierto, tienen ya nombre e identidad propia. El que defiende los intereses de los judíos se llama Miguel.

Según 1 Corintios 13, Pablo indica que los *mensajeros* tienen sus propios idiomas, diferentes a los humanos. Esto parecería indicar que Pablo tenía algún conocimiento de la literatura fantástica apocalíptica judía. Quizá conociera 1 Enoc, por ejemplo, por cuanto en 1 Corintios 11 dice que la mujer debe cubrirse la cabeza cuando ora «por causa de los ángeles». En 1 Enoc, la belleza de las hembras humanas despierta la lascivia de ángeles que bajan a la tierra para aparearse con ellas, procreando gigantes que lo destrozan todo. Estos conceptos están muy lejos de los del Antiguo Testamento, pero podría ser que Pablo les diera algo de crédito, que le parecieran a él más o menos verosímiles. Esto no debería escandalizar a nadie. Nosotros hoy también solemos dar crédito —con mayor o menor acierto— a lo que ponen otros escritos edificantes. Tampoco nos limitamos exclusivamente a leer la Biblia.

En cualquier caso, lo que está claro es que nunca hay que descartar la posibilidad de que haya *mensajeros de Dios* que nos visitan con cierta frecuencia para traernos consolación, fe, esperanza y propósito. Aunque no nos demos cuenta qué es lo que son, sí nos damos cuenta de cómo nos han transformado la situación.

**anticristo** — Persona que niega que Jesús es «el Cristo», es decir, el ungido de Dios.

El término «anticristo» se desglosa fácilmente en dos componentes: Por un lado tenemos la palabra Cristo, que significa

«ungido». Por otra parte tenemos el prefijo «anti», que tiene idéntico significado en griego que en castellano.

Esta palabra es rara en el Nuevo Testamento. Aparece en tres lugares en las cartas de Juan:

*Nenes, ha llegado la última hora y tal como habéis aprendido que viene el anticristo, ahora también muchos se han vuelto anticristos —de donde sabemos que ha llegado la última hora—. De nosotros han salido aunque no eran de los nuestros: porque si fuesen de los nuestros habrían permanecido entre nosotros; para que se vea que no son todos de los nuestros. Vosotros también tenéis unción del Consagrado y todo sabéis. No os he escrito porque no sepáis la verdad, sino porque la sabéis y porque no es cierto lo que es mentira. ¿Quién es el mentiroso, si no es el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo: el que niega al padre y al hijo. Cualquiera que niega al Hijo tampoco tiene al Padre; el que se reafirma en el Hijo también tiene al Padre (1 Jn 2,18-23)*<sup>1</sup>.

Aunque Juan habla de «la última hora», está claro que no se refiere a un futuro lejano —a eventos que acompañan el fin del mundo— sino al presente: su presente de Juan y de sus lectores, hace dos mil años. El «anticristo» no es que vendrá en el futuro, sino que en lugar de ser uno son muchos y ya están aquí. Concretamente, parecería que serían todos aquellos que habiendo empezado a seguir a Cristo, se han apartado de la comunidad cristiana y ahora sostienen que Jesús no es el Hijo del Padre. Anticristos de estos tenemos también en nuestra propia generación: siempre los ha habido y siempre los habrá. Porque nunca faltan los que pretenden «tener al Padre» —relacionarse directamente con Dios— sin tener al Hijo. Es decir, sin querer molestarse en aprender de Jesús, de sus enseñanzas y del ejemplo de su vida y su muerte a favor de sus enemigos (que éramos todos nosotros).

---

<sup>1</sup> Aquí y a continuación, la traducción del N.T. es propia, de D.B.

Aquello de «la última hora», por cierto, puede tener otros sentidos que no solamente el temporal. Puede significar «la hora más baja, la más triste, la menos deseada». Eso no queda tan claro en castellano como en griego. Tal vez habría que poner en nuestras traducciones «la hora extrema», expresión que podría entenderse en este otro sentido.

*Amados, no creáis a todos los espíritus. Al contrario, juzgad los espíritus, si son de Dios, por cuanto han salido al mundo muchos profetas de mentiras. En esto reconocéis el Espíritu de Dios: cualquier espíritu que confirma que Jesucristo ha venido en carne, procede de Dios. Mientras que cualquier espíritu que niega a Jesús, no procede de Dios —y este es el anticristo. Ya teníais oído que viene. Y ahora ya está en el mundo. Vosotros, nenes, procedéis de Dios, y los habéis derrotado, porque es más fuerte el que está en vosotros que el que está en el mundo (1 Jn 4,1-4).*

Aquí también, el «espíritu de anticristo» ya está presente entre la humanidad, desde la era apostólica y hasta hoy. No hay que temerlo, por cierto, por cuanto ya lo hemos derrotado al creer en Cristo y tener su Espíritu en nosotros. Quien —como nosotros— está en esa condición, no puede caer en la trampa de negar a Jesús. Es importante observar, una vez más, que el meollo del asunto no es negar a Cristo... sino a Jesús. ¿Y cuál es la diferencia? Jesús fue el hombre de carne y hueso, el hijo de María que pateó el polvo de los caminos de Galilea con sus discípulos. Ese hombre, sus palabras y parábolas, sus ejemplos y el ejemplo de su conducta, es lo que no podemos renunciar.

*Muchos engañadores salieron al mundo, personas que niegan que Jesús es Cristo, habiendo venido en carne. Esta persona es el embustero y el anticristo. Atentos, no sea que echéis a perder lo conseguido en lugar de recibir la recompensa entera. Cualquiera que pretende ser guía pero no se ciñe a la enseñanza de Cristo, no tiene a Dios. El que se ciñe a la enseñanza, ese tiene al Padre y al Hijo (2 Jn 7-9).*

Una vez más vemos la importancia de que Jesús es el Cristo — el ungido de Dios. Una vez más vemos que lo que interesa en particular de Jesús es su enseñanza —es decir, sus parábolas y explicaciones acerca del gobierno de Dios y cómo hemos de vivir para agradar a Dios—. Una vez más, no hay nada aquí sobre el futuro, sino muy cuerdas advertencias acerca de realidades presentes.

Resumiendo: Anticristos podríamos acabar siendo cualquiera de nosotros, si infravaloramos las enseñanzas de Jesús y sin embargo pretendemos estar en relación con el Padre.

**apologética** — Rama o forma de la teología que se dedica a explicar razonablemente la fe cristiana, con la finalidad de persuadir a los que no creen. Para estos efectos, arranca a partir de aquello que la persona no creyente asiente que es cierto, procurando construir sus argumentos, paso a paso, de tal suerte que esa persona se vea obligada a reconocer que esto otro es cierto también.

Las primeras apologías de la fe cristiana se produjeron en el entorno judío, del que el cristianismo era a la sazón una variante novedosa. El reto era persuadir a los judíos «no mesiánicos» que Jesús es de verdad el Mesías anunciado por la Escritura. Los judíos y los cristianos lo tenían casi todo en común: una misma historia del pueblo de Dios desde Abrahán hasta el presente, un mismo Dios de Israel, unos mismos profetas y unas mismas profecías y demás Escrituras. Por consiguiente la argumentación se limita más o menos a repasar la historia de Jesús —incluso su muerte y resurrección y exaltación al cielo— con la coletilla de que: «Esto sucedió para que se cumpliera lo que anunció el profeta...»

En su expansión hacia el mundo pagano o «gentil», la apologética seguía contando con una inmensidad de cosas en común desde las que argumentar.

Ya no, desde luego, la rica y maravillosa historia de Israel y sus profetas en relación con Dios, pero sí muchas presupo-

siciones fundamentales acerca de la realidad. Como que existen seres invisibles que influyen sensiblemente en la vida de cada ser humano particular y en la vida política de las naciones y el desenlace de las guerras. También la presuposición de que en la vida influyen tanto o más las decisiones de estos seres invisibles, que ningunas leyes inamovibles de física, química o biología. Los cristianos y los paganos compartían una existencia donde nada era realmente imposible porque la razón de todo lo que sucede se encuentra en las decisiones y voluntad y capricho de dioses y hombres. Resucitar un hombre o ascender al cielo no eran conceptos imposibles de imaginar para el pagano; lo difícil era imaginar que quien resucitara o ascendiera a autoridad en el cielo no fuera un difunto emperador, sino un sedicioso crucificado por las legítimas autoridades.

Los apologetas cristianos, entonces, solamente necesitaban demostrar que era más razonable el monoteísmo que los mitos fantasiosos sobre los dioses paganos, con sus rivalidades, groseras inmoralidades sexuales, caprichos y defectos de carácter personal. Las dos variantes de fe monoteísta bíblica, la cristiana pero también la judía, consiguieron éxitos notables, ayudados en parte por ciertas coincidencias en dirección al monoteísmo en el pensamiento de los grandes filósofos de moda entre los paganos. Los cristianos gozaron tal vez de una ligera ventaja, en comparación con los judíos, por cuanto no obligaban a circuncidarse ni a guardar un estricto régimen de alimentación; aunque por contrapartida, el monoteísmo de los cristianos parecía —y sigue pareciendo hasta hoy— menos coherente al reconocer como divino al Hijo, al hombre Jesús.

Me parece necesario imaginar, sin embargo, que entre los paganos, como antes sin duda entre los judíos, lo que impulsaba las conversiones no era tanto la argumentación de los apologetas cristianos, como el deseo de dejarse persuadir, el deseo de poder creer que el cristianismo era la verdad por admirar la conducta intachable de los cristianos. Un deseo fomentado, tal vez, por haber experimentado la sanación de una enfermedad,

una liberación de espíritus inmundos en el entorno familiar, o alguna otra cuestión de esta índole.

Hoy también, quien se deja persuadir por la argumentación razonada que defiende la idea de que Dios existe y que se ha dado a conocer por medio de la Biblia —y demás doctrinas cristianas— se convence más por su deseo de que sea cierto, que por el peso de nuestros argumentos. Se deja persuadir porque reconoce sus necesidades interiores o confiesa que con sus ideas presentes su vida carece de sentido. O porque ha experimentado o visto el poder restaurador de Dios en sanidades, liberación, etc., en su persona o en su entorno próximo.

La apología parte de la base de que quien no cree, es sin embargo capaz de reconocer la verdad cuando se le explica. Esto choca con la idea bíblica de que las mentes de los incrédulos están entenebrecidas, que el pecado y la rebeldía contra Dios ciegan el entendimiento. El caso es que al que no quiera creer, no hay argumentos que lo convencan. Siempre hallará argumentos —que él o ella considerará persuasivos aunque nosotros no— para rebatir cada una de las afirmaciones razonadas que podamos proponer las personas de fe.

La apologética sí puede tener una función útil e importante, sin embargo. Es la de ayudarnos a los propios cristianos a explorar —ya desde dentro, desde la fe— la coherencia y lógica de nuestras convicciones.

**arca** — En la Biblia, un cajón de madera con su tapa, que funcionaba como talismán de guerra de las tribus de Israel. Garantizaba la presencia del Señor de los Ejércitos, para darles la victoria en batalla. La palabra «arca» significa «caja». Esta en particular se identifica en la Biblia de diversas maneras: el arca del testimonio, el arca del pacto (de la alianza), el arca del Señor, de Dios, del pacto del Señor, del Señor de Israel.

El arca primero aparece en el libro de Éxodo, con las instrucciones divinas para sus dimensiones y decoración y lo que debían poner en su interior.

Reaparece especialmente en los relatos sobre la ocupación de la tierra de Canaán, donde parece tener una función análoga a la de los ídolos. Los ídolos se suponía que hacían efectiva y real la presencia del dios que representaban. El arca cumple esta misma función en el campamento de Israel, y a esos efectos, tiene inmensos poderes sobrenaturales.

Reaparece el arca como talismán de guerra en 1 Samuel, donde se cuenta cómo fue capturada por los filisteos cuando vencieron a los israelitas. Sin embargo la «presencia de Dios» que se entiende que la acompaña siempre, vence a los ídolos de los filisteos y provoca una enfermedad terrible —aparentemente la peste bubónica— en las ciudades filisteas donde estuvo. Concluye el relato con el regreso milagroso del arca a territorio israelita cuando los filisteos se quisieron deshacer de ella.

El tercer ciclo de menciones del arca sería las narraciones que cuentan cómo David hizo traerla para su flamante *tabernáculo* en Jerusalén, que reemplazaría el antiguo centro de culto en Siló. En estas historias el arca sigue gozando de poderes sobrenaturales que indicarían que en ella se sigue materializando la presencia real y efectiva de Dios. Es evidente el interés de David en tenerla en su ciudad capital como garantía de la protección divina para él, para su corte, para su política y para sus guerras de expansionismo militar. Al final, Salomón construirá un *templo* de piedra —en sustitución del tabernáculo de David— donde se guardará el arca en el «lugar santísimo».

La desaparición del arca de la historia bíblica a partir de ahí, da lugar a diferentes especulaciones, como la leyenda de que se encuentra escondida a buen recaudo hasta hoy en una cueva debajo de la Mezquita de la Roca, en Jerusalén. Lo más probable es que desapareciera cuando el saqueo egipcio del templo apenas cinco años después de morir Salomón (1 Reyes 14). (De ahí que en la película de Indiana Jones, *En busca del arca perdida*, la encuentran en Egipto.) A la postre el propio templo —y más específicamente el lugar santísimo— habría cumplido esa función de hacer concreta y real la presencia de Dios en

Jerusalén, haciendo de Jerusalén el destino de diferentes peregrinaciones anuales.

Según Éxodo 25, este cajón habría sido de unos 112 cm de largo, por unos 67 cm de ancho y alto, y estaría forrado por dentro y por fuera con pan de oro. En su interior se habría guardado el «testimonio». En las instrucciones para la fabricación y decorado del arca en Éxodo 25, no explica qué sería ese «testimonio». Según Deuteronomio 10, se trataría de las dos lajas de piedra donde vienen grabadas sobrenaturalmente «las diez palabras» o declaraciones o «mandamientos».

Esto en sí es enormemente sugerente:

En todas las religiones cuyo culto utiliza imágenes, estas concentran o expresan de alguna manera, para los creyentes, la presencia viva y real de sus dioses. En Israel, esa función la tienen las palabras de Dios. Son las palabras de Dios lo que nos acerca a Dios. Los mandamientos, pero también sus promesas, claro está. Y en la Biblia también los relatos, donde aprendemos qué conductas agradan o desagradan a Dios y donde observamos buenos y malos ejemplos de personas que expresan su fe en Dios —o su infidelidad a Dios— a lo largo de sus vidas. Descubrimos que esas palabras bíblicas también nos acercan a Dios. También los Salmos: no dejan de ser palabras humanas que alaban —y agradecen, se quejan, lamentan e imploran— a Dios, pero descubrimos en ellas también el poder de «la palabra» para acercarnos a Dios.

Al final, el convencimiento de judíos y cristianos (y musulmanes) por igual, es que las palabras tienen un poder más sublime y perfecto que los ídolos, para tocar nuestra fibra más íntima, llevarnos a la comunión con Dios, y motivarnos para las buenas obras que él espera de nosotros.

No sería justo terminar estos párrafos sobre el arca del Señor, sin mencionar la tapa que completaba este cajón. Conocida como el *propiciatorio*, [ver *propiciatorio*] sobre esta tapa figuraba la escultura de dos *querubines* [ver *querubines*], que se entendía



que eran algo así como el trono o la cabalgadura del Dios invisible.

**arrepentimiento** — Existen en hebreo moderno dos o tres términos que captan la idea psicológica de nuestro término «arrepentimiento» como sentimiento de vergüenza o compunción por lo que uno ha hecho, o bien sufrir miedo o ansiedad por las consecuencias o castigos que pueden generar. El término griego *metanoia* describe un cambio de actitud o de opinión, tal vez un cambio en la mentalidad entera u orientación vital de la persona. En el hebreo bíblico, sin embargo, la palabra es *shuv*, «regresar».

Esta idea, la de *regresar*, es seguramente el sentido más interesante del concepto bíblico de arrepentimiento. Como Jesús y los apóstoles eran judíos formados en el conocimiento de la Biblia hebrea hay que suponer, además, que la idea de *regresar* es la que tenían en mente ellos cuando hablaban de arrepentirse.

*¡Volved! ¡Regresad!* —es en primera instancia una invitación que extiende continuamente el Señor. Es el anhelo que se adivina en el padre del hijo pródigo —que Jesús nos deja como ejemplo de cómo es Dios—. Cuando divisa a su hijo en la distancia, sale corriendo a su encuentro y lo abraza, sin esperar a oír el discurso de disculpas que había venido ensayando el hijo por el camino. El padre no necesita oír *palabras* de arrepentimiento porque ha presenciado el *acto* de arrepentimiento: el regreso al hogar y al abrazo paterno.

Nuestro concepto habitual de *arrepentimiento* nos remite al interiorismo de la conciencia o de los temores por los castigos que puedan caer. Nos habla de la psicología personal, de los temores y los remordimientos y la vergüenza y el deseo de haber actuado de otra manera. El punto de referencia somos siempre nosotros mismos. Somos objeto y sujeto del estado mental de arrepentimiento.

El concepto bíblico de *regresar*, sin embargo, es mucho más rico porque es relacional. Nos habla de distanciamiento en la relación. Nos habla de cosas que decimos o hacemos que nos van separando, van levantando barreras, apartan a los que antes habían sido muy próximos, tal vez íntimos en amistad.

Cuando las relaciones se distancian, siempre hay alguien que va a tener que asumir el riesgo de la aproximación, del *regreso*. En la relación entre Dios y nosotros cualquiera de los dos podría, en teoría, *arrepentirse*, es decir, *volver* donde está el otro para empezar el proceso de acercamiento que devolverá la intimidad perdida.

Podría ser Dios. ¿Pero de dónde tiene que volver Dios? ¿Acaso es él la parte que se ha distanciado, que ha ido levantando barreras, ha ido enfriando la relación? ¿Acaso se ha ausentado de nuestras vidas porque tenía otros intereses más interesantes que el de nuestra amistad y compañía?

Si no es Dios el que se ha distanciado, entonces tendremos que ser nosotros los que desandemos el camino andado, regresemos por donde nos habíamos marchado, tomemos la iniciativa para acercarnos. Es decir, nos va a tocar a nosotros *arrepentirnos*: Volver a Dios. Como el hijo pródigo, tal vez descubramos que nuestra independencia no es todo lo maravillosa y placentera que nos la habíamos imaginado. Tal vez nos toque tragar un poco de orgullo y autosuficiencia y admitir que la relación con Dios nos proporciona una protección y provisión y seguridad que nosotros solos no conseguimos. Que nosotros solos... al final, lo que estamos es solos.

Y sin embargo la Biblia no duda en atribuir a Dios también el *arrepentimiento*, el *regresar*. Esto lo vemos especialmente en relación con el tema de la ira de Dios. Por nuestra torpeza o rebeldía, ignorancia o maldad, la humanidad —incluso el propio pueblo de Dios— puede despertar la ira divina. Pero la Biblia da testimonio de diferentes ocasiones cuando el clamor a Dios de quienes sufren su ira y las consecuencias nefastas de sus propias acciones rebeldes, hacen que Dios *regrese*. Que abandone su

distanciamiento emocional y los vuelva a admitir a su intimidad. Aquí tal vez haya que pensar en la relación de un padre o madre con sus hijos muy pequeños, de edad preescolar. Uno se puede enfadar, puede hasta castigar. Pero al final los llantos del niño doblegan esa ira y acabas tomándolo en brazos y brindándole tantos mimos y afecto como antes sufrió tu distanciamiento emocional y tu castigo. Sí, Dios también *se arrepiente*: también *vuelve* a nosotros.

Esta idea relacional del *arrepentimiento* como *regresar*, es lo que hay que tener en mente en textos como el emblemático del primer capítulo de Marcos, que describe el inicio de la proclamación del evangelio:

*Cuando Juan fue arrestado, salió Jesús por Galilea anunciando la buena noticia de Dios. Decía:*

*—El tiempo se ha cumplido y el reinado de Dios se ha acercado: Regresad y sed consecuentes con la buena noticia (Mr 1,14).*

**Asiria, asirios** —Desde los últimos siglos del 2º milenio a.C., Egipto entró en una de sus fases periódicas de relativo declive. A comienzos de ese mismo período, coincidió también cierto declive de la proyección del poder militar desde la Mesopotamia. Este estado de la cuestión permitió el alza de los pequeños reinos regionales que conocemos por la Biblia. Los arameos (sirios). Una creciente influencia de las ciudades fenicias —notablemente Tiro— hacia el interior del continente. Israel. Los filisteos. Y otros pequeños reinos de menor importancia, como Judá, Moab, Amón y Edom.

A comienzos del primer milenio a.C., sin embargo, los asirios (de la Mesopotamia) empezaron a poner de manifiesto intenciones imperialistas. Al principio esto se limitó a campañas militares relativamente aisladas, con las que se obtenía la sumisión de los pequeños reinos de su periferia inmediata, cuyos reyes aceptaban pagar tributo a cambio de «protección».

Pero con Adad-nirari II (911-891 a.C.) empezó un programa más claro de centralización imperial. Esto exigía, en primer lugar, desarrollar un ejército permanente, capaz de intervenir inmediatamente en cualquier foco de disidencia. Pero más importante, exigía desarrollar fórmulas para incorporar los territorios del perímetro conquistado, en unas estructuras de gobierno más o menos equivalentes a la gestión de los territorios centrales. Surge así el sistema de provincias asirias. Existiendo este gobierno provincial, resultaba mucho más difícil que los vasallos osaran rebelarse con ninguna esperanza de recuperar independencia.

Con Salmanasar III (858-824 a.C.) y Adad-nirari III (809-782 a.C.), se acabó consolidando este gobierno provincial por toda la extensión de la Mesopotamia con la posible excepción de Babilonia, venerada como madre de la civilización y cultura de los asirios, y con la que no sabían muy bien cómo relacionarse.

Tiglatpileser III (745-727 a.C.) llevó el Imperio Asirio a su máxima extensión —adjuntándose Siria, las ciudades fenicias, filisteas, Israel y Judá. Para ello desarrolló hasta su forma final un sistema de tres etapas para la incorporación de territorios nuevos:

*Primera etapa:* Esta venía siendo la más antigua y tradicional. Consistía en la derrota de reyes para convertirlos en vasallos que conservaban todos sus privilegios a cambio de pagar tributo.

*Segunda etapa:* En cuanto un rey se rebelaba contra su juramento de sumisión y vasallaje, se intervenía para derrocarlo, procurando sustituirlo por otro de la misma dinastía local pero de probada lealtad a los asirios. En cualquier caso el territorio del reino rebelde quedaba muy reducido, desgajándose del mismo provincias imperiales, o incorporando territorio a otras provincias vecinas. También se llevaban a exilio todas las personas —a veces un segmento más o menos notable de la nobleza local— que hubieran participado en la rebelión.

*Tercera etapa:* Al menor indicio de conspiración para rebelarse, la metrópoli asiria volvía a intervenir, ahora ya sin

contemplaciones. Las clases dirigentes en su totalidad eran llevadas a exilio, frecuentemente para ejercer el propio gobierno asirio en otras provincias, por cuanto tenían la necesaria formación profesional de gestión y gobierno, un bien nada desdeñable. Allí, por cuanto su poder y autoridad dependían del beneplácito asirio y del ejército asirio —eran al fin y al cabo extranjeros sin ninguna relación natural con las gentes del lugar— era imposible que se les pasara por la cabeza rebelarse. El antiguo reino vasallo pasaba así a ser una provincia más, sin el más mínimo atisbo de su antigua condición soberana e independiente.

Esta política asiria explica buena parte del libro de 2 Reyes, así como Oseas, Isaías 1-40 y Miqueas. Israel se alió con Aram (Siria) para procurar zafarse del tributo asirio, lo cual ocasionó la respuesta habitual. Siria y todo el norte y la costa de Israel pasaron a la administración provincial asiria. Samaría quedó como un reino vasallo de dimensiones muy reducidas, que cuando quiso mejorar su situación, sufrió su derrota final en el año 722 a.C. Las clases superiores israelitas fueron llevadas a otras partes del imperio, donde fueron integrados a la administración provincial asiria. El campesinado fue gobernado por una élite extranjera importada desde otras partes, que no conocían las costumbres ni la religión de Israel.

Así desaparecen de la historia de la humanidad, el reino de Israel y todas las tribus que la componían, quedando solamente las tribus de Judá y Benjamín, con su sacerdocio levita.

A todo esto, Jerusalén ya era un reino vasallo asirio. Intentó rebelarse y sólo se libró del asedio de los asirios por un evento inesperado que los jerosolimitanos siempre estuvieron convencidos que había sido nada menos que un milagro del Señor —como viene relatado en 2 Reyes y en Isaías—.

**autoridad** — Me parece que en nuestro uso corriente, el concepto de autoridad tiene (por lo menos) tres sentidos: **1.** La capacidad o facultad reconocida para hacer valer un concepto, una opinión, un juicio determinante, o para ejecutar una

decisión o acción. 2. La persona que posee autoridad en ese primer sentido. 3. Un documento —una ley o un libro de texto, por ejemplo— escrito por tal persona (segundo sentido).

En el griego del Nuevo Testamento la palabra que me viene inmediatamente a la mente es *exousía*. Después hay, igual que en español, una multitud de palabras relacionadas (potestad, señorío, principado, majestad, etc.) y personas que tienen autoridad: rey, ungido (*cristo*), señor, maestro, rabino, sacerdote, etc. Y Dios y «el Señor», naturalmente. También: la Escritura, la Ley, Moisés, los profetas, etc., con referencia a los escritos sagrados de Israel.

En general el hebreo bíblico se presta menos que el griego a expresarse con abstracciones como la palabra «autoridad». Puede expresar las mismas profundidades, pero de otras maneras. Describir una montaña que echa humo y un estruendo que deja a todos espantados cuando el Señor habla, no deja lugar a dudas de que el Señor está hablando con *autoridad*.

Cuando Jesús define la autoridad como servicio, cuando dice que él está presente entre sus discípulos y en la sociedad como los esclavos que sirven a los comensales, no está diciendo nada particularmente novedoso. La propaganda oficialista ya venía vendiendo desde hacía miles de años la idea de que quien manda en el fondo está sirviendo. A los reyes les gustaba presentarse como «pastores» benignos y como «siervos» al servicio del pueblo.

Esto sigue en pie hoy día. Las máximas autoridades de gobierno suelen designarse como *ministros*, palabra derivada del latín para decir *serviente* o *servidor*. Mandan con mano firme en sus respectivos *ministerios*. *Ministerio* es también una palabra favorita para designar a las autoridades eclesiales; que pueden o no, según cada caso, tener actitudes y conductas auténticamente serviciales.

La autoridad de Jesús, sin embargo, emanaba de la fe que inspiraba y por la cual la gente experimentaba curaciones. Emanaba de su sencillez y humildad auténtica, su falta de

medios visibles para conseguir nada. Si alguna vez se mostró combativo, fue para enfrentarse a las autoridades religiosas y político-militares que oprimían a los de condición humilde como él. Fue fácil para Pilato acabar con él. Jesús tenía muchos admiradores, sí, pero jamás los manipuló para fomentar una turba como la que gritó contra él «¡Crucifícale, crucifícale!». Lo que Jesús no tuvo ese día fue amigos influyentes en la corte, ni grandes cantidades de dinero para sobornar. Para él, lo de servir no era paripé para la galería.

Es inolvidable la escena cuando al observar cómo sus discípulos rivalizaban por ser el que más pintaba, puso en medio de ellos a un niño. Aunque tal vez fuera un esclavo: en griego el término *paidíon* significa «párvulo» pero también «esclavo», por cuanto en el mundo grecorromano ambos se caracterizaban por carecer de derechos. Lo puso en medio de los discípulos y dijo que el que quiere ser importante debe ser como este.

Pablo dijo sobre Jesús que:

*[...] No consideró que ser igual a Dios fuera algo a que aspirar sino que se vació. Fue un siervo que nació igual a todo el mundo. Y en su condición humana se dobló obedientemente hasta la muerte, muerte bajo tortura inhumana (Fil 2,6-8)<sup>2</sup>.*

Antes de describir así la «carrera» de Jesús, había instado a sus lectores:

*Esta misma sea la actitud en vosotros que fue la de Cristo Jesús (Fil 2,5).*

Pedro también vio la muerte de Jesús como regla para sus seguidores, como un ejemplo *autoritativo*, si se quiere: Dirigiéndose a los creyentes que eran esclavos domésticos, les recomienda obedecer sin perderles el miedo a los amos, tanto a los buenos como a los malos, reconociendo que muchas veces acabarían sufriendo injusticias (1 P 2,18-19).

*[...] Si actuando como es debido os castigan y lo aguantáis con paciencia, Dios lo tiene en cuenta como gracia. En esto*

---

<sup>2</sup> Traducciones de la Biblia por el autor, aquí y a continuación.

*consiste vuestro llamamiento, por cuanto Cristo sufrió por todos vosotros, dejándoos ejemplo para que os comportéis como él (1 P 2,20-21).*

Esa fue, entonces, la «autoridad» de Jesús: sus padecimientos como si hubiese sido un esclavo doméstico, como ejemplo a seguir.

Esta es, en fin, la autoridad en el reino de Dios. Una autoridad contraria a como entiende el concepto de autoridad todo el mundo. Pero tal vez no del todo imposible de entender. No es difícil reconocerle autoridad —autoridad moral, autoridad legítima— a Jesús ni a los que se comportan como él.

**bautismo** — Término griego que significa inmersión o sumersión, es decir, meter en el agua. Los baños rituales de purificación eran parte de la tradición israelita desde siempre, una tradición que actualizó Juan «el bautista» y a continuación adoptó también Jesús.

Con Juan, el baño de inmersión en el río Jordán vino a significar la purificación personal —el «arrepentimiento»— con que el individuo se declaraba emocional, mental y espiritualmente dispuesto a pertenecer al anunciado surgir del reinado de Dios en su pueblo Israel. El reinado mesiánico de Dios en Israel venía siendo profetizado desde hacía siglos, pero Juan anunció que por fin estaba por llegar el momento.

Jesús no explica en qué se diferenciaba —si es que en algo— su adopción del bautismo de Juan, con que también se bautizaron los que seguían a Jesús. Pablo, sin embargo, en sus cartas, explica el sentido que la iglesia primitiva empezó a dar al acto bautismal. Podía seguir significando, por supuesto, la adhesión personal al proyecto de Dios de actualizar su reino en la humanidad; podía seguir significando el arrepentimiento y una disposición a purificarse del pecado y la rebeldía contra Dios como quien lava suciedad de su piel cuando se baña. Pero Pablo explica que también significa asumir la muerte y resurrección de Jesucristo.



La inmersión en el agua podía ahora significar —según Pablo— nuestra identificación con la muerte y el sepulcro de Jesús. Esto es un arrepentimiento, si cabe, aún más dramatizado que el de solamente bañarse. Ya no es suficiente una limpieza: lo que hace falta es abandonar esta vieja «carne» corrupta y corrompida por viejas costumbres de rebeldía contra Dios. Así como dejaron a Jesús sepultado bajo tierra y sellado detrás de una piedra enorme, los cristianos se disponen a abandonar su propia vida primera, morir al viejo yo, hacer suya la muerte de Cristo.

Pero Cristo resucitó. Y así como salió vivo del sepulcro con un cuerpo real y material —si bien diferente al cuerpo que entró a su tumba— ahora el creyente emerge del agua bautismal una nueva persona, con otras capacidades morales y espirituales que no estaban al alcance de su vieja «carne» por mucho que se esforzara.

El bautismo en la iglesia primitiva era un acto de máxima seriedad y compromiso. Los que se convertían del paganismo eran instruidos detalladamente y mediante exorcismos renunciaban expresamente a todos los dioses y espíritus y fuerzas ocultas que podían afectar su voluntad, arrancando de sus vidas cualquier otra lealtad que no fuera la más absoluta y completa lealtad al Dios de Israel. Siempre que afloraban viejas costumbres o actitudes contrarias a Cristo y sus enseñanzas, se volvían a someter a instrucción y exorcismo hasta que la iglesia quedaba satisfecha de que ya todo aquello quedaba superado. La preparación para el bautismo podía tardar años enteros. El problema no eran las creencias: eran las viejas lealtades; hábitos y conductas y actitudes contrarias a Cristo.

Los primeros cristianos no tardaron en hallar paralelos entre el acto bautismal y el *sacramentum* por el que los militares romanos juraban lealtad al César como su señor, su soberano indiscutible y su dios. Los militares romanos debían adorar y ofrecer sacrificios al César y se expresaban dispuestos a morir y matar por él. Por la obediencia que juraban al César, margina-

ban su propia conciencia y sus propias nociones del bien y del mal.

Por eso cualquier cristiano bautizado que entraba al servicio militar se apartaba automáticamente de la comunión de la iglesia. Su posterior *sacramentum* militar anulaba e invalidaba su bautismo de lealtad a Cristo, que los cristianos empezaron a llamar también «sacramento».

Y a la inversa, en la iglesia primitiva cualquier militar que se bautizaba como cristiano pasando como todos por el exorcismo de sus lealtades anteriores, invalidaba y dejaba sin valor su *sacramentum* de obediencia militar. Asumía así un riesgo enorme de martirio, porque en cualquier momento su lealtad a Cristo podía desembocar en desobediencia a sus superiores, lo cual se castigaba con la muerte.

Hoy día nos cuesta mucho entender esa clase de compromiso y cambio absoluto de lealtades, como lo que significó el bautismo para los primeros cristianos. Nos cuesta mucho imaginar que alguien se juegue la vida por sus convicciones. Nos cuesta mucho considerar cabalmente lo que significa morir a nosotros mismos para renacer entregados a Jesús y al prójimo —y hasta al enemigo—. Es esencial recuperar otra vez la noción de la seriedad de compromiso que supone bautizarnos.

Dicho todo esto, se comprenderá que en nuestras iglesias es inconcebible el bautismo infantil. Solamente una persona si no adulta por lo menos ya con criterios morales bien desarrollados, puede asumir un compromiso de tamaño calado.

**bendición** — De *benedicir*, o sea bien decir o decir cosas buenas. El concepto de la bendición exige suponer que las palabras pronunciadas ejercen poder, que influyen eficazmente sobre la realidad, transformándola y ajustándola a lo pronunciado.

Por regla general, pronunciamos palabras con la intención de influir sobre la realidad. Si exclamamos: «¡Para!» —es con la intención de que el oyente se detenga y esa exclamación, pronunciada con la suficiente urgencia y determinación, tiene

frecuentemente ese efecto en la conducta de la persona interpelada y cambia así el curso de lo que estaba por suceder.

En otras ocasiones pronunciamos palabras con la intención de influir en el futuro de una manera prolongada y continua. Si enseñamos a nuestros hijos: «Ponte el cinturón de seguridad», cuando entran al coche, es con la esperanza de que esto se haga un hábito que conservarán toda la vida. Porque la memoria humana está hecha admirablemente para recordar determinadas palabras, aquellas palabras que juzgamos especialmente importantes. Y esas palabras, recordadas siempre que resulta oportuno traerlas a la memoria, influyen entonces sobre el oyente de una manera reiterada y permanente.

De sobra son conocidos los efectos de larga duración en cuestiones como la autoestima, de las palabras de padres y madres dirigidas a sus hijos. Quien machaca a su hijo con la idea de que: «Eres un idiota y un inútil. Jamás vas a conseguir nada en la vida», tiene casi garantizado que su hijo internalizará ese juicio de valor sobre su persona y acabe siendo un fracasado. Mientras que si se jacta a todo el mundo (oyéndolo su hija) de que: «Esta chica es un fenómeno. No veas lo bien que toca el piano», aumenta posibilidades de hacer de ella una pianista.

El concepto de bendición da una vuelta de tuerca más a esta idea de palabras con efecto permanente. Parte desde la base de que hay realidades invisibles —el primero y más importante Dios mismo— que oyen lo que decimos y se constituyen en testigos eternos de nuestras palabras. Esto es especialmente así cuando las pronunciamos con solemnidad invocando al Señor —explícita o aunque fuera tan solo implícitamente— como testigo y ejecutor de lo dicho.

«El Señor te bendiga y te guarde. El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te de su paz». Frases como esas tienen el efecto inmediato sobre el oyente a quien van dirigidas, levantando su ánimo, inspirándole fe y confianza, insuflándole optimismo vital. Es lo que podríamos llamar un efecto psicológico —desde luego muy importante— en el oyente. Pero se

supone que esas palabras son oídas también, y avaladas, por el propio Dios a quien invocan. Al igual que con nuestras oraciones, Dios no está *obligado* a ejecutar esa bendición como si nosotros pudiésemos darle órdenes. Pero por otra parte, desde que conocemos la naturaleza amante y benigna de Dios, es perfectamente válido imaginar que a no ser que operen otros factores que desconocemos o no controlamos, lo más probable es que Dios honre esas palabras. Porque son palabras que sabemos que le agradan por cuanto él mismo nos instruye bendecir y no maldecir.

Las palabras de bendición no tienen un efecto solamente sobre el oyente ni solamente en aquellos aspectos de la realidad y el futuro que solo Dios determina. Afectan también cómo la persona que las *pronuncia* entiende la realidad. El ser humano tiene una tendencia importante a ser coherente. Nos es habitual ajustar nuestras convicciones a lo que nos oímos a nosotros mismos decir y defender en público. Quien insista a todo el que le quiera oír que el Barça es el mejor equipo del mundo, aunque al principio no esté del todo convencido se acabará por convencer. Nuestras palabras de bendición, entonces, afectan también cómo nosotros trataremos a la persona bendecida, por cuanto en el propio acto de pronunciar esa bendición nos persuadimos nosotros mismos de su verdad. Si digo: «La paz y la misericordia y el honor y la gracia de nuestro Señor descansen sobre ti», voy a ver con otros ojos a la persona sobre la que he dicho eso. La voy a tratar pacíficamente, con misericordia, la honraré y la veré con gracia. Y si otros me ven tratarle así, es muy posible que ellos también lo hagan. Y así sin siquiera darme cuenta, he echado a rodar la bola de nieve de bendición. Bendición que en última instancia dependerá del Señor, naturalmente, pero que muchas veces necesita también de nuestra complicidad humana.

—Adios, cariño. Me voy a la compra.

—Hasta luego. Que Dios te bendiga.

Este tipo de intercambio es mucho más que palabras. Nadie de tu familia debería conseguir salir de casa sin tu bendición. Y

si alguien se te escapa sin saludar, que tu bendición —pensada en silencio— le persiga hasta alcanzarle. Porque las bendiciones pueden transformar la vida de cualquier familia.

**bienaventuranza** — Término empleado para describir los aforismos de Jesús, en Mateo 5,3-12, al comienzo del Sermón del Monte. También sirve para los mismos efectos el término «macarismo», por la palabra *makárioi* que emplea el original griego del evangelio.

*Makárioi* ha sido traducido diversamente por las diferentes versiones en español del texto de Mateo: «bienaventurados», «dichosos», «felices». También valdrían, tal vez, las siguientes traducciones: «afortunados», «benditos», «envidiables». Si bien cuando se traduce un texto es necesario escoger un término entre todos estos, lo ideal sería pensar en todos a la vez para hacernos idea del abanico de significado del vocablo griego.

¿Qué clase de aforismo tenemos en las bienaventuranzas de Jesús en el Sermón del Monte?

Hay una tendencia a verlos como mandamientos. El efecto sería, tomando el primero como ejemplo: «Tenéis la obligación imperativa de haceros “pobres en espíritu”; porque si no, Dios os castigará excluyéndoos del reino de los cielos».

Pero esta bienaventuranza no está expresada en las palabras de Jesús como mandamiento y amenaza de castigo. Está expresada como una observación sobre realidades ocultas, sobre principios espirituales que operan en la humanidad aunque no reparamos en ellos. Quienes están en la condición de ser «pobres de espíritu» (y habría que entender qué significa eso), ya poseen hoy («es de ellos», dice Jesús) «el reino de los cielos» (y esto también habría que entender qué es lo que significa). Entre otras posibilidades, yo propondría la siguiente traducción del versículo: *Dichosos los que están desanimados, porque se están dejando gobernar por el Señor.*

No es un mandamiento; es una observación.

Pero como sucede con todas estas bienaventuranzas, es una observación de realidades ocultas, que no son obvias a primera vista. Hace falta entender, como entiende Jesús, que este infortunio esconde una bendición divina, un favor de parte de Dios, un motivo último de felicidad aunque ahora cunda el desánimo. Para entenderlo así, sin embargo, hace falta un discernimiento que ve más allá de la superficie de las cosas.

Para esto hace falta sabiduría. El concepto de sabiduría, de la sabiduría especial de Jesús para entender lo que no resulta obvio, es indispensable para comprender de manera cabal la naturaleza de las bienaventuranzas. Es, de hecho, la clave para comprender todo el Sermón del Monte, que aunque trae mandamientos, tiene mucho más de «discurso de sabiduría» que de enumeración de disposiciones legales.

Mateo no alude directamente al concepto de Jesús como «sabio» en Israel, aunque sí observa que la gente le daba el tratamiento de «rabí». Un rabino no era cualquiera; era necesario conocer hondamente los textos sagrados de Israel y la rancia tradición de interpretación de los mismos, para alcanzar esa distinción y ese tratamiento honorífico.

El evangelio de Juan, sin embargo, va más allá, para vincular expresamente a Jesús con el concepto bíblico de «sabiduría». El «prólogo filosófico» con que arranca Juan para hablar de la Palabra preexistente y la Luz que alumbra al mundo y que al fin se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros —para referirse así a Jesús— recuerda en muchos particulares el discurso de «Doña Sabiduría», que en Proverbios 8 se planta junto al camino para anunciar sus virtudes. Se proclama primerísima entre las obras del Creador, sin la cual no hubiera podido crear ninguna otra cosa, arquitecta de toda la creación. Esto es lógico. ¡A ver cómo se las iba a apañar para crear el universo Dios, si lo intentaba hacer con estupidez o ignorancia! Ahora Juan emplea los mismos términos de preexistencia antes de la creación y participante esencial de la creación, para referirse a la Palabra.

Es evidente que en la mente del evangelista, Sabiduría y Palabra son la misma cosa; mejor dicho la misma persona: Jesús el Hijo.

Es desde esta tradición entonces, donde se ve a Jesús como encarnación de la Sabiduría divina, que hemos de entender el tipo de aforismo que son las bienaventuranzas y el Sermón del Monte entero.

El reto para nosotros hoy, entonces, es intentar alcanzar a captar y comprender la visión magnífica que tiene Jesús de las realidades ocultas del universo creado por Dios. Un universo donde los deprimidos se están dejando gobernar por Dios — aunque no lo parezca—. Donde los que hoy lloran no llorarán mañana, porque Dios ha hecho este mundo de tal manera que la tristeza se disipe con el tiempo. Donde los mansos heredarán la tierra, aunque eso parezca un contrasentido y un absurdo. Etc., etc., realidades que solamente la sabiduría eterna de Jesús podía revelarnos.

**blasfemar, blasfemia** – Hablar de manera irrespetuosa o irreverente sobre Dios, expresarse soez o escandalosamente con referencia a Dios; profanación, con palabras, de lo que es sagrado.

Es un término que deriva directamente del griego, donde es una combinación del verbo *bláptō* (turbar, trastornar; hacer daño, lesionar, perjudicar, herir) y *fēmē* (dicho, palabra, lenguaje; fama, reputación). Aunque en griego podía significar sencillamente «difamación» o «maledicencia», en la Biblia y en el lenguaje corriente hoy día se emplea con referencia a la Deidad y en general a todo lo que es sagrado o propio de la religión.

En la versión griega del Antiguo Testamento este término aparece unas pocas veces. En 2 Reyes 19,4, por ejemplo, se describe así el discurso del Rabsaces enviado por el soberano asirio, cuando insta a los defensores de Jerusalén a rendirse, por cuanto ningún dios ha podido proteger a sus adoradores del asedio asirio, y el Dios de los judíos tampoco podrá —según

opina el Rabsaces—. En Daniel 3,29, al contrario, el rey Nabucodonosor, después de ver cómo se salvan del horno de fuego Sadrac, Mesac y Abednego, ordena que cualquiera que injurie al Dios de los judíos será descuartizado.

Isaías profetiza que llegará una nueva era de redención para Israel, cuando serán traídos del cautiverio babilónico y restaurados a Jerusalén, la ciudad santa. Considera que por motivo de la derrota y el exilio de los judíos, el Señor mismo está sufriendo un desprestigio inaceptable. En lengua hebrea pone (Is 52,2): «[...] constantemente, cada día, mi nombre sufre descrédito». La versión griega pone: «[...] por vuestra causa mi nombre es blasfemado continuamente entre las naciones».

Pero es en el Nuevo Testamento donde aparece regularmente este término.

En los evangelios los escribas acusan a Jesús de blasfemar —es decir, hablar impíamente o sin respetar adecuadamente a Dios— cuando declara el perdón divino al paralítico que han traído sus cuatro amigos. Y en el juicio a Jesús, es el sumo sacerdote quien acusa a Jesús de blasfemar cuando responde afirmativamente a la pregunta de si es el Mesías, el Hijo de Dios (Mt 26,63).

Jesús dice (Mr 3,28-29) que cualquier pecado de blasfemia que pueda pronunciar una persona puede ser perdonado, pero no el pecado de blasfemar contra el Espíritu Santo. Aquí es importante entender el contexto donde Jesús dice algo tan tajante. Los escribas que habían llegado desde Jerusalén alegaban que Jesús echaba fuera demonios por arte de Belcebú (entiéndase Satanás). Jesús primero explica la incoherencia e imposibilidad de que el príncipe del mal exorcizase el mal, pero después añade su advertencia contra blasfemar contra el Espíritu Santo.

Lo que parece haber en juego aquí es la incredulidad de fondo que llevó a los escribas a decir cosas que Jesús interpretó como insultos contra el Espíritu de Dios. Dios está presente y actúa con actos sobrenaturales de liberación. Pero los escribas, por sus ideas preconcebidas y ceguera espiritual, no eran capaces de verlo sino que, al contrario, pensaban que todo lo bueno que



estaba pasando venía del diablo y era de suyo perverso y maligno. Naturalmente, siempre que se mantuviesen tozudamente en esa incredulidad y ceguera espiritual, jamás serían capaces del arrepentimiento que es la condición necesaria para ser perdonados. Pensaban estar criticando a un hombre —Jesús— pero donde el Espíritu Santo estaba expresando el poder y la buena voluntad de Dios, ellos entendían estar actuando el diablo.

Así que el problema de fondo no eran las palabras desafortunadas que habían dicho, sino la incredulidad tozuda y la ceguera espiritual de fondo que les llevaba a pensar así y que, si no cambiaba, haría que les fuera imposible arrepentirse y pedir y recibir perdón.

El apóstol Pablo da un giro interesante al versículo de Isaías que ya vimos. Alega que es por la hipocresía de los judíos de su propio día que Dios está sufriendo desprestigio, no por la derrota militar de su nación. Según Pablo, sus correligionarios se creían justificados por el solo hecho de la circuncisión, pero sus valores y conductas no estaban siendo todo lo ejemplares que debían ser para prestigio del Señor Dios de Israel.

No conviene usar este texto como arma arrojada contra los judíos, por cuanto el mismo argumento se podría volver muy fácilmente contra cualquiera de nosotros los cristianos. ¿Pensamos, acaso, que con alegar una «conversión personal» y fe irrefragable en la sangre de Jesús, es suficiente para el prestigio del Señor? ¿Y qué pasa si nuestras vidas testifican contra nosotros —y contra nuestro Dios— que somos miserables, egoístas, envidiosos, tacaños, insolidarios con los que sufren discriminación y marginación, etc.? ¿En qué se queda entonces el prestigio de nuestro Dios?

¡Librenos Dios de que nuestras vidas sean motivo de que sea blasfemado el nombre del Señor!

**buscar (al Señor, a Dios)** — Expresión que indica un anhelo de sentir que Dios está presente, conocer su voluntad, experimentar su poder.

La expresión aparece en diferentes libros de la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento. Donde la idea de «buscar al Señor» aparece con mayor frecuencia es en los libros de Crónicas y Salmos. En el salmo 27,8 tenemos la variante de buscar «el rostro» del Señor, un término hebreo que frecuentemente significa su «presencia», así como en castellano *carearse* con alguien es tener un encuentro en persona (no desde lejos ni por medios electrónicos), a menudo para resolver un problema.

Salmo 105,3 merece que se cite íntegramente: *Buscad al Señor y su poder, buscad su rostro*. ¿Significa algo diferente buscar «al Señor», que buscar «su poder» o buscar «su rostro»? Probablemente no. Aunque buscar «el poder» de Dios pareciera llevarnos a manifestaciones exteriores sobrenaturales, a poco que pensemos en ello nos damos cuenta que el poder (libertador, milagroso) de Dios solo se experimentará como un aspecto de experimentar su cercanía y «presencia». Y por otra parte, no es menos poder de Dios el poder de consolación, el poder para resistir la tentación o aguantar la persecución, o para perdonar al enemigo. El «poder» de Dios no está limitado a lo espectacular, sino que es especialmente característico que se exprese en estas otras formas más discretas.

Me parece interesante que la idea de buscar a Dios aparezca con especial frecuencia en dos libros cuya redacción fue especialmente tardía: Crónicas y Salmos. Esto me hace considerar que la experiencia del exilio babilónico y la dispersión entre las naciones seguramente marcó hondamente la espiritualidad de Israel.

En generaciones anteriores, no parece que fuera habitual «buscar al Señor» en un sentido interno, de sentimiento religioso intenso. Si acaso el Señor se presentaba inesperadamente a una mujer, por medio de un ángel, para anunciarle que tendría un hijo especial. O se aparecía a Abrahán o a Moisés o a cual-

quiera de los profetas cuando al Señor le parecía conveniente. Más que una búsqueda, esos episodios de la antigüedad de Israel parecen una sorpresa, una visita inesperada.

La gente entendía que Dios estaba presente en las tormentas, en las victorias militares ante enemigos más poderosos que ellos, en la renovación de la naturaleza con la primavera, en la mies abundante... Más que buscar, lo que se dice buscar, el pueblo de Israel estaba citado para encontrarse con Dios en las festividades anuales de peregrinación a Jerusalén.

En Deuteronomio 4, sin embargo, viene un párrafo que explica cómo es que después del exilio babilónico hubiese esa intensificación del concepto de buscar a Dios.

*Quando [...] os hayáis corrompido haciéndoos ídolos y todo tipo de imagen, actuando perversamente contra el Señor tu Dios, contrariándole, invoco por testigos hoy a cielo y tierra que sufriréis terrible destrucción fulminante, expulsados de la tierra que estáis por poseer cuando crucéis el Jordán. [...] Os dispersará el Señor entre los países y apenas quedaréis unos pocos entre las naciones donde os expulsará el Señor. [...] Entonces desde allí buscaréis a tu Dios y se dejará encontrar, por cuanto lo buscarás de toda voluntad y con todo tu ser. En tu aflicción, cuando te sucedan todas estas cosas, por fin volverás al Señor tu Dios y oirás su voz... (Dt 4,25-30).*

En el Exilio babilónico, y en la dispersión entre las naciones que sufre Israel hasta el presente, el pueblo de Dios profundizó, efectivamente, su forma de experimentar la presencia de Dios. Una presencia de Dios como algo que se busca porque no es automática; una presencia diferente a lo que se siente, por ejemplo, en la admiración por las fuerzas de la Naturaleza o en el jolgorio de las romerías.

Jesús dijo en cierta ocasión: «Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán». Aunque no lo dice expresamente, puede que lo que quiso decir es «buscad *al Señor* y lo encontraréis».

Pero sospecho que no.

Y es que en el Nuevo Testamento «buscar a Dios» no es una idea típica. Más típico del Nuevo Testamento es la idea de que el Espíritu Santo ha sido derramado en los que siguen este camino, los discípulos fieles de Jesús. El Espíritu Santo está presente y vivo. Ha adoptado nuestros cuerpos como su vivienda, su templo, y desde aquí dentro se hace notar y sentir siempre que seamos sensibles a esa presencia. No hace falta buscarlo, entonces, porque está aquí mismo, en cada uno de nosotros. Lo que hay que hacer, eso sí, es disfrutar plenamente de esa presencia. Y hacerle siempre caso, que por eso es Dios y Señor.

De todas maneras, y en particular por influencia de los Salmos en la espiritualidad cristiana, siempre acabaremos echando mano de la frase «buscar a Dios» para referirnos a una intensificación de nuestra disposición a oír a Dios y hacerle caso.

**Canaán, cananeos** — Tierra y población autóctona del territorio de Israel y Judá.

La costa oriental del Mediterráneo está claramente dividida entre el norte y el sur. En el norte el terreno montañoso llega hasta la costa en el Monte Carmelo, dejando poco o ningún espacio llano donde desarrollar la agricultura con cierta comodidad y aprovechando las lluvias que llegan desde el mar.

La Biblia conoce el Líbano más que nada como bosques de donde les llegaban las vigas para sus construcciones más importantes. Allí la rugosidad de la costa ofrece notables puertos naturales y la población de esta región se dedicó muy especialmente al comercio marítimo. Conocidos como «fenicios», establecieron colonias tan distantes como España.

En la mitad sur, sin embargo, en lo que es hoy Israel, las cadenas de montes y colinas se separan notablemente de la costa, dejando regiones —la llanura costera o Sarón, la Sefelá, el Valle de Jezreel— relativamente llanas y bien regadas por la lluvia. Allí

se pudo desarrollar notablemente la agricultura y se establecieron las principales ciudades de los «cananeos».

Según circunstancias cambiantes, las presiones de sobrepoblación de las llanuras o bien el estrés producido por guerras entre las ciudades cananeas, podía dar impulso a establecerse en el Alto Canaán, entre la llanura costeña y el valle del río Jordán. En el período anterior a los relatos bíblicos, el Alto Canaán se deforestó y los métodos de agricultura empleados fomentaban la erosión; de manera que esos períodos de población más o menos intensa se alternaron con siglos enteros de relativo abandono mientras la tierra se recuperaba. Es en el Alto Canaán donde se establecieron las tribus de Israel y Judá.

Un dato esencial para el desarrollo de Canaán es su dependencia cultural, material y política de Egipto. Egipto siempre reconoció la importancia de mantener el control de este territorio por su importancia para el comercio, así como su utilidad como primera frontera de choque ante invasores procedentes del norte.

El colonialismo egipcio no se producía con la presencia permanente de tropas sino por un sistema feudal donde los reyes de las ciudades cananeas (cada ciudad tenía su propio rey) reconocían la supremacía egipcia. A la vez, los reyes competían constantemente entre sí por tierras, privilegios y dominio. La realidad prácticamente permanente de guerras, con alianzas siempre cambiantes entre unas ciudades y otras, impedía que surgiese un claro dominador que pudiera rivalizar con la corona egipcia. De hecho cuando un rey se hacía demasiado fuerte los demás apelaban a la intervención de la metrópoli, que restauraba el equilibrio feudal.

Los vasallos cananeos recibían el reconocimiento del Faraón, que legitimaba sus aspiraciones locales. A cambio llegaba a Egipto procedente de Canaán tributo en metales, madera, trigo, cebada, aceite de oliva, vino... Los vasallos también acogían el ejército faraónico en sus campañas hacia el norte, aportando carros de combate y guerreros altamente experimentados por el

constante combate local; y probablemente mano de obra forzada del campesinado cananeo.

En cuanto a cultura, lengua y religión, sin embargo, la conexión más directa de los cananeos es con los fenicios al norte; incluso con los hititas mucho más al norte, en lo que es hoy Turquía. El descubrimiento arqueológico de la ciudad de Ugarit, al norte de Tiro, ha brindado una fuente importante de información acerca de la mitología que podía ser más o menos corriente entre los cananeos e israelitas.

El mundo de los cananeos tenía, entonces, dos ejes principales. Por una parte la guerra como una constante; y los reyes como «señores de la guerra» cuyo poder se sostenía tan solamente por su belicosidad permanente. Por otra parte la explotación sin contemplaciones del campesinado, que mantenía con su trabajo y los productos de su tierra a toda esa extensa capa social de guerreros que nada útil producían sino más bien, con sus constantes campañas militares, arrasaban y asolaban sus campos y embargaban sus alimentos por la presunta excepcionalidad propia de la guerra. La religión —el sacerdocio mantenido por los reyes— legitimaba todo este expolio predicando la natural superioridad de la nobleza militar a la que los dioses mandaban someterse sin rechistar.

Podría cuestionarse este panorama tan generalizado, para tantos siglos, que se suele proyectar a partir de correspondencia de la corte egipcia con los reyes cananeos en el siglo XIV a.C. Sin embargo las excavaciones arqueológicas arrojan el dato espeluznante de que todas las ciudades cananeas sufrieron una destrucción masiva y total más o menos periódica, para ser reconstruidas a la postre, bien por sobrevivientes o por otros pobladores que venían a explotar sus tierras abandonadas.

En la Biblia, la población autóctona cananea es vista con repugnancia por su idolatría y sus costumbres contrarias a la instrucción divina del SEÑOR. A la vez, paradójicamente, los relatos bíblicos indican que una proporción elevadísima de los antepasados de los israelitas habían sido cananeos. Es evidente,

entonces, que Israel estaba compuesta en gran medida por cananeos. Convertidos al Señor en el mejor de los casos; aunque muchos israelitas nunca dejaron de ser hondamente idólatras.

### **Cena del Señor** — Ver *Comunión*.

**cielo** — Con pocas palabras de nuestro vocabulario cristiano se nota tanto el peso de los siglos transcurridos desde los tiempos bíblicos, como con el concepto de «cielo». Bien es cierto que hoy día también podemos emplear frases como «Padre nuestro que estás en los cielos» o «Mamá ya nunca volverá: se ha ido al cielo» o «Cuando Cristo vuelva en gloria subiremos al cielo con él». Sin embargo es difícil —para mí, confieso que imposible— recuperar el sentido literalista con que antes se decían estas cosas. Pesan demasiado sobre nuestra mente ya no el sistema planetario de las matemáticas claras de Newton sino el universo posterior a Einstein con singularidades, agujeros negros, tiempo que pasa de diferente manera según a qué velocidad te mueves, galaxias distantes en tiempo y espacio...

Es tan fuerte la impresión que deja sobre nosotros el conocimiento del cielo como espacio material y de retroceso en el tiempo, que queda poco o nulo lugar —salvo como metáfora de realidades inefables— para hablar del cielo como lugar espiritual, lugar divino, morada de Dios y de ángeles y de personas como Enoc o Elías, que subieron ahí en carne sin morir por su especial santidad y relación con Dios.

El cielo se nos funde también en la mente con la idea del Paraíso —el Edén perdido— que sin embargo según el Génesis no estaría «arriba» sino aquí abajo en algún lugar de la Tierra. Toda la geografía y cosmología astronómica de la antigüedad, tan apta para infundir esperanza y ánimo y confianza a otras generaciones, se nos queda reducida a metáforas de consolación. Y hemos salido perdiendo.

En el mundo donde vivió Israel y se escribe nuestro Antiguo Testamento, el cielo es donde vivían los dioses, que eran más o

menos lo mismo que los astros. Los dioses podían materializarse en sus ídolos en cada uno de los templos donde eran adorados sin por ello abandonar el cielo, por cuanto podían estar en ambos lugares a la vez. Mientras que en el mundo de los romanos cuando se escribe el Nuevo Testamento, los astros y constelaciones eran también dioses y toda una configuración de seres espirituales y también —según creían algunos— las almas de los difuntos. Los cielos se numeraban a veces en capas esféricas alrededor de la tierra.

El Apocalipsis de Juan es curiosamente «astrológico». Las batallas entre estrellas de distinto signo en el cielo (el arcángel Miguel y sus ángeles contra el Dragón y los suyos, Ap 12) son esencialmente otro aspecto de conflictos que se viven aquí en la tierra. Los veinticuatro tronos y ancianos que rodean el trono celeste (Ap 4,4) serían las 24 constelaciones que, según se creía, gobiernan cada una de las 24 horas del día y la noche terrestres.

Cuando el salmista afirma que el cielo declara la gloria del Señor o que el sol y la luna y todos los astros del cielo cantan sus alabanzas, esto era mucho más que lenguaje poético de singular belleza. Era una declaración de la soberanía del Señor sobre toda la multitud innumerable de seres espirituales que poblaban el cielo y desde allí influían en la vida de los mortales.

¿Qué hemos de pensar en el siglo XXI sobre el cielo, entonces?

Desde luego, sumarnos a los supersticiosos que hasta el día de hoy se creen que las constelaciones determinan el curso de nuestras vidas no parece en absoluto recomendable. Sea lo que sea ese cielo donde vive Dios, según el Nuevo Testamento él vive también en nosotros, tiene su templo en nuestro interior. Pero aunque «llenos» de su Espíritu, que vive en nosotros, ninguno podemos contener a Dios; habrá que aprender entonces a ver también a Dios en el prójimo, en todo aquel que se deja inspirar para el bien y la misericordia y el perdón y la generosidad.

Y en cuanto a lo que hay más allá de la muerte, «el cielo» no deja de ser un concepto maravilloso para describir nuestra seguridad y confianza de que Dios nos recibirá al otro lado cuando



aquí hayamos cesado. Nos recibirá con amor y generosidad y gracia y perdón. Mucho más que la idea de calles de oro en un cielo material, a mí siempre me ha emocionado esa imagen de Dios como madre que enjugará nuestras lágrimas y nos estrechará contra su pecho, brindándonos esa consolación infinita que nos hará olvidar cualesquier malos tragos hayamos padecido. Metáfora también, en fin; aunque sigo convencido que detrás de estas metáforas bíblicas hay realidad eterna de consuelo impar.

**comuni3n** [Ver también *Comuni3n*.] — La propia estructura de esta palabra en castellano, ya encierra en sí misma casi todo lo que podríamos decir acerca de este concepto: Se trata de tener cosas *en com3n* y v3nculos de *uni3n*.

El t3rmino griego —que a veces hallamos mencionado en sermones o escritos cristianos— es *koinon3a*. No entiendo muy bien por qu3 algunos dan preferencia a esta palabra griega como si encerrara profundidades que no caben en nuestro t3rmino castellano *comuni3n*. La lengua griega que se hablaba en tiempos del Nuevo Testamento era conocida como *koin3*, que ven3a a significar m3s o menos: *com3n*, *corriente*, *popular*, *vulgar* —es decir, el griego tal cual se hablaba en la calle, que no la lengua florida de las grandes obras literarias del griego cl3sico—. Ese sentido de popularidad indiscriminada —tal vez incluso vulgaridad, en el sentido de que era como se expresaban las clases m3s inferiores, los esclavos y pobres y campesinos— es importante cuando ese adjetivo, *com3n*, se vuelca en sustantivo: *comunidad* o *comuni3n*.

La *comuni3n* no admite entonces distingos de clases sociales, de fortuna y poder adquisitivo. La *comuni3n* no es —no puede ser— elitista por cuanto viene a constituir precisamente todo lo contrario del elitismo, siendo de naturaleza la uni3n desde las bases, desde lo m3s com3n. En la *comuni3n* el 3ltimo y el primero son iguales. En la *comuni3n* todo valle es levantado y

toda cima derribada y todo lo torcido se endereza, como para allanar el camino del Señor.

En la comunión los que Dios pone como nuestros líderes en la iglesia no tienen el tratamiento de «padre» ni de «reverendo». En la comunión el pastor jamás olvida que antes de ser pastor fue y siempre será una oveja de ese mismo rebaño que ahora le ha sido encomendado.

En la comunión, cuando ciertos hermanos o hermanas «difíciles» les bajan el copete a los «ancianos», no son descalificados como insumisos sino que lo que dicen se toma en consideración. Y si llevan la razón se admite. Pero si no, tampoco son ellos más que nadie como para que sea obligado hacerles caso —porque las reglas de la comunión son las mismas para todos, y no por ser «el último» ha de sentirse nadie ser «el primero».

En la comunión pesa más lo que nos une que lo que nos distingue o separa o divide. En la medida que va adquiriendo mayor peso lo que nos separa, en esa medida exacta va desapareciendo la comunión, hasta que Pablo es capaz de exclamar: «¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Qué comunión la luz con las tinieblas?» (2 Co 6,14). Esto es reconocer que la comunión no es un valor absoluto, o en sí misma, sino que en cada situación es menester considerar si la comunión es posible y necesaria. Porque tanto se yerra estando en comunión con quien no procede, que negándosela a quien la merece.

En nuestra tradición menonita (o *anabautista*, para quienes prefieran ese término) la comunión ha sido uno de los bienes espirituales más valorados y más celosamente guardados de toda la vida cristiana. Quien estaba en comunión se sentía seguro, sabiendo confirmado por el trato fraternal de sus hermanas y hermanos, el testimonio de su vida ante Dios y los hombres. Llamarnos unos a otros «hermanos» no era mera formalidad ni artificiosidad religiosa, sino que expresaba a la perfección los sentimientos de vinculación familiar que nos unen.

Si estar en comunión con la iglesia se valoraba en nuestra tradición como la más encumbrada de las virtudes, que daba fe de nuestro buen testimonio entre nuestros hermanos y hermanas, perder la comunión era hondamente traumático. Declarar a alguien fuera de la comunión de la congregación era un paso terrible, jamás tomado a la ligera. Era una última medida de desesperación mediante la cual la iglesia entera intentaba apelar a la conciencia del hermano o la hermana cuyos pasos se habían extraviado del camino estrecho, para que enmendara sus pasos y volviese con humildad al Señor y a la Iglesia del Señor.

Tan traumático resultaba esto para los que se veían privados de comunión, que ha acabado por ser un tópico —en aquellos países donde residen números importantes de menonitas o de menonitas ámish— la severidad y rigor de nuestra disciplina eclesial. Pero a mi parecer personal, la *comunión* solo puede tener su sentido pleno, en la medida que contrasta claramente con lo que es verse privado de ella. Las actitudes inquisitoriales y soberbias adolecen de falta de amor y son por tanto indignas del evangelio. Pero la manga ancha y barra libre para cualquier tipo de conducta en la iglesia tampoco es comunión cristiana. Se empieza tal vez con *comunión*, pero al final se acaba bajando el listón al menor *común* denominador, donde da lo mismo ser un pecador redomado que se ríe de todo lo sagrado, que estar deseando agradar a Dios.

**Comunión** (Santa Cena, Cena del Señor, Eucaristía) — En la tradición menonita o anabautista no existen «sacramentos», un término que no viene en la Biblia, sino «ordenanzas», es decir actos rituales que ordenó celebrar nuestro Señor Jesús. Estos son: el bautismo, la Comunión, y el Lavatorio de pies. Tradicionalmente entre nosotros, se ha celebrado el Lavatorio de pies en la misma reunión cuando se toma la Comunión, por cuanto aparecen con esa vinculación en Juan 13.

En las iglesias evangélicas está mucho más difundido referirse a la Comunión con las expresiones «Santa Cena» y «Cena del

Señor», que son términos perfectamente descriptivos del sentido conmemorativo que tienen, de la última cena del Señor con sus discípulos. El término Eucaristía es más frecuente en iglesias con un hondo sentido litúrgico: es una castellanización de la palabra griega que significa «agradecimiento», «acción de gracias». También está muy difundida en tales iglesias la palabra Comunión para designar este acto, y esta ha sido la palabra preferida tradicionalmente también en las iglesias menonitas.

En la Comunión (y con la mayúscula indicamos el uso de esta palabra para designar el acto litúrgico ordenado por nuestro Señor Jesús) celebramos comunión a dos niveles.

En primer lugar tenemos la comunión entre nuestro Señor Jesús y nosotros, las personas que somos sus discípulos por decisión personal y voluntaria, decisión que hemos señalado expresa y públicamente mediante el bautismo. Mediante el bautismo, como lo explica el apóstol Pablo, hemos muerto al viejo «yo», haciendo nuestra la muerte de Cristo en la cruz y sepultando nuestra vida e identidad anterior en las aguas; y al emerger del agua hemos resucitado juntamente con Cristo, haciendo nuestra su resurrección, para vivir de ahora en adelante con una identidad nueva, la que tenemos en común con Cristo, como parte de su Cuerpo, que es la iglesia.

En el rito de la Comunión, entonces, revalidamos y actualizamos otra vez esa comunión inseparable entre la identidad de Cristo y nuestra identidad como miembros de su Cuerpo, la iglesia, para vivir por él y para él y en el poder de su perdón y su gracia.

Al ingerir el pan y el vino, símbolos potentes de la carne y sangre de Cristo, que penetran por la circulación de la sangre hasta cada célula de nuestros cuerpos, volvemos a tomar conciencia de esa identidad compartida con nuestro Señor. Recordamos una vez más que nuestros cuerpos son extensión del suyo y por consiguiente, nuestros actos han de ser extensión de los suyos, nuestras obras ya no nuestras, sino parte de la presencia y testimonio del Señor en el mundo.

Esta comunión entre Cristo y nosotros no puede jamás, en absoluto, ser individualista. No es una comunión entre Cristo y «yo», sino entre Cristo y «nosotros». Es este, entonces, el segundo nivel de la comunión que expresamos mediante la Comunión: la comunión entre todos nosotros que en este instante y lugar constituimos el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, esta congregación particular de los elegidos de Dios.

Nadie constituye él solo o ella sola, sin otros, el «cuerpo» de Cristo. Mi cuerpo personal mío no es lo mismo que el cuerpo de Cristo. Gloria de sobra tengo con ser un miembro de un todo, un miembro de este cuerpo constituido por todos nosotros.

En las instrucciones con que en 1 Corintios 11 el apóstol Pablo corrige los defectos de las formas que seguían aquellos cristianos al celebrar este rito, aprendemos que «discernir el cuerpo de nuestro Señor» significa discernir ese vínculo entrañable, esencial, imprescindible, entre los miembros de la comunidad cristiana que se reúne para esta celebración. Si se pretende una comunión espiritual con Cristo que no tenga expresión solidaria y vinculante como comunión entre los hermanos, se desvirtúa lo que viene a expresar el rito; hasta tal extremo que Pablo no duda en atribuir a tamaño error, la existencia de debilidad, enfermedades y hasta muertes en la comunidad.

Si de verdad estamos unidos a Cristo, si de verdad nuestra identidad desde nuestro bautismo es una identidad compartida con Cristo, es obvio que esa identidad compartida lo es también con cada miembro de la comunidad. No que tenga que serlo, sino que lo es.

No solamente entre nosotros como iglesia local o como expresión puntual, en este lugar y hora, de la comunión entre los miembros del Cuerpo de Cristo, su Iglesia. El Cuerpo de Cristo se extiende por todo el mundo y por todas las eras. Nuestra comunión es con todos aquellos que en todas partes han fusionado su identidad con la de Cristo y han sido constituidos tan miembros de su Cuerpo como lo podemos ser nosotros. Y se

extiende a lo largo de los tiempos, desde aquellos primeros discípulos en Galilea y en Jerusalén hasta nosotros hoy, y hasta aquellos que ocuparán nuestro lugar en los siglos del futuro.

**confianza** — Una sentimiento de seguridad y tranquilidad con respecto a la posibilidad de evitar lo que se considera negativo, perjudicial o desagradable. El mismo sentimiento de seguridad y tranquilidad en cuanto a alcanzar o seguir disfrutando de lo que es positivo, agradable o placentero.

La Biblia contrasta dos clases de confianza, una falsa y otra verdadera.

La confianza falsa —que podríamos describir como *hacerse ilusiones, pensarse seguro* (pero por torpeza, ignorando peligros inminentes y desastres que están por suceder)— es la que se produce de dos maneras. Puede ser confianza en las cosas: confianza en las riquezas y posesiones, en obtener una buena cosecha del campo; confianza en las murallas de la ciudad, en carros y caballos (un ejército potente), en la habilidad para engañar a la gente y sacar ventaja. Puede ser también confianza en personas que prometen proteger y proveer: confianza en el rey o los nobles, confianza en diversos dioses a quienes se encomiendan típicamente los idólatras paganos.

Pero la confianza que instruye y recomienda la Biblia es confianza en Dios —el Dios verdadero, el Señor de Israel—.

Es enorme en la Biblia ese contraste entre una forma de confianza y otra.

Las personas, especialmente la clase dominante que gobierna, no dan jamás la talla. Prometen pero no cumplen. (De lo cual sabemos algo los españoles con nuestra clase política.) Si no cumplen no es necesariamente porque no quieran o porque engañen y mientan —aunque también— sino porque *no pueden*. Las cosas siempre se les acaban escapando de las manos, son más complicadas de lo que se figuraban, hay siempre otros factores que no habían tenido en cuenta... Su discurso con que se presentan es de poder, capacidad y eficacia, dominio y

autoridad; pero la realidad es que es muy poco lo que dominan, su autoridad es mucho más limitada de lo que se figuran, su poder también. Una crisis internacional que desemboca en guerra o invasión enemiga, uno o varios años seguidos de malas lluvias y pésimas cosechas, impuestos demasiado severos que ahogan la economía de la que se sostienen y de cuyos ingresos dependen... y todo se les viene abajo como un castillo de naipes.

Las cosas —y el mensaje bíblico es que especialmente las riquezas— tampoco brindan la seguridad que les atribuimos. Esta es una realidad que tienen que volver a descubrir las personas de cada generación. El dinero es traicionero; así como llega se puede esfumar. Los bienes, propiedades y cosas adquiridas también. Nos creemos seguros y confiamos en tener previsto un futuro tranquilo, con unas inversiones prudentes y pensiones de jubilación suficientes... y cualquier crisis económica que empieza tontamente en algún lugar remoto del mundo puede acabar con todas las previsiones y dejar a toda una generación de todo un país en la ruina.

La Biblia entera nos exhorta confiar, sí, confiar desde luego, pero confiar... en Dios. Encomendarle a él nuestro presente y nuestro futuro, nuestra prosperidad y nuestra vida. Esta vida y la que haya después de la muerte. Nuestra economía, nuestra casa, nuestra familia, nuestra seguridad en los viajes y protección de accidentes y tragedias, en medio de guerras y el derrumbe de sistemas económicos enteros de alcance mundial. Confiar en Dios. Confiar siempre en Dios, solamente en Dios. No hay otra seguridad que la que Dios ofrece. No hay otro futuro que el que nos quiera dar él. No hay pan mañana si no lo da él, no importa qué otras previsiones hayamos hecho ni cuánto acopio de bienes. No hay que no te diagnostiquen un cáncer terminal mañana si Dios no te sigue concediendo salud. No hay librarte de la muerte a no ser que él quiera que sigas vivo.

Se puede vivir seguro, tranquilo, en calma y paz interior, sin miedo del mañana. ¡Claro que sí! Pero no por confiar en que no

nos pase nada de las muchísimas cosas malas que son posibles; ni tampoco por ilusionarnos de que sí nos pasarán las cosas buenas que soñamos. La confianza, tranquilidad y seguridad vienen de saber que pase lo que pase, Dios es nuestro Compañero Invisible, nuestra fortaleza, escudo y baluarte, nuestro fiel refugio en la tormenta y en la tribulación. Es él nuestra esperanza y alegría y una dicha tan honda que no hay palabras que lo describan. Es la nana tierna, melodiosa y maternal que arrulla nuestro acostarnos y nos permite dormir sin miedo; el gorjeo de las aves que nos despierta con felicidad por la mañana.

No hay otra seguridad, no hay otra confianza ni tranquilidad ni paz que la que nos viene de Dios.

Y es suficiente. No hace falta más.

**conversión** — La transformación de una cosa o persona, en algo que no era antes. El hierro de las minas se *convierte* en acero. Por la sed de venganza, una persona pacífica se puede *convertir* en un asesino. En particular para lo que nos interesa aquí, la *conversión* es el cambio de religión donde un cristiano se hace budista, por ejemplo, o un musulmán, cristiano.

En las iglesias evangélicas suele estilarse la presuposición de que todo cristiano evangélico ha de poder identificar un momento cuando «me convertí».

Es difícil, sin embargo, hallar ejemplos de conversión en la Biblia. Descartando el caso de Abraham, cuya conversión —si es que la hubo— fue de sedentario en nómada, la primera «conversión religiosa» que nos relata claramente la Biblia parecería ser la de Jacob en Peniel. Allí no es que cambie de religión, de adorar otros dioses a adorar ahora al Señor. Jacob en su lucha toda la noche con el «varón» que se le apareció, sufre una transformación importante en su identidad y en su manera de ser. Sale de la experiencia con otro nombre, Israel, con una cojera permanente, y ya sin el terrible defecto personal de manipular siempre a los demás para estafarles y sacarles ventaja.



Otros casos que por lo dramáticos en sus consecuencias personales podrían parecer una «conversión», resultan cuando se miran con mayor detenimiento, constituir el llamamiento a ser profeta. Moisés frente a la zarza que ardía y no se consumía, no es tanto que cambie de religión como que ha sido llamado a liderar a su pueblo como profeta, en diálogo permanente con Dios. Lo mismo podríamos decir del jovencísimo Samuel cuando oye la voz del Señor. También la visión del Señor que tiene Isaías en el templo de Jerusalén, las visiones de Ezequiel junto al río Quebar, el bautismo y la tentación de Jesús, o la visión de Saulo de Tarso en las afueras de Damasco.

En estos ejemplos y muchos otros, se trata de personas que ya se saben pertenecer plenamente al pueblo escogido de Dios y de hecho tienen un buen camino andado en relación con Dios; pero que ahora descubren que han de desenvolverse de una forma nueva, con consecuencias históricas. Todos ellos son transformados por estas experiencias; pero estas no constituyen en ningún caso el abandono de una religión por otra sino la intensificación personal de una devoción que ya profesaban.

Hasta la presunta conversión de gentiles en el Nuevo Testamento, tiene muchas veces un sentido igual de limitado al que habría que aplicar a cualquier judío que se acababa convenciendo que Jesús es el Mesías enviado por Dios para Israel. Esos gentiles normalmente ya estaban participando del culto en la sinagoga judía de su lugar, como extranjeros «temerosos de Dios». Aunque el seguimiento de Jesús seguramente intensificó el compromiso con Dios, tanto de los judíos como de esos gentiles, no suponía en un caso ni en otro un cambio de identidad religiosa.

Tenemos por lo menos dos casos claros de cambio de dios, cambio claro de identidad religiosa, bastante temprano en el relato bíblico. En ambos casos se trata de conversiones en masa, con todo lo problemático que resulta esto a la postre, cuando la multitud probablemente no sabe muy bien qué es lo que está haciendo.

Cuando Moisés llega a Egipto y empieza a promover el éxodo entre los esclavos, tiene que explicar quién es este Dios que repentinamente promete liberarlos. Algún tiempo más tarde la multitud de esos esclavos fugados pacta una alianza con el Señor en el Sinaí. Pero queda claro a la postre, que toda esa generación entendió muy poco y muy superficialmente lo que Moisés les estaba explicando.

Otra generación posterior fue llevada por Josué a pactar su alianza con el Señor frente a Siquén, en el territorio conquistado de Canaán. Josué les hace renunciar claramente a los dioses de sus antepasados, pero conforme avanza después el relato del libro de Jueces, nos damos cuenta que esa conversión en masa había sido también muy superficial. Ellos y sus descendientes siguieron adorando a los dioses que se suponía que habían renunciado, y entendían poco y mal lo que les exigía el Señor.

Más que promover el ideal de una conversión instantánea, la Biblia parece entender que la vida entera estará llena de cambios, transformaciones y conversión, con mucho retroceso mezclado entre los avances. Viviremos cambios a veces sorprendentes y rápidos, pero otras veces lentos, dolorosos, de difícil adaptación personal a los propósitos de Dios. Descubrimos así que los cambios más profundos suelen ser los más lentos; las transformaciones instantáneas, las más superficiales.

**corazón** — Órgano que bombea la sangre para que circule por todo el cuerpo. Desde una muy remota antigüedad, la gente viene observando que el corazón late de diferente manera si uno está tranquilo y en reposo, corriendo o haciendo algún otro esfuerzo, ansioso y nervioso, etc. Nuestros antepasados en los albores de la existencia humana, también notaron que cuando los animales (y la gente) mueren, el corazón deja de latir. Desde luego, era evidente que el corazón, protegido además entre las costillas como señalando su especial importancia, es esencial para la propia vida. De ahí que al corazón se le han atribuido desde siempre ciertas facultades abstractas. Expresiones como

«hacer algo de todo corazón», tienen poco que ver con la función real de este órgano, pero no por ello dejan de ser habituales en el habla humana.

Tal vez porque se nos acelera el pulso cuando vivimos emociones fuertes, hoy en día solemos asociar el corazón con los sentimientos. «Hacer algo de todo corazón» sería entonces — para los occidentales modernos— hacerlo con ímpetu, decididamente. Y desde luego amar o despreciar u odiar de todo corazón sería experimentar estas emociones con la máxima intensidad humanamente posible.

Antes de que la medicina moderna alcanzara a revelar cuál es exactamente la función de cada uno de los órganos del cuerpo, la asociación entre las diversas vísceras y estas otras realidades más abstractas de la vida humana, se entendía de otra manera. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, el honor y la honra de la persona residía en el hígado. Para decir «hígado» y «honor», los hebreos empleaban la misma palabra. De ahí que se entendía que hasta Dios —especialmente Dios— tiene «hígado», en el sentido de que es un ser honorable. En el Nuevo Testamento, donde los apóstoles quieren indicar sentimientos fuertes, hablan de conmoción «de tripas».

Cuando los egipcios embalsamaban, se aseguraban de conservar bien el corazón; pero el cerebro, como no se le conocía ninguna utilidad para la vida, se licuaba y extirpaba por la nariz y se tiraba. A nosotros, que entendemos que es precisamente en el interior del cráneo donde están todas nuestras facultades personales que nos dan nuestra identidad, esas prioridades de embalsamado nos parecen bastante curiosas. Aunque nos hagan un trasplante de corazón o cualquier otro órgano, nosotros entendemos que mientras conservemos nuestra propia cabeza — o cerebro— nuestra identidad sigue intacta. Nuestros pensamientos, nuestras actitudes y opiniones, nuestra memoria... todo ello está en el cerebro.

En el mundo bíblico, todo lo que nosotros decimos acerca de la cabeza como sede del raciocinio, la inteligencia, la persona-

lidad, la identidad, la intención y motivación y voluntad humana... todo eso se pensaba que residía en el corazón. Ellos, entonces, hubieran entendido que «hacer algo de todo corazón» era hacerlo con absoluta integridad, sin disimulo ni hipocresía. Encomendar la sabiduría de Dios o sus leyes al «corazón», significaba aprendérselo de memoria. Desde luego, en el mundo bíblico era posible amar «de todo corazón». Pero con esa expresión no se estaría indicando un sentimiento exagerado y desbordado, sino el empeño total de la fuerza de voluntad y la firmeza de decisión. «Ama de todo corazón» quien no permite que los sentimientos, precisamente, le desvíen de su fidelidad incondicional a la persona amada.

Amar *a Dios* de todo corazón, entonces, era antes que nada serle fiel, pase lo que pase. Ser coherente con la decisión de ser su adorador y siervo. «Amar a Dios de todo corazón» no podía en absoluto ser —por lo menos no en primera instancia— un calor o sentimentalismo religioso. Se podía «amar a Dios de todo corazón» sin los sofocos y ardores del enamorado. Lo único que hacía falta era la firmeza de propósito e intención, la voluntad inquebrantable, para nunca apartarse de lo que Dios manda. Amar a Dios de todo corazón era, por último, amarle con inteligencia, con sabiduría, con todo el poder mental de nuestro intelecto.

Por eso pudo Dios mandar a su pueblo amarle con toda la mente y todas las fuerzas y todo el aliento... y todo el *corazón*. Es perfectamente lógico que Dios nos mande firmeza de resolución para adorarle solo a él, y confianza y fe para esperar en él aunque nuestras circunstancias presentes sean adversas. Era, además, la cosa más inteligente que nos podía pedir.

¿Y qué significa «guardar en el corazón los mandamientos del Señor»? Aprenderlos de memoria y recordarlos en todo momento. Y desarrollar la lógica e inteligencia y habilidad mental para deducir de ellos cuál es la conducta correcta para cada ocasión.

**Creación** — 1. El resultado del acto de crear. Comprender que algo es una creación significa reconocer como es debido a la persona creadora. 2. Escrito con mayúscula, la Creación es la totalidad del universo y en particular, las condiciones especialísimas del planeta Tierra, donde ha arraigado y proliferado en infinidad de formas la vida microbial, vegetal y animal, terrestre y marina, hasta hacer posible la existencia humana. Concebir del universo, la Tierra y la vida como Creación, supone admitir la intencionalidad y los propósitos de Dios en tanto que Creador.

Los relatos bíblicos de la creación del mundo y de la vida humana tienen elementos en común con los mitos de los pueblos contemporáneos alrededor de Israel y particularmente, con los mitos cananeos de creación. Por ese motivo, llaman especialmente la atención las diferencias con respecto a esos mitos. La Biblia deja como un misterio sin desvelar el origen de la materia a partir de la cual Dios crea nuestro universo. Otros pueblos entendían que los astros eran en sí mismos dioses y que la Tierra era una diosa. En un mito babilónico, el universo estaba hecho del cuerpo de la diosa Madre, asesinada por su hijo — también un dios, naturalmente— y abierto como quien abre en dos un pescado por la raspa, para hacer de una mitad los cielos y de la otra, la tierra. ¡Qué diferente resulta la forma de contar la creación en la Biblia!

La Biblia establece una autoridad moral incuestionable y un poder o capacidad también incuestionable de Dios para crear, ordenar, disponer y también destruir el universo entero, por cuanto es obra de su intención, propósito y actividad.

En los libros de la Ley —aunque también en otros de la Biblia — Dios muestra especial interés en el ser humano como co-creador de la vida humana. Dios manda al ser humano propagarse pero a la vez, no pierde ocasiones para recordar al ser humano que la esterilidad e infertilidad es siempre posible y que solo creamos nuestros descendientes por beneplácito divino. Para que Abraham y su descendencia jamás olviden que su

fertilidad viene de Dios, Dios les exige darle un pedacito del pene de cada varón. Como el diezmo y el descanso obligado un día cada semana y la prohibición de cultivar la tierra un año de cada siete, la circuncisión obliga a Israel a reconocerse dependientes del Creador desde la intimidad de su reproducción hasta el milagro de comer cada día de los productos de la tierra.

Nacimos y comemos porque somos Creación y vivimos instalados en la Creación. En todos los detalles, el Creador es el que dispone. Si llueve y hay mies abundante, es porque el Creador así lo ha dispuesto. Si hay sequía y Hambre, esto también viene del Creador. La dependencia humana del Creador es absoluta y no admite discusión. El Creador también dispone cuáles conductas son aceptables para el ser humano, que en tanto que seres creados inmersos en la Creación, no somos quién para cuestionar las disposiciones divinas que garantizan la supervivencia y fecundidad de cada generación humana. El Creador no nos debe ninguna explicación; nosotros le debemos a él y a sus propósitos, lealtad absoluta.

El Creador nos ha encomendado un privilegio que es a la vez una responsabilidad sorprendente. Ha concedido al ser humano «dominio» sobre todos los otros seres creados, lo cual encierra tanto de obligación y responsabilidad y rendir cuentas al Creador, como de privilegio.

La humanidad ha de vivir responsable y prudentemente como máximo depredador, domador y domesticador de toda la vida terrícola en tierra, aire y mar. Tiene capacidad y potestad para transformar su entorno, cambiar las costas de los mares, mover montañas, minar las profundidades subterráneas... una capacidad y potestad casi infinita. Casi pero no del todo. Porque toda su actividad está sometida a la responsabilidad de ser prudentes y sabios en el ejercicio de dominio sobre una Creación que es ajena. El ser humano nunca es dueño y propietario, entonces, aunque tenga dominio. El dueño y propietario sigue siendo siempre el Creador, por cuya autorización y permiso el ser humano ejerce ese dominio. Y cada ser humano en particular es

solo un usuario pasajero durante los breves años de su generación, al cabo de la cual ha de entregar a sus hijos y nietos esta Creación que antes recibió de sus padres y abuelos.

**Cristo** — Ver *Mesías*.

**culpa** — Ver *pecado; vergüenza*.

**David** — En la historia bíblica, el fundador de la dinastía reinante durante tres siglos y medio en Jerusalén. David habría reinado, aproximadamente, entre los años 1.000 y 961 a.C. Aparte de su papel destacado como guerrero, su nombre se recuerda especialmente por figurar en el encabezamiento de muchos de los salmos. En la historia del cristianismo como religión estatal, fue considerado el máximo ejemplo de soberano caracterizado por un amor fulgurante a Dios, a la vez que encarnación de las virtudes castrenses.

La vida de David viene narrada entre 1 Samuel 16 y 1 Reyes 2 y sorprende por la honestidad con que describe no solo sus virtudes sino también sus defectos. Ungido por Samuel para suceder al rey Saúl, habría tenido una carrera militar fulgurante, ascendiendo rápidamente de escudero del rey, hasta llegar a ser el más importante de sus generales. Su fama suscita los celos del rey, por lo cual David huye de la corte y se instala en las colinas de Judá con su ejército personal. Perseguido por Saúl, se hace vasallo del rey filisteo de Gat, pero se dedica al terrorismo y el bandidaje sin que lo sepa su soberano.

Muerto Saúl, David se instala como rey de la tribu de Judá en Hebrón hasta que su sobrino Joab asesina al general Abner, de Israel. Entonces las tribus de Israel se someten también a él. David toma la ciudad jebusea de Jerusalén, para convertirla en la capital del reino. Los filisteos entienden esto como una sublevación de quien venía siendo su vasallo y atacan. David los vence aunque a la postre vuelven a aparecer, ahora como su

guardia personal en Jerusalén, que le protegería de los alzamientos del ejército israelita.

La percepción generalizada entre los israelitas es que David es tan incompetente como gobernante, como había sido glorioso como militar. Se suceden los intentos de apartarlo del poder, hasta que David por fin le cede el trono a su hijo Salomón.

*David en la arqueología.* A mediados de los 90, se descubrió en una excavación al norte de Israel una inscripción siria del siglo VIII o IX a.C., que celebra la derrota de «la Casa de David». Es, hasta ahora, la única evidencia fuera de la Biblia, de que haya existido un tal David que hubo fundado un reino y dinastía. En cualquier caso, Jerusalén siguió siendo una ciudad pequeña y relativamente insignificante hasta el siglo inmediatamente previo a su destrucción por Nabucodonosor (año 586 a.C.).

*Los salmos de David.* La fama de David hasta hoy se debe en gran parte a que figura su nombre en el encabezamiento de tantos de los salmos. Algunos incorporan referencias expresas a diferentes momentos de la vida de David —especialmente los muchos contratiempos que sufrió y superó—. David pasa así a la historia como el primero y más célebre de todos los poetas, cantores y músicos que se han dedicado hasta hoy a cantar las alabanzas del Señor de Israel.

La colección de los salmos parece haber sido un proceso muy dilatado en el tiempo y la forma presente del libro es posible que no se haya cerrado hasta el siglo I a.C. En cualquier caso, haya escrito o no David mismo estos salmos, el «David» de los salmos es un modelo y ejemplo de honestidad e integridad ante Dios —especialmente en sus momentos de dificultad y lucha interior—.

En algunos salmos, sin embargo, sus alabanzas a Dios degeneran rápidamente en alabanzas de su propia justicia y perfección como persona y como rey, hasta dejar la impresión de ser sencillamente la propaganda típica de todas las monarquías.

*Jesús, «hijo de David».* En la usanza de los judíos, la expresión «hijo de» indica un fuerte parecido, que no especialmente o



exclusivamente una descendencia biológica. Aunque tanto Mateo como Lucas sitúan a David entre los antepasados de Jesús, no deducen nada en particular del hecho.

En determinada ocasión el pueblo de Jerusalén aclama a Jesús al grito de: «¡Hosanna al hijo de David!» La aclamación es enigmática, puesto que las vidas de Jesús y de David parecerían no tener nada en absoluto en común. Alguna conexión debieron ver sus contemporáneos entre ambas figuras, sin embargo, puesto que los romanos ejecutaron a Jesús bajo la acusación de encabezar un alzamiento independentista contra el gobierno de ocupación.

*David en la cristiandad.* Pocas figuras recibieron tanta atención en la Edad Media como el rey David, que era entendido como prototipo y modelo para los soberanos cristianos. Por una parte, sus proezas de armas inspiraban admiración e imitación. Por otra parte, se tenían en muy alta estima las declaraciones de lealtad mutua permanente entre Dios y David, de donde los monarcas cristianos concluían que la devoción religiosa era tan esencial como las armas para mantenerse en la cúspide del poder. Una devoción religiosa que, naturalmente, entendían que les eximía de culpabilidad por las atrocidades y crueldades cometidas contra sus súbditos y sus enemigos.

**demonio** — En el Nuevo Testamento, un poder invisible, de signo negativo, que provoca enfermedades y trastornos de todo tipo en la persona de la que toma posesión. El Nuevo Testamento no explica claramente qué es un demonio ni cómo entra a una vida. Sí indica, en cambio, que es fácil de expulsar en el nombre de Jesús.

Existe un contraste curioso entre el mundo del Antiguo Testamento y el del Nuevo. En el Antiguo Testamento, nadie conoce ni tan siquiera la existencia de demonios. Mientras que en el Nuevo Testamento, la gente parece vivir acobardada por el fenómeno muy frecuente de posesión por demonios, y acuden a Jesús y a los apóstoles para que los expulsen de sus cuerpos.

La palabra castellana *demonio* deriva directamente del griego. En griego, *demonio* era otra manera de decir *dios*. Como los judíos reservaban el término *Dios* exclusivamente para el Señor de Israel, Creador de cielo y tierra, emplearon la palabra *demonio* para designar a todos los seres poderosos e invisibles que adoraban sus vecinos no israelitas. Para los judíos, entonces, *Dios* era enteramente positivo y luminoso y adorable. Y los *demonios* representaban toda la negatividad y oscurantismo y error y perversidad de los cultos y los dioses que los judíos tenían prohibidos. Además, si Dios solo podía haber uno, los *demonios* tenían que ser claramente seres inferiores; y en tanto que seres sobrenaturales prohibidos, debían concebirse como enemigos del Dios único. (No así los ángeles, que siendo inferiores a Dios y estando también prohibido adorarlos, eran los mensajeros de Dios.)

Cabe observar, entonces, que aunque el Antiguo Testamento no emplea el término *demonios*, sí emplea términos como *dioses ajenos* o *dioses extraños*. Y sin embargo sigue siendo cierto que no hallamos en ninguna página del Antiguo Testamento, el temor y espanto a ser poseídos por esos seres, ni la manifestación de esas posesiones con síntomas de enfermedad o de trastorno mental.

El Nuevo Testamento, en cualquier caso, da testimonio de que en las comunidades cristianas iniciales, tampoco existió ese temor y espanto.

Ellos vivían absolutamente confiados en la superioridad del poder de Cristo sobre cualquier manifestación demoníaca. Era un problema resuelto. ¡Los demonios huían despavoridos a la mera mención del nombre de Cristo! El nombre de Cristo, por cierto, no era una fórmula mágica. Tenía que ser invocado por alguien que de verdad fuese seguidor o seguidora de Jesús. Tenía que existir un vínculo directo y real entre quien pretendía expulsar el demonio, y el Dios Todopoderoso en cuyo nombre lo expulsaba. El Nuevo Testamento, entonces, no enseña —ni necesita enseñar— rituales ni encantamientos exorcistas, sino

que enseña una relación estrecha con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo, en la comunión de la iglesia. Con eso basta.

La libertad del temor a la posesión demoníaca en ambos Testamentos de la Biblia cristiana es, entonces, uno de los fenómenos más singulares en la historia de la humanidad. Es mucho más habitual, en multitud de lugares y épocas, que la gente sienta auténtico terror a caer en las garras de un poder maléfico que trastorna la mente y destruye la salud. Se conocen fórmulas y encantamientos para exorcismos que se empleaban ya hace miles de años; y muchos de nuestros propios contemporáneos padecen un miedo visceral, primitivo, inconfesable, a ser poseídos —y perder la razón y cometer alguna locura—. Otros, que sufren enfermedades que hasta ahora siguen siendo incurables y difíciles de diagnosticar, se acaban preguntando tarde o temprano si no habrán caído bajo algún maleficio. Las mismas preguntas que se acaban haciendo muchos cuando se ven enfrascados en una terrible racha de mala suerte.

No, no tenemos explicación de todo lo que nos pasa; ni siquiera podemos explicarnos muy bien por qué actuamos como actuamos y sentimos lo que sentimos. Y desde una muy remota antigüedad de la humanidad, viene siendo habitual achacar nuestros infortunios a la enemistad de los dioses (o a la posesión demoníaca, que vendría a ser lo mismo).

Por eso llama tanto la atención la ausencia de miedo a demonios en los adoradores de Dios en la Biblia —ambos Testamentos—. Esta gente se sabe en un pacto inviolable con Dios, de cuyo amor eterno se fían. Saben que no tienen nada que temer del mundo de lo sobrenatural, de lo invisible, de las sombras. Les pueden pasar muchas cosas extremadamente desafortunadas —como a cualquiera— pero nada les puede arrebatar la paz de estar a bien con Dios.

**denominación** — Afiliación de un conjunto de iglesias locales, que responde a factores históricos, geográficos, teológicos o de

relaciones personales, o a una combinación particular de dichos factores.

Hay un sentido en el que todos los cristianos estamos vinculados y hermanados. Somos todos parte de «la iglesia universal» de los cristianos. Nos une nuestra común devoción a Cristo y nuestro común compromiso con el culto a Dios en la tradición cristiana. Esta vinculación general, sin embargo, suele ser más o menos abstracta e impersonal. Con la mayoría de los cristianos del mundo carecemos de formas concretas de relacionarnos.

La realidad de las denominaciones cristianas viene a suplir en parte esa necesidad de hacer concreta y real nuestra vinculación fraternal.

Uno puede sentir una vinculación especial con los vecinos de su pueblo, que conoce y con quienes convive, y a la vez sentirse ciudadano de su país. Así también, la vinculación específica con una congregación local —y con una corriente determinada del cristianismo plasmada en identidad denominacional— no entra en conflicto con su identidad más general como evangélico y como cristiano.

Es la convicción insoslayable de este servidor que escribe, que Jesús resucitado, Señor y Cabeza de la iglesia, promueve y fomenta la diversidad entre los cristianos, mostrándose contrario a aquellas personas y aquellos movimientos que pretenden imponer el pensamiento único, una visión del cristianismo que resulta excluyente y autoritaria. Si al Señor de la Iglesia le interesase el pensamiento único y una institución monolítica para la iglesia, oportunidades ha tenido a lo largo de dos milenios para conseguirlo entre sus seguidores.

Pero todo lo contrario, hay que reconocer un impulso del Espíritu Santo en el origen de cada movimiento que con el tiempo cuajó en denominación cristiana.

Entendiendo entonces que la diversidad en la iglesia es un valor tan positivo como la diversidad manifiesta en toda la Creación de Dios, vengo a opinar que hay lugar entre los seguidores de Cristo para las denominaciones, que vienen a escenificar

diferencias notables de tradición, instituciones, pensamiento teológico, costumbres y vivencia.

Las denominaciones pueden reflejar diferencias geográficas. El luteranismo, por ejemplo, tiene raíces alemanas y escandinavas; mientras que el calvinismo (las iglesias reformadas) tiene arraigo suizo, neerlandés y escocés. Otras muchas agrupaciones denominacionales tienen origen inglés o norteamericano.

Las denominaciones pueden reflejar también diferencias o tendencias en el énfasis de su doctrina cristiana. Aunque entre sus adeptos podríamos hallar multitud de excepciones, en general los luteranos tienden a enfatizar la gracia de Dios, los calvinistas la majestad de Dios, los bautistas el bautismo por inmersión, los «hermanos» de origen inglés una escatología premilenialista, los anabaptistas o menonitas la no violencia y la comunidad, y los pentecostales la experiencia personal del Espíritu Santo.

Las denominaciones suelen surgir en un momento histórico particular y suponen una forma concreta de responder a ese reto histórico que las vio nacer. Aunque los «protestantes» luteranos y los anabaptistas surgieron en paralelo a finales de la Edad Media europea, su forma de entender el tipo de reforma que necesitaba la iglesia fue muy diferente. El luteranismo derivó hacia el nacionalismo y el individualismo y la responsabilidad personal; el anabaptismo enfatizó un sometimiento a la comunidad y el reinado de Dios como algo contrario a los nacionalismos mundanales. Las diferentes denominaciones de tipo pentecostal, en tanto, surgen hace un siglo como respuesta a la aridez emocional y rigidez dogmática experimentada entre muchos evangélicos norteamericanos. Y así sucesivamente, cada denominación cristiana responde de una manera particular a las circunstancias históricas especiales en las que fueron surgiendo.

Por último, hay que enfatizar el valor extraordinario de las denominaciones para hacer concreta y visible la hermandad cristiana. Esto se debe a las redes de comunicación y amistad que es posible sostener entre algunas iglesias hermanas, pero

imposible sostener a ese mismo nivel entre todas, en todo el mundo. Reuniéndonos periódicamente en diferentes encuentros denominacionales, participando juntos en actividades juveniles, de familias, etc., vamos forjando una amistad surgida de experiencias compartidas. Los pastores y líderes se conocen entre sí, en muchos casos han estudiado en las mismas escuelas teológicas de la denominación, han adoptado juntos decisiones después de debate intenso, se han apoyado unos a otros en sus diversas crisis...

Así las relaciones en una denominación tienden a tener un fuerte componente personal, de amistad, de vivencias en común y experiencias compartidas —como mínimo, entre los líderes; aunque también, frecuentemente, entre otros muchos miembros—. Esto solamente puede verse como algo positivo, algo que el propio Señor de la Iglesia nos ha querido dar para nuestra mutua edificación.

**diablo, Satanás** — El acusador, calumniador o difamador. Sus métodos, la mentira y el engaño. Su objetivo, la muerte y destrucción de las personas. Su función por la que Dios permite que exista, poner a prueba a las personas, para que se compruebe el nivel de compromiso que tienen con Dios y con sus mandamientos. Su destino, la «segunda muerte» o desaparición final.

Esto de ser acusador, calumniador o difamador es, en primer lugar, una descripción de una forma de comportarse en relación con el prójimo. En su vertiente más próxima a la mentira, manifiesta una clara enemistad y mala intención meditada, lo retuerce y manipula todo para presentar a su víctima en la peor luz posible, arruinar su reputación, enemistarla de sus amigos y su familia. «No seáis diabras», exhorta el apóstol en Tito 2,3. En su vertiente como fiscal en un tribunal, sin embargo, el acusador procurará respetar escrupulosamente la verdad al presentar sus evidencias; y en este caso no existe animadversión personal, sino

sencillamente el desempeño de una función legítima dentro del desarrollo de la justicia.

Tanto la calumnia como la labor fiscal pueden desembocar en «muerte social» (el aislamiento de las relaciones humanas que dan sentido a nuestras vidas), así como en muerte real (por linchamiento o por ejecución).

No obstante, aunque en la Biblia el término griego *diábolos* y el hebreo *satán* pueden referirse a cualquier persona que se comporta así, hay una segunda acepción que tiende a acaparar la atención de los creyentes.

Sería, por una parte, la del *diablo* como personificación espiritual de nuestra experiencia de tentación, donde se pone a prueba nuestra fidelidad a Dios y se comprueba la fuerza o debilidad de nuestra conciencia, nuestra opción por el bien o el mal.

Y por otra parte, la de *Satanás* como adversario tal vez de Dios, y enemigo por supuesto de Israel o de la humanidad; un ser que procura destruir la paz y la armonía entre los hombres, y entre la raza humana y Dios.

La fuerza con que nos puede tentar la tentación al mal es tal, que resulta natural atribuirle a una presencia maligna, exterior a nosotros mismos. Descubrimos que nuestros pensamientos se envenenan y retuercen, se vuelven obsesivos para imaginar y recordar —sin nunca perdonar— insultos y males, verdaderos o falsos, que hemos padecido. La acusación sucede en nuestra propia mente y se vuelve compulsiva, aparentemente imposible de frenar. A veces ese círculo vicioso que atrapa nuestra mente en acusación sin perdón, puede dirigirse contra nosotros mismos: hundiéndonos en un sentimiento de ser malas personas que no tenemos perdón, ni divino ni humano.

La tentación es una puesta a prueba de la firmeza o no de nuestra determinación moral y nuestra fe en las verdades de Dios. Es en la tentación que discurre en nuestra mente, que se confirma cada día si somos la clase de persona que anhelamos ser. Quien cae en esa prueba, descubre el camino que le queda

por andar. Quien se mantiene firme, glorifica en ello a Dios. En un sentido y en el otro, aunque «Dios no es tentado por el mal ni tienta a nadie» (Stg 1,13), la figura del *diablo* no deja de ser útil para los propósitos de Dios. Porque del resultado de la tentación puede venir, o un deseo renovado por enmendarnos, o bien la gloria a Dios que produce nuestra fidelidad.

De ahí que todo ser humano está obligado a tratar con el diablo. Hasta Jesús tuvo que vérselas con la tentación (en el desierto y en Getsemaní, por ejemplo), sin la cual la firmeza de su fidelidad a Dios jamás se podría haber manifestado.

La figura bíblica del *Satán* es, si cabe, aún más desagradable que la función del *diablo*. En el Antiguo Testamento, donde se ve con mayor claridad su función es en el libro de Job. Allí tiene la doble función de cuestionar ante Dios la integridad de los seres humanos, y después la de someter a prueba a esos propios seres humanos con sufrimiento, injusticia, enfermedad y todo tipo de males, hasta que se confirme si son o no personas justas.

Satanás es, entonces, el enemigo de todas nuestras pesadillas. Es sencilla la receta contra el *diablo*, en tanto que tentador: «Resistid al diablo y huirá de vosotros» (Stg 4,7). Pero contra las pruebas de *Satanás* es mucho más complicado, como descubrió Job. El Apocalipsis afirma que los mártires han vencido al morir por Cristo, lo cual indica que es posible vencer. ¡Pero vaya precio! Lo curioso es que el Nuevo Testamento no deja ver ningún temor a Satanás. Al contrario, aquellos cristianos veían como privilegio y gozo inmenso vencer así a Satanás y glorificar así a Dios.

En el Apocalipsis aprendemos que el *diablo* y *Satanás* y la Serpiente del Edén son la misma figura (Ap 20,2). Y aprendemos que al final será eliminado en un «lago de fuego» que es, en efecto, «la segunda muerte»; es decir, su desaparición definitiva y final (Ap 20,10.14).



**Dios** — El protagonista principal de la Biblia cristiana.

Si hay un personaje o protagonista central en la extensa historia que narra la Biblia cristiana en sus dos Testamentos, no es ningún ser humano sino la persona de Dios. Ahora bien, lo que desde el principio va a interesar en la Biblia sobre Dios, es su relación con nosotros, los seres humanos de la tierra.

Es una relación llena de promesa, a la vez que plagada de dificultades. Dios bendice a la humanidad entera con el «mandamiento» de multiplicarse y llenar la tierra; pero después destruirá toda esa población porque su conducta no le agrada. Vuelve a empezar con una familia sobreviviente bendecida, pero el resultado otra vez le desagrada. Como ha jurado no volver a inundar la tierra entera, ahora escoge una familia —la de Abraham— pero para prometerles una descendencia multitudinaria en una tierra que ya está «llena» de otros pobladores (por esa bendición anterior). El resultado es previsible: no una inundación pero sí un genocidio cometido por una raza que entiende que está obedeciendo con ello a Dios.

La extraordinaria violencia de la existencia humana viene así descrita en la Biblia, pero dando a entender que es Dios quien más la impulsa. A la vez que, por otra parte, Dios da también mandamientos de paz y justicia, armonía y convivencia, perdón y reconciliación, que también —paradójicamente— espera que se cumplan.

Dios sigue eligiendo durante siglos caudillos militares y profetas para que gobiernen a su raza predilecta pero al final la dinastía más duradera de sus reyes escogidos desaparece y con ella, el proyecto de un pueblo y una tierra nacional como interés particular de Dios. Ya en las últimas décadas de ese reino, Dios se había mostrado mediante profetas como Jeremías y Ezequiel —o con una historia tan fascinante como la de Jonás— tan interesado en el resto de las naciones como en Israel.

A la postre una minoría de los descendientes del pueblo escogido regresará a aquel territorio, pero la mayoría permanecerá en «dispersión» por toda la tierra, recuperando con personajes

como Daniel y Mardoqueo, un papel como el que ya había tenido siglos antes José, como consejero y mago privilegiado a las órdenes de reyes extranjeros. Y es en esa dispersión de Israel donde Dios por fin consigue casar su elección particular de los descendientes de Abraham, con su anhelo intenso de ser adorado y reverenciado en todas las naciones y por todas las razas de la humanidad.

Este estado de la cuestión se mantiene en el Nuevo Testamento donde Dios, sin dejar de ser esencialmente invisible y de estar presente en todas partes, se encarna en la persona humana de su Hijo, Jesús. La atroz violencia homicida que afea constantemente la existencia humana aflora otra vez aquí. Los demás humanos matan a Jesús y aunque Dios lo hace revivir, es para abandonar la tierra, si bien prometiendo volver algún día.

Entre tanto los que siguen a Jesús y aman a Dios, han de aprender en cada generación a vivir vidas de paz y justicia, perdón y reconciliación, en medio de una humanidad cuya tendencia a la violencia y la opresión del prójimo seguirá sin merma, ejemplificada por la permanencia del sanguinario Imperio Romano. Pero la esperanza no desaparece de la humanidad, porque Jesús ha dejado sobre la tierra su Espíritu Santo, que guiará e iluminará a sus seguidores a toda verdad y a todo discernimiento moral.

La historia de Dios en la Biblia tiene cierta forma exterior de ser una tragedia. Empieza con inmensos alardes de poder y violencia, una capacidad ilimitada para crear y destruir, que sin embargo no consiguen lo que él pretende. Incapaz de dejar de amar a los seres humanos ni de desear obsesivamente ser amado por ellos, va cambiando de tácticas. Hasta que por fin sufre en sus propias carnes la violencia característica de la condición humana: dejándose matar por no estar dispuesto ya a matar él. Entonces, aunque resucitado, Jesús se marcha de la tierra, como abandonando por fin la larga obsesión de Dios por llegar a ser amado por los seres humanos.

Pero no es tragedia ni abandono sino victoria. Porque el Espíritu Santo de Dios, el Espíritu de Cristo, sigue presente sobre la tierra. Medran y florecen en cada generación la alabanza, el amor y la fidelidad a Dios, el amor y la justicia, el perdón y la reconciliación entre los que aman a Dios y siguen al Cordero. Al final de la Biblia, en los últimos versículos, Dios es amado con pureza y sinceridad por cada ser humano, por toda la eternidad. El mal, la maldad, la violencia, el homicidio, la opresión y explotación del prójimo han desaparecido. Lo único que queda es gloria, luz, armonía, paz, justicia y bienestar, en torno a ese Dios por fin amado y adorado como siempre había sido justo amarle y adorarle.

Y así concluye la «biografía de Dios» que nos cuenta la Biblia.

**elección** — 1. El motivo de la especial relación entre Dios e Israel. 2. El motivo del favor divino para con cualquier individuo. 3. La capacidad humana para responder —o no— al Señor.

1. y 2. El propio concepto de elección divina en la Biblia es escandaloso porque nunca se justifica ni explica. Es siempre sencillamente un hecho, el hecho irracional de la predilección divina de una persona por encima de otras. El primer caso es el de Abel y Caín. El texto no nos da ninguna explicación de por qué a Dios le agradó más el sacrificio de Abel que el de Caín —y eso que Caín había sido el primero en sacrificar—. Quizá el texto de Génesis prefiera dejarnos con esa perplejidad, por cuanto unos pocos capítulos más adelante, nos contará de la elección de Abraham. Pero entre la elección de Abel y la de Abraham, Génesis nos da otro ejemplo más de elección divina. «Noé halló gracia a los ojos de Dios». Sin explicación. Toda la humanidad será destruida... pero no la familia de Noé. Y nunca sabremos por qué, aparte de ese dato de la elección divina inexplicable.

1. En toda la Biblia, ambos Testamentos, el pueblo escogido de Dios es Israel. Una carta como la de Santiago —tan eminentemente cristiana como que Santiago fue apóstol de Jesucristo— está dirigida «a las doce tribus de la dispersión» —una clara

referencia a las doce tribus de Israel—. Y la carta a la iglesia de Filadelfia (Apocalipsis 3,7-13) carga las tintas contra «los que dicen ser judíos pero no lo son», sino que son «sinagoga de Satanás». Entiéndase como se entienda esa identidad judía o israelita, desde luego lo que no admite duda es que ese —y ningún otro— es el pueblo escogido de Dios. Lo fue cuando Dios eligió a Abraham y lo sigue siendo en el último libro de la Biblia cristiana.

Una cosa que es posible observar unos diecinueve siglos más tarde, es que durante los largos siglos del cristianismo estatal, los judíos fueron el ejemplo más claro de vivir como Jesús había dicho que es necesario vivir para agradar a Dios. Los reyes y obispos, emperadores y papas se disputaban celosamente el poder, pero sus políticas siempre pesaban sobre los campesinos, los pobres y los esclavos... y los judíos. Como cualquier otro pueblo, habría judíos malvados y judíos buenos y generosos; seguramente los hubo pecadores empedernidos y descreídos así como beatos y amadores de Dios. Pero lo que siempre —hasta hace bien poco— les tocó hacer, fue agachar la cabeza, recibir los golpes y los insultos de sus «superiores» y esperar que cuando amainara la persecución, cuando el odio de cristianos y musulmanes les dejara un respiro, Dios les levantaría descendencia.

Los papas y emperadores, obispos y reyes se fueron sucediendo. Se alzaron y cayeron reinos e imperios... pero los judíos seguían ahí, «erre que erre», sin más remedio que seguir los consejos de Jesús (aunque sin saberlo): Poner la otra mejilla, devolver bien por mal, hacer vista gorda a insultos y calumnias. Cargaron con el mote de «asesinos de Dios». Todos esos siglos confiaron en Dios y no en los hombres, como Jesús había dicho (aunque ellos no lo sabían) que era necesario confiar. Uno a uno fueron pereciendo todos sus enemigos: los Reyes Católicos, los zares de Rusia... ¡Hitler murió sin dejar hijos! Pero Dios no se olvidó de su pueblo elegido y ahí siguen hasta hoy. Están en todo el mundo. En todas partes —hasta en su propio país— son extranjeros; pero en todas partes han conseguido hacerse su hogar. Algún día caerá el estado de Israel, como cualquier otro

estado de nuestra era. (Desde luego, si no aprenden a convivir con sus vecinos, poco durará.) Pero Israel —en tanto que pueblo humano— seguirá existiendo cuando vuelva el Mesías.

2. Muchas personas y familias —de otras etnias y nacionalidades— también hemos experimentado y experimentamos hoy un trato de favor divino que solo se puede explicar como resultado de la libre e inexplicable elección de Dios. Dios ha elegido tratarnos como hijos y ha derramado sobre nosotros su Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Este es un misterio tan insondable como la propia elección de Israel; pero damos testimonio de que esta es también nuestra experiencia. Nos sabemos no merecedores de ser amados y tratados así por Dios. Es algo que él ha elegido soberanamente, ejerciendo así su derecho como Dios y Creador.

3. Nosotros, el ser humano, también somos capaces de elegir. Es tal vez uno de los rasgos que nos son propios por haber sido creados «a imagen y semejanza de Dios». Nada en nuestra vida está absolutamente predeterminado. Concretamente, podemos elegir si responder a Dios con alabanza y obediencia o rechazar su favor con actitudes de desprecio contra él y falta de caridad con el prójimo. Como en cualquiera relación de amor, para que funcione la relación entre Dios y nosotros, hace falta que los dos quieran. En Cristo, Dios nos ha expresado claramente que él sí que quiere. A partir de ese dato, ahora nos toca elegir a cada uno de nosotros.

**encarnación** — El fenómeno por el que Dios se hizo carne en la persona de Jesús, el hijo de la judía María. La idea de la materialización de los dioses era algo que no suscitaba especiales problemas en la antigüedad. Para la teología de los primeros siglos de nuestra era, sin embargo, condicionada por presuposiciones filosóficas neoplatónicas, la materialización de Dios era un escándalo (increíble) para el intelecto —y por tanto, se constituía en un artículo esencial de *la Fe*—.

En el mundo de la Biblia, el Oriente Medio de la antigüedad, los dioses podían estar presentes en esta tierra —con una presencia concentrada y materializada— sin por ello abandonar su habitual morada celestial. Donde se materializaba muy especialmente la presencia de los dioses, era en las imágenes de talla o fundición. Estos «ídolos» no era tanto que representaban al dios como que, una vez consagrados con los ritos oportunos, eran en sí el dios mismo, hecho presente y material. Al ídolo, entonces, resultaba perfectamente apropiado dirigirse en oración y acudir en peregrinación y hacer todos los halagos y las alabanzas que eran propias del dios en el cielo.

De hecho, el mismo dios podía estar material y realmente presente, incluso con diferentes características y lealtades políticas, en más de un ídolo; y conocerse con diferentes nombres según dónde estaba el ídolo. Baal había uno solo, por ejemplo; pero el Baal adorado en el ídolo de una ciudad podía participar activamente en la guerra contra otra ciudad vecina cuyo ídolo de Baal, en cambio, los defendía a ellos con igual ímpetu sobrenatural. Esto nos puede parecer confuso, pero solo hay que pensar cómo en el cristianismo católico cada cual venera muy especialmente a esta Virgen (que es la que les protege y consuela) y no aquella otra (aunque «Madre de Dios» solo hay una), para darnos cuenta de que todavía hoy persisten ideas parecidas.

Para los griegos, sin embargo, en cuanto un dios o una diosa se materializaba tomando forma de persona o de animal, dejaba de estar en el Olimpo. Si estaba aquí en la tierra, ya no podía estar allá. En su encarnación los dioses de los griegos, entonces, no solo eran tan materiales como nosotros —aunque inmortales— sino que participaban también de la humana imposibilidad de estar en más de un lugar a la vez.

Los romanos también creían que los dioses podían tomar forma humana. Y también creían que los dioses podían aparearse con la gente y tener hijos. Nada más natural, entonces, que la creencia de que el César era propiamente divino (como lo había

sido también el Faraón para los egipcios). Cuando el cuerpo del Emperador moría, su divina esencia, liberada ahora de la carne, ascendía al cielo. Desde el cielo brillaba como un astro más, para seguir influyendo desde allí en la humanidad que antes gobernaba en carne.

Para la filosofía neoplatónica de boga en los primeros siglos de nuestra era, todas estas historias de las aventuras terrenales de los dioses, donde no faltaban frecuentes amoríos con los seres humanos, eran patrañas de necios. Cualquier ser espiritual que asumiera la corrupción del mundo material, demostraba en ello ser vil y grosero. El Dios Supremo, la Mente purísima y filosófica que era solo ella digna de la adoración de los humanos, era incapaz de encarnarse como vil materia, que era de suyo corrupta. La idea del escándalo e imposibilidad de la encarnación del Dios Supremo, por cierto, pervive hoy en el Islam, donde el dogma cristiano de la Encarnación solo merece desprecio y ridículo. No en balde amaban tanto los califas medievales la filosofía griega.

En los primeros años del cristianismo la idea de que el Dios Creador del universo se encarnase en la persona mortal de Jesús; y estando en la carne pudiese dirigirse en oración a ese mismo Dios —que sin embargo seguía a la vez en el cielo— pareció natural. Pero cuando empezó a convertirse gente culta con una buena formación en filosofía, hubo que hacer frente al escándalo de la Encarnación. La Iglesia resolvió el tema con un golpe de autoridad. La Encarnación era dogma intocable; y bajo la guía del Emperador se redactaron credos de obligadísima aceptación, donde se estipulaba con esmerada terminología filosófica griega, la simultánea humanidad y deidad de Jesucristo.

En algún momento, pareció oportuno asociar la idea del nacimiento humano de Aquel que era la Luz del mundo, al ciclo anual del sol. Celebrándose su Natividad en la fecha cuando los días empiezan otra vez a ser más largos, se escenificaba maravillosamente el auge de la Luz divina sobre la humanidad, en la persona de Cristo.

Y nosotros... ¿cómo hemos de entender estas cosas? Con las manos y los pies. Seguir a Jesús. Todo lo demás son palabras que se lleva el viento.

**Epifanía** — Festividad cristiana que recordando el episodio en el evangelio de Mateo cuando vienen magos de oriente a adorar al niño Jesús, celebra la «manifestación» (en griego *epifanía*) del Dios de Israel ante los gentiles.

La mayoría de las iglesias celebra esta festividad el día 6 de enero. Según el calendario litúrgico que siguen algunas iglesias ortodoxas ultraconservadoras, viene a caer el 19 de enero.

Es interesante tomar nota de que además en la mitad oriental («ortodoxa») de la iglesia, la Epifanía (conocida allí también como *Teofanía*, es decir manifestación o aparición *de Dios*) tiende a celebrar el bautismo de Jesús en el Jordán y el milagro del vino en la boda de Caná, como el punto cuando Jesús se manifiesta de verdad a la humanidad en la plenitud de su divinidad. Que es lo que ellos celebran, entonces, el 6 de enero.

La palabra griega *epifanía* significa «manifestación», «aparición» o «exhibición». Curiosamente, el único lugar en el original griego del Nuevo Testamento donde esta palabra se emplea como referencia posible al nacimiento de Jesús —o por lo menos a aquellas décadas de su vida— es 2 Timoteo 1,10. Aparte de eso, siempre que se emplea la palabra en el Nuevo Testamento, es para referirse claramente a su aparición en gloria al final de los tiempos, para juzgar a los vivos y a los muertos (2 Ts 2,8; 1 Ti 6,14; 2 Ti 4,1.8; Tit 2,13).

A los evangélicos españoles seguro que nunca nos dará por recordar otra cosa que «los Reyes Magos» en esta fecha, junto con nuestros niños, que esperan los Reyes con la misma ilusión que cualquiera de sus amiguitos. No creo que nos pongamos a celebrar el bautismo de Jesús en el Jordán ni el vino de la boda de Caná el 6 de enero, ni mucho menos la aparición final gloriosa de Cristo como juez de la humanidad. Pero no deja de ser interesante el cambio de enfoque a que nos lleva considerar



la tradición oriental, o el empleo de la palabra *epifanía* en el Nuevo Testamento griego.

¿Cuándo es que de verdad se manifiesta o aparece Jesús plenamente a la humanidad?

Es curioso que ni Marcos ni Juan —ni por supuesto tampoco Pablo ni Pedro ni Santiago en sus cartas— sintieron ninguna necesidad de contar anécdotas relacionadas con el nacimiento de Jesús cuando se disponían a predicar y explicar el evangelio. La historia de los astrólogos (que no reyes ni prestidigitadores ni practicantes de magia) en el evangelio de Mateo es puramente anecdótica. Más que ninguna manifestación a los gentiles, parece querer venir a poner en escena, ya desde el principio, el conflicto entre los principados y las potestades de este mundo — personificados en Herodes el Grande— y la autoridad de Jesús: una nueva forma de autoridad que no necesita imponerse matando a nadie.

Sería entonces, tal vez, una forma temprana de manifestación de lo que hay en juego en Cristo, si bien es difícil que en ese momento ni los astrólogos visitantes ni los propios padres de Jesús ni ninguna otra persona presente en Jerusalén ni en Belén pudiera entender claramente, ya entonces, lo que iba a suponer Jesús para la humanidad.

Ahí empieza a ganar más crédito pensar que Jesús «se manifestó» cuando su bautismo por Juan en el Jordán —aunque tampoco: el descenso del Espíritu sobre Jesús no fue observado por un gran público— o especialmente, cuando su «primera señal» en la boda de Caná.

Al final habrá que reconocer que el empleo que hace el Nuevo Testamento de esa palabra, *epifanía*, es el más indicado. La *epifanía* de Jesús, su manifestación y aparición y exhibición, será cuando Cristo aparezca ante toda la humanidad con un resplandor y gloria que ya nadie podrá ignorar, para revelar públicamente también qué es lo que hay escondido en cada corazón humano. Pablo enseña a los destinatarios de sus cartas a esperar con anhelo y gozo ese día, que será cuando Cristo

repartirá también coronas de victoria y hará desaparecer todos nuestros sufrimientos. Y ya —como dice el Apocalipsis— no habrá más llanto ni tristeza ni dolor.

Aunque sí creo que hay otra epifanía anterior a esa aparición última y gloriosa. Sería una epifanía personal, íntima, que cada creyente hemos vivido de una manera única e irrepetible. Cuando Jesús se nos ha manifestado o revelado personalmente como nuestra única esperanza, nuestro Salvador, el Consolador de nuestros dolores, el que nos propone metas dignas por las que esforzarse y vivir. No una vez, ni dos. Jesús se nos vuela a «aparecer» continuamente en nuestro caminar por la vida.

**escatología** — Discurso o investigación que trata sobre «los últimos tiempos», el final de la historia, el fin del tiempo. (Del griego, *éschatos*, último).

En las etapas más antiguas de la fe de Israel no se observa ningún interés en el fin del mundo, salvo tal vez en un sentido negativo: La historia de Noé incluye la promesa expresa de que Dios no volverá a eliminar la totalidad de la vida de la Tierra.

Posteriormente algunos de los profetas —notablemente Isaías— hablan del juicio del Señor contra Samaría y Jerusalén en términos que dan a entender un colapso ecológico que va mucho más allá de lo que se produciría con una derrota militar y la esclavización de la población del país. Asimismo algunas de las profecías de reconstrucción nacional se expresan en términos que dan a entender la revitalización generalizada de la naturaleza entera. Bien es posible que el lenguaje que utilizan los profetas sea el habitual entre los pueblos de aquella parte del mundo para describir el ciclo anual de la naturaleza —el invierno y la primavera—, pero ahora ese lenguaje se emplea para describir un evento presumiblemente único en el futuro, cuyos efectos serán «el fin del mundo» —del mundo tal como lo conocían los israelitas— y el auge de «un mundo nuevo».

El profeta Ezequiel dio un impulso notable a esta manera de entender el futuro de Israel como algo que transforma no

solamente la historia humana sino toda la naturaleza. En su descripción del Israel del futuro en los últimos capítulos del libro, ya no se reconoce la geografía natural del país, que ahora será absolutamente simétrico, como un inmenso jardín artificial donde ya no caben los rasgos naturales del territorio. Su descripción del templo futuro se escapa de lo naturalmente posible y tal vez hubiera que intentar imaginarlo en cuatro dimensiones (que no solamente las tres de largo, ancho y alto).

Esta tendencia a describir el futuro de Israel en términos cada vez más fantásticos culmina —en el Antiguo Testamento— en algunas partes del libro de Daniel (escritas en el siglo II a.C.). Aquí la historia de varios siglos se explica como vista de antemano en visiones, donde diferentes elementos de la visión van representando una sucesión de eventos históricos. Estos culminarán en una última gran intervención redentora del Señor, que restaurará la gloria de Israel. Podemos saber con más o menos exactitud cuándo se escriben estas visiones «escatológicas» —de los últimos tiempos— porque consisten de una parte histórica y otra parte de descripción del difícil presente de Israel, y por último una serie de predicciones, algunas de las cuales se cumplieron pero otras no. El autor describe con exactitud el pasado y el presente, naturalmente, pero sus predicciones del futuro carecen de esa misma exactitud.

Esa falta de precisión en la última parte, la que describe lo que ha de acontecer en el futuro, ha dado lugar a multitud de interpretaciones y especulaciones futuristas, que aplazan el cumplimiento hacia un futuro lejano. Como pasa con el propio autor de Daniel, esas interpretaciones suelen ser creíbles hasta el presente y se considera que los aspectos futuros están por caer muy próximamente. Hasta ahora —y llevamos dos mil y pico años con ello— todos esos intentos de pronosticar con exactitud el futuro vienen fracasando. Pero las ansias de volver a intentarlo son lo que nos ha legado la «escatología» —que trata del anunciado fin del mundo y de la historia.

Es habitual considerar que el Apocalipsis de Juan, en el Nuevo Testamento, comparte esta misma tendencia a la especulación futurista. Un servidor que escribe estas líneas, sin embargo, considero que Juan emplea ese mismo género literario de visiones y revelaciones angelicales, para narrar las consecuencias universales de un hecho que ya se ha producido en el pasado: la venida del Mesías, Jesús. El Apocalipsis no versaría entonces sobre un futuro lejano, sino sobre la importancia presente y eterna del Cordero Inmolado. Lo importante no sería lo que va a pasar sino lo que ya ha pasado.

La escatología se suele construir sobre la base del Apocalipsis, algunos capítulos de Daniel, ciertas afirmaciones de Jesús (en los Evangelios), algunos versículos de Judas y 2 Pedro y varios pasajes de Pablo sobre la resurrección, el «anticristo» y el juicio final. La esperanza de gloria y un desenlace feliz de la historia humana es el meollo de la escatología cristiana. Las especulaciones detalladas sobre lo que ha de venir, sin embargo, han resultado ser siempre —sin excepción— falsas y vanas. Tienden habitualmente, además, a apuntalar actitudes de juicio y condenación y a justificar la violencia y las guerras.

**esclavitud** — Condición social de eliminación de la identidad de la persona, que queda sometida enteramente, de cuerpo y actividad, a quien toda la sociedad entiende ser su poseedor. Desde la experiencia del Éxodo de los esclavos israelitas de Egipto — con que empieza la historia de Israel— entendemos que el Dios de la Biblia es aliado natural de las personas esclavizadas y subyugadas, actuando en la historia para efectos de liberación y para la restitución de una humanidad plena a todas las personas. En algunos textos de la Biblia, notablemente los saludos iniciales de algunas cartas de Pablo, el término puede ser empleado figuradamente, para describir un sometimiento absoluto a Cristo.

El cuerpo del esclavo está enteramente disponible para todos los usos y efectos que el amo considere oportunos. Legalmente

tenía la consideración de «propiedad», no de «persona», con una única salvedad: podía ser castigado como una persona por sus acciones, puesto que manifiesta raciocinio y voluntad.

La disponibilidad absoluta del cuerpo de los esclavos siempre ha incluido muy expresamente el uso sexual. La utilización regular de los esclavos —mujeres, niñas, niños y hombres— como objeto sexual era una de las muchas formas que se empleaban para derrumbar la autoestima de los esclavos y hacerles comprender la dimensión absoluta de su existencia a disposición del amo. El amo disponía sexualmente de sus esclavos no solo para su propio recreo, sino también para el de sus parientes y amigos y en el negocio de la prostitución.

En Israel, los hijos de la *concubina* se consideraban legítimos; y en determinadas situaciones podían heredar con los demás hijos. Pero la concubina era, sencillamente y sin rodeos, una esclava sexual.

La reducción de varones a la condición de *eunucos* era otra de las formas de enfatizar la subyugación absoluta. La cirugía para crear eunucos «completos» solía ser fallida: se calcula que hasta el 80% de las víctimas morían desangrados. El capado testicular solía dar mejores resultados, puesto que había amplia experiencia en el procedimiento con otros tipos de ganadería, que no solo la humana. Las importantes carencias hormonales hacían que los eunucos habitualmente sudaran copiosamente. Como los eunucos totales carecían de musculatura para retener la orina, eran incontinentes. Entre el sudor y la orina, los eunucos despedían un olor muy intenso y desagradable. Hay quien escribió en la Edad Media —seguramente con algo de exageración— que la presencia de un eunuco de la corte bizantina se podía oler a más de trescientos metros. Como el ser humano es por su propia naturaleza sexuado, las sociedades con esclavos eunucos siempre han considerado que estos no son del todo humanos. Todas estas realidades y prejuicios tienen que tenerse en consideración siempre que en los relatos bíblicos —o en la enseñanza de Jesús— hallamos la mención de eunucos.

Tenemos que considerar toda esta sordidez y crueldad siempre que en los relatos bíblicos hallamos la mención de «esclavos», «siervos» y «criados». La distinción entre estos tres términos pudo tener su razón de ser en la formación de la lengua castellana; pero en nuestras Biblias, cuando nuestros traductores escogen una u otra de estas palabras, tenemos que recordar que los términos en las lenguas originales de la Biblia —no importa cómo se traduzcan— indican subyugación y anulación de la identidad propia a favor de los deseos del amo.

A los esclavos y esclavas no se les podía exigir guardar los preceptos de conducta sexual que enseñan los apóstoles, puesto que carecían de la necesaria autonomía sobre sus propios cuerpos. Los amos cristianos probablemente sí guardaban esos preceptos, pero solo en relación con sus iguales —puesto que les habría parecido absurdo privarse del usufructo legítimo de su propiedad—.

El Dios de la Biblia lucha encarnizada y eternamente contra el mal y la maldad en la condición humana, pero para ello tiene que valerse del material humano que en cada generación encuentra disponible. Los personajes de la Biblia no son ejemplares en toda su conducta, sino tan solamente en su disposición a ser transformados por sus encuentros con Dios. Al igual que cada uno de nosotros hoy día, esa transformación fue siempre incompleta y solo afectaba aquellas conductas que, una cosa a la vez, el Espíritu de Dios lograba hacerles comprender. En lugar de escandalizarnos por el esclavismo de la era bíblica, tal vez deberíamos escandalizarnos de lo poco más allá que hemos logrado avanzar en muchos particulares en nuestra sociedad hoy día.

El cristianismo parece haber medrado inicialmente entre las capas inferiores de la sociedad, tal vez especialmente entre esclavos y mujeres. Hay que entender, entonces, el poder del evangelio para traer luz y paz interior —pero especialmente la identidad de hijos de Dios— a estas personas. En Jesús crucificado (un castigo propio de esclavos, jamás de los nobles) y

resucitado, descubrieron la esperanza muy a pesar de la sordidez de su existencia como personas subyugadas.

**esperanza** — El sentimiento de esperanza es universal en el ser humano y si aquí lo tratamos como un término teológico o bíblico, es porque figura tan preeminentemente en el mensaje de los profetas bíblicos. El desespero no es propio de quien confía en Dios, cree en Dios, y se sabe amado y aceptado por Dios.

En su sentido más básico y terrenal, la esperanza es un mecanismo necesario para nosotros como seres biológicos animales, que nos ayuda a motivarnos para emprender las acciones necesarias para nuestra supervivencia y la de nuestra especie en primera instancia, luego también para otros objetivos que nos parezcan razonables y deseables como seres humanos. Es difícil imaginar que el árbol posea esperanza, puesto que no le serviría para nada ya que no hay nada que pueda hacer. Incapaz de desplazarse a lugares con mejores suelos o más agua, depende — con o sin esperanza, da lo mismo— del azar de dónde fue a caer la semilla desde la cual germinó, las lluvias de las que depende para sobrevivir y el viento, los insectos, murciélagos o aves de las que depende para polinizar sus flores y así reproducirse...

Pero los seres humanos hemos desarrollado, junto con el habla y la complejidad de nuestras interacciones unos con otros, la esperanza como reacción ante las promesas de aquellos en quienes por la experiencia hemos aprendido a confiar. Estas promesas y esperanzas se pueden frustrar reiteradamente hasta que a veces nos acaba invadiendo la desesperación; pero es asombrosa nuestra capacidad de volver a recuperar la esperanza ante el más leve indicio de que las cosas puedan cambiar para mejor. Y a veces hasta somos capaces de seguir esperando hasta el final —hasta la muerte— cuando ya nada indica que sea razonable mantenernos esperanzados.

El apóstol Pablo, al final de 1 Corintios 13 (el capítulo donde se explaya en la descripción del amor cristiano) cierra observando que hay tres cosas que permanecen para siempre: la fe, la

esperanza y el amor. En relación con Dios, estas tres están muy vinculadas entre sí. Es el amor a Dios y el amor de Dios por nosotros, lo que nos inspira a creer en él y a serle fieles como respuesta a esa fe. Porque la fe y la fidelidad son siempre dos caras indivisibles de una misma moneda. Se es fiel con Dios porque se cree en él, y creemos en Dios porque él ha demostrado ser fiel con nosotros.

Y la esperanza está tan vinculada con la fe que son casi un mismo concepto. Y en nuestra relación con Dios, es también un aspecto de lo que significa amarle y ser amados por Dios.

Es por su amor que Dios nos promete su acompañamiento, su guía y su misericordia y perdón para la vida presente y la resurrección y vida eterna más allá de la muerte. Estas promesas no siempre generan automáticamente fe en nuestro corazón. Pero aunque no alcancemos del todo a creérnoslas con convencimiento total, sin embargo seguimos siendo capaces de esperar que (ojalá) sean ciertas. Aunque no estemos del todo convencidos (no tenemos mucha fe) de que Dios nos acompaña hoy y nos dará un futuro mejor, es posible seguir esperando que así sea. Y esa esperanza nos puede inspirar a conductas de fidelidad con Dios y con sus mandamientos, que son en efecto la misma fidelidad que es en sí misma inseparable de la fe. Es decir que por la fe —por creer— podemos esperar que Dios cumpla lo que ha prometido. Pero también al contrario, por la esperanza (aunque sin creérselo del todo) podemos ser fieles —lo cual es lo mismo (aunque solo sea por los efectos prácticos) que tener fe.

¡Así entra la fe por la ventana, cuando halla cerrada la puerta de nuestros pensamientos! ¡Bendito sea Dios, entonces, por el maravilloso don de la esperanza! Aunque dudamos, no perdemos del todo la esperanza. Y quien espera en Dios jamás será defraudado.

La esperanza cristiana está también vinculada estrechamente con la virtud cristiana de la paciencia. La paciencia es esa capacidad humana ya no de motivarse para la acción sino todo lo contrario, de descansar en quietud y reposo. La paciencia es el



don de no sentirse obligado a intervenir ni reaccionar cuando las cosas van mal. Quien espera en el Señor sabe que Dios es fuerte y poderoso para salvarnos. Sabe, por consiguiente, renunciar a sentirse responsable, afanándose y estresándose en luchas vanas e inútiles. Atribuyendo al Señor la justa responsabilidad de emprender las acciones que sean necesarias, entonces, esta esperanza que se expresa como paciencia permite a Dios tomar la iniciativa y ejercer de Dios y de Salvador —que al fin y al cabo es lo suyo—.

**espíritu** — En las lenguas bíblicas, el elemento propio de la respiración, lo que se inhala y exhala. Como la respiración es esencial a todo animal terrestre que está vivo, la presencia (o no) del *espíritu* respirado, determina si el ser en cuestión está o no vivo: entonces *tener espíritu* acaba siendo más o menos sinónimo de estar vivo. Y *espíritu* acaba siendo también sinónimo de la idea de lo que es esencial o particular del ser vivo individual. Cada ser vivo tiene su propio *espíritu* que es tan único y propio como lo es el aliento que cada ser respira.

La conexión entre las palabras *espíritu* e *inspirar*, *expirar* y *respirar* existe también en castellano, aunque normalmente no reparamos en ello. Aunque *inspirar* podría ser lo mismo que inhalar, se usa habitualmente en el sentido de penetrar la mente desde fuera con especial luminosidad y creatividad; y aunque *expirar* podría ser lo mismo que exhalar, se emplea en el sentido de morir, dejar de existir, acabarse. Y el término *espíritu* ya no denomina *lo que se respira*, sino que se emplea para indicar una cualidad o identidad o *ser* inmaterial, que puede poseer un cuerpo material que respira, pero no necesariamente.

Sin embargo en hebreo (Antiguo Testamento) y en griego (Nuevo Testamento), la conexión entre el *espíritu* y la respiración de un ser vivo es muy directa e inmediata. Tiene espíritu lo que respira. Por consiguiente *espíritu* es en esos idiomas fundamentalmente, antes que cualquier otra cosa, aire en movimiento. Las palabras *rúaj* (heb.) y *pneuma* (gr.) se pueden

traducir perfectamente, entonces, por cualquier término castellano que indica aire en movimiento: Aliento. Viento. Brisa. Exhalación. Inspiración. Soplo. Vendaval. Hálito.

Aunque en griego, igual que en hebreo, ese significado de aire en movimiento es el sentido primario de la palabra, los filósofos griegos acabaron empleando el término en un segundo sentido derivado y desmaterializado. Si estar en movimiento era un rasgo esencial del aire, que es invisible y se extiende hasta el infinito sobre nuestras cabezas, ese aire en movimiento —es decir *espíritu*— era la característica fundamental del *cielo* y de todos los dioses y demonios que en él habitan. En efecto, la *espiritualidad*, el *ser espíritu*, es uno de los rasgos esenciales de los dioses y los demonios. Luego también en el mundo romano, los grandes héroes y los reyes de más singular renombre, al expirar el aliento cuando morían, ese su *espíritu* humano ascendía también al cielo, donde ocupaba su lugar entre los dioses, para seguir beneficiando desde el cielo a la humanidad. Alcanzar ese rango de ser puramente espiritual e inmaterial celeste, era la aspiración de alguna de las escuelas filosóficas.

No era la *espiritualidad* el único rasgo de los dioses del cielo y de los hombres endiosados al morir. También lo era la luminosidad, la luz. De ahí que los astros eran todos dioses (u hombres endiosados) y los dioses (y espíritus endiosados de los hombres) eran todos astros del cielo.

Estos conceptos filosóficos griegos y populares romanos están ausentes en el Antiguo Testamento, sin embargo. Y aunque están presentes inevitablemente en el Nuevo Testamento —que se redactó en la era romana— y muy especialmente en la teología cristiana posterior, en el propio Nuevo Testamento pesa mucho todavía la influencia del Antiguo y de la manera hebrea de entender el concepto de *espíritu* como «viento» o «aliento».

Todas estas consideraciones invitan a explorar diferentes matices de la comprensión de aquellos textos en la Biblia donde hallamos la palabra *espíritu* y *Espíritu* (el empleo de mayúsculas para distinguir nombres propios es un invento posterior, ausente

en los textos bíblicos). Veamos algunos ejemplos, partiendo de la traducción Reina-Valera 1960:

Gn 1,2. *Y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios [aliento divino, viento de parte de Dios, soplo de Dios] se movía sobre la faz de las aguas.*

Ez 36,26-27. *Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu [aire, aliento, soplo] nuevo dentro de vosotros [...] Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu [aire, aliento, soplo], y haré que andéis en mis estatutos...*

Lc 4,1. *Jesús, lleno del Espíritu Santo [soplo de santidad, aire santificador, aliento sagrado] volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu [por el viento, por el soplo, por el aire] al desierto...*

Jn 20,22 *Y [Jesús, resucitado] habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo [el soplo de santidad, el aliento sagrado].*

En estos casos y otros muchos que podríamos proponer, el resultado puede variar desde «descabellado» a «interesante» a «perfecto»; pero el ejercicio en sí es útil y nos ayuda a pensar más allá de nuestras rutinas habituales.

¿Y qué?

Bueno, para empezar, es tal vez reconfortante imaginar que el aliento de Dios se funde con nuestra respiración para llenar desde nuestros pulmones toda nuestra vida y acciones, porque se mueve en nuestro interior.

**Espíritu Santo** — Ver *Paráclito; espíritu*.

**eterna (vida)** — Ver *vida eterna*.

**eucaristía** — Ver *Comunión*.

**evangelio** — Es comúnmente conocido que *evangelio* significa, en griego, «buenas noticias».

Ah, ¿pero qué clase de buenas noticias?

El término tiene su origen en el mundo de la política en la antigüedad. No se trataba de buenas noticias personales sino buenas noticias para el reino. El anuncio de una victoria en batalla o de un acuerdo de último momento que evita una guerra. Tal vez un informe de cosechas excelentes este año. O la noticia de que ha nacido un heredero en la Casa Real.

No sería *evangelio* —no en el sentido típico de la época del Nuevo Testamento— una noticia puramente religiosa, al menos no si de efecto solamente personal.

Bien es cierto que la política y el culto a los dioses estaban estrechamente vinculados, de manera que nuestra distinción moderna entre religión y estado habría resultado en aquel entonces incomprensible. Una buena cosecha o una victoria en batalla, entonces, era fruto del favor de los dioses, por tanto noticia de sentido religioso a la vez que político. Las autoridades políticas eran los responsables de mantener contentos a los dioses con su culto, sus sacrificios, la construcción de templos monumentales y la presidencia de actos públicos de devoción. Uno de los títulos más importantes del César en Roma era el de *Pontifex Maximus*, es decir, Sacerdote Supremo; un cargo público que debía desempeñar concienzudamente, significando así su propia lealtad y la de toda Roma, a los dioses que garantizaban la prosperidad del Imperio.

Las buenas noticias públicas o políticas, entonces, eran necesariamente también buenas noticias religiosas: evidenciaban la necesaria buena relación entre la nación y sus dioses, sin lo cual jamás podían ir bien las cosas.

Con esto en mente podemos observar el anuncio de Marcos 1,14: «El tiempo se ha completado y el gobierno de Dios se ha acercado. Volveos y sed fieles en la buena noticia».

Este texto trae varias cosas interesantes que vienen a cuento. Primero, observamos aquí que las buenas noticias son el anuncio público de un giro radical en la política nacional: El inminente gobierno de Dios, gobierno que ya no hace falta esperar más porque la espera se ha completado. ¡Esto es *evangelio* donde los

haya! Reúne todas las condiciones: Tiene, naturalmente, su dimensión religiosa, pero es antes que nada una novedad pública y política, además de buena. Anuncia un cambio de política: se acaba la política humana y corrupta, llega la política divina y excelente.

En segundo lugar, los anuncios de *evangelio* comportaban naturalmente consecuencias prácticas para los súbditos del reino. En este caso la reacción esperada en los oyentes tiene dos aspectos. El primero es el antiguo llamamiento bíblico a lo largo del Antiguo Testamento, donde se expresa con el verbo *shuv*: «Volved». Volveos a Dios. Regresad, porque os habéis apartado. Si parecía que Dios estaba lejos, tal vez resultara más o menos lógico alejarnos nosotros también de Dios. Pero desde luego, si es inminente el gobierno directo de Dios sobre la humanidad, ya no es admisible esa distancia, ese distanciamiento. Toca volver. Es un concepto mucho más relacional que la traducción «Arrepentíos». No se trata de sentir pena por infracciones morales sino de restablecer y sanar la relación rota con el Señor.

Luego también —tercero— está la idea de fidelidad o lealtad. La lealtad es un concepto inevitable e importante en cualquier proyecto de gobierno y en la propia conformación de cualquier estado. La frase que yo he traducido aquí como «sed fieles en la buena noticia», también podría traducirse como «creed en el evangelio». Lo que pasa es que esa segunda opción da a entender un convencimiento mental o interior respecto a unas verdades de naturaleza puramente espiritual o religiosa. Mientras que la naturaleza del anuncio —un cambio inminente en el gobierno de la humanidad, donde Dios asumirá personalmente el mando— parecería exigir más bien la idea de lealtad a ese nuevo régimen. Aunque en castellano «tener fe» y «ser fiel» son dos conceptos claramente diferenciables, en el griego del Nuevo Testamento no lo eran y empleaban la misma palabra para ambos usos. De ahí la confusión.

Si el *evangelio* es siempre de naturaleza pública y afecta a toda la sociedad, la respuesta correcta ante este anuncio ha de

ser personal —por supuesto— pero también pública y social. Es inconcebible para los cristianos de la era apostólica, un cristianismo desvinculado de la congregación de los seguidores de Jesús el Señor. No se puede seguir a Cristo sin ser parte de la masa social que acepta el gobierno de Cristo sobre toda esa colectividad humana. La lealtad al gobierno divino nos impulsa a participar en la iglesia local, dejar ahí nuestros diezmos, invertir ahí nuestras energías, aportar nuestros dones espirituales —y dejarnos guiar por la sabiduría y el amor de hermanos y hermanas—. Esto también es *evangelio*; y no hay lealtad al *evangelio* sin comprometerse con la iglesia.

En cualquier caso, este *evangelio* será siempre —por su mismísima naturaleza— un anuncio que nos llenará de esperanza e ilusión, fe, paz y energía vital. ¡Se anuncia un nuevo amanecer, generoso y agradable!

**expiación** — La «doctrina de la expiación» vendría a ser la forma como explica la teología cristiana una serie de datos de información bíblica sobre el pecado de la humanidad (y de cada individuo en particular), la obra de Cristo —en particular su muerte en la cruz—, el perdón divino, y el «hacer justos» a los pecadores.

Para que la explicación resulte satisfactoria, tiene que casar con cierta verosimilitud, con la diversidad de imágenes o metáforas que emplea el Nuevo Testamento para relacionar nuestro pecado y perdón, con la obra de Cristo.

La forma de expresar esta doctrina cristiana adopta históricamente dos vertientes principales:

Explicaciones *objetivas*, donde se entiende que el pecado ha elevado una muralla entre Dios y nosotros, una culpabilidad objetiva, real y gravísima, cuyo producto es «la ira de Dios». Esta barrera es insalvable a no ser que Dios mismo tome medidas para borrar nuestras culpas y hacernos aceptables para relacionarnos con Dios como hijos.

Explicaciones *subjetivas*, donde la barrera no está ahí fuera, como una muralla invisible entre Dios y nosotros. Sería al contrario una barrera interior, actitudinal, en el corazón humano. Entonces el amor y la gracia de Dios derriten nuestras reservas y recelos, enterneciéndonos para responder y relacionarnos con él. No sería Dios el que tiene que cambiar (abandonando su «ira»), sino que somos nosotros los que tenemos que cambiar (abandonando nuestra rebeldía).

Una de las explicaciones que más interesaron en los primeros siglos fue la de Jesús como rescatador de los cautivos de Satanás. Satanás nos tendría cautivos (al pecado, y por consiguiente, a la muerte) pero al ofrecerse Jesús el Hijo de Dios a entregarse por nosotros a cambio de que nos dejara en libertad a los demás, Satanás se frotó las manos y aceptó el trato. Pero descubrió que no era capaz de retener a Jesús en sus dominios, de la muerte, y Jesús se le escapó resucitando. Cayó en desprestigio esta explicación, sin embargo, porque por una parte parecía obligar a Dios a negociar con Satanás para obtener nuestra liberación, y por otra parte hacía de Cristo un negociador deshonesto, prometiendo algo que no pensaba cumplir.

La explicación teológica más difundida de la expiación se conoce como de «satisfacción». Fue elaborada en la Edad Media por Anselmo de Canterbury. No es propiamente una idea bíblica en sí, aunque reúne muchos elementos que sí aparecen en el Nuevo Testamento. Anselmo imaginó un tribunal de justicia donde Dios es a la vez el demandante por daños y perjuicios, el juez y ejecutor de la sentencia, y un tercero que se ofrece para cumplir él la condena en lugar del condenado.

Los daños y perjuicios que ocasiona a la gloria y soberanía de Dios el pecado humano, tienen una única sentencia posible. Ese agravio solo se puede satisfacer —como cualquier agravio al honor de un soberano en la Edad Media— con la muerte.

Pero, y esto es lo esencial para esta explicación, no es obligatorio que sea el culpable en persona el que pague. Como cuando se paga una multa, lo importantes es que la condena se cumpla

y el demandante se dé por satisfecho. En teoría podría morir cualquiera por cualquier otro, excepto que toda la humanidad ya tenemos que pagar por nosotros mismos y nadie tiene una vida extra que donar a favor de otro. Pero el Hijo, que no tiene culpa propia, asume él la culpa de todos nosotros y padece él la muerte de todos nosotros. Dios se da por satisfecho y nosotros nos libramos de la condena de muerte.

Naturalmente, las presuposiciones medievales acerca de cómo funciona la justicia, la cuestión del «honor» de un soberano, y la aceptación de la muerte de un inocente mientras se libra el culpable, se ve de manera muy diferente donde la justicia no funciona así. Por ejemplo en sociedades que hemos eliminado la pena de muerte y jamás se nos pasaría por la cabeza aceptar a sabiendas que se ejecute a un inocente. Una explicación que en la Edad Media parecía explicarlo todo, a nosotros hoy día nos provoca más inquietud y rechazo, que satisfacción intelectual y moral.

Me parece que sería útil, en estas cuestiones, volver a vincular estrechamente la cruz de Cristo y la cruz de sus seguidores, como Cristo mismo lo vinculaba. Cristo aceptó su muerte con mansedumbre, entendiendo —como también lo entendía Caifás al decir que era mejor que muriera uno solo y no todo el pueblo— que existía un peligro real de que el ejército romano aprovechara el desorden en Jerusalén, para intervenir con la brutalidad mortal que le era característica. Murió él por su pueblo, y al hacerlo y resucitar, nos salvó del temor a la muerte que nos tiene cautivos en hábitos de egoísmo e insolidaridad.

El pecado de la humanidad es gravísimo y tiene consecuencias mortales. Pero la dinámica de Cristo «en nosotros» y nosotros «en Cristo», nos hace obedientes para participar con él en el sacrificio a favor del prójimo, a la vez que nos hace hijos amados para participar con él en la resurrección. Se puede decir mucho más, pero esto también es necesario decirlo.



**fariseo, -a** (adj. y sust.) — Partidario de una de las corrientes de la religión israelita en las provincias de Judea y Galilea en los tiempos de Jesús y los apóstoles. Su forma de interpretar la fe y vida israelita parece haber nacido en Persia y su rasgo más característico fue que aunque no pertenecían al linaje de los sacerdotes, sin embargo pretendían vivir y enseñaban a vivir conforme a las estipulaciones bíblicas para el sacerdocio. Esta era su manera de expresar una devoción radical por el Señor de Israel. Ellos se definían como lo contrario que los saduceos (la rama del sacerdocio que estaba instalada en el poder en el Templo de Jerusalén). En cambio, algunas de las comunidades cristianas primitivas se definieron como lo contrario que los fariseos. Aunque su manera de entender la fe de Israel era minoritaria en la época del Nuevo Testamento, el judaísmo rabínico —que apareció uno o dos siglos después del cristianismo— atribuye sus orígenes a los fariseos.

En la época del Nuevo Testamento no existía una única forma de la religión judía.

Lo que había era, por una parte, el Templo de Jerusalén con su ritual y su sacerdocio, que se entendía ser el único lugar autorizado para ofrecer sacrificios al Dios de Israel. Los saduceos decían descender de Zadoc, instalado como sumo sacerdote por el rey David cuando inició el culto al Señor de Israel en Jerusalén.

Por otra parte, había comunidades de israelitas esparcidas por todo el mundo, desde Mauritania e Hispania en el occidente hasta más allá de Persia en el oriente. Estas comunidades tenían su estructura y sus autoridades locales. Mantenían vínculos afectivos con Jerusalén, entendiéndose además que los sacrificios ofrecidos allí valían para todo Israel, dondequiera que los israelitas se hallaran dispersos. En la Dispersión, en los siglos inmediatamente antes de Cristo, se estableció la costumbre de centrar la vida religiosa en el estudio de los libros sagrados (nuestro Antiguo Testamento).

La existencia de las sinagogas en todo el mundo era algo paralelo y al margen del ritual templario. Aunque el sacerdocio de Jerusalén gozaba de ciertos privilegios civiles en la provincia de Judea, no existía ninguna conexión legal o jerárquica entre el Templo y las sinagogas. Cada sinagoga era independiente, como lo era cada comunidad local de israelitas. Por consiguiente no podía existir una única forma de entender «la religión judía», impuesta por una única autoridad reconocida. Es una situación que sigue siendo propia del judaísmo hasta el día de hoy, así como de muchas iglesias evangélicas. Los fariseos, sin embargo, imponían una disciplina férrea en sus comunidades, procurando evitar cualquier asomo de la corrupción impía que criticaban en el sacerdocio saduceo. De ahí que en la época del Nuevo Testamento, los judíos en general vieran a los fariseos como un movimiento sectario.

La palabra «fariseo» se dice derivada del verbo arameo *parush*, «separar, explicar punto por punto». Pero puede que los *fariseos* fueran conocidos así sencillamente por ser *persas*. Obsérvese el gran parecido entre las palabras *fariseo* y *farsí* (el idioma de Irán, antes Persia). Los *fariseos* habrían llegado de Persia, entonces —no se sabe cuándo— como tantos otros que regresaban a Jerusalén tras generaciones o siglos de ausencia. Su forma de vivir la fe de Israel estaba centrada, como era habitual en la Dispersión, en el estudio de los libros sagrados. Y acabarían destacando como una secta puritana, extremadamente crítica con la corrupción y disolución en que opinaban que estaba sumido el sacerdocio de Jerusalén.

Parecería ser que el cristianismo (al menos en Galilea y Judea) nació en el seno del fariseísmo y destinó a los fariseos sus peores críticas a la vez que padecían las críticas de ellos. Los *mesiánicos* (es decir, «cristianos») alegaban que el Mesías ya había venido: Jesús de Nazaret. Decían que ya no hacía falta guiarse por una interpretación exacta de lo que venía en los libros sagrados de Israel, puesto que les guiaba el Espíritu derramado por Cristo desde el Cielo, donde ahora reinaba junto a Dios. A los fariseos esto les pareció pura blasfemia puesto que parecía admitir la

existencia de más que un solo Dios. Y les tuvo que parecer peligrosa la libertad que alegaban los cristianos para interpretar las Escrituras «por el Espíritu» —con lo cual, pensarían los fariseos, solo se podía acabar en las mismas corrupciones y disolución que ya venían denunciando en el sacerdocio saduceo.

Destruída Jerusalén y su Templo en el año 70 d.C., pareció justificarse la severidad de la opinión de los fariseos contra los saduceos. En los siglos siguientes y especialmente frente al auge del *mesianismo* cristiano, el fariseísmo evolucionaría hacia el judaísmo rabínico, la forma de la religión judía que perviviría. La cumbre de la literatura rabínica serían los *Talmudes* —de Jerusalén y de Babilonia—, que traen los debates e historias de los rabinos.

**Filistea, filesteos** — La Biblia atribuye el origen de los israelitas a la inmigración. Existe bastante consenso entre los eruditos en torno a la identificación de los filisteos también como inmigrantes. Serían ellos las «Gentes del Mar» que según fuentes egipcias de finales del segundo milenio a.C., se establecieron precisamente en la región de Canaán donde la Biblia sitúa a los filisteos.

La Biblia menciona cinco ciudades emblemáticas de los filisteos, todas ellas bastante próximas entre sí, en lo que es hoy la Franja de Gaza y extendiéndose hacia el norte y este —siempre en el suroeste de lo que hoy es Israel—. Las cinco ciudades son Gaza, Ascalón, Asdod, Ecrón y Gat.

También existe bastante consenso sobre los rasgos griegos de su cultura. Pero está mucho menos claro de dónde venían, cuándo llegaron y qué impulsó su migración.

La teoría más aceptada es la de que procediesen de la propia Grecia o de Creta, hacia el siglo XII a.C. Pero el mar Egeo, toda la costa de Turquía y la isla de Chipre, también eran más o menos «griegas». Otra teoría que últimamente cobra peso, entonces, es que los filisteos procediesen de Chipre o la costa sur de Turquía, la región «griega» más próxima a Palestina/

Israel, en el siglo XI a.C. Los rasgos griegos de la cultura filistea se explicarían, entonces, por una creciente expansión de influencia griega, que al cabo de los siglos los habría traído hasta Canaán. Procederían en última instancia, sí, de Grecia; pero llegando hasta Canaán sólo al cabo de generaciones de expansión paulatina.

Lo que motivó esa migración no sería entonces el declive o la violencia en sus tierras de origen tanto como el «efecto llamada» de nuevas oportunidades comerciales y materiales en un territorio —el cananeo— que estaba en declive y debilitado y ofrecía buenas perspectivas para una cultura que se sentía fuerte y en expansión. No habrían llegado como conquistadores militares, necesariamente, por cuanto parecen haberse ofrecido como aliados naturales de los egipcios para mantener el orden entre sus vasallos cananeos.

Llegasen en el siglo XII o en el XI a.C., coinciden, más o menos, con el auge de las tribus de Israel en Canaán; y los relatos bíblicos los identifican como los grandes rivales de Israel en la pugna por supremacía.

Norman Gottwald<sup>3</sup> impulsó la teoría de que los filisteos se integraron en Canaán como una élite militar ostensiblemente a las órdenes de los reyes cananeos, pero constituyentes en realidad de una especie de dictadura militar. Fue —y sigue siendo— una teoría interesante, que explicaría la preeminencia de los filisteos en los relatos bíblicos, donde sin embargo no parecen haber sustituido ni eliminado a los reyes de las ciudades cananeas. Los filisteos habrían conseguido suprimir las rivalidades entre los reyes cananeos, imponiendo una cúpula militar más o menos unificada, que conseguía resistir eficazmente el auge israelita. Cosa que los reyes cananeos, en guerra permanente entre sí, jamás habían logrado.

---

<sup>3</sup> Norman K. Gottwald, *The Tribes of Jahweh: A Sociology of the Religion of Liberated Israel, 1250-1050 B.C.E.*, (Maryknoll: Orbis, 1979).

Los relatos bíblicos indican que así como fue relativamente fácil para los israelitas vencer a los reyes de las diferentes ciudades de población cananea tan política y militarmente dividida, la rivalidad con los filisteos fue mucho más problemática.

Según 1 Samuel, los israelitas adoptaron la monarquía —ser acaudillados por un dictador militar— con Saúl, pero de todas maneras cayeron derrotados, y Saúl y sus hijos murieron en batalla.

David, según el relato bíblico, escogió otra táctica. Exiliado de la corte de Saúl, se pasó con toda su tropa, como mercenarios al servicio de los filisteos. Sobrevivió algunos años gracias al bandillaje. Con las riquezas que le aportó su carrera como terrorista fue comprando la lealtad de su tribu autóctona de Judá, hasta que le coronaron como rey de la tribu.

Muerto el último hijo de Saúl a manos de un traidor, las otras tribus de Israel fueron a Hebrón (en Judá) y proclamaron a David su rey. David tomó Jerusalén, que no pertenecía a ninguna tribu de Israel, para hacer de ella su capital personal.

Los filisteos recelaron entonces por fin de David, que ya no se comportaba como vasallo y mercenario a sus órdenes.

David derrotó a los filisteos, pero a la postre reaparecen como su guardia palaciega. Los *cereteos* y *peleteos*, entonces, es decir esa élite militar filistea, fue en quien se apoyó David para hacer frente a todas las sublevaciones que tuvo que suprimir entre los israelitas hasta que por fin se vio obligado a abdicar a favor de su hijo Salomón. Salomón también se apoyó en esta misma élite militar filistea, los *cereteos* y *peleteos*, para afirmar su reino frente a la tropa israelita que apoyaba a su hermano Adonías.

A la postre los filisteos casi desaparecen del relato bíblico, aunque no de la historia. Su presencia continuada en la región fue tan importante que aquella tierra se conoce como Palestina.

**fe, fidelidad** — Aunque en las lenguas occidentales modernas estos dos conceptos han tomado caminos divergentes y se expresan con diferentes palabras, en el hebreo bíblico y el griego

del Nuevo Testamento son imposibles de distinguir. Tiene fe, por definición, quien es fiel. Y es fiel, por definición, quien cree. Ambas cosas son una.

La palabra latina de que deriva nuestro término castellano «fe», es *fides*. Palabra de la cual es obvio que deriva también nuestro término «fidelidad». En el griego bíblico el término es *pistis*. Un término que siempre que se encuentra con él un traductor del Nuevo Testamento, deberá decidir por el contexto —pero más habitualmente por sus propios prejuicios teológicos— si traducir como «fe» o como «fidelidad».

Este servidor, por ejemplo, suelo traducir siempre que sea posible, con el concepto de «fidelidad», por cuanto me parece que se tiende demasiado a entender «la fe» como un proceso mental por el que nos obligamos a creer cosas increíbles, cuando sospecho que los apóstoles, lo que pretendían, es que viviésemos vidas de santidad y fidelidad delante de Dios, por virtud de nuestra comunión con Cristo.

Un buen ejemplo de cómo las presuposiciones teológicas del traductor afectan la traducción, estaría en Gálatas 2,16. Aquí algunas traducciones ponen claramente que la justificación viene «por la fe [entiéndase “por creer”] en Jesucristo». Otras traducciones ponen con igual claridad que es «por la fe de Jesucristo». Pero si por «fe» entendemos «creencias», es difícil entender qué es lo que ha querido decir el apóstol. ¿Cómo nos justificarían a nosotros las creencias de Jesucristo? Es por eso mismo que algunos traductores se han sacado de la manga que la fe sea *en* —que no *de*— Jesucristo. Sin embargo, en griego pone claramente «por la fe/fidelidad *de* Jesucristo». Como la palabra griega *pistis* admite con absoluta naturalidad ser traducida como *fidelidad*, está claro que Pablo está escribiendo acerca de «la fidelidad de Jesucristo». Podría ser su fidelidad humana para con Dios, mediante la obediencia hasta la cruz. O tal vez su fidelidad divina para con nosotros, la humanidad caída, al actuar como nuestro Salvador.

Las palabras hebreas empleadas en el Antiguo Testamento también son interesantes y tal vez inclinan un poco más el fiel de la báscula —si es posible— hacia la idea de *fidelidad*, más que *creencias*. Lo interesante de los términos hebreos más o menos sinónimos, *emuná* y *émet*, es que derivan del mismo verbo que una de las escasísimas palabras hebreas que han pasado directamente a la lengua castellana: *amén*. La exclamación ¡Amén! significa algo así como: «Así es», «Es verdad», «Es cierto»; o proyectando hacia el futuro: «Así sea», «Así será», «Esto sin lugar a dudas sucederá o se cumplirá».

Cuando este concepto se expresa como sustantivo, suele tener el sentido de «certeza», «verdad incontestable», «firmeza inmovible», «lealtad»... y «fidelidad». Puede abarcar el sentido de «fe» o «creencia», en el sentido de que para afirmar «Esta es una verdad como una catedral», hay que estar creyéndoselo. La exclamación ¡Amén! es en ese caso una expresión de fe, una expresión de creer. Sin embargo como la idea primaria —en hebreo— es siempre la de certeza, verdad, firmeza y lealtad, traducir los términos hebreos *emuná* y *émet* como «fe» o «creencia», nos brinda generalmente un resultado muy pobre. Daría la impresión de que se está hablando de ideas o convicciones que se tienen en la cabeza, cuando el término hebreo exigía que pensáramos en una lealtad personal que se conserva cueste lo que cueste, en una firmeza de intención y propósito que se manifiesta en conductas concretas. En una palabra, «fidelidad».

Volviendo a la exclamación ¡Amén!, entonces. Con ella no siempre se indica la expresión de lo que se cree: «¡Estoy convencido de que esto es verdad!». Puede indicar en muchos versículos de la Biblia la firmeza de intención: «¡Juro que esto es lo que haré!», «¡Cumpliré lo que he prometido!» En el evangelio de Juan, Jesús suele decir, repitiendo: «Amén, amén os digo...» (O como lo pone alguna traducción: «De cierto, de cierto os digo...») Esta no es una creencia; es la firmeza de voluntad que se expresa como veracidad, certeza, lealtad para no mentir... o

fidelidad. En Isaías 25,1 pone: «Desde hace mucho tus consejos [de Dios] *emuná omén* [son de fiar, son ciertos]».

No es necesario negar la necesidad de tener fe —en el sentido de aceptar la veracidad de lo que afirmamos acerca de Dios y de su Hijo Jesucristo— para enfatizar, a la vez, que como tan magistralmente lo expresó Santiago, «La fe sin obras está muerta en sí misma». No hay fe que no se exprese como fidelidad y lealtad, mediante conductas expresas que se desprenden de esa relación de lealtad. Así como es imposible seguir siendo leal o fiel con alguien en quien uno ya ha dejado de creer.

**fidelidad** — Ver *fe*, *fidelidad*.

**futuro** — Lo que viene después del presente, lo que va a suceder (pero todavía no es). Tema de fascinación para mentes ociosas, Dios nos ha creado —ha creado el universo entero— de tal manera que el futuro nos es forzosamente desconocido, porque *es imposible conocer lo que no es*.

El futuro no existe. Esa es parte de su definición, es parte de lo que significa que sea futuro. Si ya existiese no sería futuro sino presente. Así como el presente es la continuación del pasado y ha venido determinado por el pasado, el futuro está siendo determinado por nuestras acciones y actitudes y decisiones pasadas y presentes. El futuro no puede existir ahora, porque está en proceso de ser creado por los que vivimos en el presente.

Saber esto acerca del futuro ilumina el sentido y la esencia de lo que es *la profecía bíblica*. Los profetas bíblicos no conocían el futuro. (Naturalmente, porque como no es, no se puede conocer.) Sí conocían el pasado y el presente y sí conocían a Dios. Luego declaraban: «¡Arrepentíos, porque el camino que lleváis desembocará en castigos divinos!» Conociendo el presente y conociendo a Dios, comprendían el desenlace. Pero el propio acto de profetizar daba a todos la oportunidad de *cambiar* ese desenlace.



La esperanza de los profetas era que su anuncio falsificase lo anunciado: que nada de lo profetizado se cumpliera, al provocar la profecía arrepentimiento.

Luego hay también profecías de promesa y esperanza en Dios. En medio de situaciones de sufrimiento, quien conoce a Dios anuncia que Dios va a intervenir para remediar los males y generar justicia. Los profetas, entonces, invitaban a confiar en Dios, no en las palabras que ellos pronunciaban. No podían conocer el futuro, que no existe, pero podían conocer a Dios, que sí existe. Y conociendo a Dios, podían invitar a esperar en su maravillosa salvación, que siempre sobrepasará todo lo que podamos imaginar. Sabían bien que lo que ellos anunciaban, no era más que un pálido reflejo de la gloria que nos desea y prepara el Señor.

Como el futuro todavía no existe (y es por consiguiente imposible de conocer), *tienen sentido nuestras oraciones*. Si el futuro ya existiera —por cuanto se pudiera conocer y ya viniese escrito en un libro sagrado—, entonces no tendría ningún sentido pedir nada a Dios. Con el futuro ya cerrado y decidido, desaparecería la motivación para clamar a Dios. Eso nos llevaría a la desesperanza de una concepción pagana de la existencia humana, como algo preestablecido e inamovible que hay que aceptar con resignación. Todo se reduciría a un concepto de *karma*: Nos pasará lo que nos tenga que pasar. Y pedir otra cosa a Dios sería cosa de mentes débiles, incapaces de aceptar la realidad.

Pero la Biblia nos dice todo lo contrario: Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá. Porque Dios no tiene nada decidido del todo hasta que se lo pidamos.

Como el futuro todavía no existe, *tiene sentido la obediencia* y la fidelidad y la santidad. Porque como no hay nada fijo ni predeterminado, somos libres de decidir responsablemente cómo vamos a responder a la invitación de Dios. Mientras que si el futuro se pudiera conocer, ninguna de nuestras decisiones serían libres sino que estarían todas ya determinadas. Sería un iluso quien se propusiera obedecer a Dios y serle fiel en santidad y

justicia. A fin de cuentas, hará en el transcurso de su vida lo que ya se sabe que va a hacer. Ninguna de nuestras decisiones decidiría nada, por cuanto esas presuntas decisiones ya venían decididas de antemano. Cada persona sería justa o malvada porque viene determinado que sea así desde antes de la creación del mundo.

La Biblia, al contrario, nos invita a decidir. Nos instruye amar al prójimo. Nos exhorta a ser fieles. Nos estimula a vivir vidas de santidad. Pero en ningún caso nos obliga, sino que nos declara la voluntad de Dios, a ver cómo respondemos. Es porque nuestras decisiones sí importan y sí cambiarán el futuro, que la fidelidad y la santidad tienen sentido.

Hay cristianos que viven *obsesionados por conocer el futuro*. Están convencidos de que la Biblia relata detalladamente las cosas que van a suceder en estos próximos años. Durante veinte siglos ha habido cristianos con ese tipo de ideas y con idéntico convencimiento de que sus predicciones se iban a cumplir a la brevedad. Siempre se han equivocado. Sus predicciones, supuestamente bíblicas, han defraudado.

Es inútil buscar en un libro, lo que Dios ha establecido que es imposible saber.

**gentiles** — **1.** «Los nacionales», es decir el grueso de la humanidad, las gentes de las naciones ajenas a Israel, ajenas a la elección de Israel como pueblo especial del Señor. **2.** «Los nacionales», es decir, los israelitas que en tiempos del Nuevo Testamento vivían entre las naciones, fuera del territorio de Judea y Galilea; los israelitas de la dispersión o diáspora.

En la imaginación de judíos y gentiles por igual estos últimos 15 siglos, ha quedado dibujada una división clarísima y absoluta entre los judíos —descendientes de Abraham— y los gentiles, que seríamos todo el resto de la humanidad. Sin embargo es un estado de la cuestión que resulta anacrónico para el Nuevo Testamento, donde los términos «judío» y «gentil» tenían bastante fluidez y plasticidad.

Lo que sigue a continuación es una explicación acaso demasiado abreviada, de un proceso histórico de más o menos un milenio:

Primero tenemos el sentido típico del término en el Antiguo Testamento, donde se enfatiza la elección de Israel de entre las naciones. Aquí «las naciones» es todo el resto de la humanidad, por el propio hecho de la nacionalidad. Las naciones, por su propia filosofía constituyente, son contrarias al ejercicio de la soberanía del Señor. Para constituirse como naciones tienen que someterse a sus dioses nacionales que impulsan ese proyecto nacional, que es un proyecto de rivalidad y guerra con las demás naciones. Esos dioses patrocinan la monarquía en cada país y la jerarquización de las sociedades, con la nobleza militar y sacerdotal en la cumbre y los campesinos y esclavos en sumisión absoluta a los caprichos de la nobleza. Son sociedades corruptas, injustas, extraordinariamente violentas, que se sustentan sobre la rapiña, la guerra y la opresión.

Desde luego la gran tragedia del Antiguo Testamento es que al final Israel no consiguió diferenciarse de las naciones. Fue una nación más, con su propia versión del culto estatal y de la sociedad jerarquizada donde la nobleza minoritaria oprimía a las multitudes. Por eso Dios rechazó y destruyó los reinos de Israel y de Judá, aniquilando para siempre sus dinastías reinantes, para volver a empezar con un «remanente» rescatado del exilio entre las naciones.

Luego tenemos el segundo sentido del término «gentiles» en el Nuevo Testamento, un sentido que deriva de este desarrollo final de la trama del Antiguo Testamento. La experiencia de dispersión entre las naciones derivó en formas «nacionales» (es decir, de dispersión entre las naciones) de la religión hebrea o israelita. Entre tanto, la pequeña minoría de los que volvieron bajo el auspicio de la corona persa para refundar Jerusalén, desarrollaron su propia forma de la religión hebrea, que es la que establecieron especialmente Esdras y Nehemías. Como vivían en la tierra de Judá, esa gente se acabó conociendo como

«judíos» y su forma de la religión de Israel se acabó conociendo como «judaísmo».

Los israelitas o hebreos que seguían viviendo entre las gentes nacionales, serían conocidos por los judíos como «gentiles» (o «nacionales») y los judíos tacharon esa forma de la religión israelita, la que se vivía entre las gentes nacionales, de «gentil». Era mucho más lo que tenían en común estos israelitas judíos e israelitas gentiles, que lo que los diferenciaba. Pero como sucede siempre cuando una religión se divide en sectas o denominaciones, las diferencias —por pequeñas que fuesen de verdad— se agigantaron hasta parecer insuperables.

Es esta rivalidad —la que existía entre las formas «judía» y «gentil» de la religión de Israel— lo que asoma de mil maneras en el Nuevo Testamento. Entre sus diferencias estaba por ejemplo la forma de la circuncisión, donde los «judíos» no aceptaban como válida la circuncisión «gentil». Naturalmente los israelitas «gentiles», que se sabían ya circuncidados y descendientes de Abraham, se resistían enfáticamente a adoptar la circuncisión «judía»; una discordia que asoma en el Nuevo Testamento.

Al final la forma de religión de Israel que se impuso en todo el mundo fue la «judía». Y la forma «gentil» de la religión de Israel acabó aceptando la teoría de que Jesús es el Mesías, conociéndose como «cristianismo». Los israelitas mesiánicos, es decir «cristianos», fueron también los que dieron continuidad al impulso misionero entre las naciones, que siempre había sido característico de la religión de Israel. Esto también se ve en el Nuevo Testamento. Al final acabaría desapareciendo del todo la distinción entre los israelitas «cristianos» y el resto de la sociedad de las gentes nacionales donde vivían. Pero esto es ya avanzar hasta los últimos siglos del Imperio Romano y los primeros de la Edad Media.

Cuando leemos el Nuevo Testamento, entonces, tenemos que espabilar mucho para leer entre líneas quiénes son los gentiles en cada lugar donde se mencionan. Y para evitar caer en el

anacronismo de pensar que los judíos y gentiles de entonces, eran lo mismo que los de hoy.

**gloria** — Cualidad de exaltación o brillantez excepcional, asociada habitualmente con la majestad y la divinidad.

El término del Antiguo Testamento que se suele traducir como «gloria» es *cabod* y otras palabras relacionadas.

Siempre me ha llamado la atención que la palabra *cabed*, como adjetivo, puede significar en hebreo «pesado, importante, numeroso, rico, difícil, terco»; pero que como sustantivo, *cabed* significa «hígado». Hoy compramos la carne troceada en la carnicería o el supermercado, pero en la antigüedad a nadie le podía dejar de llamar la atención el hígado en una pieza de caza o al sacrificar un animal doméstico para consumo, por su gran tamaño y su color intenso y especialmente luminoso. Para los hebreos, entonces, parecería que resultase natural derivar del término para decir «hígado» este otro —*cabod*— que viene a indicar un gran tamaño, un gran peso, una primerísima importancia o riqueza. Y sí, también, por extensión, la majestuosidad, importancia o carácter descollante o sobresaliente, que viene a asociarse con los reyes y con los dioses.

El concepto de «dar gloria» (a un rey, a un héroe militar victorioso, a un dios) no dista mucho, entonces, de otra palabra que figura frecuentemente en los Salmos para indicar alabanza: «engrandecer» o atribuir la cualidad de «grande», como cuando decimos «Herodes el Grande» (o con idéntico sentido, «Alejandro Magno»). «Glorificar» o «dar gloria» a Dios, entonces, es señalarlo como especial, sobresaliente, descollante entre sus pares. Hasta el siglo V a.C. como muy temprano, no está claro que los israelitas y judíos en general entendieran que Dios es único en el sentido de que no existen otros dioses. Sí tenían claro que era único en el sentido de que no había otro dios como él: ningún otro tan grande ni tan majestuoso ni tan importante ni tan fuerte y poderoso —tan «glorioso», en una palabra—.

Si el término hebreo del Antiguo Testamento se asocia a la idea de grandeza, importancia y poder, el término griego equivalente —*doxa*— que figura en los textos del Nuevo Testamento se asocia más con la reputación y la fama.

Es un término más abstracto. El verbo *dokéō*, de donde deriva, significa especialmente «considerar, pensar, creer, opinar». De ahí que la «ortodoxia» viene a indicar las doctrinas correctas. La persona «gloriosa», entonces —la persona con *doxa*, en griego— es la que tiene mejor consideración, la persona de la que se tiene la mejor opinión. En relación con esto, la palabra *doxa* puede referirse a las apariencias. Como reflejo de la opinión que se tiene de ella, esa «gloria» (*doxa*) puede ser solo aparente, ilusoria... pasajera. Llegamos así al concepto de «celebridad»: fama, renombre, prestigio y esplendor personal. Como los destellos de celebridad de los famosos, esta «gloria» puede deslumbrar por su brillo; como las «estrellas» del cine o el deporte, pueden parecer proceder «de otra galaxia» que el común de los mortales.

Esta «consideración» o «fama» solía ser especial patrimonio de los reyes, los nobles y los militares victoriosos. También de ciertos poetas destacados; y en Roma, algunos gladiadores. Y por supuesto, esa «gloria» era propia también de los dioses. En el Nuevo Testamento, es Dios y es Jesús el Mesías quien se lleva las palmas por su renombre, su brillantez personal, su majestad y excepcionalidad.

En estos dos mil años desde la época bíblica, y en particular en nuestra civilización moderna con su culto al individuo y al individualismo, hemos perdido la noción que había en la antigüedad —y que perdura en algunas gentes hasta hoy— de que la opinión que contaba no era la que uno mismo tenía de sí, sino la que tenían los demás. Hoy día casi se diría que el único juez de la valía personal de uno, es uno mismo. Aunque otros me consideren un sinvergüenza, no lo soy a no ser que sea yo mismo el que me avergüenzo de mis conductas. Por mucho que otros me digan que valgo mucho, me fío más de mi propia

autoestima —aunque la tenga por los suelos— que no de lo que me digan.

En épocas bíblicas este individualismo de opinión habría sorprendido mucho. En aquel entonces la única forma de saber lo mucho o poco que contaba uno en la sociedad, era oír lo que decían de uno los demás. Se consideraba, por consiguiente, que Dios solamente podía ser glorioso si «recibía» gloria, si era aclamado por el pueblo en alabanza. Como cualquier otro famoso, la fama, el renombre, la celebridad, la gloria *doxa* de Dios dependía de que su pueblo se la reconociese. Su grandeza, majestad, poder, influencia, su gloria *cabod*, dependía de que su pueblo lo «engrandeciera».

Hoy, naturalmente, consideramos que Dios seguiría siendo «glorioso» aunque nadie se lo quisiera reconocer. Y seguramente hacemos bien al pensar así. Y sin embargo también hacemos bien al «glorificar» nosotros también hoy el Nombre del Señor y «darle» a él siempre toda gloria.

**gracia** — Amor y misericordia de Dios, predisposición favorable por la que Dios juzga con longanimidad y paciencia a la persona, con comprensión y bondad antes que con dureza y rigor para castigar a la primera. El redescubrimiento de la gracia, por parte de Martín Lutero, fue uno de los hitos de la Reforma protestante y está en el ADN del luteranismo hasta el día de hoy. Hoy día el concepto de la gracia divina es esencial en la teología de todos los cristianos, sean protestantes (evangélicos), católicos, o anabautistas.

Existe siempre una cierta tensión entre el concepto de la gracia divina y el de la justicia de Dios, la ira de Dios, por la que juzga intolerables determinadas conductas y actitudes de la humanidad, en particular las que provocan sufrimiento y muerte en el prójimo u ofenden la santidad y la majestad de Dios. Esa tensión es útil y necesaria. No se puede resolver en dirección a enfatizar demasiado la ira divina y sus justos castigos como si Dios fuese un juez imparcial que ignora la fuerza de afecto que

le une a la persona juzgada. Tampoco se puede resolver en dirección a enfatizar demasiado una manga ancha y todo vale, donde acabaríamos pensando que Dios carece de seriedad y que sus mandamientos no son de cumplimiento obligado.

En castellano existe otro sentido de la palabra «gracia» que no tiene por ejemplo en inglés. Decimos que algo tiene gracia o que nos resulta gracioso, cuando nos hace reír. Tal vez deberíamos rescatar este sentido de la palabra también al meditar en la gracia de Dios.

Desde luego no es descabellado imaginar que quizá Lutero, que vivía hasta entonces agobiado por una escrupulosidad malsana y en terror al castigo de Dios, se echase a reír de puro alivio y alegría incontenible cuando el Espíritu Santo consiguió hacerle comprender que Dios le amaba y estaba dispuesto a abrazarlo en su divino seno por pura gracia, de puro amor incondicional de Padre. Los mejores chistes, los que de verdad nos hacen reír, son los que desembocan en una sorpresa, en un final que de tan inesperado u ocurrente, nos provoca una explosión espontánea de carcajada. Así de inesperada y ocurrente le tiene que parecer al pobre ser humano que cree previsible tener que vérselas con Dios en un juicio eterno, cuando se entera que Dios nos ve con el tipo de benevolencia que se entiende cuando pone que «Noé halló *gracia* a los ojos de Dios», por lo cual salvó la vida y la de sus descendientes cuando el Diluvio.

Las actitudes y conductas humanas tienen consecuencias, sin embargo, consecuencias que son muchas veces harto perversas y malignas y que desencadenan toda una secuencia de violencias, maldades y sufrimientos. Como las olas de expansión cuando tiramos una piedra al agua, la maldad humana provoca una reacción de males en cadena que llegan a afectar a otras muchas personas que nada tenían que ver. La gracia de Dios se muestra también, entonces, cuando interviene para refrenar la maldad, para vengar a los inocentes, para dar fin, con efectos ejemplarizantes, a la maldad de quienes provocan sufrimiento y violencia. Esto también es gracia. Es la gracia que interviene, que se



interpone, que estorba, limita y castiga la perversidad, trayendo alivio y sosiego a sus víctimas.

Es por eso también que decíamos que no es justo eliminar la tensión entre gracia y castigo divinos. Porque bien puede ser que el castigo de unos, otros lo vivan como gracia y liberación y alivio. Desde luego Dios es el único que tiene la capacidad y sabiduría para gestionar las exigencias de gracia de todos nosotros, los seres humanos que él creó y ama, exigencias de gracia que serán muchas veces contrarias e incompatibles entre sí. Al final su amado Hijo Jesús obtuvo la gracia de la resurrección, pero no sin antes, «desgraciadamente», haber padecido los horrores del odio y el rechazo y la crucifixión del Calvario. Padecimientos que fueron, a su vez, la máxima expresión de la gracia de Dios para cada uno de los demás.

Pero esto nos puede ofrecer, tal vez, un atisbo de esperanza de que en nuestro padecer injusticias, maldades, odio y rencor, hasta violencia, quién sabe si no se nos está presentando en bandeja la oportunidad de con ello dar expresión a la gracia de Dios, que podemos regalar a nuestros enemigos. ¡Oh aspiración maravillosa! ¡Oh esperanza sublime! ¡Quién no lo daría todo para lucirse como digno discípulo del Maestro de toda gracia!

**hebreos** (antecedentes históricos) — Un sistema feudal como el que existió en Canaán [ver *Canaán*, *cananeos*] en los últimos siglos del 2º milenio a.C., es siempre inherentemente inestable. Las guerras constantes y los abusos permanentes que sufren los campesinos y esclavos, generan un goteo continuo de personas que se dan a la fuga y pretenden rehacer sus vidas en lugares inhóspitos, lejos de la «civilización».

Uno de los temas más interesantes de los antecedentes de Israel en Canaán, es la figura de los *hapiru* que se menciona en la correspondencia de los faraones<sup>4</sup>. La palabra —que parecería

---

<sup>4</sup> Norman K. Gottwald, *The Tribes of Yahweh: A Sociology of the Religion of Liberated Israel, 1250-1050 B.C.E.* (Maryknoll: Orbis, 1979).

ser una forma temprana del término hebreo *hivri*, es decir *hebreo*— habría designado inicialmente ciertas personas o grupos familiares rebeldes, de difícil encaje en la sociedad feudal. Serían prófugos de la ley, bandidos más o menos organizados cuyo bandidaje podía poner en entredicho la autoridad de los reyes de las ciudades cananeas. Su estilo de combate sería el de la guerrilla, atacando a traición para desaparecer entre los montes del Alto Canaán, en lo que a la postre sería Efraín y Judá. Forajidos, vistos desde las ciudades cananeas como tribus carentes de civilización y cultura, personas y grupos que no se atenían a las reglas comúnmente aceptadas por la civilización feudal, sobrevivían al margen de la sociedad.

Replegados a territorios más o menos inaccesibles donde difícilmente se podía combatir con las armas pesadas —caballería y carros de combate— preferidas por los egipcios y los cananeos, se dedicarían a arañar un malvivir de tierras muy poco provechosas, donde las cosechas fallaban frecuentemente y entonces había que recurrir al bandidaje.

Pero los *hapiru* también podían aparecer, en determinado momento, como aliados de alguno de los reyes cananeos; bien por detestar un enemigo común o sencillamente como mercenarios que luchaban por el que más y mejor pagaba.

El relato del Éxodo tiende a referirse habitualmente a los esclavos fugados como *israelitas* (literalmente en hebreo, *hijos de Israel*). Pero también menciona toda una multitud de otros que los acompañaron en la fuga —de otras familias, naturalmente—. Personas cuyos antepasados bien pudieron ser *hapiru* condenados a esclavitud al ser vencidas sus bandas de forajidos o apresadas sus familias por expediciones militares cananeas. El texto bíblico emplea este término, *hivri*, «hebreos», para referirse al grupo que sale de Egipto con Moisés; un término empleado indistintamente con el de «israelitas», pero acaso no como sinónimo exacto.

Dos personajes bíblicos que encajan perfectamente con lo que se sabe de los *hapiru* de finales del 2º milenio a.C., serían el «juez» Jefté y David.

Jefté es un malnacido marginado de su familia y su tribu y sus ciudades. Se refugia en las montañas y junta un «ejército» de forajidos. Cuando sus parientes se encuentran presionados por un invasor, sin embargo, se humillan y le proponen a Jefté hacerlo rey, con tal de que los libre de sus enemigos, a quienes consigue derrotar en un repentino arrebato de fervor patriótico.

En cuanto a David, huye como típico *hapiru*, del rey Saúl. Se refugia en los montes de Judá y junta consigo un «ejército» de bandidos y prófugos de la ley. Parecen vivir del negocio de la extorsión, cobrando «para que no le pase nada» a los rebaños y las gentes que los mantienen. Expulsados por fin del territorio de Judá por Saúl (que contó con la colaboración de la propia tribu de Judá a que pertenecía David), juró entonces como vasallo de un rey filisteo y se dedicó al bandidaje con tal mala saña, que se aseguraba de nunca dejar sobrevivientes que pudieran identificarlo. Con el botín de sus víctimas fue comprando la amistad de su tribu de Judá, hasta que aceptaron coronarlo como rey.

Con el paso de los siglos, los *hapiru* de finales del segundo milenio a.C. no son exactamente lo mismo que los posteriores *hebreos* bíblicos, de principios del primer milenio. Pero no dejan de ser un antecedente histórico interesante en la misma tierra de Canaán.

**hermenéutica** — Palabra de origen griego, que significa «interpretación». Para los efectos que nos interesa, se emplea en la frase «hermenéutica bíblica», que sería la ciencia —o arte, o don del Espíritu— de la interpretación de la Biblia.

El Nuevo Testamento griego emplea el término en el sentido de «traducción», cuando aclara el sentido en griego de un vocablo o una frase en lengua hebrea o aramea que se ha citado

literalmente: «Simón, hijo de Juan, a ti te conocerán como Cefas, que significa (*hermenéuetai*) Pedro» (Jn 1,42).

Esto nos señala la primera y más primordial de las labores de la disciplina de «hermenéutica bíblica», que es la comprensión y traducción adecuada de los textos bíblicos en sus idiomas originales:

- Hebreo para casi todo el Antiguo Testamento.
- Arameo para el libro de Daniel, la correspondencia real en Esdras y Nehemías, algún versículo adicional del Antiguo Testamento, y algunas expresiones del Nuevo.
- Griego para el Nuevo Testamento y para la versión Septuaginta (antiquísima, anterior al cristianismo) del Antiguo.

Para la inmensa mayoría de los cristianos y de los predicadores, esta parte principal y primera de la hermenéutica bíblica ya nos viene hecha en las traducciones disponibles a los idiomas modernos. En castellano, además, gozamos de una multitud tal vez apabullante de traducciones muy competentes. Cotejando entre ellas, es difícil que se nos escapen las diversas formas como sería posible entender las expresiones que venían en las lenguas de origen.

Un segundo paso esencial para la hermenéutica bíblica es el estudio de todos los elementos disponibles para contextualizar cualquier pasaje de la Biblia. La importancia de situarnos en el contexto donde y para el que se ha escrito, nos la indicaría un pequeño ejercicio de imaginación:

Supongamos que por algún arte imaginario alguien en 2010 hubiera podido leer un periódico de cualquier día de este año 2018. ¿Cómo iban a poder entender e interpretar la aparición, en cualquier periódico en lengua castellana, de la palabra catalana *procés*? Aunque supieran la traducción correcta de la palabra en sí, lo que significa ese término en la política de estos últimos años requiere conocer el contexto político e histórico donde el término se está empleando. Desconocerlo llevaría a todo tipo de especulación frívola (y equivocada).

De ahí que haya especialistas del estudio bíblico en las facultades de teología cristiana, que se dedican a aprender todo lo que sea posible acerca de la historia, la política, las guerras, las técnicas de explotación agropecuaria, las religiones, e innumerables detalles de la vida cotidiana del último milenio antes de Cristo y el primer siglo después de Cristo. Es una labor apasionante, que muchas veces se ve recompensada con descubrimientos harto esclarecedores.

El contexto no es solamente histórico, sino también literario. Y para esto, nada mejor que leer y releer continua y reiteradamente la Biblia entera, desde Génesis hasta Apocalipsis. Hay expresiones y costumbres que según vamos observando cómo funcionan y el significado que se les atribuye según vuelven a aparecer una y otra vez a lo largo de la Biblia, se van entendiendo en su amplitud, así como en la particularidad de cada texto donde aparece. Palabras como «cordero», «sacrificio» y «altar», por ejemplo, especialmente cuando se relacionan entre sí. O «salvación» y «salvador», o «redención» y «redimir». Todas palabras corrientes en castellano, pero cuyo empleo especializado a lo largo de la Biblia se puede conocer con la propia lectura habitual de la Biblia entera.

Este cometido —el de leer asidua y reiteradamente la Biblia entera— es especialmente grato y habitual como disciplina espiritual en el pueblo cristiano, y ayuda muchísimo a saber cómo interpretar la propia Biblia cuanto más nos la vayamos aprendiendo.

Y por último tenemos el engranaje del significado de la Biblia con la vida y espiritualidad de los creyentes cristianos. Aquí entramos en un territorio por una parte magnífico y lleno de gracia divina, donde el Espíritu puede poner en el corazón de cualquier cristiano una idea y un convencimiento que entiende como revelación o mandamiento personal para él o ella. Pero es por otra parte una dinámica peligrosa, donde desde la ignorancia de los otros aspectos de la *hermenéutica* que venimos

explicando, los creyentes podemos llegar a conclusiones francamente disparatadas.

Esto requiere a la vez fe y humildad. Humildad para reconocer las limitaciones de nuestro conocimiento *hermenéutico* y aceptar que otros, con mayor experiencia y estudio bíblico, nos puedan corregir si nos equivocamos. Pero también fe en la capacidad del Espíritu para «hablarnos» personalmente en la lectura de la Biblia a pesar de nuestra ignorancia.

**hijo de Dios** — Atribución de paternidad divina de los reyes, que era más o menos habitual en la antigüedad. Los reyes de Jerusalén también se entendían ser hijos de la Deidad. En el Nuevo Testamento Jesús enseña a sus discípulos y seguidores a tratar a Dios de «Padre», a la vez que rehuía de ser tratado él como «hijo de Dios» —un término que, parecería ser, él consideraba demasiado cargado de pretensiones políticas de dominio sobre el prójimo.

Los «hijos de los dioses»<sup>5</sup> figuran ya en el relato del diluvio y Noé, como depredadores sexuales que corrompen a la humanidad. Los reyes y la «nobleza» en general, como es bien sabido, siempre han considerado que las hembras del pueblo bajo su dominio debían estar sexualmente a su disposición. La Biblia documenta este tipo de conducta hasta en David y Salomón, de donde se ve lo muy habitual que era.

En Egipto los faraones eran considerados, a la vez que hijos de un dios, ellos mismos también dioses. Esto es algo que se conoce en Egipto desde más de mil años antes de Abrahán. Seguiría así todavía en el Imperio Romano. Allí César Augusto fue el primer gobernante en ser conocido como «hijo de un dios» (por ser hijo adoptivo de Julio César, que se creía ascendido al cielo como un dios al morir). Pero Augusto también aceptó que se levantaran templos con su estatua para adorarlo a él personalmente como un dios, y a la postre emperadores como

---

<sup>5</sup> Se suele traducir como «hijos de Dios».

Nerón o Calígula insistirían en recibir adoración, y que se presentaran sacrificios ante sus estatuas y en sus templos. La exigencia de ofrecer sacrificios al emperador era una manera fácil de pillar a los cristianos en períodos de persecución.

En Jerusalén sabemos por algunos salmos que el rey o «ungido» (*machíaj* o «mesías» en hebreo) tenía también el tratamiento de hijo (adoptivo) de Dios. Esta adopción divina de los reyes de Jerusalén, como expresa magistralmente el Salmo 2, garantizaba su triunfo contra enemigos externos y contra la nobleza interna cuando osaba rebelarse. Lo que el Salmo 2 anuncia con absoluta claridad, es que los intereses de la corona y los intereses de Dios son exactamente los mismos e intercambiables, porque son Padre e Hijo.

Pero la idea de que en Jerusalén pudiera gobernar un «hijo de Dios» tuvo un desarrollo muy interesante en la esperanza de Israel, donde poco a poco empezó a cuajar la idea de que los males espirituales, morales y materiales que padecían los judíos solamente podían hallar solución si Dios accedía a gobernarlos directamente (por medio de un Hijo que de verdad lo fuera). Es así como en el Nuevo Testamento lo que empezó como un elemento de propaganda política vulgar y corriente (promoviendo la idea de que los reyes eran hijos de los dioses), se entiende ahora como una manera singular de expresar la autoridad moral y espiritual, a la vez que la propia identidad personal, de Jesús de Nazaret, el hijo de María.

Había otras maneras de expresar esta misma idea: en Hechos 2,36, Pedro declara que ascendido al cielo, Jesús es ahora «Señor» y «Cristo» (la forma de decir *Mesías* en griego). La palabra «Señor» era como se referían habitualmente al César (y entre los judíos, a Dios); y la referencia al Mesías (o *Cristo*) aludía a la unción de los reyes de Jerusalén, pero también a las esperanzas «mesiánicas» desarrolladas posteriormente. Esto se podía hacer sin declarar a Jesús expresamente, en esa ocasión, «Hijo de Dios». Y en el Apocalipsis, la misma idea se expresa — otra vez sin alusión a su condición de «Hijo de Dios»— cuando

las alabanzas se dirigen siempre «al que está sentado en el trono y al Cordero».

No puede haber la más mínima duda del rango especial y excepcional —único e irrepetible— de Jesús como Hijo de Dios con potestad y dominio sobre todo lo que existe en el universo.

A la vez, el Nuevo Testamento desarrolla por lo menos tanto como aquella idea, esta otra idea de que Dios sea «nuestro Padre» —Padre de todos nosotros. Según los evangelios, era característico de Jesús mismo aludir a esa paternidad de Dios sobre todos nosotros. Es así, sin ir más lejos, en el Padrenuestro que nos enseñó a orar. Según Hebreos 2,11, Jesús «no se avergüenza» de reconocernos como hermanos suyos. Y según Romanos 8,19, la creación entera aguarda ansiosa que por fin nos manifestemos como tales «los hijos de Dios». Unos versículos antes, Pablo había explicado que por nuestra condición de hijos, somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. Dios no es que se vaya a morir: esto de «heredar» tiene que significar que heredamos de Dios rasgos de familia: formas de amar y perdonar, etc., donde se nos nota su paternidad (Mt 5,45).

**hijo de hombre, Hijo del Hombre** — 1. Expresión hebrea que viene a significar algo así como «humano, ser humano». 2. En algunos pasajes de los evangelios, un ser glorioso cuya venida será posterior a Jesucristo, pero que parecería tratarse de Jesús mismo a su regreso.

En principio, la expresión «hijo de hombre» no tiene ninguna complicación. Es así como llama a Ezequiel, por ejemplo, la voz que le habla en sus visiones (Ez 1,1; 2,3,8; 3,1, etc., 243 veces). Ahí la idea parecería ser la de enfatizar la humanidad mortal y limitada del profeta, ante la visión inefable del Señor, una realidad sobrenatural que solamente puede ser descrita con metáforas y símiles que apenas alcanzan a describir su gloria, nunca su aspecto real: «así fue la aparición de la semejanza del resplandor del Señor» (Ez 1,28).



Ante tamaña presencia divina, ¿qué es Ezequiel? Un pobre mortal, un ser insignificante, tan solamente un hijo de un hombre: un ser humano.

La cosa se complica en el libro de Daniel, sin embargo. En Dn 8,17 la expresión se emplea igual que en Ezequiel, para referirse al propio profeta —en este caso, Daniel—. Pero en Dn 7,13, el profeta ve en visión «uno como un hijo de hombre», que aparece entre las nubes del cielo. Es traído ante la presencia del «Anciano de Días» (una clara alusión a Dios). Este le entrega el dominio, el resplandor y la real majestad; y todas las gentes, naciones e idiomas tienen que servirle. Su dominio será eterno y no tendrá fin; su reinado jamás será destruido. Es inevitable la conclusión de que se trata en algún sentido de una figura divina o sobrenatural, que solamente parece humano pero sin serlo.

En el Apocalipsis vuelve a aparecer en el cielo, en dos ocasiones, uno como un hijo de hombre, es decir uno que parece humano. Pero, curiosamente, no parece que sea el mismo en ambos casos. En Ap 1,13, según se desarrolla la visión, nos damos cuenta que está hablando de Jesús resucitado y ascendido al cielo. La figura de Ap 14,14, sin embargo, no parece que sea Jesús, por cuanto está a las órdenes de otro ángel que le ordena meter la hoz que tiene en su mano, para segar la mies de la tierra. De inmediato aparecerá otro ángel, también con una hoz, al que también mandan ponerse a segar.

En los evangelios, Jesús se refiere varias veces a la figura del «hijo del hombre». La expresión es otra vez ligeramente diferente. Parecería indicar que es el hijo de un hombre en particular, aunque Jesús nunca explica quién es ese hombre del que este es hijo. Este hijo no parece ser una figura divina como en Daniel, ni un ángel como en Ap 14, por cuanto falta esa pequeña palabra, *como*, que en esos textos nos indicaba que solamente parecía humano (pero sin serlo).

Al contrario, cuando Jesús emplea esta frase, parece estar enfatizando su plena humanidad, sin ningún tipo de condicionamiento ni excepcionalidad genética.

Muchas veces es irresistible la impresión de que Jesús está hablando de sí mismo al referirse al «hijo del hombre». Si es así, resulta una manera extrañísima de expresarse. Mi padre se llamaba Frank. Imaginemos que yo dijera: «Cuando llegue el hijo de Frank, os vais a enterar: Vuestras malas acciones serán castigadas». Bueno, a ver... Si yo ya estoy presente, ¿a qué viene amenazar con aquello de «cuando llegue»? Si pienso ausentarme para después volver, por qué no decirlo claramente: «Ahora tengo que salir, pero cuando vuelva...».

Los que preparan las ediciones impresas de la Biblia se proponen aclararnos la cosa con el empleo de mayúsculas (que no existían hace dos mil años): La expresión «el Hijo del Hombre», así, con mayúsculas, pareciera ser lo mismo que decir «el Hijo de Dios», es decir, Cristo. Pero aunque es normal referirnos a Jesús como Dios a la vez que como hombre, resulta extraño imaginar que Dios Padre quede tipificado como «el hombre», por mucha mayúscula que le echemos.

Tal vez sea por las dificultades que entraña, que aunque fue típica de Jesús, la frase «el hijo del hombre» desaparece rápidamente del vocabulario apostólico. Esa expresión exacta no figura nunca en el Nuevo Testamento, si no es solamente en la boca de Jesús.

Una cosa sí que queda clara de cómo emplea Jesús esta frase: La llegada del hijo del hombre (o Hijo del Hombre, si se prefiere) supone una crisis para la humanidad, un momento de inflexión y de juicio. Nos conviene estar preparados, en justa relación con Dios por la fe, por la gracia y el perdón divino, viviendo vidas dedicadas a la santidad y la justicia, procurando en todas las cosas vivir en armonía con el prójimo. Así desaparece la amenaza ante esa llegada inminente, y podemos aguardarla con ilusión, fe y esperanza.

**idolatría** — Ver *monoteísmo*.

**iglesia** — 1. En el Nuevo Testamento, cada congregación o asamblea local de seguidores de Jesús. 2. *Iglesia* es la pronunciación castellana del término griego *ekklesía*, que venía a indicar una asamblea, congregación o reunión de ciudadanos; y en el Antiguo Testamento, viene a significar «el pueblo de Dios». 3. Con el auge de la cristiandad estatal europea, el término *iglesia* pasa a denominar el edificio donde se celebra el rito cristiano. Pero entre los anabaptistas y muchos evangélicos, no se acepta este tercer sentido del término.

1. En el Nuevo Testamento, junto con la designación como «los santos» (es decir, las personas elegidas o apartadas para servir a Dios), empieza a verse frecuentemente el plural del término griego *ekklesía* (es decir «iglesias» o «asambleas» o «congregaciones»). Esto indica que muy pronto en el movimiento cristiano, el término «iglesia» se estaba empleando para referirse a cada célula o grupo de cristianos que se reunían habitualmente en un mismo lugar.

2. La *Septuaginta*, versión griega del Antiguo Testamento que era de uso corriente entre los primeros cristianos, había traducido con el término *ekklesía*, el término hebreo *qahal*. Así se indicaba la congregación de los varones adultos en Israel, por sus doce tribus. Cada tribu estaba, a su vez, organizada en «casas», es decir linajes descendidos de un común antepasado, que normalmente era representado en la asamblea por el «padre» o «jefe» de la casa. La «congregación de Israel» era un término que podía solaparse con el de los *tsevaot*, o ejércitos de las tribus de Israel. Es decir que la misma masa social de los varones de Israel podía describirse como «congregación» de Israel en determinados actos litúrgicos, o como «ejército» de Israel en su función militar.

La adopción de la monarquía en tiempos de David supone un cambio importante en la organización militar de Israel. Pierde protagonismo «la congregación de Israel», a favor de un ejército de reclutas comandados por una nobleza militar emparentada con la casa real. Para cuando se refunda la ciudad de Jerusalén

bajo la soberanía persa en el siglo VI a.C., «la congregación de Israel» ya se encuentra enteramente desvinculada de ningún sentido militar y solo se conserva el sentido de «la asamblea de los judíos que son fieles al Señor y a la Ley de Moisés». En tiempos del Nuevo Testamento, las familias nobles del territorio gobernado desde Jerusalén tenían una especie de senado, llamado «Sanedrín». En tanto, los judíos practicantes solían reunirse para sus oraciones y para el estudio de la Ley en cada lugar donde vivían, en «sinagogas» —y así hasta hoy—. Sin embargo se conservó el sentido arcaico de «la congregación de Israel», como término que abarca a todos los judíos practicantes y fieles con la Ley de Moisés.

En el Nuevo Testamento este término, «congregación» (en griego *ekklesía*), se empieza a utilizar en un sentido ampliado donde se incluyen, además, aquellas personas —varones y también mujeres— que no descendían de Israel, pero que en cambio estaban dispuestas a aceptar a Jesús como el Mesías de Israel y Salvador de la humanidad.

3. En el siglo IV el emperador romano adoptó y promovió una forma del cristianismo, centrada en el clero y los sacramentos, donde se relegaba la «congregación» a un papel puramente secundario. Esta religión, que fue mayoritaria durante muchos siglos en Europa, requería para sus ritos litúrgicos, edificios dignos del Estado que la patrocinaba. Esos edificios pasaron a designarse «iglesias». Cuando una «iglesia» era especialmente monumental, se denominó también «basílica» (que en griego significa «real», «del rey»). En esos edificios también se veneraban reliquias de santos, es decir, huesos de personas muertas, a los que sus devotos atribuían poderes mágicos.

Los anabaptistas y otros muchos movimientos evangélicos posteriores, se han debatido entre dos formas de negar que esos edificios sean «iglesia» en alguno de los dos sentidos bíblicos. Algunos han preferido seguir utilizando el término *iglesia* pero recuperando el sentido de «asamblea» o «congregación». Otros, al contrario, se han negado a utilizar el término *iglesia* en

absoluto (por considerarlo irremediablemente corrompido), prefiriendo términos como *asamblea* o *congregación*. Algunos anabaptistas, por ejemplo, prohibieron a sus fieles asistir a «tabernas, prostíbulos e iglesias», al considerar que todos eran lugares donde se fomentaban actitudes y conductas igualmente impías e indignas de personas consagradas al Señor. En ningún caso se aceptaría que un edificio pueda ser auténticamente «iglesia» —puesto que esta consiste en personas, no piedras o ladrillos—.

**infierno** — En la creencia popular, lugar de castigo eterno donde Dios torturará durante miles de millones de billones de años sin fin, con tortura espantosa e insoportable y crueldad insaciable, a los que no lo adoran.

La amenaza del infierno es la bomba atómica del arsenal de algunos evangelizadores. Para quien no se «entrega a Cristo» voluntariamente —por amor y admiración, al sentirse inspirado por la invitación a un estilo de vida moral y solidario y lleno de perdón— nos guardamos el argumento del terror: Más te vale no caer bajo los arrebatos sádicos de Dios.

El Antiguo Testamento no sabe nada del infierno. Allí el lugar de todos los muertos —indistintamente: los buenos y los malos— es *el Seol*; un término más o menos equivalente a nuestra palabra «cementerio».

En el Nuevo Testamento hay cuatro términos que hemos de considerar:

1. *La Geena*. Aproximación en griego del término *ge hinom*, esta palabra que aparece solamente en los evangelios, ha sido traducida como «infierno» por la versión Reina-Valera. La *ge hinom*, sin embargo, es el Valle de Hinom, a las afueras de Jerusalén, que hacía de vertedero municipal. Parece ser que el valle se incendiaba de vez en cuando, con un fuego lento que podía tardar semanas en extinguirse. En diversas ocasiones Jesús se refirió —metafóricamente, no puede haber ninguna duda— a que ciertas personas con ciertos tipos de actitud y conducta, acaba-

rían siendo echados al Valle de Hinom. Era una figura apta para decir: Tu vida y tu existencia equivale a basura, desperdicio, desechos inservibles. Si te mantienes en esas actitudes y conductas acabarás relegado al olvido y el desprecio universal como cualquier objeto o basura echada al Valle de Hinom.

Los buenos de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, formados en el cristianismo medieval español, pensaron que la traducción más apropiada para el término griego *Geena* sería «infierno». Nosotros, a la inversa, tenemos que aprender a entender «vertedero municipal» donde Reina-Valera pone «infierno».

2. *El Hades*. El Hades figura en la mitología griega como algo parecido al *Seol* de los hebreos. Era el lugar donde iban a parar los muertos. Todos los muertos: buenos y malos indistintamente. De allí no volvía nadie. Era el destino final, sin retorno, de todo ser viviente.

En la parábola de Jesús sobre el hombre rico y el pobre Lázaro, en el Hades hay dos regiones, separadas por un abismo: en una se sufre mucho después de muertos, mientras que la otra región viene descrita como «el seno de Abraham», sin más explicación. Si Jesús pensaba de verdad que los muertos siguen conscientes y pueden seguir sufriendo, es extraño que no lo dijera con más claridad y solo se refiriese a esa idea en un cuento.

En el resto de las ocasiones donde el Nuevo Testamento emplea la palabra «Hades», viene a ser más o menos sinónimo de «muerte» o «cementerio» (el lugar de los muertos).

3. *El Tártaro*. Tenemos una única mención en el Nuevo Testamento del Tártaro, que en la mitología de los griegos, es el abismo donde habían sido reducidos y encarcelados eternamente los gigantes cuando se rebelaron contra los dioses del Olimpo. En 2 Pedro 2,4, se entiende que este mito griego es más o menos equivalente a las revelaciones del libro de Enoc (apócrifo judío, siglo I a.C.), donde los ángeles caídos —es decir, rebeldes contra Dios— son derrotados y exiliados en la época de

Noé. Aunque muchos cristianos se creen las fantasías alucinantes de Enoc (sin saber que vienen de un libro apócrifo), la alusión que hace aquí 2 Pedro del libro de Enoc no debe exagerarse. El libro de Enoc no figura en la Biblia, por muy buenos motivos; y su contenido no puede sentar doctrina. Lo que hemos de sacar en limpio de este párrafo de 2 Pedro, es que Dios distingue entre los buenos y los malos y hará justicia: otra cosa diferente es que el Tártaro de la mitología griega sí exista.

4. *El lago de fuego*. Apocalipsis 20 menciona un lago de fuego como lugar donde serán castigados el diablo, la bestia y el falso profeta... y los que no están anotados en el Libro de la Vida. El versículo 10 da a entender que ese «tormento» no tiene fin; pero el versículo 14 aclara que se trata de una «segunda muerte» —es decir, viene a ser la desaparición absoluta, el dejar de existir—.

Servimos a Dios por amor y gratitud y porque su belleza y bondad nos han iluminado. El terror no es ni ha sido nunca su estilo. Dios no es un extorsionador al que hay que pagar con zalamerías y alabanzas para esquivar sus impulsos sádicos.

¡Dios es amor y luz y bondad! Y quien afirme lo contrario... se equivoca. (¡Menos mal!)

**intercesión** — Acto de interceder, de «hablar en favor de alguien para conseguirle un bien o librarlo de un mal» (*Diccionario de la Real Academia*). Es una de las funciones principales y más gratificantes de la oración cristiana.

Los relatos bíblicos están llenos de anécdotas, a veces sorprendentes, sobre la virtud de la intercesión y el poder que pone en juego Dios como respuesta. Es igualmente interesante tomar nota de episodios bíblicos donde no hubo intercesión ante Dios, donde cabe preguntarse hasta qué punto habría sido diferente el desenlace si se hubiera podido contar con intercesores consagrados a la oración.

Curiosamente, el primer caso de intercesión en la Biblia sucede a la inversa: es Dios quien intercede por Abel ante Caín. Un caso ejemplar también porque describe con claridad que la

intercesión no siempre obtiene el resultado deseado, por cuanto la persona a quien se apela tiene su propia voluntad, su propia forma de entender la situación, y sus propias conclusiones acerca de la conducta acertada a adoptar. El resultado de la intercesión nunca es automático. Siempre tiene que contar con la voluntad de la persona a quien se apela. Cuando esa persona es Dios, aceptamos con naturalidad que sus criterios serán más perfectos y determinantes que los nuestros.

En vista de ello, es tanto más sorprendente el éxito tan frecuente que halla la intercesión ante Dios en los relatos bíblicos. Un claro ejemplo sería el diálogo entre Moisés y el SEÑOR en la cima del Sinaí, cuando se descubre que los israelitas, al pie de la montaña, se han forjado una imagen en metal de un becerro ante el que proceden a postrarse en adoración, convencidos de que representa al propio SEÑOR que los ha rescatado de esclavitud en Egipto. El SEÑOR reacciona:

*—¡Les ha faltado tiempo para abandonar el camino trazado por mis mandamientos! [...] Ya veo que este pueblo es testarudo. Así que déjame en paz, que se está encendiendo mi furia contra ellos, que los consumiré (Ex 32,8-10).*

Moisés, sin embargo, razona con Dios, haciéndole ver cómo reaccionarían los egipcios. Cuando se enteren del exterminio de los hebreos, lo interpretarán como un engaño consumado por Dios, que en lugar de cumplir sus promesas, había tenido siempre la intención de acabar con ellos. La apelación de Moisés concluye en una osadía extraordinaria. ¡Exhorta a Dios a arrepentirse de haber tenido esa ocurrencia! (v. 12). Y con mansedumbre sorprendente, Dios se arrepiente (v. 14).

Desde luego, si la intercesión de los amigos humanos de Dios, la intercesión de quienes se encuentran en especial relación de lealtad filial con Dios, puede hasta arrancarle a Dios un arrepentimiento, tenemos un inmenso estímulo bíblico a dedicarnos a la intercesión.

El apóstol Pablo indica, en el inicio de algunas de sus cartas, el contenido de su dialogar con Dios acerca de las iglesias



destinatarias de las mismas. En esas oraciones hay una mezcla de agradecimiento sincero a Dios por los progresos que ve en los fieles, con la intercesión apasionada a favor de ellos, para que abunden más y más el mutuo amor y la coherencia cristiana y el buen testimonio de la comunidad en el mundo. Sus exhortaciones en ese mismo sentido, a continuación a lo largo de las cartas, vienen a explicitar lo que él confía que será el resultado de sus intercesiones ante Dios. Porque para el apóstol, no está reñido interceder ante Dios, e intervenir personalmente para intentar conseguir eso mismo con los medios a su alcance.

Así que interceder ante Dios no es sinónimo de pasividad e inacción.

Quien intercede ante Dios con confianza, sin embargo, no empleará jamás medios inapropiados para obtener por su propia cuenta lo que también ha pedido a Dios. Por ejemplo: quien sabe que Dios le escucha cuando intercede para que se haga justicia, no recurrirá a métodos violentos ni a la revolución armada para obtener así justicia. En esto nos dejó ejemplo Jesús, que para inaugurar el Reinado de Dios en la tierra, no reunió un ejército sino que se dejó matar él. Esto el mundo jamás lo comprenderá. La única intercesión legítima ante Dios es la que nace de comprender las fronteras entre lo que podemos hacer nosotros y lo que tiene que quedar en las manos de Dios.

Las personas fieles a Dios que se dedican a la intercesión por el prójimo y por el mundo, se están dedicando también a esa santidad que consiste en amar como ama Dios, perdonar como perdona Dios, reconciliar como reconcilia Dios, y traer luz y esperanza al prójimo como lo hace Dios.

**interpretación** — Ver *hermenéutica; perspicuidad*.

**Isaías** — Ver *Josué*.

**Israel** (vida corriente, tribus primitivas) — Los centros de población israelita más mencionados en la Biblia no están en la

llanura costeña ni el valle de Jezreel —donde estaban asentados los cananeos [ver *Canaán, cananeos*]— sino hacia el este, en la región montañosa, el Alto Canaán. El armamento predilecto de los cananeos era el carro de combate tirado por dos o tres caballos, que ofrecía una plataforma móvil ideal para un arquero. No era un armamento práctico para internarse en el Alto Canaán. ¡En semejante terreno un carro a toda velocidad pronto haría saltar por los aires a su arquero o se astillarían las ruedas contra las piedras!

Aunque en el Alto Canaán era practicable la agricultura, era tierra difícil, sembrada de piedras, casi siempre en desnivel, donde las lluvias eran irregulares. Allí se asentaron preferentemente las tribus de Israel; a resguardo del armamento pesado de los cananeos, en tierras marginales que la nobleza de las ciudades importantes no tenía interés en reclamar para sí.

Practicaron una agricultura de subsistencia que combinaba el cultivo de cereales —fundamentalmente el trigo, la cebada y el centeno— y la ganadería trashumante. Una familia israelita podía poseer también algunas vides, olivos o higueras. El ganado les proporcionaba leche y en festividades especiales, carne. Con suerte podían tropezar con una colmena y sacar algo de miel. La Biblia menciona algunas hortalizas: repollos, cebollas, ajos, puerros; y también legumbres: lentejas, garbanzos y habas. Joel 1,12 contiene una mención única de manzanos, aunque en Josué hay múltiples referencias a una población llamada Manzano, lo cual indicaría el conocimiento de esta fruta aunque tal vez no su difusión amplia debido a las condiciones climáticas.

Lo que los mantenía con vida un día sí y otro también, era el pan. *Léjem*, «pan», significa también «alimento» en general; y comer pan es lo que significaba normalmente comer. Desde luego no nuestro pan blanco de hoy, desnaturalizado y carente de nutrientes, sino pan de harina integral con todas sus vitaminas naturales. En situaciones de extrema necesidad podían comer algunos insectos, como los saltamontes, que son muy

nutritivos; y partes de plantas silvestres como el bulbo del lirio, normalmente evitado por ser desagradable al paladar.

Eran vidas precarias. Un año de sequía era mala cosa; pero si se encadenaban dos o tres años secos, la muerte era compañera segura de muchas familias. Quien podía se marchaba a probar suerte en otras partes, viviendo de la mendicidad, la prostitución, el bandolerismo o lo que se ofreciera. Otros se quedaban en casa y si había suerte, sobrevivían para contarlo.

Casi todas las «ciudades» de Israel y Judá que menciona la Biblia, hoy tendrían la consideración de pueblos bastante pequeños o caseríos de poca monta. Sus murallas —cuando las tenían— sólo podían proteger unos pocos cientos de vidas. Todo el mundo vivía en estas «ciudades»; era demasiado peligroso vivir en una casa aislada de otras.

Aunque la Biblia no entra mucho al tema, hay que suponer que entonces y allí, como en todas partes, las dificultades de la vida impulsaban a muchos a buscar en Dios el solaz, la consolución y las fuerzas para seguir luchando. No es nada improbable una honda espiritualidad donde las personas aceptaban con sumisión las dificultades y agradecían de todo corazón el superarlas. Amar a Dios y temer a Dios era todo uno, por cuanto era tan fácil cruzar la línea entre la supervivencia y la muerte.

Lo que difícilmente podían soportar los campesinos libres de las tribus de Israel y Judá, era tener que mantener toda una superestructura social de nobles, guerreros profesionales y reyes. Con el diezmo para sus propios levitas y sacerdotes, asumían ya una carga más que suficiente. La Biblia da a entender que durante generaciones, las tribus de Israel fueron un campesinado libre e independiente, celoso de su Dios a quien atribuían su libertad de la esclavitud. A pesar de la precariedad de su propia existencia, seguramente veían con cierto desprecio la sumisión social de los campesinos cananeos que trabajaban de sol a sol para beneficio de la nobleza militar y de los reyes. Celosos de esa libertad, se alzaban en armas siempre que alguien los invadía y les imponía tributo.

Aunque durante un siglo muchos han sostenido lo contrario, hoy día los eruditos tienden a opinar que es imposible reconocer un asentamiento israelita por los restos que se puedan escarbar en expediciones arqueológicas. Toda su «cultura material», es decir su alfarería, sus herramientas, viviendas, altares, etc., son exactamente iguales que lo que se puede hallar en asentamientos cananeos o filisteos. La Biblia da a entender que también compartían con los cananeos y los filisteos una misma lengua. Como los textos bíblicos predicán la pureza racial, es interesante observar que los relatos bíblicos indican que hubo mucho mestizaje entre los israelitas y los cananeos y filisteos: estaban todos muy emparentados entre sí. Si es que los israelitas fueran diferentes, entonces —algo que en sí es muy discutible—, habrá que buscar la diferencia en sus creencias.

**Jehová** — Ver *Yahvé*.

**Jesús** — Ver *Josué*.

**Josué**, Oseas, Isaías, Jesús — Un mismo nombre con cuatro variantes en su ortografía, que viene a significar: «El Señor salva» o «El Señor es el Salvador».

Entre los hebreos, como también entre otras gentes de su entorno, figuran muchos nombres que se conocen como «teofóricos». Este es un término griego que significa «portador del dios». Son nombres que llevan incorporado el nombre de un dios, del que la familia se supone que es especialmente devota. Pero no siempre. También podría ser que el nombre venía siendo tradicional en la familia y se siga empleando cuando el dios mencionado ya no inspira esa devoción. *Jonatan* (cuyo nombre significa «El Señor ha dado»), pone a uno de sus hijos *Meribaal* («Baal te multiplique»). En la misma familia hallamos los nombres *Isboset* y *Mefiboset* («Hombre de una vergüenza» y «Por la boca de una vergüenza», respectivamente). Parecería ser

que estos hijos del rey Saúl en realidad se llamaban *Isbaal* y *Mefibaal* («Hombre de Baal» y «Por la boca de Baal»).

*Josué* (y las diferentes variantes del nombre, como *Jesús*) es, entonces, un nombre teofórico: incorpora el propio nombre del Señor, y le atribuye ser el Salvador.

El nombre *Jesús* —como también *Jacobo*, *Judas*, *José* y *Juan*— era extremadamente corriente entre los judíos en tiempos del Nuevo Testamento. También *Miriam* (es decir, *María*). Es difícil pensar en una familia con nombres más típicos que los de José y María y sus hijos Jesús y Jacobo (y también su primo Juan, «el Bautista»).

Quizá sea por ser tan corriente el nombre de Jesús, que se estilaba muy temprano entre los cristianos aclarar a cuál Jesús se refieren, añadiendo el apelativo *Cristo*. Ya en las cartas de Pablo, *Cristo* figura como nombre de la persona indicada y no (o no solamente) como título de honor y realeza. Cuando se emplea como título, se suele añadir el artículo «el»: *Jesús* «el Cristo» (es decir, el Mesías, el Ungido). Pero es bastante habitual en el Nuevo Testamento hallar *Jesucristo*, así, de corrido, como el propio nombre de la persona. O incluso solamente *Cristo*, que designa mucho más claramente la persona indicada que el nombre, *Jesús*, que le habían puesto sus padres.

Estas cuatro personas de la Biblia que comparten ese mismo nombre (con sus variantes de ortografía), resumen en sí mismos gran parte de la historia bíblica.

**Josué**, sucesor de Moisés, ejemplifica la idea del Señor como Salvador en un sentido puramente tribal o nacionalista. De él — con la ayuda sobrenatural del Señor— se cuentan campañas militares importantísimas, por las que Israel se establece en su territorio nacional. Como discípulo de Moisés, sin embargo, Josué tuvo muy claro que era solamente siendo puros en su lealtad a los términos del pacto con Dios, que la propia existencia de Israel podía tener sentido.

Su tocayo **Oseas** declara al reino de Samaria o Israel, que por abandonar ese pacto, su futuro como nación y como pueblo con

identidad propia, corría un gravísimo peligro de desaparecer. A la vez, Oseas declara en términos de una belleza sublime, la grandeza del amor inagotable del Señor por su pueblo.

**Isaías** se pronuncia en Jerusalén o Judá en términos muy parecidos, una o dos generaciones después que su tocayo Oseas. Isaías es el gran profeta de Sion, de la ciudad de Jerusalén como sede eternamente elegida por el Señor para poner en ella su gloria divina. Pero Sion no puede ser una luz para las naciones si no se purifica primero de sus muchos pecados. En los últimos capítulos del libro de Isaías, entonces, aparece el Siervo de Dios —el propio Israel— como víctima de un sufrimiento descomunal hasta la muerte. Pero incluso aunque Jerusalén sea destruida y el pueblo de Dios parezca haber desaparecido para siempre, el amor de Dios encierra promesas para su restauración, para que toda la humanidad conozca por fin las bondades y virtudes del Señor.

**Jesús** (Cristo) parece haberse inspirado muy especialmente en las palabras de su tocayo Isaías, entonces, para entender cómo debía desarrollar él el ministerio para el cual había nacido. Desde luego no venía a cuento recurrir a tácticas militares, al estilo de aquel otro tocayo, Josué, para intentar imponer por la fuerza un régimen teocrático. Dios reinará, naturalmente, pero desde adentro, desde el corazón de hombres y mujeres transformados; no por la fuerza militar. Jesús, entonces, basándose en Isaías, comprendió que él debía asumir personalmente, sobre sus propias carnes, todo el sufrimiento que es propio del Siervo del Señor; y así reconciliar a la humanidad por fin, de una vez por todas, con Dios. Porque el Señor es el Salvador de Israel — naturalmente— pero también lo es de todas las gentes de la tierra. Gentes que necesitan, ellos también, conocer que Dios les ama con un amor y un perdón infinitos.

**justicia** — En la versión Reina-Valera 1960, la palabra «justicia» aparece 370 veces en 355 versículos. En la Biblia de las Américas, aparece 419 veces en 401 versículos. En la Nueva Versión

Internacional, son 426 veces en 410 versículos. Estas variaciones son perfectamente comprensibles. No hay equivalencias exactas entre las lenguas castellana y hebrea y griega, y los traductores suelen ejercer cierta libertad para escoger términos sinónimos. O para traducir, por ejemplo, «exige justicia» donde en el texto original pone «clama al cielo». A esta estadística habría que añadir el dato de que la palabra «justo, justa, justos» aparece 321 veces en Reina-Valera 1960. ¡El concepto general de justicia es enorme en el testimonio bíblico!

Hay a la vez —como con tantos otros temas— una especie de diálogo o debate interno en la propia Biblia, acerca de cómo es y cómo funciona la justicia.

Tenemos por una parte la noción de que la propia vida o existencia humana es justa. El libro de Deuteronomio presenta esta noción de manera casi se diría que machacona: Si cumplimos los mandamientos y estatutos y ordenanzas del Señor, será bendita nuestra entrada y nuestra salida, nuestro levantarnos por la mañana y acostarnos por la noche, bendito el fruto de campos y ganado, de las vides y los olivos, bendita nuestra descendencia durante generaciones enteras, huirán nuestros enemigos en lugar de presentarnos batalla, etc., etc. Pero si desobedecemos los estatutos y mandamientos, nos pasará todo lo contrario.

La idea de la justicia como automatismo de retribución divina, que se corresponde exactamente con nuestros actos, reaparece en el Nuevo Testamento, aunque ahora en boca de los paganos malteses acerca de Pablo:

—*¡Algo muy gordo tiene que haber hecho, ya que Díké (la diosa Justicia) ha hecho que lo muerda una serpiente cuando se acaba de salvar del naufragio*<sup>6</sup>!

Esta noción de la justicia viene contestada en la propia Biblia con dos tipos de argumentación diferentes:

---

<sup>6</sup> Traducción libre del texto bíblico (Hch 28,4). Aquí y a continuación las traducciones son propias, de D.B.

Por una parte todos conocemos cómo el libro de Job describe, de manera emocionalmente devastadora, los terribles infortunios que puede sufrir una persona justa, una persona que por su conducta, fe y actitudes, debería tener una vida maravillosa si la justicia divina fuera tan previsible y exacta.

Igual de importante es el argumento desde el lado contrario, de que los castigos de Dios tampoco son tan automáticos. A lo largo de toda la Biblia —y esto no es, como algunos se figuran, cosa solamente del Nuevo Testamento— tenemos la enormidad del concepto de la gracia divina, el perdón divino, su misericordia y compasión.

*La justicia y el juicio sostienen tu trono; en tu presencia hay misericordia y fidelidad (Sal 89,15).*

Al contrario de lo que podríamos pensar, la justicia y la misericordia de Dios no están en contradicción sino que son compatibles, ambos conceptos irrenunciables si es que vayamos a tener alguna esperanza de entender cómo es Dios.

Esto se ve con muchos ejemplos a lo largo de la Biblia, pero nunca de manera tan dramática como en la macrohistoria del Antiguo Testamento. La historia de las doce tribus de Israel en su tierra prometida, después historia de los reinos de Israel y de Judá, empieza como una especie de confirmación de las bendiciones y maldiciones del libro de Deuteronomio, donde en cada generación les va más o menos como era previsible por su acato o no de la ley divina. Y como la historia general de esos siglos es una historia de abandonar al Señor, termina como era previsible: con la destrucción fulminante de esos reinos, su pérdida de independencia y el destierro de sus pobladores —o por lo menos de sus clases influyentes—. Lo que no era previsible era que el pueblo castigado, viviendo en duelo y desarraigo en el exilio, se arrepintiera por fin y empezara a clamar al Señor... y que el Señor que los había rechazado fulminantemente, se arrepintiera también y se reconciliara con su pueblo, perdonando, dando otra oportunidad y hasta trayendo de vuelta a su tierra a los voluntarios que deseaban regresar.



*Si declaramos nuestros errores vitales* —escribe el apóstol en 1 Juan 1,9— *fiel es Dios y justo, para apartar nuestros errores vitales y lavarnos de cualquier injusticia.*

Esto no es una contradicción. Dios no actúa así porque sea injusto, porque no sepa de justicia, porque no se quiera ceñir a las reglas de juego que impone la justicia. Dios actúa así precisamente porque es justo. Y fiel.

No, la justicia de Dios no es ni automática ni mecánica. La justicia de Dios es su bondad inmensa y la comprensión con que admite nuestros defectos y está dispuesto a pasarlos por alto, si regresamos a él con humildad y buenos propósitos.

**justificación** — Acción y efecto de justificar. Operación de gracia sobrenatural, por la que el ser humano se hace justo ante Dios.

1. Este término ha sido objeto de bastante especulación teológica —en gran medida edificante, por qué no— como explicación de la gracia divina que hace posible la salvación humana para evitar el castigo eterno.

Así nos centraríamos en la idea de justificar como dar explicaciones o presentar alegaciones que eximen de sufrir las consecuencias negativas de una acción. Cuando alguien comete una infracción de tráfico y lo pilla la Guardia Civil, lo primero que hace es intentar justificarse explicando las circunstancias atenuantes (no haber visto la señalización pertinente, por ejemplo), con la esperanza de que estas explicaciones eviten la multa correspondiente. Si alguien falta al trabajo por estar enfermo, tiene que presentar el justificante médico que acredita que está exento de ir a trabajar. Esa documentación justifica lo que en otras circunstancias no habría sido una conducta justa en relación con su trabajo.

Es en este sentido de un justificante externo por el que se consigue evitar las consecuencias negativas de la conducta propia, que se explica a veces el término «justificación» en la teología. El ser humano debería pagar con sufrimiento y

condena eterna de su alma, su condición de pecador. Cristo sin embargo sufrió él mismo nuestra condena en la cruz y con el derramamiento de su sangre, de tal manera que si podemos alegar fehacientemente estar cubiertos por ese pago de nuestra culpa, quedaríamos libres de condenación y podríamos gozar de gloria eterna. Tendríamos entonces el justificante de que nuestros pecados ya han sido pagados por Cristo y que por eso no tenemos que pagarlos nosotros.

2. A mí me parece que es por lo menos tan natural pensar en nuestra justificación como esa obra del Espíritu Santo en nuestra vida que nos hace justos.

No es que haga que parezcamos justos aunque no lo seamos. Ni tampoco que aunque somos injustos, Dios no nos lo tendrá en cuenta. No. Lo que hace la obra del Espíritu Santo en nosotros a lo largo de nuestra vida siguiendo a Jesús, es transformarnos en personas justas. Personas que actúan con justicia, que actúan como es debido, como es justo. Personas que estamos aprendiendo a amar, respetar y adorar a Dios como es natural que hagamos. Personas que estamos aprendiendo a tratar al prójimo, a la Creación, incluso a nuestros enemigos, como Dios considera que es justo tratarlos.

Yo soy muy ambicioso y no aspiro a menos en la vida, que a ser justo de verdad. No solamente parecer justo ni poder presentar excusas y eximentes por no serlo, o presentar un justificante de que a mí la justicia no se me exige porque gozo de exención y privilegio para no tener que ser justo. No, no, a mí lo que me interesa es llegar a ser justo. Como mínimo, justo en la opinión de Dios. Y si es posible, justo también en la de mis semejantes.

Pero, ¿cómo llegar a ser justo? ¿Cómo abandonar estos viejos hábitos de egoísmo, insolidaridad, autocomplacencia, orgullo, acaparamiento de bienes para mi disfrute personal...? ¿Cómo conseguir que se me hagan habituales el amor, la compasión, la limosna, el perdón, el pensar siempre lo mejor de los demás y hacer vista gorda a sus defectos, el trato siempre respetuoso y dignificante...? ¡Dios mío, qué lejos estoy de alcanzar el objetivo!

Y aquí es donde opera el don sobrenatural de la Gracia divina, la actividad del Espíritu Santo, que es quien nos santifica y transforma. Me es imposible decirlo mejor que Pablo:

*Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu (2 Cor 3,18 Biblia de las Américas).*

La transformación que yo soy incapaz de realizar en mi propio ser, él está efectuando en mí. Con paciencia y tenacidad, día tras día, a lo largo de años y décadas, estoy siendo transformado. Tengo que poner de mi parte y mucho, claro está; pero esta transformación es obra de Dios. Y confío que cuando traspase el umbral de esta vida a lo que hay después, Dios sienta la misma satisfacción que siento yo cada vez que noto algún pequeño progreso. Y que entonces diga él para sus adentros: «Este es un hombre justo; tal vez no del todo ni perfecto, pero desde luego mucho más justo que cuando empecé con él. Da gusto ser su Dios y su Padre».

Porque lo justo, dada nuestra condición, es encomendarnos al Espíritu de Dios para que nos cambie hasta parecernos a Jesús, el Justo.

**levitas** — En la Biblia, la tribu de Leví, los descendientes del patriarca del mismo nombre, bisnieto de Abraham. Consagrados al sacerdocio por Moisés en el desierto, no obtendrían un territorio tribal sino que se encontrarían diseminados entre las demás tribus. Vivirían del «diezmo» cobrado al resto de la sociedad a cambio de su servicio sacerdotal.

Esbozando en general la historia de los levitas, podríamos decir que parece ser que su función original era más o menos la de evangelizadores o diseminadores del conocimiento del Señor de Israel, a quien los esclavos huidos de Faraón conocieron en el desierto. Distribuidos por todo el territorio de las tribus de Israel, eran quienes procuraban mantener en alto los ideales de la Instrucción divina recibida en el desierto. Instrucción divina

que establecía una sociedad de justicia e igualdad, de solidaridad y redistribución, donde quien más prosperaba no podía en absoluto olvidarse de quien padecía infortunio, deudas, viudedad u orfandad.

En una era cuando solamente las cortes y templos podían tal vez poseer algunos libros, esta función propagadora del conocimiento de Dios encomendada a los levitas, dependía de su memoria para recordar la instrucción tradicional recibida en la niñez y juventud. Dependía también de su buena voluntad para no torcer las cosas con el fin de sacar alguna ventaja personal. Según el libro de Jueces, la corrupción no fue ajena al sacerdocio levita, aunque tal vez tampoco fuera necesariamente típica en ellos.

Los hijos del sacerdote Elí, que presidía el culto en el Tabernáculo erigido en Siló con el Arca del Pacto, culminan esa tendencia a la corrupción en la primera etapa del sacerdocio levita. Tal es así, que Samuel profetiza que el Arca será arrebatada de Siló. En efecto, los filisteos se la llevan a sus ciudades y cuando la devuelven acabaría prácticamente olvidada, en una finca particular.

El centro levita en Siló, con Tabernáculo y Arca, no era el único centro del culto de Israel. Había un santuario en Bet-el, con su propio sacerdocio y tradiciones que se remontaban al patriarca Jacob. Otro santuario más reciente se había establecido en Dan (fundado por un levita). En Hebrón parece ser que se encontraba una rama del sacerdocio más directamente vinculado con la memoria de Aarón (también levita). En estos tres centros se piensa que a falta de Arca, representaban la Presencia divina del Dios invisible mediante un becerro de oro, sobre el que tal vez se lo imaginaban sentado. (Se recordará que en el Templo de Jerusalén, dos querubines alados posados sobre el Arca [ver *querubines*], tenían esta misma función de «trono» del Señor invisible.)

El rey Saúl prácticamente acabó con el sacerdocio levita en Nob, descendido de Elí de Siló, del que solamente sobrevivió

Abiatar. Abiatar, con el *urim* y *tumim* (una especie de dados para consultar la voluntad de Dios), se unió a David en sus años de jefe de una banda de forajidos. Cuando David, que a la sazón ya venía reinando como vasallo filisteo en Hebrón, tomó Jerusalén y estableció allí su corte, decidió recuperar la antigua tradición del culto en torno al Arca del Pacto. Estableció para esos efectos a Abiatar, sacerdote levita de la tradición de Siló; y a Zadoc, sacerdote aarónida de Hebrón. De Zadoc desciende el sacerdocio *saduceo*. El plan de David probablemente era unificar estas dos ramas poderosas del sacerdocio israelita.

Sin embargo en la lucha por la sucesión entre los hijos de David, Abiatar escogió el bando equivocado y fue destituido y exiliado por Salomón. Quedaría así en Jerusalén por toda la posteridad, solamente el sacerdocio saduceo.

El sacerdocio levita, todavía disperso entre el pueblo en los territorios de todas las tribus, vuelve entonces a centrarse en su papel de maestros de religión y diseminadores del conocimiento de Dios y de sus Mandamientos. Serían siempre una espina molesta en el asiento de los tronos tanto de Samaría como de Jerusalén, con sus exigencias de volver a la Ley y al Pacto —es decir al programa de justicia y santidad esbozado por Moisés en el desierto—. De los levitas surge seguramente la tradición de los profetas críticos con el régimen monárquico.

Toda la historia de los levitas es mucho más larga, complicada e interesante, pero estos esbozos tal vez nos ayuden a situarnos cuando se mencionan en la Biblia. Desemboca para nuestros intereses en el Nuevo Testamento, donde seguimos encontrando a los *saduceos* apoltronados en la jerarquía en Jerusalén, mientras que los *levitas* son sacerdotes de pueblo y viven muchas veces en pobreza y estrechez. Pero conservan, por eso mismo, un recuerdo mucho más radical del mensaje del Dios de Israel.

**Ley** — En la Biblia, las instrucciones de sabiduría para una vida feliz y próspera, que agrada a Dios y conduce a la armonía entre

las personas. Se refiere, por excelencia, a los primeros cinco libros de la Biblia: Génesis a Deuteronomio.

Inevitablemente, a los modernos el concepto de «ley» nos sugiere dos cosas que eran inimaginables en la antigüedad remota desde la que nos llega la Ley bíblica:

*En primer lugar*, tenemos el concepto de que todas las personas son —o al menos deberían ser— iguales ante la ley; que ninguna persona puede estar por encima de la ley. Una reflexión momentánea nos hace caer en la cuenta de que esta es una idea muy moderna. Lo tradicional en las sociedades humanas ha sido precisamente lo contrario: las personas —ciertas personas— estaban «naturalmente» por encima de las leyes: El rey y toda su familia y parentela, por supuesto. Luego también los diversos estamentos de la nobleza: la nobleza terrateniente, la nobleza guerrera y la nobleza sacerdotal o clerical.

Las relaciones entre los diversos nobles se regían por pactos entre señores y vasallos en algunos casos, o acuerdos de no agresión cuando las fuerzas eran demasiado iguales o no interesaba forzar la cuestión de la supremacía de uno sobre otro. Estos acuerdos seguramente se entendían tener una especie de fuerza de «ley», donde cada parte tenía estipulado exactamente cuáles eran sus deberes. Sin embargo, como se comprenderá, todo dependía siempre de la relación de fuerza real entre las partes. Es decir que siempre que tuviera suficiente poder, ese poder bruto que se defiende con las armas, «la persona» estaba siempre por encima de «la ley».

Las instrucciones bíblicas de sabiduría para la vida tampoco debían interpretarse jamás estar «por encima de» las personas. En tiempos del Nuevo Testamento (algunos de) los fariseos pretendían dar esa clase de supremacía a la Ley. Pero Jesús nunca aceptó —ni los profetas de Israel tampoco habrían aceptado— que «el hombre fue creado para guardar el sábado» y no al revés. Al contrario, en las instrucciones bíblicas de sabiduría para la vida, siempre prima la persona, el individuo, las circunstancias especiales y excepcionales de la vida. Especialmente

cuando esa persona es pobre y padece indefensión ante la crueldad o indiferencia de los poderosos. Es de sabios —es de gente sabiamente instruida en los valores bíblicos— el saber discernir cuando hay que ser flexibles. No hemos entendido nada de «la Ley» bíblica si no hemos entendido esto: que las personas importan más que las reglas. Especialmente las personas que quedan desprotegidas ante la avaricia, inflexibilidad o crueldad de sus «superiores».

*En segundo lugar*, tenemos el concepto de que toda legislación es —o debería ser— el producto de un consenso racional, procesos más o menos dilatados en el tiempo que posibilitan el que se pueda oír a todas las partes afectadas. Hoy en día el concepto de «ley» goza de una cierta presuposición de legitimidad democrática, donde quienes legislan han sido elegidos por los afectados y tienen (o al menos simulan tener) en cuenta el bien común.

Otra vez, una reflexión momentánea basta para darnos cuenta de que esto no podía en absoluto ser el concepto de «ley» corriente en la antigüedad.

Al contrario, las leyes eran sencillamente la imposición de la voluntad del fuerte sobre el débil. Naturalmente, los fuertes tenían, entre sus muchos otros elementos de fuerza con que hacer valer su «ley», todo el aparato propagandístico que les prestaba la religión. Todas las leyes de todos los pueblos se entendían dimanar directamente de los dioses. Y los dioses se entendían ser exactamente igual de caprichosos que los señores de la guerra y los reyes de la tierra. Jamás era necesario justificar una ley como de beneficio ulterior para los que debían obedecerla. Tener que dar explicaciones sería admitir no tener la clase de poder real y eficaz —poder bruto— necesario para el propio acto de legislar.

Hay disposiciones legales bíblicas con esas mismas presuposiciones de un origen divino que no es en absoluto necesario justificar. Las cosas se mandan como se mandan porque así lo ha querido el Señor, que para eso es Dios. ¡Ay del infeliz mortal que pida explicaciones al Cielo!

Pero —y aquí está el quid de la cuestión— «la Ley» bíblica trae muchas explicaciones de beneficios. Procura convencer, no domeñar la voluntad humana. Su lugar natural no es la corte imperial donde mandan a capricho, un día una cosa y otro día la contraria. Su lugar natural es los debates de los sabios y profetas de Israel sobre los misterios de la voluntad de Dios y qué es lo que hace que nuestras vidas puedan llegar a ser enteramente humanas y saludables.

Decíamos que «la Ley» es en la Biblia especialmente los libros «de Moisés», Génesis a Deuteronomio. Pero esos libros traen más historias que legislación. Porque lo que pretenden inculcar es decisiones inteligentes, desde el conocimiento personal de Dios —que no obediencia bruta sin entendimiento.

**libre albedrío** — *Ver predestinación.*

**magia** — Manipulación del mundo visible mediante la utilización de poderes sobrenaturales, con los cuales se actúa sobre el mundo invisible. El mago obtiene por diversos medios poder o autoridad sobre los espíritus que domina, de tal suerte que están obligados a obedecerle y producir para él esos efectos no naturales deseados.

Existe, naturalmente, una presunta magia, magia de mentirijillas, que es el producto de prestidigitación (actuando con las manos tan velozmente, que el ojo no es capaz de observarlo). Y otra magia de tipo psicológica, donde se induce un estado de credulidad o hipnosis en los espectadores, que piensan observar algo que propiamente no ha sucedido. Estas habilidades, aptas para el entretenimiento y disfrute como espectáculo, no interesan aquí, al no guardar ninguna relación —ni negativa ni positiva— con el culto al Señor y el seguimiento de Jesús.

La magia que presume de gobernar y valerse del servicio de fuerzas o seres sobrenaturales invisibles, sin embargo, sí nos incumbe. Aunque esa alegación de gobernar fuerzas espirituales sea mentira y engaño, no es inofensiva, por cuanto seduciendo



con mentiras, puede apartar a algunas personas de la fe verdadera en el único Dios verdadero. Un Dios cuyos poderes no son obedientes a la tiranía de ninguna voluntad humana.

En la terminología propia de las ciencias sociales, se emplea el término «magia» para describir una actitud humana donde el mundo de las fuerzas o poderes invisibles inspira el deseo de manipularlos y dominarlos para beneficio propio. Mientras que el término «religión» se emplea para esa actitud humana que ante esas mismas fuerzas o poderes invisibles, responde con adoración, sobrecogimiento, reverencia y sumisión. Desde esa pretensión de dominio, la magia está segura de conseguir siempre los mismos resultados cuando se emplean los rituales y palabras necesarias. Desde la actitud religiosa, el ser humano aunque pida con fe sincera y esperanza, sabe siempre que el resultado depende de otra voluntad infinitamente superior a la suya y no está nunca asegurado.

Aunque en principio parece fácil distinguir esa diferencia entre una actitud mágica y una actitud religiosa, la Biblia y también la historia del cristianismo, están llenas de situaciones y hechos que rozan el límite entre una cosa y otra. En el judaísmo rabínico una de las formas de criticar a Jesús fue decir que había sido un mago. Para los rabinos, que buscaban ante todo agradar a Dios según la instrucción de sus Escrituras, los milagros de Jesús, en curaciones y dominio sobre la naturaleza (calmar una tormenta, multiplicar panes y peces, transformar agua en vino) fueron un tropiezo y escándalo, porque entendían que a Jesús le faltaba precisamente esa actitud de sumisión infinita ante un Dios imposible de manipular. Los cristianos estamos convencidos de que se equivocaron los rabinos en cuanto a Jesús, pero habrá que admitir que no faltan episodios ni en Moisés ni en los profetas ni en Jesús y los apóstoles, donde quien quiere ver fe auténtica en un Dios soberano, verá tal fe; pero quien quiera ver magia, motivos no le faltan para ver magia.

No, no es siempre fácil distinguir entre una cosa y la otra.

Cuenta el Talmud (escritos sagrados de los rabinos) una historia edificante donde podemos observar que la actitud de fondo que distingue la magia de la fe que obra milagros, no la demuestra el propio hecho milagroso tanto como la vida en general de la persona:

*Cierto borriquero se apareció a los rabinos en sueños y oró y llovió. Los rabinos lo mandaron llamar y le preguntaron: «¿A qué te dedicas?»*

*Les dijo: «Soy borriquero».*

*Le preguntaron: «¿Y cómo llevas tu negocio?»*

*Les dijo: «Una vez arrendé mi burro a cierta mujer, y ella lloraba por el camino y le pregunté: “¿Qué te pasa?” y ella me respondió: “Mi marido está en la cárcel por un dinero que debe y yo quería ir a ver qué puedo hacer para liberarlo”. Así que vendí mi burro y le di lo que me pagaron y le dije: “Aquí tienes tu dinero. Vete a liberar a tu marido, pero no peques [prostituyéndote para recaudar los fondos necesarios]».*

*Le dijeron: «Ciertamente eres digno de orar y que tus oraciones sean atendidas»<sup>7</sup>.*

Efectivamente, cuando vivimos de tal manera que se hace evidente en nuestras obras nuestro amor a Dios y al prójimo, es fácil que nuestras oraciones, inspiradas por el propio Espíritu de Dios que vive en nosotros, hallen resolución favorable ante el trono del Altísimo. No es magia, aunque lo parezca. Es espiritualidad auténtica.

Los milagros de Jesús y los apóstoles son siempre para beneficio de terceros. Y cuando Jesús oró para sí mismo poder librarse de la «copa» del Calvario, no lo consiguió. No es magia, entonces, porque la magia beneficia siempre al mago, bien sea directamente o por el dinero y la fama que obtiene.

---

<sup>7</sup> Yerushalmi *Ta'anit* 1:4 1:2G-J, según Jacob Neusner, *Questions and Answers: Intellectual Foundations of Judaism* (Peabody: Hendrickson, 2005), p. 204

**maldición** — Ver *bendición*.

**martirio** — En el idioma griego del siglo I —en que se escribió el Nuevo Testamento— el concepto de «testificar» (*martyreo*), ser «testigo» (*martyrs*), dar «testimonio» (*martyría*), no tiene especial profundidad ni interés. Muy habitual en la vida (en el sentido de ver y estar presente cuando sucede o se dice algo) y tal vez especialmente en los tribunales, desde luego no parece tener ningún sentido claramente religioso.

En mis horas de ocio después de la cena y al cabo de una larga jornada de trabajo en mi despacho, suelo ver televisión. Hace algún tiempo recuerdo que había una serie sobre el programa de protección de testigos de EEUU. Supongo que habrá algo por el estilo aquí en España para testigos que corren peligro por contar lo que saben. La idea de que uno corra peligro —hasta peligro de muerte— por *testificar*, entonces, no es solamente religiosa. El testimonio (*martyría*) puede desembocar en muerte hoy también.

Se empieza a advertir la conexión entre el testimonio y el martirio («martirio» en su sentido cabal en lengua castellana).

En Hechos 2 hay un empleo interesante del concepto de «testigos» en un sentido especial, que confiere especial autoridad en el discurso y la memoria de la Iglesia. En el versículo 14, ante la guasa de algunos que empezaban a tomarse a risa el fenómeno de hablar en lenguas, pone que Pedro se puso de pie «junto con los once» y empezó a hablar. Hacia el final de su discurso, versículo 32, Pedro culmina declarando que Dios resucitó a Jesús, «de lo que todos nosotros somos *testigos*». Hay que imaginar un gesto con una o ambas manos, donde Pedro indica a los once que han seguido de pie junto a él. Aquí «testigo» significa, claramente, testigo de la resurrección, testigo ocular de Jesús resucitado.

De todos esos apóstoles existen relatos —acaso leyendas, imposible saberlo— de que murieron muertes violentas a manos de las autoridades.

Empieza a forjarse la idea de que testificar sobre esto en particular, sobre Jesús el Mesías resucitado, es arriesgado y puede desembocar en muerte violenta. Empieza a forjarse también la veneración de los mártires, la idea de que quien ha muerto por Cristo había sido en vida una persona ejemplar, de santidad deslumbrante, cuyas palabras debían ser recordadas como especialmente importantes, de especial autoridad.

Seguramente contribuyó a ello el libro de Apocalipsis, donde figuran con importancia tanto «el testimonio de Jesús», como los «testigos» que han sufrido persecución. En Ap 6,9 y 11,7 esa persecución desemboca en muerte. Pero en Ap 20,4, esos «testigos» muertos resucitan y gobiernan juntamente con Cristo durante mil años.

El recuerdo y la veneración de esos que habían muerto por testificar, derivó rápidamente en dos tendencias desafortunadas, ya en los primeros siglos del cristianismo. Por una parte, empezaron a aparecer voluntarios que ofendían a propósito la sensibilidad moral y política de las autoridades, con la idea de provocar ese «martirio» que les asegurase un rango tan elevado en el futuro reinado de Cristo. Por otra parte, como esos «mártires» tenían asegurada la resurrección, sus huesos aquí en la tierra se empezaron a tener por milagrosos: eran huesos muertos de los que se tenía la certeza absoluta de que volverían a vivir. No tardaron en aparecer la veneración de esas «reliquias» —y las historias de sus milagros.

El caso es que los romanos no se ensañaron con los cristianos. Nunca tanto como, por ejemplo, con los judíos (y en ambos casos no por motivos «religiosos» sino políticos). Los «mártires» cristianos morían las más de las veces por provocar a las autoridades hasta la exasperación. Eran como los jugadores de fútbol que especulan con una tarjeta amarilla para perderse el siguiente partido —que saben sin trascendencia deportiva— y reaparecer en el partido siguiente sin tarjetas acumuladas. Aunque el árbitro sabe bien lo que están haciendo, al final, de tanto provocarlo, se la acaba sacando.

El «martirio» en esas condiciones era ciertamente muerte por sus convicciones religiosas. Pero no constituía —no realmente— un «testimonio» legítimo sobre Cristo. Esas convicciones religiosas por las que morían no eran —no siempre, por lo menos— las mismas convicciones que habían inspirado a Jesús y a sus discípulos allá en Galilea, dos o trescientos años antes.

Hoy hace falta recuperar el sentido de que nuestra vida entera dé testimonio, *sea* un testimonio de la victoria de Cristo sobre todas las fuerzas del mal. Entre esas fuerzas están, seguramente, las que nos tientan a la vanagloria y las ansias de protagonismo.

**Mesías**, Cristo, ungido — Término empleado con referencia al acto simbólico con que Samuel indicó la elección divina de los primeros reyes de Israel [ver *Unción*]. *Mesías* es sinónimo exacto de la palabra *Cristo*, que es su traducción al griego desde la lengua hebra. En los salmos y otros libros del Antiguo Testamento, la esperanza en la llegada de un futuro Mesías se hace más o menos equivalente a la promesa de un gobierno directo de Dios sobre Israel.

Los salmos mesiánicos tienen su origen natural en la propaganda de la corona de Jerusalén, que como los demás gobernantes de la antigüedad, basaban su autoridad en su presunta relación especialísima con los dioses nacionales. Los reyes de aquel entonces eran considerados hijos de los dioses. Es en el contexto de estas ideas que el Salmo 2 declara:

*Se levantan los reyes de la tierra, y los gobernantes traman unidos contra el Señor y contra su Ungido [...] Pero yo he consagrado a mi Rey sobre Sion, mi santo monte. Ciertamente anunciaré el decreto del Señor que me dijo: «Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy [...] Adorad al Señor con reverencia, y alegraos con temblor. Honrad al Hijo para que no se enoje y perezcáis en el camino, pues puede inflamarse de repente su ira. ¡Cuán bienaventurados son todos los que en Él se refugian!*  
(Biblia de las Américas)

Sin embargo, una vez que estas palabras entran en la Biblia, dejan ya de referirse al rey David o ninguno de sus descendientes en el trono de Jerusalén. Está claro que este Mesías o Hijo de Dios cuya ira es lo mismo que la ira de Dios, tiene que ser algo más que solamente un rey político y militar de un pequeño país como Israel. La presencia de este salmo (y otras expresiones por el estilo) en la Biblia genera una nueva esperanza en un futuro cuando Dios vaya a intervenir mucho más directamente que ahora en el gobierno de los hombres. Aunque el origen de las palabras sea propaganda oficialista en apoyo de la dinastía reinante, su presencia en la Biblia las transforma, de tal suerte que son ahora una promesa mucho más profunda y universal sobre el gobierno divino de nuestras vidas.

Aunque parecería ser que Jesús nunca afirmó rotundamente ser él mismo ese Mesías de las esperanzas de Israel, está claro que muy pronto después de su muerte, resurrección y ascensión al cielo, la Iglesia empezó a utilizar esta expresión —Mesías o Cristo— para referirse a él. Las cartas de Pablo se encuentran entre lo más antiguo de los textos del Nuevo Testamento. Es asombrosa la soltura con que Pablo emplea el término *Cristo* para referirse a Jesús como si fuese ya no un título de realeza sino, de hecho, un nombre personal de Jesús. Pablo habla normalmente de Jesús como «Cristo», a secas, en lugar de decir «el Cristo» («el Mesías»), que parecería ser lo más correcto. Así de estrecha resulta, entonces, en la mente de los apóstoles, la relación entre la persona de Jesús y la figura del Mesías de las esperanzas que inspiran pasajes como los citados del Salmo 2.

Relacionar la persona de Jesús y la figura del Mesías nos parece absolutamente natural a nosotros, entonces, por cuanto el propio Nuevo Testamento establece esa relación. Pero si no detenemos a pensar en ello, esa asociación es absolutamente asombrosa, extraordinaria y contraria a toda lógica humana. Solo se llega a pensar que Jesús pueda ser el Mesías, por revelación del Espíritu.

¿Por qué?

Porque todo lo contrario de un rey autoritario, cuyos actos de gobierno divino son duros, inflexibles e inapelables como el propio autoritarismo de los dioses de los paganos, Jesús fue un hombre increíblemente manso e indefenso, pobre, sin riquezas ni «enchufe» ni capacidad para hacer valer su voluntad sobre sus semejantes. Su único poder fue el de su amor y compasión para los que eran tan pobres y estaban tan marginados como él mismo. Amigo de los campesinos, las prostitutas, los enfermos, los galileos y samaritanos y todos los ninguneados por «el sistema», Pilato lo mató con el más absoluto desprecio de su valía después de declararle inocente varias veces. Pilato supo que podía cometer contra él tamaña injusticia, porque Jesús carecía de ningún poder para vengarse.

Declarar «Mesías» a una persona así es, desde luego, tan contrario a toda lógica, que la Iglesia solo pudo hacerlo por su convencimiento de que en Jesús obraban otras muchas realidades ocultas, invisibles, que solo se podían percibir por medio de la fe y la guía del Espíritu Santo.

**milagro** — Según la Real Academia Española, la palabra *milagro* se define así: **1.** Hecho no explicable por las leyes naturales y que se atribuye a intervención sobrenatural de origen divino. **2.** Suceso o cosa rara, extraordinaria y maravillosa.

Movido por la curiosidad, he hecho una búsqueda en varias versiones digitales que tengo de la Biblia en castellano, para ver si es que figura esta palabra en el vocabulario bíblico. Descubro más o menos lo que sospechaba, que *milagro* no es un término típico bíblico, antes bien resulta bastante raro. Suele aparecer entre 4 y 5 veces en la Biblia entera, según la versión.

La idea de lo milagroso es absolutamente normal en el habla humana. Tengo que suponer que lo es en todos los idiomas de la tierra. Eso incluye el habla de los israelitas y primeros cristianos, que nos legaron la Biblia. De hecho, existe una multitud de términos en la Biblia con que se describe la realidad «milagrosa» de que Dios interviene en la vida humana —casi siempre

inesperadamente, pero a veces precisamente cuando se ha clamado a él.

Hay en la Biblia palabras que expresan la reacción humana ante la intervención divina. Sorpresa. Maravilla. Quedarse atónito. Caer de rodillas o postrarse con reverencia. Cantar de júbilo. Celebrar con alabanzas. Y una de las reacciones más habituales en la Biblia ante lo milagroso es, curiosamente, el temor.

Hay palabras que indican el carácter divino de lo sucedido: Poder. Autoridad. Gloria. Hay formas de referirse a Dios que indican esto mismo: el Todopoderoso (*pantokrátor*). *El Shaddai* (término que nace como nombre de una diosa con muchas tetas en filas, como una marrana, pero que en la Biblia viene a significar solamente que el Señor es fuente inagotable de toda provisión y vida).

Es curiosa la flexibilidad del término *milagro* hoy día como descripción de todo aquello que por ahora no entendemos. En ese sentido, en el transcurso de estos últimos siglos para muchas personas, el papel de Dios ha ido disminuyendo a un ritmo vertiginoso. ¡Tantísimos fenómenos antes sorprendentes e inexplicables y por tanto solamente atribuibles a la intervención divina, tienen ahora explicación científica! Desde el siglo XIX el ser humano viene sospechando que tal vez *todo* tenga explicación científica y que por tanto Dios es superfluo, sobra, ya no es necesario como explicación de lo inexplicable.

Desde luego me parece esa una forma extraordinariamente pobre de concebir de Dios. Para aquellos que solamente tienen a Dios como explicación de lo inexplicable, sus dioses se les están quedando cada vez más pequeños (porque cada vez quedan menos fenómenos inexplicables). Pero para quienes le tenemos como Padre y Amigo y Compañero de nuestras vidas —en los momentos de alegría y tal vez especialmente en los tragos duros que hay que pasar— Dios se nos va haciendo más grande y más importante con cada día que pasa. Y para los que vivimos a Dios así, lo «milagroso» va disminuyendo en importancia. Porque aunque ya nunca más en la vida veamos un auténtico *milagro*,



seguimos amando y siendo amados por Aquel que nos creó y que da sentido, importancia y dirección a nuestras vidas. ¡Y esto, no hay descubrimiento científico que nos lo quite!

El judaísmo rabínico optó por desprestigiar a aquellos sabios y rabinos de la antigüedad que habían destacado por sus obras milagrosas. Los descalificaron como «magos» —«Yesú ben Pandera» (Jesús) el primero— porque su presunto acceso directo al poder de Dios, parecía desmerecer la importancia de la labor legítima de todo sabio judío, que es el estudio de la Ley. Entendiendo que todo lo que hacía falta recibir de Dios *ya estaba recibido* en su Palabra, les parecía irreverente y poco santo recurrir a milagros. La tradición cristiana, sin embargo, siguió la dirección contraria. Reverenciaron a sus mártires y santos, muy especialmente aquellos que después de muertos seguían manifestando poder para intervenir sobrenaturalmente en respuesta a las peticiones de sus devotos. A los cristianos les traía sin cuidado que algo fuera cierto o no según la Biblia, con tal de poder contar con algún santo patrono que, desde más allá de la muerte, les protegiera o ayudase milagrosamente cuando se encontraban en apuros.

El cristianismo pentecostal (o «carismático») tiene hoy día mucha experiencia de la dimensión milagrosa de la fe, y sin la intermediación de santos difuntos. Son sus predicadores y creyentes vivos los que imponen las manos, ungen con aceite, y de otras maneras interceden ante Dios y obtienen respuesta.

Sospecho que lo que espera Dios de nosotros es una fe viva pero sin obsesionarnos por manifestaciones milagrosas. Que no nos encerremos en la Escritura sin enterarnos que Dios sigue interviniendo hoy. Pero tampoco un ansia de milagros que nos distraiga del compromiso primordial de seguir a Jesús, disponiéndonos a tomar la cruz cada día sin pensar que se nos tenga que abrir mágicamente una escapatoria.

**milenarismo**, quiliasmos, milenialismo — Doctrina que versa sobre la interpretación del texto del Apocalipsis de Juan, que

menciona un intervalo de mil años anterior a la consumación final de los tiempos. En castellano los términos *milénarismo* y *quilianismo* son sinónimos (derivan el primero del latín, el segundo del griego). Por influencia de la lengua inglesa, entre los evangélicos se ha popularizado la variante *milénialismo* con el mismo sentido.

La doctrina se basa en Apocalipsis 20,2-7<sup>8</sup>:

*20,2 Y apresó al dragón, la serpiente de antaño que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. 3 Y lo echó al abismo y echó llave y selló la cerradura, para que dejase de engañar a las naciones hasta completar los mil años, al cabo de los cuales ha de ser soltado por un tiempo breve. 4 Entonces vi tronos y a los que estaban sentados en los mismos, y les fue concedido juzgar. Vi también las vidas de los que habían sido decapitados por testificar de Jesús y por la palabra de Dios, y de todos los que no se han postrado ante la bestia ni ante su representación, ni han aceptado el sello en la frente y en la mano. Y estaban vivos y reinaban juntamente con Cristo durante mil años. 5 Los otros muertos no estaban vivos, no hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección. 6 Bendito y santo es quien participa en la primera resurrección. Sobre estos la muerte segunda no tiene potestad. Al contrario, son sacerdotes de Dios y del Ungido y correinarán con él esos mil años. 7 Y cuando se cumpliesen los mil años, había de ser soltado Satanás de su prisión.*

Esta descripción de un período de mil años ha dado lugar a una proliferación de teorías acerca de los últimos días del futuro, con desenlace en el fin del mundo.

La primera división que hay que reseñar entre las diversas teorías, sería entre el milénarismo y el amilenarismo (o *milénialismo* y *amilénialismo*, por influencia de la lengua inglesa).

---

<sup>8</sup> En traducción propia.

Los milenaristas se ciñen a una interpretación literalista de este pasaje del Apocalipsis, donde se trataría de ese número exacto de años.

Los amilenaristas, apoyándose en aquello de que para el Señor es lo mismo un día que mil años (1 Pedro 3,8), entienden que con lo de «mil años» sencillamente se ha querido significar un tiempo muy prolongado.

Hay también amilenarismo que se niega a tomarse literalmente prácticamente nada de este pasaje, entendiendo el libro de Apocalipsis entero como una descripción figurada e imaginativa de las condiciones de vida que se producen en diversos momentos de la historia; aunque eso sí, sin renunciar a la esperanza cristiana en la resurrección y la vida eterna en la gloria de Dios.

Los milenaristas consideran que tan importante como la esperanza general en la vida eterna, es creer a rajatabla en el orden exacto como se producirán los eventos que conducen a ese desenlace. Dan la impresión de que les inspira un hondo temor a que si no supieran con absoluta exactitud cómo y cuándo van a suceder las cosas relatadas en el Apocalipsis, tal vez se pudieran perder algún aspecto importante de su salvación eterna.

El milenarismo se divide, a su vez, entre posmilenaristas (*postmilenialistas*) y premilenaristas (*premilencialistas*), tan críticos unos contra otros, como ambos contra los amilenaristas.

El posmilenarismo fue la variante más aceptada durante casi toda la historia del cristianismo. Entendía que por obra de la evangelización y gracias a la influencia de la iglesia en la sociedad cristiana, habíamos entrado en ese período de mil años. Cristo vino y el emperador romano adoptó el cristianismo. La actividad del diablo estaba severamente limitada, y gobernaban ahora soberanos cristianos juntamente con Cristo. Cuando estallaban guerras o epidemias, sin embargo, entraba pánico de que se habían agotado los mil años, Satanás había sido soltado, y se acercaba el fin del mundo.

En el siglo XIX surgió, por fin, la doctrina premilenarista. Sostiene que Satanás campa todavía hoy a sus anchas en la tierra. Entonces tiene que volver Cristo para sujetarlo durante mil años. La variante más popular del premilenarismo evangélico sostiene, además, que antes de que pueda regresar Cristo para sujetar al diablo, tiene que restablecerse la nación soberana de Israel en sus tierras ancestrales. De ahí su apoyo entusiasta del sionismo del siglo XX y hasta hoy.

En la Iglesia Menonita ha prevalecido siempre la posición amilenarista, porque el literalismo en la interpretación del Apocalipsis conduce a especulaciones frívolas sobre el futuro.

**misericordia** — Virtud por la que la persona se siente conmovida a aliviar el sufrimiento ajeno. Es un término «secular», no estrictamente religioso, que sin embargo tiene mucha andadura en la Biblia y en la vida y enseñanza cristianas.

La misericordia procede de la capacidad de sentir empatía, de ponerse en la piel del otro —en particular del desafortunado, del que sufre— para actuar como nos imaginamos que querríamos que actuaran otros si nosotros nos encontrásemos en esa situación.

Una aplicación especialmente sombría de este principio era lo que en la Edad Media se conocía como el «puñal de misericordia», que llevaban los caballeros para rematar a los heridos en las batallas. Antes de la medicina moderna y en particular el reconocimiento de la necesidad de extremar la higiene para evitar infecciones y el descubrimiento de los antibióticos, era peor ser herido que morir en una batalla. La mayoría de los heridos tenían por delante días, semanas, tal vez meses de agonía y dolor ante el avance imparable de la infección y gangrena, siempre con un desenlace inevitable de muerte. De ahí que los combatientes llevaran consigo su *misericordia* para recorrer el campo de batalla, concluida esta, y dar así el «golpe de gracia» a los heridos desafortunados que no estuviesen muertos ya.

Mucho más placentero es observar en los coros de las catedrales en cualquiera de nuestras ciudades, que las sillas del perímetro tienen labrada una *misericordia*, que se ve cuando se levanta el asiento para los largos ratos cuando la liturgia exigía estar de pie. Son pequeños apoyos para las nalgas, donde se podía estar técnicamente de pie por tener las piernas plenamente extendidas, pero a la vez estar prácticamente sentados en ese apoyo.

El principio es siempre el mismo: ponerse en la piel del otro y poner el remedio que se tenga a mano para abreviar o disminuir el sufrimiento o dolor o la mala fortuna que ese otro está sufriendo o es previsible que vaya a sufrir.

Si el fundamento esencial de la misericordia es la capacidad de empatía, de ponerse en la piel del prójimo, es asombroso descubrir hasta qué punto la misericordia es uno de los rasgos más frecuentemente atribuidos al Señor en la Biblia. ¿Cómo puede saber un ser tan superior y esencialmente distinto a nosotros, como lo es Dios, lo que padecen nuestros cuerpos, las agonías de nuestro dolor (por las que podemos llegar a desear vivamente la muerte), los sufrimientos y agonías mentales de preocupación, temor por seres queridos, la incertidumbre y duda que nos provoca no conocer el futuro...? ¿Cómo es posible que Dios pueda empatizar, ponerse en nuestra piel, imaginarse a sí mismo en nuestra situación, *con-padecer* —compadecerse— de nosotros hasta tal grado que suscita en Dios la virtud de la misericordia?

Este es uno de esos puntos donde hay que echar mano del concepto de que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Aunque somos distintos por supuesto, no lo somos tanto como para que Dios no pueda, en efecto, empatizar y sentirse conmovido a la misericordia, ponerse en nuestra piel e imaginarse a sí mismo padeciendo los mismos dolores y agonías que nosotros. Y comprendiendo así lo que sufrimos nosotros, sentir que brota en su seno la misericordia para intervenir a nuestro

favor para abreviar, paliar, incluso quitarnos del todo nuestro dolor o la condición miserable en que nos hallamos.

Por esto mismo es natural concebir de él como un Padre, vernos a nosotros mismos como sus hijos, como la niña de su ojo, como destinatarios de su favor, su gracia, su protección... Y de su misericordia.

En cualquier caso, la misericordia de Dios no es sencillamente un artículo de fe o de doctrina cristiana. Es lo que cada uno de nosotros que conocemos a Dios y esperamos en él, hemos experimentado en diferentes momentos de nuestras vidas. Sabemos que Dios es misericordioso, no porque lo diga la Biblia —que también— sino porque hemos experimentado personalmente su misericordia.

Y ante la certeza de la muerte que nos espera como seres mortales, sabemos que cuando llegue aquel momento cuando ya es imposible aguantar más, Dios tendrá esa misericordia también de poner fin a nuestros padecimientos terrenales y llevarnos consigo a la gloria eterna que nos tiene preparada.

La Biblia no dice solamente que es misericordioso Dios. Por cuanto nos declara hijos e hijas de Dios, cuya paternidad se nos reconoce porque nos parecemos moral y éticamente a Dios, la misericordia ha de ser un rasgo esencial de toda aquella persona que conoce y ama a Dios y que vive en la dinámica del evangelio. Nosotros también hemos de saber ponernos en la piel de quien sufre, para intervenir en lo que esté a nuestro alcance para paliar, mitigar o poner fin a sus padecimientos.

**monoteísmo** — La idea de que existe un único Dios. Esta noción, que era sostenida por algunos filósofos paganos en la época del Nuevo Testamento, ha sido confundida frecuentemente con la enseñanza de la Biblia, que probablemente debería describirse como *monolatría*: la adoración de un solo Dios.

La colección de documentos que se conoce colectivamente como *Biblia* se redactó en el transcurso de muchos siglos, que abarcan una sucesión de civilizaciones de la antigüedad. De ahí

que en este tema, como en muchos otros, el testimonio bíblico es de diversidad, de diálogo interno entre los diferentes autores y sus escritos. No es nada infrecuente que un escrito bíblico posterior recurra a una frase de un escrito bíblico anterior, para darle una interpretación novedosa o incluso hasta contradictoria con el sentido que había tenido hasta entonces.

Sobre la unicidad de «el Señor» —el Dios personal de los antepasados Abraham, Isaac y Jacob y Dios nacional de Israel— la Biblia no admite ninguna discusión. La *shemá*, «Oye Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es...», que todo israelita debía repetir varias veces al día, lo deja sobradamente claro. Sin embargo la propia descripción tan típica de este Dios como Dios «de» —de Abraham, Isaac y Jacob, de Israel; o aquí en la *shemá*, *nuestro* Dios— da a entender la posibilidad de que existan otros dioses de otros individuos y de otras naciones. De hecho, la Biblia conoce los nombres de los dioses principales de otras naciones y deja claro que no es que esos vecinos de Israel adoren al mismo Dios aunque con otro nombre. No; se trata de otros seres diferentes que Aquel que adora Israel. Dioses que los israelitas podrían caer en la tentación de adorar y que de hecho muchos de ellos adoran, por lo cual es necesario insistirles que el Dios suyo, el Señor de Israel, es a quien deben servir. Solamente su Dios, el Señor de Israel, gobierna ya no solo en Israel sino —sin que estas otras gentes lo sospechen— sobre todas las naciones de la Tierra.

En cualquier caso este tipo de afirmación no viene a decir necesariamente que aquellos otros dioses no existen, sino tal vez solamente que son ineficaces, débiles, incapaces de garantizar la paz y prosperidad de los que los adoran. Otros textos bíblicos, sin embargo, parecen afirmar que aquellos dioses sí son eficaces... para los pueblos sobre los que el Señor los dispuso. Según esta manera —también bíblica— de entender la cuestión, el Señor habría repartido las diferentes naciones entre los dioses, pero reservándose Israel como su especial tesoro, su propio pueblo personal. Dios había pactado con Israel esta especial relación: El Señor sería —en exclusiva— el Dios de Israel, mien-

tras que Israel sería —se entiende que también en exclusiva— el pueblo del Señor.

La realidad histórica que condenan reiteradamente los profetas, es que Israel casi siempre adoró multitud de dioses y diosas, incurriendo así en la ira y el castigo divino por esa infidelidad. La monolatría pactada, que en teoría debía ser como un matrimonio monógamo, estaba siendo violada por un pueblo al que los profetas acusan de «prostituirse» tras otros dioses. Es decir que se entregaban en cuerpo y alma al culto a estos otros dioses, que les «pagaban» con la moneda de cosechas abundantes y protección de sus enemigos. Al margen de que según los profetas esos dioses pagaban con moneda falsa, que de nada servía, es el propio acto de infidelidad contra su Dios pactado en exclusividad, lo que escandaliza a los profetas.

Desde luego hay también escritos bíblicos que dan a entender que los demás dioses no existen en absoluto sino que solamente hay un único Dios —que es, naturalmente, el Señor al que sirve Israel—. Emblemáticamente, algunos pasajes de Isaías indican esta convicción; pero esa sería también, por ejemplo, la tendencia que vemos en Daniel. Y el relato de los orígenes, los primeros capítulos de Génesis, da a entender la existencia de un único Dios creador de todo lo que existe, un único Dios con que se relacionaron Adán y Eva y las primeras generaciones de la humanidad.

Aunque el judaísmo, el cristianismo y el Islam alegan ser monoteístas, en realidad son pocas las personas capaces de sostener en la práctica la creencia en un único ser sobrenatural e invisible. Muchos pasajes en el Nuevo Testamento, por ejemplo, indican la existencia de demonios, espíritus inmundos y el diablo o Satanás, que como mínimo son contrarios a la voluntad de Dios o en el caso de Satanás, casi se diría que osa rivalizar directamente con Dios. También indican, desde luego, la existencia de una multitud de seres invisibles de signo positivo: ángeles que Dios envía como mensajeros para consolar, proteger y guiar a los primeros cristianos. En el Islam y el judaísmo



rabínico, tenemos un panorama parecido. Luego en la credulidad cristiana popular desde tiempos muy antiguos, existen «santos» —seres humanos difuntos— capaces de oír rezos y de actuar milagrosamente a favor de sus devotos que los invocan.

Tal que el monoteísmo es una idea muy altamente valorada pero que son escasas las personas que la mantienen consecuentemente.

**muerte** — **1.** Final del ser humano como ser biológico y como ser consciente. **2.** *Segunda muerte:* en el Apocalipsis, final absoluto de los rebeldes contra Dios, posterior a la resurrección general de toda la humanidad.

El lugar de la muerte en el pensamiento bíblico es bastante dispar y a veces francamente paradójico. Al comenzar el relato de la creación en Génesis, da la impresión que al contrario del resto de los seres biológicos, el ser humano debía ser inmortal. El relato continúa, sin embargo, y «completa» su descripción de la creación del ser humano para incluir el dato de nuestra mortalidad.

Desde luego, la mortalidad es tan esencial para definir lo que es ser auténticamente humano, que si Jesús no hubiera muerto, nadie nos creeríamos que fue de verdad humano.

Como ha explicado Antonio González en alguno de sus escritos, la mortalidad da seriedad eterna a nuestras decisiones fundamentales acerca de la vida y acerca de Dios: con la muerte, desaparece la posibilidad de cambiar de opinión, arrepentirse, enmendar errores. La muerte nos asemeja a Dios, entonces, en que fija por toda la eternidad lo que hemos determinado, así como la voluntad de Dios es de suyo firme por toda la eternidad.

En el Antiguo Testamento habría una especie de concepto de inmortalidad bastante parecido al de la biología moderna: Confiaban en seguir viviendo en su «simiente», es decir, en su descendencia. Se llega a afirmar (en el Nuevo Testamento) que Leví presentó sacrificios a Abimelec porque cuando lo hizo Abrahán su bisabuelo, Leví estaba ya presente en «los lomos» de

Abrahán. Hoy en lugar de hablar de «simiente» o «lomos», nos referiríamos al ADN de nuestras células, transmitido de generación en generación por la reproducción biológica. En cualquier caso, con los hebreos como con la ciencia hoy, la muerte es real. Es el punto final a la existencia de cada ser humano como individuo personal. Sobrevive nuestro ADN, sí, pero nosotros desaparecemos.

Cuando Jesús —como los fariseos y cristianos en tiempos del Nuevo Testamento— hablan de resurrección, hay que entender que lo que la hace necesaria es la muerte. Hay por lo menos dos pronunciamientos de Jesús, sin embargo, que parecerían poner esto en duda: Jesús afirma que Dios dijo a Moisés «yo soy» (que no «yo fui») el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, porque Dios es Dios de vivos y no de muertos. En su parábola sobre el rico y el mendigo, por otra parte, Jesús da a entender una existencia consciente después de la muerte (y antes de la resurrección). Jesús es el Maestro, por supuesto, y lo que él dijo es incuestionable. Ahora como las parábolas son expresamente cuentos ficticios, tal vez no deba darse demasiado peso a esta en cuanto a este particular. En cualquier caso, como Jesús y sus discípulos y apóstoles enseñaron la resurrección, está claro que él entendía la muerte biológica como muerte real.

Pablo enseña la resurrección como un evento, posterior a la muerte, por el que el individuo recupera un cuerpo biológicamente vivo —si bien con otra biología, ahora de «espíritu» y ya no de «alma»—. Aquí también existe la presuposición de que la muerte biológica es muerte real, terminante y final. Solamente puede invertirse o solucionarse gracias a un nuevo acto soberano del Creador: una nueva creación.

Cuando Pablo da a entender que hay un estadio superior de existencia posterior a la muerte, podría estar afirmando que a pesar de la muerte biológica hay una continuidad de existencia en otros sentidos (no biológicos). Pero esto mismo podría entenderse de igual manera sin negar la rotundidad de la muerte biológica: Desde el punto de vista subjetivo personal, el

instante siguiente, a continuación de la muerte, es el instante de la resurrección. Esto explicaría también el «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso» que le dijo Jesús al arrepentido crucificado con él. En efecto pasaríamos, subjetivamente, de la vida a la vida sin atravesar el estar muertos (porque no seríamos conscientes del tiempo transcurrido mientras estuvimos muertos). Aunque nuestros seres queridos, ¡Ay!, sí que han estado muy conscientes de ello y han llorado nuestra desaparición.

Queda todavía una «segunda muerte» al cabo del Juicio Final, donde los seres humanos rebeldes serán arrojados a lo que se describe como «un mar de fuego que nunca se apaga», junto con el diablo y sus secuaces —entre ellos la propia muerte. En la opinión de este servidor que escribe, *la muerte de la muerte* viene a indicar que en ese «mar de fuego eterno» lo que tenemos es la desaparición eterna. Es lo contrario a la creación. Es un acto de «descrear» que, por su carácter eterno, viene a ser lo mismo que nunca jamás haber sido creado. Satanás y sus secuaces, los seres humanos rebeldes, y la propia muerte, desaparecerán para siempre del recuerdo del universo y de la mismísima memoria de Dios. A todos los efectos prácticos, nunca han existido y por toda la eternidad nunca habrán existido.

[Ver también *resurrección*.]

**nacer de nuevo**, renacer, regeneración — Metáfora en el Nuevo Testamento, que explica la transformación radical que experimenta la persona que de verdad asume su condición de discípulo de Jesús, y abraza la proximidad del reinado de Dios.

El evangelio de Juan anuncia esta idea ya en su prólogo, en el capítulo 1. Allí algunos, por haber creído en su nombre, han «recibido la potestad» de llegar a ser hijos de Dios. Lo son porque no han nacido de sangre (humana) ni por la cópula de sus padres («por voluntad de un varón»), sino de la paternidad de Dios.

El tema reaparece en el capítulo 3 de Juan. Aquí viene el fariseo Nicodemo a conversar con Jesús. Nicodemo reconoce,

por las señales que ha hecho, que Jesús procede de Dios. Jesús no se da por satisfecho con esa admisión. Quiere llevar a Nicodemo más allá del reconocimiento de que Jesús procede de Dios. Hay otra realidad igual de importante, que es la llegada del reinado de Dios sobre la humanidad. Sin embargo nadie es capaz de «ver» el reinado de Dios —es decir, discernirlo, entender que ha llegado y abrazarlo— sin primero haber nacido de Dios.

Nicodemo entiende que esto significaría nacer de nuevo. Dice que ya está viejo y que volver al vientre de su madre... ¡Si Nicodemo es ya anciano, su madre sin duda viene siendo cadáver desde hace años! Aunque el evangelio no nos lo dice, pienso que Jesús habrá soltado una carcajada ante la broma de Nicodemo; pero vuelve a insistir en la idea de «nacer de nuevo». Como Nicodemo seguramente también se ha dado cuenta, Jesús no está hablando de cuestiones de la carne sino del espíritu.

*Pablo*, en algunas de sus cartas, explora la idea de morir a un viejo «yo» carnal, corrompido por el pecado y la rebeldía contra Dios, para vivir ahora «en Cristo» como una nueva persona guiada por el Espíritu de Dios. Esta nueva persona es espiritual, obediente a Dios. Abunda en buenas obras. En Romanos Pablo habla de una dinámica sin esperanza en el capítulo 7, donde uno procura agradar a Dios y vivir como él manda, pero sin conseguirlo. A continuación, en el capítulo 8, habla de que «no hay ninguna condenación», sin embargo, para los que están ahora en otra dinámica, la del Espíritu, que produce de suyo y con toda naturalidad, precisamente los frutos de obediencia que no se consiguen con esfuerzos «carnales».

En las cartas de Pablo ronda siempre, entonces, la idea de que hay una vida carnal, inútil para agradar a Dios. Hace falta morir a esa manera de vivir. Hay también una vida posterior, espiritual. Se emplee o no el término «renacer» o «volver a nacer», el resultado es en cualquier caso otra vida diferente, con otras reglas de juego y otros valores. Pero lo que es más importante, otras posibilidades, antes inexistentes, de vivir de acuerdo con

los preceptos de Dios y dedicados, ahora sí por fin, a las buenas obras en beneficio del prójimo.

Esta cuestión de «nacer de nuevo» no tiene como objetivo principal la «salvación» personal, individual. Eso viene incluido, por supuesto; al continuar el capítulo de Juan 3, Jesús habla claramente de salvación y condenación. Pero el objetivo final de esta vida nueva es lo que Jesús llama «reinado de Dios» —la plena integración en un pueblo con unos valores y una forma de conducta radicalmente diferentes a los de este mundo caído—. Y en Pablo, tiene que ver con la rehabilitación que nos hace capaces de vivir, por fin, conforme a la voluntad de Dios, que es, en síntesis, hacer buenas obras.

Las buenas obras no tienen ninguna virtud para acercarnos a Dios. Eso nos viene de pura gracia. Las buenas obras son, al contrario, la expresión natural de esta nueva vida en Cristo.

Por último cabe mencionar los capítulos 19 y 21 de Apocalipsis. El capítulo 19 habla claramente de muerte. Las aves carroñeras se hartan de la carne de los cuerpos muertos de los que peleaban contra Dios. Sin embargo en el capítulo 21, después de toda esa muerte sin sobrevivientes, los reyes de la tierra que antes comandaban la guerra contra Dios, entran ahora en procesión por las puertas de la Nueva Jerusalén. Traen a Dios los tributos de toda la tierra. Si habían muerto en el capítulo 19, en el 21 no solo los vemos vivos, sino que son ahora fieles súbditos de Dios. Está claro, entonces, que aquella «muerte» no había sido un castigo sino la condición necesaria para «renacer», para vivir ahora en sumisión y obediencia a Dios y ya no en guerra y rebeldía contra Dios.

En fin, siempre más o menos la misma idea, aunque descrito de diferentes maneras por diferentes autores.

**Navidad** — Ver *Adviento; encarnación*.

**oración** — Hablar con Dios. La Biblia recoge la idea de que Dios habla. Guía, instruye, manda, da a conocer su voluntad. Así

también el Dios de la Biblia oye y escucha. Cuando el ser humano dirige a él sus palabras en voz alta —y aunque tan solo sus pensamientos— hay Alguien al otro lado de esas palabras que toma nota de ellas y las toma en consideración. En su sentido más perfecto, entonces, la oración es un diálogo entre el ser humano y Dios.

Esta dinámica de diálogo, de hablar y escuchar —por ambas partes— es maravillosa y misteriosa. Tan misteriosa que supongo que los psicólogos tendrán sus teorías sobre lo que los creyentes creen que es hablar con Dios.

La mayoría de nosotros no oye voces en el interior de su cabeza. Algunos esquizofrénicos no solamente oyen voces sino hasta ven perfectamente representada ante sí esa persona con quien pueden entablar conversaciones enteramente convincentes. La película de 2001 *Una mente maravillosa*, sobre John Forbes Nash, un brillante matemático premio Nobel pero esquizofrénico, ilustra cómo se puede entablar una relación convencida con seres que ningún otro ve —y que de hecho no existen—.

El caso de Nash tal vez suene como aquellos episodios del Antiguo Testamento donde el Señor (o el ángel del Señor) se aparecía y entablaba conversación con las personas. Una diferencia importante entre Nash y las conversaciones con Dios en la Biblia, sin embargo, es que exceptuando tal vez a Ezequiel —de quien se conocen episodios catatónicos— o de Isaías —que deambuló desnudo por las calles de Jerusalén— los patriarcas y profetas bíblicos parecen personas perfectamente cuerdas, cuyas vidas y existencia mejoró sensiblemente gracias a sus conversaciones con el Señor. Supongo que también se podría dudar de la cordura de Abrahán, que en un episodio muy célebre casi asesinó a su hijo por obedecer una voz interior. Pero al final no lo hizo; y además, todas las promesas que escuchó se cumplieron.

En tiempos pasados todo el mundo —en todas las religiones— hablaba con sus dioses con total naturalidad. Pero hoy día la idea de la oración se nos antoja difícil. Nos encontramos con el problema contrario al del esquizofrénico o de nuestros ante-

pasados de otra era. Hoy cuesta asumir que haya Alguien ahí escuchando, más allá del interior de nuestra cabeza.

Pero quien es incapaz de creer que sea posible hablar con Dios, contarle nuestros problemas o expresarle gratitud, pero también sentir una confirmación interior de su amor, su perdón, su aceptación de nuestra persona, incluso su guía ante determinadas decisiones, en mi opinión se está perdiendo uno de los aspectos más bellos de la experiencia humana.

No, conversar con Dios no es una superstición de la antigüedad que ha ido desapareciendo conforme nos hemos hecho más sabios y menos crédulos y menos dependientes de que alguien nos diga lo que tenemos que hacer y cómo tenemos que vivir. Tampoco es cuestión de locos. Conversar con Dios es un privilegio al que hemos nacido toda la humanidad. Solamente falta desarrollarlo, practicarlo, descubrirlo, ahondar en ello como se ahonda en cualquier otra relación a lo largo de la vida.

Según la Biblia Dios escucha. No tiene nada decidido hasta no haber oído primero nuestras opiniones. Porque somos sus hijos, creados a su imagen, capaces de razonar y de sentir y de juzgar lo que nos parece mejor. Y de explicarle a él esa opinión a que hemos llegado o ese sentimiento que nos mueve.

Ahora bien, hay quien parece convencido de que Dios está obligado a obedecer a los que le piden con insistencia lo que desean. No sé si será que viven en familias con hijos consentidos, donde los padres ceden a todo lo que les piden para que los dejen en paz. Dios es nuestro Padre, bien es cierto, pero no admite hijos consentidos. No está él a nuestras órdenes. Ni siquiera cuando alguien se pone a «declarar» que ya ha obtenido lo que pide aunque no hay ninguna evidencia de ello. Eso tiene toda la apariencia de ser una estrategia de manipulación. Y no creo que Dios se deje manipular.

La oración, todo lo contrario de estrategias de manipulación para sacar ventaja de una relación filial con Dios, es ante todo comunión y proximidad mental y espiritual. Pedimos y esperamos pero no exigimos. Quien de verdad «conversa» con Dios,

aprendiendo a hablar pero también a escuchar en silencio, jamás olvida cuál es su sitio como adorador. Nos sabemos amados por Dios pero en absoluto nos creemos ser sus iguales, sino unos privilegiados por poder descargar nuestros corazones ante él, luego descansar en él y dejar las cosas en sus manos. Que es donde mejor están.

**ortodoxia** — 1. La enseñanza correcta. 2. En la historia del cristianismo, el conjunto de doctrinas cristianas acordadas por los obispos bajo la tutela del emperador. 3. En las divisiones entre cristianos, lo que cada sector considera sostener fielmente aunque los demás lo hayan abandonado.

En la Biblia no aparece el término «ortodoxia» en sí, aunque desde luego la idea de ceñirse a la enseñanza correcta sí está presente. Se recordará que Hechos 2,42 nos informa que los bautizados el día de Pentecostés perseveraban en la doctrina de los apóstoles. Aquí la palabra «doctrina», por cierto, tal vez quedaría mejor traducida del griego como «enseñanza». En este contexto y otros del Nuevo Testamento, lo importante parece ser conservar una actitud de disposición a aprender de los apóstoles, así como ellos habían aprendido del Maestro, Jesús.

Naturalmente, con el paso de los años Pablo y los demás apóstoles desarrollaron, por inspiración del Espíritu Santo, temas sobre los que no se sabe que se haya pronunciado Jesús. Lo que siempre iba a ser necesario, sin embargo, para ellos y para cualquier cristiano posterior, era poder defender que lo que ahora se enseñaba era coherente y manifestaba continuidad con lo que Jesús sí dijo.

Aquí es importante reconocer el papel fundacional que tiene Jesús: sus palabras que se conservan y las conductas y actitudes y formas de tratar al prójimo que se recuerdan de él. El libro de Apocalipsis es probablemente en el Nuevo Testamento el que más tarde se escribió. Es obvio que no se limita a solamente repetir palabras de Jesús. Sin embargo en Ap 19,10 el ángel revelador le dice al autor:



*—Soy un siervo compañero tuyo y de tus hermanos que se ciñen al testimonio de Jesús [...] Por cuanto el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.*

El testimonio de Jesús —sus palabras, pero también su forma de comportarse hasta el extremo de dejar la vida por sus enemigos y los de su pueblo— son entonces el punto de partida y el punto de llegada de toda «sana doctrina» en el Nuevo Testamento. Todo lo que digamos ser cierto con respecto a la vida que agrada a Dios y es propia de los cristianos, tiene que medirse con lo que sabemos de la vida y muerte y palabras de Jesús.

El cristianismo proliferó durante los primeros siglos con una impresionante diversidad de expresiones locales, según el Espíritu daba revelación a sus líderes y según iban surgiendo tradiciones regionales en la práctica del seguimiento de Jesús.

Cuando el emperador Constantino venció a sus enemigos tras adoptar un símbolo cristiano como talismán para sus batallas, decidió que tocaba favorecer a los cristianos en lugar de perseguirlos. Le pareció disparatada, sin embargo, la extraordinaria riqueza de diversidad que había en la enseñanza que sostenían los cristianos. Convocó entonces a los obispos de todo el imperio para ponerlos de acuerdo.

El tema en que se fijaron para decidir quién era o no «ortodoxo» —quién sostenía o no la enseñanza cristiana correcta— fue la definición filosófica exacta de la naturaleza de Jesús, a la vez humano y divino. Desde luego es algo sobre lo que Jesús mismo no se sepa que se pronunciara y sobre lo que «el testimonio de Jesús» parecería admitir que los cristianos de buena voluntad pudieran cada cual sostener sus propias ideas. Sin embargo desde entonces, la «ortodoxia» cristiana es la que acepta incondicionalmente el Credo que salió de aquella convocatoria imperial.

Definido este tema como el esencial para la «ortodoxia», el debate no hacía más que empezar. A lo largo de los siglos fue habitual perseguir hasta la muerte a los que no aceptaban lo que cada partido entendía ser «ortodoxo». La división resultante

entre la iglesia oriental *nestoriana*, la iglesia imperial griega *ortodoxa* y la iglesia occidental *católica* jamás ha podido superar el trauma de tanta sangre derramada.

Aunque la iglesia se encontró dividida en esos tres bloques regionales desde la antigüedad, no dejarían, naturalmente, de surgir diferentes movimientos, corrientes y formas de pensar en cada una de las regiones. Aquí en Occidente la división más notable fue la escisión de los protestantes, seguida de una proliferación de iglesias evangélicas y sectas de diversa índole a lo largo de estos últimos 500 años.

Los cristianos de cualquiera de estos diferentes grupos, se entienden ser siempre ellos mismos «ortodoxos» en aquel aspecto de la enseñanza cristiana que ellos sostienen ser el más esencial. Aunque hoy día parece feo acusarnos unos a otros de «herejes», sigue siendo usual pretender cada cual ser quien de verdad sostiene la «sana doctrina», la «ortodoxia».

Como el Apocalipsis, tal vez no haríamos mal en volver siempre al «testimonio de Jesús». Menno puso en la portada de cada uno de los libros que escribió, el siguiente texto:

*Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo (1Co 3,11).*

**ortopraxis** — Como contraste o a diferencia del concepto de *ortodoxia*, la *ortopraxis* serían las conductas correctas en la vida cristiana. No se trata de lo que uno cree sino de cómo es que uno vive. No es ceñirse a doctrinas correctas (aunque seguramente también), sino ceñirse al seguimiento de Jesús, andar como él anduvo y tratar al prójimo y entregarse por el prójimo como lo hizo Jesús.

En la iglesia de las primeras décadas tal cual se ve en el Nuevo Testamento, ambas cosas —ortodoxia y ortopraxis— iban de la mano y eran probablemente inseparables. Entender quién era Jesús el Mesías de Dios, y seguirle en vida y obras, era todo uno.

Para ello el Nuevo Testamento griego utiliza el sustantivo *pistis* (fe, fidelidad) y el verbo *pistéo* (creer, ser fiel), términos especialmente plásticos y adaptables a la vivencia cristiana porque hacen que no sea posible distinguir entre la creencia y la conducta fiel.

La lengua hebrea trazaba la misma conexión entre una cosa y la otra. La expresión *amén* tiene una riqueza de matices que va desde «es verdad», pasando por «así es», a «así sea». Y ese «así sea» puede expresar un deseo pero también un compromiso personal o declaración de intenciones. Todos estos matices caben en el vocablo *amén* y otras palabras hebreas relacionadas.

Cuando empezaron a sumarse a la comunidad cristiana personas de un trasfondo pagano, hubo que dedicar mucho esfuerzo a catequizarlos, instruirles detalladamente los conceptos propios del monoteísmo desarrollado en Israel a lo largo de siglos, pero también instruirles en cuestiones de estilo de vida, valores, conductas y ética apropiadas al seguimiento del Señor Jesús. Era un proceso arduo y lento que generalmente se hacía con paciencia a lo largo de años antes de considerar que los conversos del paganismo estaban en condiciones de recibir el bautismo cristiano.

Cuando el emperador romano y el imperio en general adoptaron el cristianismo como religión estatal para sus propios fines, hubo que someterlo a una adaptación severa y reconducción que lo hicieran compatible con los valores del imperio. No era «práctico» ni «practicable» que el emperador ni sus funcionarios ni sus ejércitos en todo el mundo se ciñeran a un amor al prójimo que nos compromete a devolver bien por mal, y perdonar en lugar de castigar o vengar —por poner un ejemplo evidente—. Si eso hicieran, el imperio se desmoronaría desde dentro y sus fronteras se quedarían indefensas.

De ahí que la conducta correcta de los cristianos se replegó y relegó a la vida personal y familiar. La conducta cristiana que ejemplificó Jesús seguía siendo un ejemplo de perfección apto para monjes, monjas y sacerdotes —era conducta ideal a la que

solo podían aspirar unas pocas personas excepcionales admiradas como «santos»—; pero no era en absoluto útil ni práctica para la vida pública.

A la vez que iba decayendo el compromiso con el seguimiento de Jesús en la vida práctica de *todos los cristianos*, el cristianismo imperial fue dando cada vez más importancia a la *ortodoxia*, la fórmula exacta con que se definía filosóficamente la naturaleza divina y humana de Jesús, no mezcladas aunque inseparables. El credo cristiano imperial abundó en términos que fijaban toda esta cuestión para toda la posteridad, pero, curiosamente, no menciona en absoluto seguir a Jesús, vivir como él vivió, amar como él amó, perdonar como él perdonó.

Es decir que se abandonó la *ortopraxis* por imposible de llevar a la práctica a no ser que uno fuera uno de esos individuos excepcionales llamados a ser recordados y venerados por toda la posteridad como «santos» capaces de seguir haciendo milagros después de muertos.

El ideal de santidad, sin embargo, por eso mismo y aunque visto como excepcional y prácticamente inalcanzable, no se abandonó del todo. A lo largo de los siglos muchos miles de personas se integraron a esas comunidades apartadas del mundo, en monasterios y conventos, con la intención de aspirar a encarnar en vida y obras los valores del evangelio de Jesús. En la era de la Reforma protestante, la Reforma radical o anabaptista recuperó esa aspiración a la *ortopraxis* —la del seguimiento de Jesús en vida y obras— para todos los fieles, ya no como excepción a la regla común de los cristianos.

En estas últimas generaciones va en aumento la idea de una *ortopraxis* cristiana a la par —tal vez incluso más importante— que la ortodoxia. Es posible que nos hayamos vuelto más prácticos, menos filosóficos y teóricos. Parece convencer más la idea de que es fiel a Jesús quien vive y ama como Jesús vivió y amó, no quien tiene ideas presuntamente correctas en la cabeza pero sin consecuencias en cómo trata al prójimo.

**Oseas** —Ver *Josué*.

**pacto**, alianza, testamento — Fundamentalmente un concepto político que indica el compromiso mutuo de no agresión y de apoyo militar. En la Biblia el empleo más típico de las palabras que indican esta relación es metafórico: Son los términos de la relación jurada entre Dios y su pueblo Israel.

Existen ejemplos interesantes en documentos de reinos del entorno de Israel en la antigüedad, donde se estipula un pacto entre reyes y sus vasallos. Si para el pacto entre Dios y su pueblo se ha seguido un modelo típico en las relaciones internacionales, entonces, eso tal vez nos explica cómo había que entenderlo. Israel debe a su Señor lealtad absoluta y obediencia en los temas estipulados. En cambio, el Señor también se compromete «políticamente», por cuanto les promete un territorio nacional, provisión abundante y protección de todos sus enemigos —cosas que habitualmente esperaríamos de nuestros gobernantes—.

En el pacto del Señor con la dinastía del rey David, si todos ellos se mantienen leales al Señor y cumplen las conductas que él manda, su dinastía será eterna. El pacto del Señor con Abraham, sin embargo, destaca por ser incondicional. El soberano, Dios, se compromete a darle descendencia numerosa en la tierra prometida, pero sin pedir nada a cambio. Es cierto que Abraham creyó y que esa fe le fue contada por justicia. Pero creyó lo que Dios ya le había pactado antes de que él pudiera creérselo.

Una diferencia importante entre la fe bíblica según la viven los judíos y los cristianos, reside en su concepción del pacto. Los judíos tienen interiorizado el pacto con Dios como una de sus señas de identidad personal, familiar y nacional. Por el hecho de haber nacido israelita y haber recibido la circuncisión, el judío se sabe heredero de las promesas eternas de Dios a Abraham. El judío no necesita *crear* sino *obedecer* o *cumplir* lo estipulado en el pacto. El judaísmo, entonces, no consiste en doctrinas de

obligada creencia —ni siquiera es necesario creer en la propia existencia de Dios— sino que necesita cumplir los mandamientos. Se cuenta que en uno de los campos de concentración de los nazis, donde murieron millones de judíos sin que Dios jamás pareciera interesarse, algunos judíos convocaron un tribunal para juzgar si Dios existe. Presentados los argumentos por los abogados de una parte y de la otra, el rabino que presidía el tribunal dictó su sentencia: Dios no existe. Y de inmediato declaró:

—Y ahora ha llegado la hora de nuestra oración vespertina. Oremos, hermanos.

Si los cristianos dejáramos de creer que Dios existe, dejaríamos también de orar ni de conducirnos como mandan los mandamientos. Pero a aquellos judíos no les parecía que una cosa guardase relación con la otra. ¡Ellos seguirían fieles al pacto aunque Dios fuera infiel hasta el extremo de dejar de existir! O aunque habían dejado de creer que existe, que es casi lo mismo.

El pacto nuevo o «Nuevo Testamento» de los cristianos, sin embargo, tiene la creencia y la doctrina como uno de sus pilares más esenciales. Esto ha hecho del cristianismo una fe mucho más intelectual y abstracta, extraordinariamente interiorista, donde para obtener la vida eterna es necesario entender y estar de acuerdo con ciertas ideas sobre la realidad. Sin embargo probablemente no es así como entendían las cosas los apóstoles. «Guardar la doctrina de los apóstoles», en el lenguaje del Nuevo Testamento, probablemente tiene mucho más de ceñirse a las conductas enseñadas por Jesús, que de convencimiento mental. Guardaba la doctrina de los apóstoles quien entregaba a la comunidad todos sus bienes, aunque no tuviera del todo claro lo que decían los apóstoles acerca de Cristo o de la resurrección.

Uno no se salvaba de la ira de Dios por sus ideas sino porque el Espíritu de Cristo era tan poderoso en su interior, que amaba como Jesús, entregándose en cuerpo y obras a favor del prójimo, como ya lo había hecho Jesús. Entonces el pacto nuevo o

«Nuevo Testamento» tiene mucho de continuidad con el Antiguo:

Dios ha intervenido primeramente, soberanamente, como Salvador. ¡Nadie puede salvarse a sí mismo! Y ahora corresponde vivir como Dios manda, por gratitud y por coherencia personal. A cambio, Dios promete seguir proveyendo y protegiendo. Aunque los mártires siempre han comprobado que esa provisión y protección no es automática. A veces toca sufrir y morir por Cristo, por la Iglesia y por el prójimo... y Dios no interfiere. En cualquier caso, al sabernos «pueblo del pacto», seguiremos actuando como Jesús, confiando que Dios cumplirá con su parte de lo acordado como a él le parezca justo.

**Padre (Dios)** — Más que ningún otro autor ni personaje bíblico, Jesús fue quien dio el mayor impulso a concebir de Dios como un padre, y a entender nuestra relación con Dios como una relación filial.

Es especialmente memorable la invocación inicial de la oración que enseñó a sus discípulos: «Padre nuestro que estás en los cielos». Pero parece haber sido típico de él referirse así a Dios. Cuando instruye devolver bien por mal en el Sermón del Monte, por ejemplo, indica que es así como demostramos ser «hijos de vuestro Padre en los cielos», por cuanto Dios hace llover y alumbrar el sol para beneficio de buenos y malos por igual. Y unos versículos más adelante, sin cambiar de tema, insta: «Sed entonces vosotros enteros como vuestro Padre celestial es entero».

Tendemos a pensar que en la psicología personal de Jesús había una consciencia especial de ser algo así como «el Hijo Unigénito del Padre». Hay un discurso extenso en el evangelio de Juan, donde Jesús habla de su relación filial con Dios, tan estrecha que él Hijo no hace obras personales suyas. Lo que hace Jesús es la obra del Padre, que le revela lo que está haciendo y va a hacer. Hay otros pasajes de Juan que indican una consciencia especial de haber procedido del Padre, mientras

que los que le cuestionan proceden en cambio del padre de ellos, el diablo.

Desde luego la naturaleza de la relación entre Padre e Hijo es un tema importantísimo en la teología cristiana. Pero tal vez por eso mismo, llama tanto la atención la insistencia con que Jesús califica a Dios de «tu Padre», «vuestro Padre», «vuestro Padre en los cielos», dirigiéndose a sus oyentes en general. Tal vez se dirigía concretamente a sus discípulos comprometidos personalmente con él, pero a veces ni siquiera eso: Jesús pareciera desear que la humanidad entera viésemos a Dios como Padre.

Recuerdo que hace muchos años prediqué en varias ocasiones y creo que también escribí en algún lugar, acerca de qué es lo que proporcionó a Jesús su idea de lo que es un padre. Cada persona nos hemos forjado nuestra idea de padre desde la más tierna infancia, según ha sido nuestra relación con nuestro padre. Cuando Jesús hablaba de Dios como Padre, entonces, no estaba hablando de mi padre ni del tuyo, sino de cómo vivió él su relación con José. No tenemos muchos elementos para conocer esa relación, pero lo que sí sabemos es muy significativo:

En lo que fue seguramente una de las decisiones más difíciles de su vida, José, impresionado después de haber soñado con un ángel, decidió casarse con María a pesar de descubrir que estaba embarazada pero no de él. Esto significó también su disposición a recibir a Jesús como su propio hijo y a tratarlo y amarlo como suyo. En un pueblo tan pequeño como Nazaret es difícil que no se enterasen todos los vecinos del «desliz» de María. Conociendo la naturaleza humana, seguramente dio para cotilleo y comentario de todo tipo entre el vecindario, incluida la burla de José como «cornudo».

Más adelante el evangelio cuenta que después del nacimiento de Jesús, para salvarle a él la vida, José estuvo dispuesto a emigrar y vivir como refugiados en Egipto. Seguramente la vida en Egipto no fue fácil, ni en lo económico ni en lo social, porque en cuanto tuvieron oportunidad unos años más tarde, regresaron a Nazaret. A volver a empezar.



Lo que Jesús recibió de José, entonces, fue *aceptación incondicional*. No por obligación, no por genética, sino por amor a María que acaba siendo amor también por su bebé, ese niño que José aceptó con orgullo como su primogénito, por el que ningún sacrificio era demasiado grande.

Esta noción de la paternidad como amor y aceptación incondicional no es necesariamente como hemos vivido todos los demás la relación filial. La especialísima naturaleza de la relación entre José y Jesús condicionó la forma como Jesús se relacionó con su Padre celestial. La parábola del hijo pródigo nos resulta enormemente sugerente y nos emociona. No es necesariamente típico de cómo se comportan los padres cuando a sus hijos se les hace eterna la espera a que estiren la pata. Pero sí se le pudo ocurrir a Jesús una historia así, porque es como él sabía que se habría comportado con él José.

Y es así como Jesús nos enseñó a entender nuestra relación con Dios.

En Marcos 14,36, en la escena donde Jesús ora en el Getsemaní, no se dirige a Dios como «Señor», ni como «Todopoderoso», ni siquiera con la intimidad de un «¡Dios mío!». Lo trata de *abba*, «papá», «papi», el diminutivo con que tratan a su padre los niños pequeños. Es un apelativo tierno y emotivo, que indica la intensidad del sentimiento de Jesús en esa hora de su prueba.

El apóstol Pablo indica que esa misma ternura filial era típica en los fieles de aquella primera generación. En dos ocasiones (Ro 8,15; Ga 4,6) alude a que clamamos a Dios como *abba*.

**palabra, Palabra** — **1.** Unidad de expresión del habla humana. En lo que aquí nos interesa, el término «palabra» viene a significar todo un discurso, un mensaje, un acto de comunicación (con el prójimo, con la deidad y otros seres invisibles, con uno mismo). **2.** (Con mayúscula:) Jesucristo. **3.** (Con mayúscula, en la tradición evangélica o protestante:) la Biblia.

1. En la antigüedad generaba tal vez más interés o curiosidad filosófica que hoy día el acto de comunicación verbal humana como misterio por el que una secuencia de sonidos genera resultados tan claros y eficaces como si fuera una acción física. Con palabras (y a veces por malentendidos sobre palabras) se generaban guerras en las que podían morir miles de personas y ser arrasadas ciudades enteras y sus campos de cultivo. Con palabras se maldecía y bendecía, comprometiendo así el futuro de la persona —para bien o para mal—. Con palabras se edificaban murallas, levantaban templos monumentales, construían inmensas infraestructuras de riego. La historia de Babel en Génesis, ilustra la necesidad de las palabras para tales proyectos, contando lo que sucede si hay palabras, tal vez, pero que no se entienden. Pero ya antes en el mismo libro de Génesis, la creación del universo es el efecto material de pronunciar palabras divinas.

Aunque en el hebreo bíblico hay una riqueza de términos — como en cualquier idioma— para describir emociones (amor, odio, enemistad, compañerismo, complacencia, ira, desprecio, admiración), estas se suelen expresar muy frecuentemente mediante la naturaleza del discurso hablado: el desprecio o menosprecio, con burlas y risa; al amor o lealtad, mediante alabanzas y descripción de la belleza o virtudes del ser amado; la ira con amenazas, descalificaciones y maldición.

Por otra parte, los mandamientos, la Ley de Moisés, se describen a veces en diversas exclamaciones de adoración (en algunos Salmos, por ejemplo) como «tus palabras». Meditar en «tus palabras» en esos contextos significa especialmente conocer lo que Dios había mandado y proponerse una lealtad completa y obediencia ciega a esos mandamientos. Aunque tal vez también, por extensión, podía referirse a las instrucciones dadas por los profetas, cuya función era adornar y explicar aquellos mandamientos y alianza de Dios con su pueblo.

2. Aunque las palabras de Dios son especialmente sus mandamientos (y también los discursos proféticos), también son

palabras lo que emplea Dios para crear el universo, como ya hemos mencionado. Esta idea tiene especial recorrido en el libro de Proverbios, donde se medita menos en el concepto de «palabra» que en el contenido de «sabiduría» que expresan esas palabras. Paralelamente, en el desarrollo del pensamiento helenista (la cultura del Medio Oriente durante los últimos siglos a.C. y hasta nuestra Edad Media), el *logos* («Palabra») es una emanación de sabiduría divina por la que todas las cosas están en orden y tienen su existir.

En el evangelio de Juan tenemos uno de los encuentros más o menos naturales del concepto hebreo de «Sabiduría», el decir *las palabras de Dios*, con que se crea todo lo que existe y sin la cual nada puede existir ni subsistir, por una parte; y por otra parte, el concepto griego de *logos* o «Palabra» divina con más o menos esa misma función. Lo novedoso en Juan no es relacionar estos conceptos griego y hebreo, sino atreverse a imaginar que sea posible que la Palabra pueda hacerse carne, carne de hombre, cuerpo de un ser humano de clase humilde, un hombre oprimido por las autoridades y por «el sistema», despreciado y humillado y sentenciado a muerte por el mismo gobernador militar que lo declaró inocente.

¿Cómo es posible que este hombre, que corrió esa suerte tan vulgar (en el sentido de que es una suerte *propia de personas esclavas y de clase baja, sin prestigio social ni influencia política*)... este hombre sea el eterno *logos*, la eterna Palabra creadora y vivificadora de Dios? ¿En qué estaba pensando Juan cuando dice (Jn 1,14) que «Vimos su gloria, gloria como del único hijo nacido de Dios»? ¿Dónde está en este rabino galileo la gloria de Dios, dónde la sabiduría eterna, dónde la gloriosa Palabra como emanación divina?

Como Marcos, el evangelio de Juan no nos brinda un relato de la Navidad. En lugar de eso, lo que hace es plantearnos el mismo misterio en otras palabras: el *logos*, la Palabra de Dios, en forma de ese pobre hombre, el rabino Jesús, que un día colgó de una cruz ante las burlas de la humanidad entera.

Jesús es la Palabra de Dios. Él es el mensaje de Dios para la humanidad. Su debilidad e indefensión y mansedumbre es el poder de Dios que sostiene los cimientos del universo.

3. En la tradición cristiana evangélica o protestante, el término «la Palabra» se suele emplear como sinónimo de «la Biblia».

**Paráclito** — Jesús emplea esta palabra griega en el evangelio de Juan para describir el tipo de actividad o función que tendría el Espíritu Santo entre sus seguidores cuando él, Jesús, ya no estuviera materialmente presente entre ellos.

*Paráklitos* es un sustantivo griego derivado del verbo *parakaléo*, que tiene varios tipos de significado. En primer lugar tenemos la idea de mandar llamar, llamar en auxilio, rogar, invocar, pedir. En segundo lugar tenemos la idea de fomentar, provocar, exhortar. Y por último y en tercer lugar, tenemos la idea de consolar. Estas dos últimas ideas se aúnan, tal vez, en nuestro concepto castellano de «animar», o «infundir ánimo». Quien anima o infunde ánimo, puede estar exhortando o estimulando o provocando a la acción. Pero quien anima o infunde ánimo también puede estar consolando, puede estar procurando aliviar una tristeza.

Guarda relación con este verbo el sustantivo *paráklisis*, que vendría a ser un llamamiento, o bien una petición de auxilio, pero también la exhortación y por último, el consuelo.

Y así llegamos al sustantivo griego que nos interesa: *paráklitos*, que es la persona que hace este tipo de cosa: un paráclito sería alguien que intercede por otro, es decir, que da voces pidiendo auxilio; o tal vez un defensor, incluso un abogado defensor; pero un paráclito podría ser también un consolador.

Cuando Jesús en los capítulos 14 a 16 de Juan describe al Espíritu Santo como el Paráclito, está aludiendo a esta configuración de relación entre el Aliento de Santidad y nosotros:

1. Por una parte, el *Paráclito* es quien cuando estamos en momentos de máxima necesidad, empieza a dar voces pidiendo auxilio por nosotros. Unos más que otros, no es del todo raro

entre los cristianos sentir que en determinado momento hay que dejar todo lo que uno estaba haciendo para interceder en oración por alguien. Ese es el Espíritu Santo en su función de *pedir auxilio*, de poner en marcha la oración de los hijos de Dios.

2. Es parecida a esta idea, la del *Paráclito* como quien intercede ante el Padre por nosotros, para guardarnos de todo mal. Incluso de males que podemos provocar nosotros mismos sobre nuestras cabezas, por nuestras imprudencias o pecado. El Paráclito es quien intercede ante el Padre para que intervenga como Salvador y Rescatador de los perdidos.
3. Muy próximo a este está su papel como nuestro abogado defensor. La Biblia ensaya en diversos pasajes la idea de una especie de tribunal celestial, donde Dios preside como juez y ante él presenta sus argumentos el diablo o Satanás, actuando como fiscal de la acusación. Pero ahora de parte nuestra intercede ante el juez nuestro abogado, el Espíritu Santo. Ya puede presentar todas las pruebas y argumentos que quiera el Acusador, que tenemos un abogado defensor en el cielo: el *Paráclito*, es decir, el Espíritu Santo. Él presentará pruebas de nuestra dedicación a Dios y nuestra obediencia a sus propios impulsos —del Espíritu Santo— a irnos perfeccionando en santidad.
4. Habíamos mencionado que el verbo *parakaléo* tiene entre otros sentidos, el de exhortar. Entonces el *Paráclito*, el Espíritu Santo que vive en nuestro interior, está procurando constantemente guiarnos y exhortarnos para que nos superemos, para que seamos mejores personas. En una palabra, nos impulsa constantemente hacia la santidad. Su Viento nos sopla hacia la separación de las actitudes, conductas y manera de vivir del mundo a nuestro alrededor. Como el Espíritu también es Santo, desde nuestro interior nos impulsa a nosotros también a distinguirnos, a separarnos del montón, a consagrar nuestras vidas para Dios y para el prójimo (que es lo que viene a significar el concepto de «santidad»).

5. Y por último tenemos el *Paráclito* como Consolador. Ojalá no tuviéramos que vivir este aspecto de cómo se relaciona con nosotros el Espíritu Santo. Pero inevitablemente, a toda vida humana llegan momentos de dolor intenso —a veces temporadas más o menos extensas de situaciones tristes o difíciles, que se pueden prolongar durante años. Pienso, por ejemplo, cómo nos afecta el futuro limitado que puede tener un hijo severamente discapacitado. O la lenta progresión de una enfermedad en un ser querido, que desemboca al fin en muerte pero no sin antes haber socavado la fuerza interior de los que le quieren.

Para todo tipo de situación dura, ahí está el Espíritu Santo en su condición de *Paráclito* o Consolador. Su aliento nos alivia aunque solo sea por un rato la tristeza. Nos descubrimos cada madrugada capaces de afrontar otro día más con sus luchas y su dolor, porque nos sabemos acompañados. Aquí en nuestro interior respira el Aliento Divino que nos infunde aliento.

**parusía** — La «presencia» o «llegada» del Señor, un evento descrito por diferentes autores del Nuevo Testamento como culminación de la historia.

La palabra tiene dos usos en el Nuevo Testamento griego. El más normal o corriente es como cuando usamos nosotros estas palabras —*presencia* o *llegada*— para hablar de cualquier persona cuando llega. Pablo puede indicar con esta palabra su propia presencia (Fil 2,12) o la llegada de Estéfanos (1 Cor 16,17).

Había también un uso más formal o político del término, para referirse a una real visita, la llegada del rey y la presencia de la corte en la ciudad mientras durase esa visita. En Burgos es famosa la Casa del Cordón, un palacio medieval donde estaba alojada la corte de los Reyes Católicos cuando compareció Cristóbal Colón tras su segundo viaje a América. Los reyes habían llegado antes a Burgos y es de suponer que esa llegada estuvo acompañada de toda pompa y fanfarria y procesión y boato.

El Nuevo Testamento, curiosamente, no contiene la expresión «Segunda venida» para referirse a la anhelada parusía de Cristo nuestro Rey. Aunque no cabe duda de que Aquel cuya llegada esperamos es el mismo Jesús que ya conocimos en Galilea y Jerusalén, nuestros autores no enfocaban su «llegada» como algo que sucedía otra vez, una segunda vez.

Tal vez esto se deba a que tampoco existe en el Nuevo Testamento un concepto muy desarrollado de la ausencia de Cristo, exceptuando aquellas horas cuando estuvo sepultado. Después de aquello Jesús aparecía y desaparecía y en una ocasión —narrada en Hechos 1— los discípulos vieron a Jesús ascender hasta las nubes. Entonces aparecieron unos «varones» que les dijeron que así como lo habían visto marcharse, regresaría. Diez días después, el día de Pentecostés, fueron llenos del Espíritu Santo y como puede atestiguar cualquiera que haya experimentado algo así, la presencia de Dios es entonces tan impresionante y real, que de Cristo se puede decir cualquier cosa menos que está ausente.

Pablo podía utilizar la metáfora de Cristo como cabeza de la iglesia (y esta como cuerpo de él) sin que ello comunicara la idea de un decapitado —la cabeza infinitamente lejos del cuerpo—. Todo lo contrario, la metáfora funcionaba porque los que oían leer sus cartas conocían perfectamente esa presencia continua del Señor resucitado en sus asambleas, que los guiaba y orientaba.

Hay sin embargo en diversos libros del Nuevo Testamento la idea de una «llegada» o presencia como algo nuevo, esperado y anhelado, algo distinto a la vida terrenal de Jesús y a la experiencia constante de Cristo en su iglesia: su parusía.

En las palabras de Jesús en el «pequeño apocalipsis» de Mateo 24-25, él habla de su parusía, la venida del Hijo del Hombre. No parece que sea algo inmediato: los discípulos quedan advertidos de que antes habrá tiempos de mucho sufrimiento y confusión —como efectivamente viene sucediendo en los siglos desde entonces—. Será tan inesperado como el

diluvio en tiempos de Noé, pero el Hijo del Hombre llegará para reunir por fin a todos los suyos y traerles consolación. A estas indicaciones sobre la parusía del Hijo del Hombre, Jesús añade enseñanzas sobre el reinado de Dios. Es importante estar preparados. Y se está preparado tratando bien al prójimo y recordando que todo acto de compasión con cualquiera que sufra, es un acto de servicio al propio Jesús en la persona de los desafortunados. Jesús no lo olvidará.

En 1 Corintios 15 la parusía viene asociada a la resurrección. Jesús ha resucitado primero, pero con su parusía resucitarán todos «los que están en Cristo». Estos tienen en común con Adán la muerte, pero en común con Cristo la resurrección.

Pero donde más se explaya Pablo sobre la parusía es en las dos cartas a los Tesalonicenses. En la primera, repite más o menos lo que vimos en Mateo: aguardamos con ardiente esperanza e impaciencia esta llegada, donde nos reuniremos todos a su alrededor —los que hayan muerto también, ahora resucitados— para recibir consolación y recompensa. (Pablo confía que recompensa y no reproches, depende de cómo vivamos hoy.) En 2 Tesalonicenses, sin embargo, como en Santiago, 2 Pedro y 1 Juan, los apóstoles parecen tener que contrarrestar una cierta impaciencia —hasta cansancio con la espera— que empieza a hacer mella entre los creyentes.

Es importante, entonces, no desesperar jamás de alcanzar a ver ese mundo de perfección, paz y armonía que llegará con la parusía de Cristo. Que esa visión nos sirva de acicate, como esperanza de un premio magnífico que tarde o temprano hemos de vivir. Entre tanto, lo nuestro es aplicarnos ahora y en esta vida presente e imperfecta, toda la sabia instrucción del Señor sobre la conducta que agrada a Dios y bendice al prójimo.

**Pascua** — Nombre que recibe, por una parte, para los judíos, una de las tres festividades de peregrinación que indica la Biblia; y por otra parte, para los cristianos, la festividad más importante del año litúrgico. (También, como en la expresión



«Felices Pascuas», puede referirse al período comprendido entre Navidad y Reyes; pero de eso no trataremos aquí.)

*Pésaj, la Pascua judía.* El relato del libro de Éxodo indica que como culminación de las plagas, el ángel del Señor mató una noche a todos los primogénitos de Egipto. Pero pasó de largo sin matar cuando llegaba a las casas donde vivían los esclavos israelitas.

Éxodo arranca con la condición terrible de esclavitud a que se veían reducidos los israelitas en Egipto cuando cayó la dinastía que los venía favoreciendo con privilegios. Dios manda entonces a Moisés a liberar a su pueblo esclavizado. Ahora viene una dura negociación, donde el Señor provoca una sucesión de plagas que sufren los egipcios. Queda demostrada así la superioridad del Señor sobre todos los dioses de Egipto.

Ahora se detallan los preparativos con que los israelitas afrontan la noche fatídica cuando el Señor va a conmocionar de tal manera todo el país de Egipto, que el faraón no tendrá más remedio que dejar marchar libres a los esclavos. Su marcha será tan repentina, que van a tener que hornear el pan sin darle tiempo de leudar; de donde en la celebración anual de la *Pésaj*, los judíos tendrán prohibido comer nada que contenga levadura. Han de sacrificar y asar corderos, sin dejar nada que sobre para el día siguiente. Con la sangre del cordero han de pintar los postes y el dintel de la puerta, como señal para que el ángel exterminador de primogénitos pase de largo. Los egipcios, espantados por la mortandad en cada una de sus casas, los echan y les meten prisa para que se vayan.

La festividad judía de *Pésaj* es un recordatorio solemne de esta liberación cada primavera. Cada familia, en su casa, se ciñe esencialmente a las instrucciones detalladas en el libro de Éxodo. El *Séder de Pésaj* es el orden litúrgico tradicional que sigue cada familia judía en la celebración.

*Pascua de Resurrección.* Los evangelios indican que la pasión y resurrección de Jesús sucedió en fechas de la peregrinación anual a Jerusalén para celebrar la *Pésaj*. En el libro de Hechos,

vemos que los cristianos se suelen reunir el primer día de la semana, que coincide en ser también el día cuando ha resucitado el Señor. También se institucionaliza con rapidez —aunque no se menciona en el Nuevo Testamento— celebrar cada primavera el aniversario de la resurrección.

Al principio, como es natural, la celebración del aniversario de la Resurrección coincide exactamente con las fechas de la *Pésaj* judía. Las indicaciones para establecer la fecha anual para la Pascua judía, se basan en un calendario lunar. Pero la iglesia cristiana se acabó adaptando al calendario solar romano. Aunque la fecha de la Pascua cristiana sigue cambiando cada año por ceñirse a las fases de la luna, los criterios que siguen los cristianos son diferentes a los del calendario judío. Y de la fecha que se establece para la Pascua de Resurrección dependen otras muchas fechas litúrgicas cristianas.

La mayoría de las tradiciones cristianas dan un peso enorme a la celebración de la Semana Santa y Pascua de Resurrección, como lo más solemne e importante de su calendario litúrgico, empezando con la adopción de disciplinas especiales durante Cuaresma y culminando con una explosión de júbilo la madrugada de la Resurrección. En general entre el pueblo evangélico, sin embargo, se tiende a dar muy poca importancia a esta celebración anual. En países de arraigo católico tal vez sea una reacción —acaso exagerada— frente a excesos de fanatismo y devoción a imágenes, que hacen bien en rechazar.

En las iglesias menonitas en Argentina cuando yo era niño, era habitual aprovechar la solemnidad y recogimiento de todo el mundo, de costumbres católicas, para una campaña especial de evangelización todas las noches durante Semana Santa. Y la Pascua de Resurrección era una celebración particularmente festiva, tan memorable para los niños como la Navidad.

Cuando mi familia llegamos a España en 1981, las comunidades cristianas que vinimos a servir en Burgos tenían la costumbre de aprovechar esos días festivos para celebrar retiros de alto contenido espiritual. Hoy eso sería imposible. En esas

fechas no se puede competir ya con las alternativas de ocio secular.

El desinterés en celebrar dignamente el aniversario de la Resurrección, supone un distanciamiento lamentable de la práctica habitual entre los cristianos de todos los siglos.

**paz** — La paz en la Biblia es mucho más que ausencia de guerra o conflicto. Es un estado de perfección y bienestar general, igualdad social, y reconciliación con Dios y con el prójimo.

La paz de los romanos era, por excelencia, la *pax romana* imperial. Roma, habiendo conquistado a todos sus enemigos y rivales, mantenía por la fuerza de sus legiones el orden. Mantenía también las condiciones necesarias para que Roma pudiera conservar a perpetuidad el poder y fomentar el comercio gracias al cual toda la riqueza de sus vastos territorios confluía hacia la metrópoli imperial. Los emperadores eran aclamados (y adorada su divinidad) como los garantes de la paz, como los que habían bendecido a la humanidad con la ausencia de guerra. Esa paz imperial no estaba reñida, por supuesto, con la opresión de las gentes conquistadas ni con una economía basada en la esclavitud —es decir el maltrato más terrible y violento del prójimo inventado jamás por los hombres— y los castigos ejemplares necesarios para conservar en sumisión la población entera.

Entre tanto que el imperio entero se rendía a la *pax romana*, en un rincón olvidado de su territorio, según Lucas, un coro de ángeles se aparece a unos pastores que están pasando la noche a la intemperie con sus ovejas y les canta, entre otros conceptos, la idea de que con este niño nacido en Belén ha llegado por fin la paz para las personas voluntariosas. Es un reto, una contraposición, a la paz imperial. Es otra idea de lo que viene a constituir la paz. Es la paz como *shalom*, que es como se dice en hebreo.

*Shalom* ha sido siempre el saludo con el que se encuentran y despiden los hebreos. Por la trivialidad del uso de la palabra como saludo habitual, hay que suponer que es y era fácil olvidar

la profundidad de lo que significaba *shalom* en realidad para el pueblo de Dios.

Un buen ejemplo de su significado se encuentra cuando el general Jehú, que está encabezando un alzamiento contra la corona, sale en su carro de combate al encuentro del rey Joram, que viene a Jezreel herido de una batalla contra los sirios. El rey manda delante de sí a dos de sus oficiales para que averigüen con qué intenciones viene Jehú. Le saludan: *Shalom*. A ambos Jehú les responde con una invitación: «¿Qué tienes tú que ver con esa paz?», y ambos oficiales se pasan a su bando. Al encontrarse con el rey, Joram le saluda: *Shalom*. Pero Jehú responde: «¿Qué paz es posible mientras persisten las perversiones y brujería de la reina madre?» —refiriéndose a Jezabel, promotora del baalismo y perseguidora de los profetas del Señor—.

La paz no es *shalom* si las cosas no están en orden con el Señor. La paz es un engaño si se vive en rebeldía contra Dios y faltando a sus mandamientos. Y los mandamientos del Señor tienen mucho de ritual, sacrificios y pureza; pero por lo menos otro tanto de justicia y trato considerado y justo del prójimo. Los mandamientos obligan a tratar como familia a los dependientes y siervos, a darles por ejemplo el descanso del sábado y de una multitud de festividades religiosas y romerías a lo largo del año. Los mandamientos obligan a perdonar deudas, devolver tierras y casas embargadas, dejar en libertad a los siervos al cabo de un tiempo, alimentar a viudas y huérfanos...

Las perversiones y brujería de la reina madre, entonces, eran en primer lugar faltar a la paz con Dios. Pero, como se vio cuando Jezabel mandó matar a Nabot para quedarse con su viña, la falta de paz con Dios es inseparable de la falta de *shalom* social, de justicia, equidad, bondad y consideración con el prójimo.

A mediados del siglo pasado cuando primero surgió la «teología de la liberación» en América Latina, pecó de ingenua al aliarse con movimientos revolucionarios marxistas, que por su

dinámica militarista y terrorista, pocas esperanzas reales podían tener de acercarnos a una auténtica paz de Dios. Sin embargo sí acertaron en su análisis de que la paz —la ausencia de guerra— de que presumían los estados al servicio de las multinacionales y la oligarquía y latifundistas nacionales, no era en absoluto paz sino un estado continuo de violencia y brutalidad institucionalizada. Alegaban, entonces, que no eran ellos —los revolucionarios— quienes quebrantaban la paz, sino los regímenes de opresión estatal.

Hay muchas formas, entonces, de faltar a la paz —si por «paz» significamos el *shalom* de Dios, esa «paz para las personas voluntariosas» que anunciaron los ángeles en Belén—. Pero hay una única forma de alcanzar ese *shalom* divino: entregarnos al prójimo, por amor de Dios, como nos dio ejemplo Jesús, el «Príncipe de Paz».

**pecado** — La violación, infracción o incumplimiento de mandamientos divinos, el concepto de *pecado* se amplía en el testimonio bíblico para incluir las actitudes y la orientación fundamental del ser humano contra los deseos de Dios. Una palabra muy degradada y casi inservible en el castellano contemporáneo, sería tal vez aconsejable sustituirla por otros vocablos cuyo significado resultase más claro.

Las traducciones de uso habitual de la Biblia al castellano, emplean el término «pecado» para las palabras hebrea *jataat* y griega *amartía*. *Jataat* significa «pecado», así como «culpa, error, delito, infracción» y además es el término que designa, curiosamente, el sacrificio de animales para borrar esa culpabilidad [ver *sacrificio*]. *Amartía* se puede entender como «error» y «falta», además de como «pecado».

El vocabulario bíblico es rico en términos que indican acciones (u omisiones) que constituyen un estorbo en la relación con otra persona. La otra persona puede ser de igual rango social que uno, pero también un inferior o superior en la escala social. Algunos de esos vocablos bíblicos indican, entonces, el desacato

a un superior —es decir una desobediencia—. Otros indican la vulneración de los términos de un acuerdo, un tratado o una alianza o pacto. Tales acuerdos pueden ser incumplidos por el inferior —desobediencia— pero también por una persona de igual rango social o incluso por un superior. El noble, el rey o la deidad también pueden «pecar» en el sentido de ignorar o violar los términos de un acuerdo (protección, provisión, justicia, estabilidad política, salud, etc.).

La legislación del libro de Levítico abunda en el empleo del término *pecado* (83 de las 440 veces que aparece el término en toda la Biblia [versión *Biblia de las Américas*]). Aquí suele tener el sentido técnico de designar el sacrificio indicado para borrar la culpabilidad por una infracción de la ley divina. El libro de Números presenta un panorama parecido. Tenemos también, por cierto, el verbo correspondiente («pecar» o «presentar sacrificios para borrar el pecado»), con un empleo que se reparte de forma parecida entre ambos sentidos —que nosotros entendemos ser opuestos entre sí.

(Hay quien enfatiza el horror de la cruz de Cristo basándose en 2 Corintios 5,21, *Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él*. A la luz de la ambigüedad del término en el Antiguo Testamento, sin embargo, no es necesario imaginar que Jesús vino a sufrir ante Dios el mismo rechazo que la repugnancia que le inspira el pecado. Es más probable que 2 Co 5,21 indica sencillamente que la muerte de Jesús fue aceptada como *sacrificio* que borra la culpabilidad humana ante Dios.)

Las infracciones que suple este *sacrificio por el pecado* en Levítico y Números, suelen ser de toda índole, pero muy en particular defectos de forma en la liturgia, así como incumplimiento de las normas de «santidad». Se recordará que la «santidad» [ver *santidad*] es la separación entre lo que corresponde a Dios y a los humanos, la distinción entre tiempos y lugares adecuados o no para determinadas acciones, la diferencia entre alimentos aceptables o proscritos para los israelitas. El

*pecado* vendría a ser, entonces, el error de lugar u ocasión para determinados actos, el error de formas en el desempeño del sacerdocio, la ignorancia de restricciones en cuanto a los alimentos permitidos o la mezcla inapropiada de los mismos.

En la medida que estos errores fueran a posta, infringiendo con pleno conocimiento las estipulaciones divinas para Israel, el *pecado* podía constituir también una actitud rebelde contra su Dios. Aunque los propios conceptos de «rebeldía» (contra un soberano), «desobediencia» (de un superior), «infracción» (de una ley) o «inmoralidad» (como defecto personal) se podían expresar con otras palabras, igual que en castellano.

En el Nuevo Testamento, las cartas de Pablo son con creces donde más aparece este término (casi tanto como en Levítico o Números). Como rabino fariseo que era y además oriundo de Turquía, donde se venía hablando el griego desde hacía siglos, influyen en el empleo que hace Pablo del término *pecado*, el Antiguo Testamento y también la usanza habitual griega. Un término que indica «errar» en el sentido de fallar un tiro al blanco, se prestaba fácilmente a la extensión de su significado a otros muchos tipos de errores. Pudo valer incluso para indicar un error fundamental en la orientación de la vida entera de la persona. Una vida mal encaminada, que solo puede desembocar en disgustos y hasta tragedia. O un error de fondo en la idea que se tiene de Dios y de la orientación que Dios quiere que demos a nuestras vidas.

A veces, por último, el *pecado* puede constituir para Pablo uno de «los poderes y las potestades» que tienen atrapada a la humanidad, hundiéndonos en infelicidad y enemistades e ignorancia de la luz de Dios.

Como el término «pecado» está tan degradado en la lengua castellana, perdiendo casi todas las sutilezas y matices que hemos intentado indicar aquí, tal vez correspondería dejar de utilizarlo y echar mano de otros términos: *desacierto*, *equivocación*, *desorientación vital*, *error con consecuencias nefastas*, etc.

**Pentecostés** — **1.** La festividad judía de *shavuot*, «semanas». Contando siete semanas desde la Pascua, los fieles de Israel estaban citados para una segunda peregrinación al santuario del Señor, en relación con la siega de cereales. **2.** Festividad cristiana de Pentecostés. En el Nuevo Testamento, fue el día de esa festividad y peregrinación en Jerusalén, que los 120 hombres y mujeres que seguían fieles a Jesús, recibieron el derramamiento del Espíritu Santo.

**1.** *El Antiguo Testamento* indica tres festividades con peregrinación. *Shavuot* es una de ellas, que se describe también en diferentes textos como festividad de la siega, o de los primeros frutos. Viene al cabo de 49 días, contando desde el segundo día de la pascua judía. En la peregrinación, se presentaban al Señor los primeros frutos, el fruto de las plantas más precoces en madurar en cada parcela.

Aunque el texto bíblico no lo dice claramente, la tradición judía siempre asoció esta festividad con la recepción de la *Torá*, la Instrucción divina o Ley. Se supone que siete semanas sería lo que se tardó en llegar desde Egipto hasta el Monte Sinaí. El ir contando las semanas a partir de la Pascua, refleja la emoción creciente en anticipación a la revelación del más grande de los dones divinos: el don de su Palabra y Guía para Israel, dada por medio de Moisés.

La colección de la Biblia Hebrea trae agrupados los cinco *meguillot*, o rollos, que vienen asociados a diferentes festividades judías. Uno de ellos es el de Rut, que se lee cuando la festividad de *shavuot*, por cuanto el grueso de lo que cuenta ocurre en relación con la siega.

**2.** *El libro de Hechos* da continuidad a la historia que recogen los evangelios. Lucas, el autor de Hechos, nos cuenta que después de resucitado, Jesús permaneció entre sus discípulos cuarenta días, al cabo de los cuales ascendió al cielo. Diez días más tarde, el día de la festividad de *shavuot*, acontecen los hechos que los cristianos conocemos como Pentecostés. La palabra deriva del griego *pentékonta*, «cincuenta» —que son los



días que se cuentan desde el primer día de la Pascua. (Ya hemos dicho que las siete semanas —49 días— se cuentan a partir del *segundo* día.)

El ser un día de peregrinación explica la multitud de «espectadores» que acuden cuando la reunión de oración de los discípulos y discípulas de Jesús se ve interrumpida por distintas señales sobrenaturales. Deben de haber sido muchas personas, por cuanto Lucas informa que como consecuencia de la predicación de Pedro, tres mil personas se bautizaron.

Las señales que Pedro y los demás seguidores de Jesús interpretaron como un derramamiento del Espíritu Santo, son todas ellas bastante interesantes:

Se recordará el Aliento o Viento de Dios que soplaba sobre las aguas el primer día de la creación. Y el Viento de parte de Dios que divide las aguas del Mar Rojo para los esclavos fugados de Faraón, creando así la nación israelita. Ahora un rugido como de un gran viento indica idéntica situación de creación divina: Los cristianos entienden que ese día, ese mismo Espíritu Creador creó la Iglesia de Cristo.

Moisés había tenido un encuentro con un fuego inexplicable: la zarza que ardía y no se consumía. En diversas oportunidades el relato bíblico cuenta de una llamarada que baja desde el cielo y consume el sacrificio presentado al Señor, como señal de que el sacrificio es aceptado y Dios se complace. El profeta Elías fue arrebatado al cielo en un carro de fuego. El profeta Isaías vio *serafines*, es decir «seres de fuego», cuando su visión del Señor en el templo. Pero ahora ese fuego divino se reparte individualmente sobre todo el pueblo, hombres y mujeres, libres y esclavos, jóvenes y ancianos, sin acepción de personas. Como queriendo decir que lo que antes había sido excepcional, cosa de profetas muy señalados, ahora iba a estar al alcance de todos.

Cuando la Torre de Babel, Dios había creado confusión y falta de entendimiento entre la humanidad, dándonos idiomas incomprensibles entre sí. Ahora Dios hace que la gente pueda entender el mensaje de salvación en todos los idiomas del

mundo. Bueno, no todos, no entonces; pero ya hoy, en nuestro propio día, el evangelio es anunciado en una multitud inimaginable de idiomas.

Fue la primera, pero no sería la última vez que cayó el Espíritu sobre los que anhelaban la cercanía y presencia de Dios. El propio libro de Hechos cuenta de algunas ocasiones más. Y la historia posterior nos multiplica en innumerables ocasiones, derramamientos del Espíritu Santo sobre quienes le buscan de todo corazón, reproduciendo así la experiencia maravillosa de un Pentecostés personal (aunque no es frecuente que venga acompañada de idénticas señales).

**perdón** — Uno de los conceptos más importantes para la convivencia humana, el perdón es también un elemento esencial de nuestra relación con Dios. Recuerdo una frase que se hizo popular hace unos cuarenta años a raíz de una película romántica de la época: «El amor es nunca tener que pedir perdón». Pues no, es más bien todo lo contrario: una de las evidencias más claras de la presencia de amor en una relación, es la humildad de reconocer errores y pedir perdón y la disposición favorable a perdonarlos. ¿Cómo sabrías que alguien te ama si de tan insensible y egoísta que es, jamás se da cuenta de que te ha herido y necesita pedirte perdón? ¿O si no te perdonase cuando se lo pides?

En la medida que nuestra relación con Dios sea una relación de amor, entonces, habrá mucho pedir perdón y también mucho perdonar. Sensibilizados con respecto a lo que espera Dios de nosotros, es natural reconocer con humildad cuando le defraudamos y lo reconozcamos pidiendo perdón. Y en tanto que Dios sabe nuestras limitaciones y sin embargo nos ama, es natural para él extendernos su gracia perdonadora. Saber que Dios está dispuesto a perdonar, sin embargo, no nos exime de pedir perdón; por cuanto en cualquier relación —y en esta también— es muy poco elegante presumir de recibir el perdón sin haber reconocido los errores que lo requieren.

En la Biblia tendríamos por una parte la idea de que Dios se compadece, que comprende hondamente los sentimientos, la vergüenza y la humillación de la persona arrepentida, que sabe ponerse en la piel de quien sufre las consecuencias de los errores cometidos. La compasión de Dios —por decirlo de otra manera su misericordia y amor eterno— son sentimientos esenciales para su capacidad de perdonarnos. Y parecería ser necesaria también para el perdón humano.

Por otra parte tendríamos la idea bíblica de cubrir, tapar, no querer ver, ignorar, pasar por alto, no tener en cuenta [*ver propiciatorio*].

Tenemos también en la Biblia acciones humanas necesarias para el perdón. No tanto el arrepentimiento —que también— como los actos litúrgicos que expresan la intención de enmendar nuestros caminos, no reincidir, hacer todo lo que esté a nuestro alcance para seguir bien con Dios. Dios perdonaba gratuitamente; pero los sacrificios expresaban la disposición humana a vivir «como Dios manda».

En los primeros siglos de nuestra era, tanto los judíos como los cristianos evolucionamos otros ritos, dejando ya de matar animales para este fin. Destruído su templo en Jerusalén, los judíos sustituyeron el estudiar y debatir la Ley de Dios en lugar de ofrecer sacrificios. Los cristianos, entendiendo que el sacrificio de Cristo es el cumplimiento y fin de los sacrificios, desarrollaron los sacramentos de la Comunión, la Confesión y la Penitencia para obtener el perdón divino. En ambas comunidades, la judía y la cristiana, se desarrolló también la idea de que el sufrimiento —todos los sufrimientos— pagan culpas y conquistan la compasión y el perdón de Dios.

Más adelante, en el protestantismo existe una fuerte tendencia a quitar mérito a ninguna acción humana, confiándose enteramente —por la fe— a la propia iniciativa de Dios de perdonar. Pagar, está claro que hay que pagar; pero el caso es que nosotros nada tenemos que ofrecer. El precio quien lo pagó es Dios mismo, en la cruz de Cristo. Aunque esta idea sea típica-

mente protestante, en otras tradiciones cristianas también se comparte.

Habíamos observado que en toda relación de amor hay pedir perdón y perdonar. ¿Entonces necesita Dios también pedirnos perdón y necesitamos nosotros también perdonarle?

La idea resulta escandalosa, pero tal vez no sea todo lo descabellada que parece.

Nadie pedimos nacer; y hay quien pareciera haber nacido tan solo para sufrir enfermedad y discapacidades, hambre y necesidades, guerra, abusos psíquicos, físicos y sexuales, racismo y xenofobia y todo tipo de injusticias. Todo esto mientras a otros les toca vidas mullidas y fáciles, llenas de privilegio y honor. Cristo tomó sobre su cuerpo en la cruz no solo nuestras culpas y errores. También tomó sobre sí nuestro dolor y sufrimiento, nuestras desigualdades padecidas, nuestro clamor al cielo por un poco de justicia. Hizo todo esto tan suyo como hizo suyos nuestros pecados. ¡Es como si Dios mismo nos pidiese perdón porque la vida humana no ha resultado ser como él hubiera deseado —y nosotros deseamos— que fuera!

Y tal vez al ver en la cruz cómo Dios lo sufre, en lugar de echarle en cara las experiencias negativas de nuestras vidas no estaría de más perdonarle. Con el mismo amor con que nos perdona él.

**persecución** [ver también *martirio*] — El acoso continuo, habitualmente violento, con que o se pretende que las personas cambien de lealtad, convicciones, ideología o religión; o bien, lo que se pretende es sencillamente eliminarlos como personas indeseables. En la Biblia y en la historia del cristianismo, la experiencia de persecución es bastante ambigua: hay buenos ejemplos de ser perseguidos, pero también los hay de perseguir.

En la Biblia la primera persecución con alegato de ideología religiosa tendría que ser la de los cananeos por parte de los hebreos llegados desde Egipto. Habían sido instruidos en el desierto respecto a los mandamientos del Señor, con quien

habían pactado una alianza en Sinaí. La eliminación de las gentes naturales del país de Canaán donde habían de instalarse, se explica como consecuencia de la especial perversión de sus costumbres abominables. El caso es que se excluye cualquier posibilidad de enseñarles otras costumbres, instruirles a ellos también los mandamientos del Señor. Su suerte ya está decidida: están todos condenados a muerte.

La eliminación de la población natural del país era necesaria por cuanto el proyecto que inspira la persecución de los cananeos, fue siempre que los hebreos se apropiaran de sus tierras y se instalaran en sus ciudades. La explicación que se da es religiosa; el proyecto, sin embargo, es político y social y material. Esto mismo ha sucedido muchas veces a lo largo de la historia humana. Se elimina una población para que otra, invasora, pueda ocupar su lugar.

Este defecto moral es típico en toda persecución. Los alegatos, las palabras, son de ideales elevados, fe, pureza, religión, santidad, etc. La realidad es bastante más baja, mundanal, práctica y material. Toda persecución es siempre sórdida, inmoral, violenta y terrible, no importa lo elevados que sean los ideales detrás de los que se esconde.

Hoy día se tiende a dudar mucho de la historicidad de la toma de Canaán según la cuenta el libro de Josué. Esto nos llevaría a preguntarnos por qué, entonces, se atribuyen allí estas conductas tan espantosas a los antepasados de Israel. Cabe sospechar, tal vez, que bien pudiera ser que el Espíritu Santo inspiró que se escribiera así para aleccionarnos a los lectores sobre la nefasta capacidad de autoengaño que tenemos. Aleccionarnos sobre lo fácil que es convencernos de que Dios es quien inspira nuestras conductas violentas, nuestra envidia de lo ajeno, de la prosperidad del prójimo. Envidia que es en el fondo asesina.

Convencidos de que quien tiene lo que envidiamos seguramente no se lo merece, llegamos a creer firmemente que Dios mismo nos exige eliminarlos y quedarnos con sus bienes.

¡Bueno, ninguno llegaríamos a tanto como eso! Pero el planteamiento así de exagerado, nos ayuda a ver adónde nos quiere llevar la envidia.

Los ejemplos de persecución en el libro de Daniel rozan la comedia, en el sentido de que todos «acaban bien». Es bueno conservar esta idea de que Dios es poderoso para intervenir y salvar a los que esperan en él.

Los libros de Macabeos (en las Biblias católicas y ortodoxas, aunque faltan de las Biblias protestantes y judías) son más o menos contemporáneos con Daniel y allí la persecución es de una violencia terrible —y terriblemente eficaz y mortal—. Tal vez por eso mismo, Macabeos exalta no el esperar en Dios, sino el tomar armas y defenderse. Luchar, en otras palabras, por Dios y por la patria, ya que Dios no parece dispuesto a luchar por nosotros.

En el Nuevo Testamento la persecución es también terrible, violenta y mortal, empezando con la tortura hasta la muerte de Jesús por los romanos. Sin embargo allí lo que se enseña es la misma actitud del libro de Daniel: la espera paciente en la protección y salvación divina. Una esperanza capaz de aguantar hasta la muerte, seguros de que la muerte no es nunca el final sino tan solo una transición a otra vida posterior: la resurrección de los muertos.

En la historia posterior, los cristianos han perseguido tanto como han sido perseguidos. No ha sido infrecuente que fueran unos cristianos los que perseguían a otros. Naturalmente, quien es perseguido se reafirma en el valor de sus ideas y convicciones. Toma para sí el ejemplo de Daniel, Jesús y los mártires del cristianismo primitivo. Entre tanto, quienes persiguen hacen suyos ejemplos como la persecución y eliminación de los cananeos. Se manifiestan así mortalmente ciegos sobre la perversidad y sordidez de sus motivaciones oscuras, inconfesadas. Convencidos de agradar así a Dios, toman para sí ellos el lugar de Dios, único Juez legítimo del mundo.

Herederos que somos los menonitas, anabautistas y Hermanos en Cristo de un movimiento duramente perseguido en el siglo XVI, debemos cuidar mucho cómo tratamos a aquellos que no comparten nuestras ideas y conductas.

**Persia, persas** — Hoy Irán, al este de Iraq (antigua Babilonia). Los persas conquistaron Babilonia en el siglo VI a.C. y dominaron todo el Próximo y Medio Oriente hasta que fueron a su vez conquistados por los griegos bajo Alejandro Magno en el siglo IV a.C.

Por lo que cuenta Esdras-Nehemías, la reconstrucción de Jerusalén y su nuevo papel como capital provincial persa supuso una merma territorial para otras provincias —notablemente Samaría— y los inmigrantes fundadores de Jerusalén tuvieron que vérselas con una oposición concertada de parte de esos otros gobernadores persas.

Es difícil saber qué motivó al rey persa a reconstruir Jerusalén. La provincia resultante nunca fue ni rica ni populosa. Durante los siglos siguientes, Jerusalén no sobrepasaría unos 3.000 habitantes y la provincia, 30.000. Tampoco estaba situada en un lugar especialmente interesante desde un punto de vista estratégico, militar o comercial persa. El texto bíblico nos describe un notable desinterés en Jerusalén por parte de la corona. Pasaron en alguna oportunidad años enteros sin que se tuviera noticias de la metrópoli, cuando los gobernantes de Jerusalén tuvieron que apañar, mal que bien, con sus propios recursos, que eran muy limitados.

En cualquier caso, es posible que ningún otro período en la historia de Israel —y de la aparición de la Biblia— suscite hoy día tanto interés como los siglos de ascendencia persa.

Para el siglo III a.C. ya ha aparecido algo nuevo en el escenario de la historia humana: el judaísmo. El judaísmo es algo muy diferente a las antiguas tribus de Israel viviendo precariamente en el Alto Canaán [ver *Israel*]. Algo diferente, otra vez, a los reinos de Israel y de Judá, primero independientes pero

después vasallos de Asiria. El judaísmo no es todavía una religión en el sentido moderno de la palabra, por cuanto no se sustenta tanto en doctrinas y creencias como en un sentimiento de elección divina desde sus más remotos antepasados. El judaísmo es gente esparcida por todo el mundo que se sienten emparentados unos con otros a pesar de las distancias, unidos por ese acto soberano e inexplicable de elección divina. Siempre una minoría esencialmente extranjera en todas partes, a pesar de sus esfuerzos por ser aceptados y aunque vivan allí durante siglos.

Y como esto ya existe cuando la preeminencia griega a partir de Alejandro Magno, hay que suponer que cuando había aparecido es precisamente durante el período persa.

El fenómeno de la aparición del judaísmo en aquel período parecería ser inseparable de la existencia de Jerusalén y su templo. Y por consiguiente, conocer las circunstancias que hicieron posible esa reconstrucción sería interesantísimo.

Los reyes persas reconstruyeron otros templos; no solo este. Y lo que les parece haber motivado es el convencimiento de que era necesario llevarse bien con los dioses de todas partes. Donde existía una rancia tradición de culto, un santuario de notoria antigüedad pero destruido por consecuencia de las guerras o el abandono, la corona persa podía tener interés en ganarse la amistad del dios en cuestión —y de sus adoradores— reconstruyendo el santuario y fomentando ese antiguo culto, caído ahora en desuso. Era importante contar con profecías de reconstrucción y si era posible, con señales sobrenaturales que indicaran el interés de ese dios en la reconstrucción de su santuario.

Las tradiciones que conservaban los jerosolimitanos en el exilio, tal vez ya plasmados en textos reconstruidos por sus sabios escribas, pudieron haber llamado la atención de la corona persa. Y tal vez consideraron que para que fuera posible ese santuario y su ritual, era necesario reconstruir también la ciudad y dotarla de unos territorios aledaños —una provincia, aunque pequeña e insignificante— de donde abastecerse.



El libro de Ester, por otra parte, expresa la precariedad alarmante de la existencia de los judíos no solo en el período persa, sino siempre desde entonces. Sometidos al capricho de soberanos paganos, vivían con el riesgo permanente de exclusión y persecución. Bien era posible que el Señor proveyese, afortunadamente, algún personaje notable como Mardoqueo o Ester, que les permitiera esquivar un intento de genocidio; pero como sabemos por la historia posterior de los judíos, no fue ese siempre el caso.

La carta de Jeremías a los desterrados en Babilonia inspira la actitud de los judíos en los siglos posteriores:

*Procurad la prosperidad de la ciudad adonde os he exiliado, e implorad por ella al SEÑOR. Porque en su prosperidad tendréis vosotros prosperidad (Jer 29,7)*<sup>9</sup>.

Tal vez el elemento más notable del auge del judaísmo en el período persa y posterior, fue cómo se tomaron a pecho la enseñanza medular del libro de Jonás, y durante siglos llevaron a los paganos el culto al SEÑOR Dios de Israel. El judaísmo se expandió así por todo el mundo. Siglos después, en tiempos del Nuevo Testamento, el apóstol Pablo seguía hallando prosélitos (conversos al judaísmo) en todas las ciudades donde predicó.

**perspicuidad** — La transparencia y claridad del mensaje de la Biblia, que cualquiera puede comprender al leerla. El protestantismo escolástico desarrolló la doctrina de la perspicuidad como corolario necesario de su doctrina de la sola Escritura como fuente de la fe.

Frente a las autoridades (el magisterio, la tradición) que venían funcionando tradicionalmente durante más de mil años para fijar las creencias de los cristianos, el protestantismo elaboró una doctrina —una doctrina novedosa, por consiguiente no propiamente bíblica— de que la Biblia ha de ser la autoridad única para fijar el pensamiento cristiano. El lema protestante de

---

<sup>9</sup> Traducción propia del texto bíblico, por D.B.

«sola Escritura» se compagina con su proclama del «sacerdocio de todos los creyentes», para declarar que cada cristiano en particular es quién para leer la Biblia y darse cuenta perfectamente del mensaje de Dios que encierra.

Pero esto solo es posible si la Biblia es «perspicua», es decir, perfectamente clara y transparente en cada detalle de lo que pone. Porque de lo contrario, si la Escritura *no es* perfectamente transparente y obvia en lo que nos instruye, acabaríamos con una situación donde cada persona llegaría a conclusiones diferentes acerca del mensaje de Dios: ¡Una situación absurda!

El axioma de la autoridad sola de la Escritura, y su corolario de la perspicuidad de la Escritura, sin embargo, zozobra de su propio peso por el hecho de que esa es, en efecto, la situación en que desembocó el protestantismo. No solamente diferían entre sí en multitud de detalles los diferentes reformadores —Lutero, Zuinglio, Calvino, etc.— y todos ellos con las pequeñas células de anabaptistas que iban surgiendo, sino que esas diferencias eran de calado suficiente como para que el protestantismo derivara en una multitud de «denominaciones» y pequeñas iglesias evangélicas independientes. Cada una de ellas, con su propio cuerpo de doctrinas «perspicuamente» bíblicas.

Es esencial, hoy día —desde que existe la imprenta, y ahora la disponibilidad digital del texto bíblico hasta en nuestros teléfonos móviles— que cada cristiano y cristiana lea asiduamente la Biblia y esté perfectamente al tanto de su contenido. La única manera de tener una iglesia participativa, de miembros que contribuyen a la vida de la comunidad con sus diversos dones repartidos por el Espíritu, es que asumamos todos la responsabilidad de conocer estos textos fundacionales en que se basa nuestro diálogo y debatir sobre la fe cristiana.

A la vez, va a ser necesario reconocer que lejos de «perspicuo» y obvio para cualquier lector, el mensaje de Dios para nosotros a través del texto requiere interpretación y debate en la comunidad de los fieles.

La pretendida perspicuidad de la Escritura depende, entre otras cosas, de que manejen los autores de aquellos textos y nosotros, un mismo vocabulario. Pero el vocabulario va adquiriendo significados nuevos según pasan los años.

En la época de la Reforma protestante decir que uno era salvo por la sola fe contestaba la pretendida salvación por los sacramentos —bautismo, confesión, penitencia, comunión, extremaunción—. Con el paso del tiempo esa salvación por la fe ha venido a significar, para muchos evangélicos, que se es salvo por ser crédulo: por tragarse cosas que todo el mundo da por disparatadas. Pero no: según otros, «por la fe» hay salvación no importa cómo vivamos, solo hacía falta creerse salvo.

En el griego de la Biblia la palabra *pístis*, «fe», significa también, indistintamente, «fidelidad». Creemos y somos fieles con Dios como una misma realidad inseparable; y esa forma de vivir ante Dios —que nos instruye amar además al prójimo— es lo que nos es contada por justicia. ¿Perspicuo? Pues sí, está clarísimo... siempre que alguien nos lo explique, porque el vocabulario, en este caso la palabra «fe», varía entre siglo y siglo, entre unos cristianos y otros.

Esta cuestión de «vocabulario» es un ejemplo, entre otros que podríamos dar, de que la Escritura requiere interpretación. Y que hace falta estudiarla y debatirla conjuntamente con otros hermanos y hermanas y bajo la guía benévola del Espíritu Santo. Es así, entre todos, en comunidad, como alcanzaremos a comprender qué es lo que pretende Dios decirnos ahora, en estas circunstancias y en esta hora y lugar. Es así como un libro de letras muertas se transforma en revelación divina que puede transformarnos, que puede traernos a otras conclusiones nuevas, frescas, aptas para nuestros tiempos.

¿Y si esto mismo es lo que pretendía Dios? ¿Y si la «opacidad» de la Biblia, todo lo contrario a la «perspicuidad», es su gran virtud? ¿Y si la intención de Dios ha sido desde siempre dejarnos como al mismísimo apóstol Pablo: «Ahora vemos como en un espejo, confusamente» (1 Co 13,12), precisamente para

que nos necesitemos unos a otros y para que entre todos, guiados por el Espíritu, debamos esforzarnos por discernir su voluntad? [Ver también *hermenéutica*.]

**pobreza** — **1.** Falta de medios económicos, carencia de bienes necesarios; la pobreza es también una condición de marginación social. **2.** Paradójicamente, la pobreza puede entenderse como señal de honestidad y escrúpulo moral.

**1.** Generalmente en la Biblia igual que también en la sociedad humana, la pobreza se entiende como una desgracia. Es una condición indeseable, que nadie quiere ni para sí ni para sus hijos. Quien era pobre era vulnerable a las inclemencias del tiempo, por falta de cobijo; vulnerable al hambre, por falta de tierras suficientemente productivas ni medios para comprar alimentos; vulnerable a la explotación y los abusos de los más poderosos en la sociedad.

Aunque en la trata de esclavos podía caer cualquier viajante o cualquier noble o rico con enemigos dispuestos a secuestrarlo y venderlo, la esclavitud era peligro permanente para quien nacía pobre. Porque ante la disyuntiva de morir de hambre aunque libre o vivir aunque esclavo, las ganas de vivir tienden a pesar más que el amor a la libertad. La esclavitud es, naturalmente, el colmo de pobreza, la pobreza absoluta: hasta el propio cuerpo es propiedad ajena.

Una aspiración que halla expresión en la Biblia es la de que cada cual pueda sentarse a la sombra de su parra y su higuera, dando a entender así la suficiencia de recursos para que haya cierta garantía de supervivencia familiar. Tener una parra y una higuera, amén de algunas parcelas de cereal y algunas ovejas y una yunta de bueyes para arar, no era ser rico sino haber esquivado la pobreza. Era no tener que acostarse escuchando el llanto de los hijos con hambre.

En una sociedad donde ni siquiera los ricos tenían garantizada una vida larga, por lo rudimentaria que era la medicina de la época y por la regularidad con que se sucedían las guerras, las

dificultades añadidas de la pobreza hacían previsible una vida muy corta. He leído en alguna parte que en el Imperio Romano (tiempos del Nuevo Testamento), la esperanza de vida de un esclavo era unos 21 años.

Por todas estas tristes realidades, en el mundo bíblico se tendía a ver la pobreza como maldición de Dios. En el libro de Job sus amigos —pero también Job mismo— entienden que la miseria a que ha quedado reducido Job indica como mínimo que Dios lo ha abandonado pero también, tal vez, que Dios tuviera parte activa y enemiga en su condición de desamparo y necesidad. Job recuerda con nostalgia el honor y el reconocimiento social que tenía antes, cuando era rico. Pero ahora todos hablan mal de él.

Una de las ideas más populares sobre la condición humana —ahora igual que entonces— es que la vida es *justa*. Quien es pobre, «por algo será». La pobreza era señal bastante evidente de alguna deficiencia moral o de carácter.

Tanto así, que hasta Dios ha desamparado al pobre. «Por algo será».

2. Y sin embargo tenemos también en la Biblia la idea contraria. La idea de que la vida no es para nada justa. A pesar del interés y de las leyes justas de un Dios benigno y misericordioso, los ricos y poderosos en su desobediencia y pecado cometen toda suerte de atropellos, violencia, injusticia y maldad. Su riqueza es evidencia no de superioridad moral, sino de falta de escrúpulo para explotar al prójimo. Es evidencia de rapacidad y violencia social, de avaricia y falta de generosidad.

Planteadas así las cosas, la pobreza indicaba superioridad moral. Uno era pobre, porque había sabido compartir lo poco que tenía. Era pobre, porque no había tomado las armas como bandido para hacerse con bienes ajenos —como hacían regularmente los nobles—. Era pobre, porque esperaba y confiaba en Dios, no en maquinaciones y engaños para estafar a incautos. Era pobre, porque no prestaba dinero a usura ni desahuciaba de su casa a quien no le devolvía dinero prestado. La vida moral y

solidaria con el prójimo desembocaba en pobreza no porque eso fuera justo, sino porque los injustos se habían apoderado de la sociedad humana, sin misericordia ni temor de Dios, dejando en la miseria a los que no eran malvados como ellos.

Los autores de algunos salmos se describen a sí mismos como «pobres» o «indigentes» y «desamparados». En esos salmos «los pobres» y «los justos» suelen aparecer en paralelo, como formas alternativas de referirse a unas mismas personas. La propia pobreza sería evidencia de ser personas justas.

En el Nuevo Testamento, Jesús anuncia su evangelio —sus «buenas noticias»— preferentemente a los pobres. Y en las bienaventuranzas, los pobres («en espíritu» en Mateo, pero «pobres» a secas en Lucas) son considerados bienaventurados de Dios.

En la parábola inolvidable de Jesús, tras la muerte el mendigo hallará recompensa «en el seno de Abraham», mientras que al rico le espera tormento eterno. [Ver también *prosperidad*.]

**politeísmo** — Ver *monoteísmo*.

**postmilenialismo** — Ver *milenarismo*.

**predestinación** — Acción y efecto de delimitar, fijar, apartar, definir, establecer, separar para sí, alguna cosa con anterioridad. Palabra relativamente rara en el Nuevo Testamento, aparece en Hechos (1 vez) y en las cartas de Pablo (5 veces). Declarar que Dios nos ha escogido para sí con anterioridad, desde tiempos remotos, es una forma de expresar la admiración y sobrecogimiento de encontrarnos nosotros, personalmente, ahora, en el pueblo de Dios y viviendo la realidad extraordinaria del reinado de Dios.

Parece contradecir, sin embargo, la realidad vivencial de que nuestra respuesta a Dios es siempre voluntaria. Hay a veces experiencias personales que casi parecieran «obligarnos» a responder con gratitud y amor a Dios. Pero sabemos en nuestro

fuero más íntimo que siempre habría sido posible responder con incredulidad y ceguera espiritual, que nos siguen tentando a lo largo de la vida.

El testimonio bíblico abunda en paradojas, es decir, en formas distintas y aparentemente excluyentes entre sí, de ver las cosas. Como he expresado en otros de mis escritos en diversas oportunidades, la Biblia muestra su forma superior de expresar las verdades divinas, en que lo hace a manera de narración, contando historias y experiencias vividas, en lugar de limitarse a la camisa de fuerza que nos impone tratar de expresar verdades divinas con lógica y coherencia absolutas.

Lo vemos, por ejemplo, en la cuestión del origen del mal: Santiago dice, correctamente, que Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie; el relato de Éxodo afirma sin embargo que Dios endureció el corazón de Faraón para empeorar las condiciones de esclavitud de los hebreos. Santiago aborda la cuestión desde la bondad y pureza de Dios; el Éxodo, sin embargo, la aborda desde la soberanía y el control absoluto de Dios a pesar de todo lo que podamos padecer.

Lo vemos también en el Apocalipsis de Juan, donde «los reyes de la tierra» se oponen a Dios y le presentan batalla hasta el final, hasta ser derrotados y condenados a «la segunda muerte»: la desaparición absoluta. Y sin embargo las murallas de la Nueva Jerusalén tienen puertas que nunca se cierran, cuya única función es que entren por ellas en procesión «los reyes de la tierra» a presentar voluntaria y gozosamente su tributo al Señor. Tal vez pudiéramos decir que la *justicia* de Dios exige la derrota y destrucción de todo aquel que osa oponerse a él; pero que la *gloria* de Dios exige que no quede nadie en el universo entero que no lo reconozca voluntaria y gozosamente como Dios, digno de devoción y adoración y amor y lealtad.

La paradoja de sabernos escogidos en Dios desde mucho antes de nuestro nacimiento —tal vez desde antes de la creación del mundo— y a la vez reconocer que es real y no ficticia la tentación a la incredulidad y a apartarnos de los caminos del

Señor, ha generado controversias muy enconadas entre los más insignes teólogos cristianos.

Ya en el siglo IV Agustín de Hipona y Pelagio tuvieron su controversia sobre si el pecado original había anulado del todo la imagen de Dios, de tal manera que ya no fuéramos capaces ni tan siquiera de decidir si queríamos o no obedecer a Dios y vivir vidas de santidad.

El pelagianismo fue descartado como herejía y sigue así hasta hoy, pero la cuestión de si predestinación o si libre albedrío — libre voluntad, capacidad real de decidir voluntariamente si amar y obedecer o no a Dios— se mostró difícil de resolver de una vez por todas.

En el protestantismo, el calvinismo ha sostenido el concepto de predestinación doble: Dios ya tiene a algunos destinados, desde antes que nazcan, para salvación eterna; y a otros para condenación eterna. El arminianismo (con historia igual de honrosa en el protestantismo) sostiene que no, que existe tal cosa como el libre albedrío humano, que nuestras decisiones y nuestra fe son reales y no un automatismo.

En el catolicismo hubo trifulcas parecidas entre los jesuitas y los dominicos, hasta que tuvo que intervenir el Papa para prohibirles esos debates, porque se volvieron violentos.

En mi opinión personal, Dios no es un violador de nuestras almas, sino un amante que se gana nuestro amor con respeto y consideración. Pero reconozco que, al igual que todos esos otros pensadores —superiores a mí— que he mencionado, quizá con esta opinión me estoy ciñendo a una parte solamente de la paradoja. La realidad en Dios es seguramente lo bastante amplia como para abarcar ambas verdades (la de la predestinación y la del libre albedrío) sin inmutarse.

**predicar** — Acto de anunciar una opinión o convicción a viva voz. Este verbo es aplicable a multitud de situaciones, pero lo que nos interesa aquí es la predicación del evangelio, que es como se emplea habitualmente en el Nuevo Testamento. En la



tradición cristiana se emplea también con referencia a la homilía o sermón que es una parte integral del culto cristiano. En la tradición evangélica, desplaza a la eucaristía como el elemento más esencial del culto, el que en ninguna reunión puede faltar.

Si «evangelio» [ver *evangelio*] es una feliz noticia de interés general para todo el reino, el acto de predicarlo es una proclamación pública, que se hacía típicamente en las calles y plazas de las ciudades. La propia naturaleza de lo que viene a ser «evangelio» hace que su proclamación sea pública, con el fin de alcanzar lo más rápidamente posible a toda la población del reino.

Hay iglesias donde se distingue entre la predicación y el ministerio homilético, de instrucción religiosa y moral; en otras, aunque los oyentes sean todos cristianos o incluso miembros de la iglesia, se conoce como «predicación» el discurso central de la reunión.

Recuerdo que cuando yo era niño, los domingos por la mañana teníamos la reunión de Escuela Dominical. Antes de ir cada cual a su clase, el discurso que daba el pastor (que era mi padre) era claramente de instrucción religiosa para la iglesia. Mi padre había sido maestro de escuela antes de ser llamado al ministerio, y se valía de pizarra y tiza como lo haría cualquier profesor al impartir sus lecciones.

Eso no es lo que pasaba en la reunión de los domingos por la noche. En esas, mi padre subía al púlpito y alzaba la voz para anunciar el evangelio de la salvación, concluyendo típicamente con una invitación para cualquiera que quisiera entregar su vida a Cristo. Nos pedía a todos cerrar los ojos en oración, y que cualquiera que quisiera aceptar la invitación del evangelio, que levantase la mano. (Los niños, naturalmente, espíabamos a hurtadillas por ver si alguien lo hacía.) También sucedía con cierta regularidad que los domingos por la noche predicara algún «evangelista» invitado, de visita en la ciudad.

Recuerdo que había una denominación donde al culto del domingo por la mañana solo se aceptaba la asistencia de

miembros, por cuanto era la celebración semanal de la Cena del Señor. He de suponer que si había un discurso en esa reunión, tampoco era tipificada de «predicación», por cuanto los dominicos por la noche tenían ellos también su «culto de predicación», cuyo objetivo era, se comprenderá, conseguir que la gente se convierta al evangelio.

Bien es cierto que a las reuniones de predicación no era frecuente que asistieran personas que no tuviesen ya un compromiso con el cristianismo evangélico. Cuando los oyentes de la «predicación» ya están comprometidos con el evangelio, queda poco en ella de anuncio de novedades importantes que todo el mundo debe conocer.

No se escatimaban, sin embargo, como las iglesias evangélicas no escatiman tampoco hoy día, esfuerzos por divulgar el evangelio a todo el mundo. Con recursos muy limitados entonces y todavía limitados hoy, era y es asombroso cuánto se hacía y hace por «predicar el evangelio», en el sentido original de esa frase.

Se atribuye a San Francisco de Asís —eminentísimo predicador medieval del evangelio— la instrucción: «Predicad el evangelio en todo lugar y en toda circunstancia. Y si no queda otra, hasta podéis emplear palabras».

Con esa cita, sea de Francisco o no, venimos a señalar uno de los elementos más esenciales de la proclamación del evangelio, que es la vida cristiana ejemplar y las buenas obras a favor del prójimo.

Jesús, como todo el mundo sabe, traía poderosamente la presencia y actividad del Señor a sus oyentes con curaciones, liberación de espíritus inmundos y hasta resurrecciones. La asombrosa obra milagrosa del Señor a favor de los que sufren es todavía hoy una de las vías como más típicamente se rompen barreras de incredulidad y recelo de aceptar el evangelio.

Pero también las obras de caridad, de entrega por el prójimo. El perdón y la disposición a abandonar rencores y reconciliarse, declaman a voces el poder transformador del evangelio. El amor

de Dios es quizá el elemento más esencial del evangelio. Y cuando nos prestamos nosotros a demostrar al prójimo ese amor divino en acción, somos entonces auténticos predicadores del evangelio.

**principados y potestades** — Dos términos empleados reiteradamente en el Nuevo Testamento (en la traducción tradicional evangélica, Reina-Valera 1960), para referirse a entidades generalmente enemigas del evangelio y de los cristianos. Uno de los textos más emblemáticos, en ese sentido, sería Efesios 6,12:

*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.*

Nos pasa a veces, que solo observamos de manera parcial lo que pone un texto bíblico. Así la realidad descrita en este texto, donde la definición de principados y potestades es primeramente negativa —no son de sangre y carne sino huestes espirituales de maldad— tiende a inclinarnos a entender que se está hablando de entidades más o menos demoníacas e invisibles. Sin embargo, una comprensión cabal de «principados y potestades» en el Nuevo Testamento, nos exige contemplar un abanico más amplio de lo que estos términos pueden significar.

Los principados y las potestades no son propiamente sangre y carne, entonces, porque son en primer lugar abstracciones. Son realidades o entidades de gobierno sobre las sociedades humanas. Entidades que no son estrictamente humanas por cuanto son mucho más grandes o van mucho más allá que ningún ser humano en particular, pero que suelen estar representadas, sin embargo, por personas concretas.

Un rasgo típico de «principados y potestades» es la autoridad sobre un territorio y sobre sus súbditos. Encierran en sí un sentido y una dinámica de soberanía, la capacidad de imponer sus preferencias y sus decisiones sobre los particulares gobernados. Tienen en sí la capacidad real, efectiva y eficaz, de privar a

las personas de la libertad en prisiones. En determinadas condiciones, pueden llegar a quitar la vida con impunidad. De manera que «los principados y las potestades», aunque podrían perfectamente ser benignos y beneficiosos, esconden siempre una cierta amenaza de recurso a la violencia, una cierta impasividad judicial que puede resultar cruel y deshumanizadora de quien se rebela.

Pero no hace falta tener autoridad legal para ejercer como «principado» o «potestad». Uno de los más efectivos censores y determinantes de la conducta humana es, por ejemplo, el «Qué dirán». Es decir, sencillamente la presión social de la opinión pública.

Toda realidad material, todo aquello que verdaderamente es real, tiene dimensiones espirituales. Esto es algo que hoy día, en un mundo tan dominado por el materialismo y las tecnologías de lo material, se nos suele olvidar. Unas entidades como los estados, los «principados» y las «potestades», también tienen una dimensión espiritual, entonces. Por eso podía decir nuestro texto de Efesios 6, no solo que gobiernan las presentes tinieblas (los tiempos oscuros en que vivimos desde que perdimos el Edén), sino que son en efecto huestes espirituales de maldad celestial. Esto viene en describir un potencial real que les es propio, para expresar la maldad cósmica, la rebeldía universal contra la bondad y el amor de Dios. Ejerciendo su soberanía sobre los seres humanos, los efectos son a veces tan inhumanos y perversos, que entran a participar de la mismísima esencia de la guerra espiritual de todas las edades, entre el Bien y el Mal. Creyendo defender el bien, sin embargo su efecto puede ser alucinantemente maligno.

El mensaje del Nuevo Testamento sobre estas realidades o entidades, es una narrativa de tres partes. Primero, fueron creados por Dios para beneficio de la humanidad. La alternativa a «principados y potestades» sería un caos generalizado donde cada cual defiende sus intereses y la propia vida como mejor

puede, destruyendo toda posibilidad de convivencia civilizada en una sociedad armoniosa.

En segundo lugar han caído, como todo lo tocante al ser humano. Se han rebelado contra su Creador. Se han endiosado a sí mismos. No admiten la soberanía de Dios ni de sus mandamientos. Aunque típicamente suelen defender la religión y en muchos casos se consideran cristianos, su propio sentimiento de soberanía les impide someterse de verdad a Dios. El ejemplo más cabal de esa insumisión es la crucifixión de nuestro Señor.

Tercero, serán redimidos. Llegará el día cuando toda rodilla se doblará, cuando toda potestad y dominio y Estado y principado y gobierno y autoridad reconozca que Jesús es el Señor, se dobleguen ante él y le juren lealtad y sumisión. Una de las escenas finales y más esperanzadoras del Apocalipsis, describe a los reyes de la tierra que entran a la Nueva Jerusalén trayendo sus tributos para presentarlos al que está sentado en el trono y al Cordero.

**profecía** — Declaración de cómo ve Dios las acciones y vidas de las personas y las consecuencias futuras en caso de no producirse un arrepentimiento o cambio de dirección.

José en Egipto actúa como los profetas en todas las civilizaciones de la antigüedad. Es un gran sabio y además puede adivinar el futuro. Es emblemático el caso de Balaam, recordado hoy día especialmente por la historia de que le reprendió su burra. Como José, es una persona que presta servicios a sueldo a los reyes de la tierra, como agorero y pronosticador. A sus palabras se les presupone el poder de determinar —que no solamente adivinar— el futuro. Tanto el rey Balac que lo contrata, como los propios escribas que nos legaron la historia bíblica, parecen dar por supuesto que este es el caso. Como Balaam se limitó a bendecir al pueblo que Dios deseaba bendecir —en lugar de maldecirlo— Israel sortea airoso el peligro. La historia solo reviste de interés, sin embargo, precisamente si se entiende que existió un peligro real de que Balaam maldijera en lugar de

bendecir, lo cual habría supuesto un contratiempo insuperable para el futuro de Israel.

El papel de agoreros, pronosticadores del futuro, astrólogos, magos, etc., en las cortes de todos los reyes y poderosos de la antigüedad está sobradamente documentado, así como su especial vinculación con los dioses y los templos. Tanto de Elías como de Eliseo se dijo: «¡Padre mío, padre mío: los carros de Israel y su gente de a caballo!» Es decir que eran reconocidos como los auténticos defensores del reino, a pesar de que a veces le llevaban la contraria al rey. Desde luego no había en la antigüedad ninguna corte que se preciara, que careciera de los servicios de este tipo de persona. Según los relatos del libro de Daniel, los reyes de Babilonia y Persia contaban con un gran plantel de magos, astrólogos y adivinos a su servicio, entre los cuales no podía menos que destacar el propio Daniel.

Los adivinos —en aquel entonces, al igual que hoy— contaban con una enorme diversidad de artes mánticas para el ejercicio de su profesión. Hasta tenemos en la Biblia el relato de una sesión de espiritismo, donde el rey Saúl interroga al alma difunta de Samuel. Como sucede tantas veces en la Biblia, el autor de este relato se limita a repetir lo que se dice que sucedió, sin afirmar rotundamente que esto sea en efecto posible o si tal vez la médium estaba engañando a mentes débiles y sugestionables, como sucede también hoy. Por su parte, sabemos que David no solía emprender ninguna acción militar sin que antes un sacerdote o profeta consultara al Señor mediante el *urim* y *tumim* —una especie de dados que echaban—. El caso es que en Israel, como en todo el mundo de su entorno en la antigüedad, los profetas, adivinos, agoreros y magos de toda índole, tenían un amplio abanico de artes de las que podían echar mano para su labor al servicio de quien les pagaba para conocer el futuro.

Donde sí hallamos una diferencia notable y esencial entre los profetas bíblicos y los agoreros, magos, brujos, curanderos y adivinos de todo el mundo, es en su compromiso inquebrantable con el Dios de Israel. Y sus promesas y la esperanza que infun-

den, no están dirigidas solamente a los reyes y a la nobleza sino típicamente a los pobres y marginados.

En el Nuevo Testamento, Pablo recomienda el de profetizar como el más útil de todos los dones del Espíritu; y por tanto el que deben aspirar a ejercer todos los cristianos. Es difícil imaginar que lo que tuviera en mente Pablo es que todo el mundo se dedicara a adivinar el futuro. La profecía bíblica siempre había sido, antes que nada, la declaración de cómo ve Dios el *presente* (aunque eso tiene, naturalmente, consecuencias futuras).

Si el libro de Apocalipsis es típico de las profecías que aceptaban como válidas los primeros cristianos, es menester observar la enorme continuidad con los profetas del Antiguo Testamento. El Apocalipsis versa con gran claridad y contundencia sobre la perversidad del Imperio Romano y revela el veredicto divino contra esa cumbre de la civilización humana. ¿Qué es esto, si no una actualización de cómo los profetas bíblicos habían pronunciado un veredicto divino negativo sobre la monarquía en Israel y Judá y contra las demás cumbres de la civilización de la antigüedad: los egipcios, fenicios, asirios, babilonios y persas? En cambio sus visiones infunden una esperanza maravillosa a los que hoy tal vez sufran, pero aman a Dios y siguen al Cordero.

Toda la tradición profética de la Biblia, entonces, viene a desembocar en un mismo mensaje. Dios anhela darnos un futuro diferente que el futuro que nos prometen nuestros gobernantes y nuestras civilizaciones corruptas. Un futuro de luz y de paz, de igualdad, hermandad, salud, perdón... y alegría infinita. Un futuro donde habrán cesado las guerras, las calamidades y la maldad; y donde Dios habrá secado nuestras lágrimas, sosteniéndonos a todos y cada una, en un mismo tierno abrazo maternal.

**propiciatorio** — Tapa o cubierta de oro que cubría el cajón o *arca* de la alianza entre Dios y su pueblo Israel; primero en la carpa ceremonial o *tabernáculo* en el desierto y a la postre, en el templo de Salomón en Jerusalén.

*Tapar... pecados.* En principio, el significado de este vocablo hebreo, *capóret*, no debería revestir particular interés. Deriva del verbo hebreo que significa «tapar» y en ese sentido, su traducción más natural sería «tapa», donde el *arca* era un cajón de madera forrado en oro, que tenía su correspondiente *tapa*, forrada también en oro.

Sin embargo el verbo hebreo «tapar» o «cubrir», es uno de los que se emplean en la Biblia para indicar el perdón divino. Cuando Dios tapa o cubre nuestras conductas rebeldes contra él o malintencionadas contra el prójimo, las hace invisibles. Se entiende que Dios elige no ver esas maldades nuestras así tapadas. Es entonces, una manera elocuente de dar a entender la gracia y el perdón inmerecido de Dios.

Esas conductas, esa maldad, no es que no existan: una vez cometidas, el tiempo corre siempre en una única dirección y jamás podremos volver atrás en el tiempo para deshacer o no hacer lo hecho. Pero para todos los efectos prácticos, lo que Dios no ve —lo que Dios elige no ver— es como si no existiese ni nunca haya existido.

Nosotros jamás podríamos encubrir o tapar nuestra maldad ni nuestras conductas equivocadas, de tal suerte que no las pudiera ver Dios. Nada podemos esconder nosotros de él. Pero si Dios mismo —por su amor y misericordia— elige esconderlas y no verlas, entonces hemos recuperado la libertad de presentarnos ante Dios con las manos limpias y el corazón puro.

*No una tapa cualquiera.* Este cajón y su tapa correspondiente, no era un cajón cualquiera. Era el símbolo de la alianza entre Dios y su pueblo, cuyo fin era recordar a Israel que Dios los había elegido para sí, los había liberado de la esclavitud en Egipto y en el desierto les había dado sus instrucciones. Ellos habían aceptado ser el pueblo elegido de Dios y comportarse como él mandaba. Habían sellado un pacto y este cajón, en cuyo interior había unas losas de piedra con los diez términos de este acuerdo, era la señal de esa elección divina y de esa aceptación por parte de Israel.



En el templo de Salomón, entonces, en la cámara interior donde normalmente uno esperaría hallar la estatua del dios a quien estaba dedicado el templo, lo que había era este Arca con su Tapa, sobre la cual posaban dos estatuas de seres alados, llamados *querubines* [ver *querubines*]. Y todo este conjunto —Arca, Tapa y querubines tallados— se entendía ser el trono visible del Dios invisible. De ahí que la Tapa del Arca era, en realidad, la silla del trono donde estaba sentado en su templo el Señor Todopoderoso, el Dios de Israel.

No, no era una tapa cualquiera. Sobre ella se sentaba Dios y por tanto esa tapa venía a significar la mismísima presencia de Dios en el templo.

*Símbolo del perdón divino.* Pero en el templo, por virtud del ritual y los sacrificios que realizaban a diario los sacerdotes, se entendía que eran perdonados un día sí y otro también, los errores, la impureza y la maldad de Israel. Así Israel podía atreverse a seguir siendo el pueblo elegido de Dios, aunque sabiendo muy bien que jamás podían dar la talla de lo que él esperaba de ellos. Porque con el ritual templario, sus pecados eran *tapados* cada día por Dios, que elegía no verlos.

De ahí que cuando se realizó la primera traducción de la Biblia hebrea, un proyecto que empezó a mediados del siglo III antes de Cristo, se decidió indicar la tapa de este cajón, con el vocablo griego *ilastirion*, un término que no quiere decir para nada «tapa», sino «lugar u objeto relacionado con la propiciación». Así empieza una tradición de traducciones que desembocan en nuestro término *propiciatorio*.

¿Y qué viene a ser la propiciación? Es, en primera instancia, el acto litúrgico que hace que Dios nos sea propicio, que nos sea favorable, tenga a bien tener en consideración nuestros intereses. Pero más al fondo de la cuestión, la propiciación tiene que ser siempre un acto de Dios mismo, por su propia iniciativa, por el que decide no ver nuestra maldad.

En el Nuevo Testamento, en las cartas de Pablo a los Romanos y 1ª de Juan, pone que Cristo es nuestra propiciación. Los

cristianos entendemos que es en la persona de Cristo que hallamos reconciliación con Dios, para que Dios siga sin querer ver nuestra maldad.

**prosperidad** — Condición donde las cosas van bien, en particular con referencia a la economía y el dinero, aunque también se emplea en relación con los proyectos y planes. De interés para el pensamiento cristiano, existe lo que se conoce como «evangelio de la prosperidad», donde esta sería una consecuencia natural — prácticamente automática— de agradecer a Dios.

No faltan textos bíblicos donde se traza una línea directa entre la fidelidad a Dios y obediencia a sus mandamientos, por una parte, y por otra la consecuencia de vivir vidas prósperas, felices, y con abundancia de bienes materiales. El libro de Deuteronomio plantea una elección entre la obediencia y por consiguiente bendición divina, y la desobediencia y por consiguiente la maldición.

La elección está en el pueblo de Israel, que puede escoger si servir a Dios en exclusividad y cumplir sus mandamientos, o si desobedecer y servir a dioses extraños. Pero tienen que saber que el desenlace de lo uno es bendición y prosperidad, y el desenlace de lo otro es maldición y ruina. En un caso vivirán en paz, libres de invasiones y guerra, cada hebreo feliz en su terruño hereditario y descansando a la sombra de su parra y su higuera, rodeado de hijos y nietos. En otro caso serán invadidos y esclavizados, padecerán plagas y peste y toda suerte de enfermedad, accidentes e infortunio, que los llevará a la ruina y les privará de descendencia.

En vista del planteamiento del libro de Deuteronomio, parecería lógica la conclusión a la inversa: se puede conocer, observando la prosperidad o no de cada individuo, hasta qué punto su religión, su devoción a Dios, su estilo de vida y conductas, agradan o no a Dios.

El libro de Job combate la tentación de interpretar esto como un automatismo. Desde el principio Dios declara justo a Job. Sin

embargo su vida está sembrada de «pruebas», padecimientos extraordinarios en su salud y economía, con la muerte de todos sus hijos e hijas; acusaciones, insensibles y hasta crueles, de quienes se presentan como amigos; y un silencio agobiante de Dios, que parece desentenderse de él. Como al final el libro de Job le restituye con creces todo lo que ha perdido, la conclusión que aprendemos aquí parecería ser que no debemos juzgar con demasiada prisa, por cuanto siempre es posible que Dios intervenga y dé al traste con nuestras conclusiones iniciales sobre el aparente pecado e impiedad de quien no prospera.

Ni siquiera esa idea final de Job, sin embargo, resultó del todo satisfactoria ante las crueles realidades padecidas por el pueblo judío. Del siglo II a.C. nos llega la historia en 2 Macabeos 7, de una mujer que considera que ella y su familia están siendo perfectamente fieles a Dios precisamente en su ruina y persecución y torturas hasta la muerte como mártires por conservarse fieles. Su esperanza ya no puede ser de que, como con Job, Dios intervenga a tiempo para restaurarles la prosperidad. La esperanza que expresa, es su convicción firme de que ella y sus hijos resucitarán y entonces sí, por fin, prosperarán; mientras que el tirano que los está matando morirá sin esperanza de resurrección.

El Nuevo Testamento se sitúa firmemente en esta tradición, que sería la de los fariseos, frente a la de los saduceos que no creían en la resurrección. Según esta idea, entonces, es imposible en esta vida poder establecer por algo tan superficial como la prosperidad o ruina, la salud o enfermedad, larga vida o muerte temprana e inoportuna, si alguien ha agradado o no al Señor y ha sido fiel en religión y conducta y obediencia. Eso solamente se sabrá cuando la resurrección y el juicio final.

En cualquier caso, bien pudiera ser que los padecimientos y una muerte cruel sean el sello de testimonio fiel, es decir martirio, de personas muy especialmente «santas» y agradables ante Dios.

Tampoco conviene descartar, sin embargo, que todas estas excepciones a la regla no invalidan el principio general de que es más agradable y sabio, y conduce a mayores satisfacciones, ser fieles a los mandamientos de Dios y vivir en relación de hijos e hijas fieles de él. Muchos justos han padecido enormemente, han muerto de peste y hambre e invadidos por ejércitos en guerra. Y muchos impíos y malvados han vivido vidas largas, llenas de abundancia, y con descendencia numerosa. Y sin embargo apostar por vivir en obediencia y justicia y santidad ante Dios es pura sabiduría. No garantiza la prosperidad, tal vez, pero sí que mejora las probabilidades. Y está repleto, además, de satisfacciones morales y de la belleza de saberse en relación con Dios. [Ver también *pobreza*.]

**querubines** — Dioses de rango inferior en las civilizaciones de la antigüedad, cuya función habitual —dispuestos de a dos— era hacer de vigilantes de seguridad en las puertas de acceso a los templos. En «la Ley» de Moisés, son la excepción a la regla general que prohíbe cualquier imagen que represente una deidad.

Los querubines, dispuestos a la entrada de los edificios importantes, ya eran conocidos con ese nombre por los acadios y puede que por los sumerios, miles de años antes de la existencia de Israel. Su función de vigilantes sobrevive hasta hoy como elemento decorativo. Los leones de bronce a ambos lados de la gradería que asciende a la entrada al Congreso de los Diputados en Madrid, por ejemplo, prestan solemnidad e importancia al edificio.

Se solían representar (siempre de a pares) como toros alados, con cabeza de hombre y larga barba. También podían aparecer en otros lugares que en las entradas imponentes a edificios solemnes: Se ha excavado un trono fenicio cuyos brazos están tallados como sendos querubines. En este caso no harían de vigilantes de un lugar, sino de guardaespaldas del rey.

En el Tabernáculo descrito en el libro de Éxodo estaban bordados (también de a pares) en las telas que hacían de gran carpa sagrada para alojar la Presencia del Señor. Tal vez la repetición de esta decoración en todas las telas del Tabernáculo pareció especialmente apropiada por cuanto al contrario de un templo de piedra, sería en teoría posible entrar a una carpa por cualquier parte (por las juntas entre cortina y cortina). Luego también



*Querubines (de una excavación arqueológica) en un museo de Persépolis, Irán.*

había un par de querubines tallados con las alas alzadas como preparados para tomar el vuelo y forrados con pan de oro, dispuestos sobre el propiciatorio (la tapa del Arca del Pacto).

Tanto despliegue de bordados y tallas de estos dioses paganos de rango inferior en el Tabernáculo (decoración repetida después en el Templo de Jerusalén), llama la atención si se piensa en la prohibición expresa en Israel, de hacer ninguna «imagen ni semejanza» de ningún ser en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra. Es muy conocida y notable esta prohibición. Jamás se ha descubierto, en ninguna excavación arqueológica, ninguna estatua del Señor de Israel —seguramente porque tal cosa nunca existió. La importancia de esa prohibición bíblica nos llevaría a sospechar que los hebreos tenían a los querubines por seres de fantasía, como elemento puramente decorativo. Representarlos no invalidaba la prohibición, por cuanto no representaban seres reales, sino imaginarios.

Como el becerro de oro en Dan y Betel en la época del reino dividido después de Salomón, los querubines probablemente se imaginaban también como el trono o la montura del Señor

invisible de Israel. Al Señor no se lo podía representar, pero era posible imaginárselo presente ahí, montado en el Templo sobre querubines de oro, o sobre un becerro de oro en Dan y Betel. Sabemos que ese becerro de oro fue muy criticado (por su asociación con el baalismo). No pasaba lo mismo con los querubines. Aparte de que no se creyera que representaban seres reales, puede ser también que al ser dos los querubines, se hacía difícil imaginar que Dios pudiera estar sentado sobre ellos material y físicamente. ¡La presencia de Dios solamente podía ser espiritual!

Desde luego, si se quería ampliar la idea de montura del Señor para hacer con ella un relato, mucho más natural era limitarse a un solo querubín. Esto es lo que vemos en el Salmo 18, donde el Señor acude a socorrer a quien ha clamado a él. Al tomar vuelo, el querubín que monta aparece en el cielo como una tormenta terrible, con rayos y truenos, lluvia y granizo.

Pero la representación más memorable del Señor alzado en vuelo montado en sus querubines del Templo, es sin lugar a dudas la descripción que hace Ezequiel en sendas visiones de los capítulos 1 y 10. La visión es impresionante, escalofriante, majestuosa, sobrecogedora. Al leerlo, la imaginación del lector va dando vuelcos y giros imposibles, donde al final lo único que queda es sensación de sobrecogimiento ante la impresionante grandeza del Señor, que se marcha de Jerusalén para venirse al exilio con los desterrados.

El período inmediatamente previo a nuestra era fue prolífico en obras apócrifas —no inspiradas— entre los judíos. En esos libros nace la idea de que Satanás sería un querubín rebelde, entendiendo *querubín* como sinónimo de *ángel*. A todo esto, claro está, ya no se recordaba que los querubines en el templo tenían una función puramente decorativa —no representaban dioses reales en que hubiera que creer—. Ni tampoco ángeles. El personaje en Ezequiel 28, como ya he explicado detalladamente

en mi libro *El diablo y los demonios según la Biblia*<sup>10</sup>, es el rey de Tiro; y el profeta lo califica de «querubín protector» en un sentido puramente figurado y como burla.

**Reforma, la** — La Reforma, escrito así con artículo determinado y mayúscula, se entiende generalmente entre los cristianos evangélicos o protestantes, como referencia a lo que fue, propiamente, «la reforma protestante» del siglo XVI, que tuvo su inicio e inspiración en la figura de Martín Lutero, un fraile agustino.

La religión cristiana ha sufrido diferentes procesos de estancamiento, retroceso, y posterior reforma o reformulación entre grupos que por lo general se han desvinculado de la mayoría de sus correligionarios. En Europa occidental hubo en el siglo XVI tres reformas notables, que supusieron la división del cristianismo occidental en diferentes tradiciones que conservan su identidad diferenciada hasta hoy:

La reforma más mayoritaria fue la *reforma católica*, que los protestantes o evangélicos tildan de «contrarreforma». Tuvo su centro en el Concilio de Trento, que reunido entre los años 1545 y 1563, sentenció una larga lista de aclaraciones doctrinales, mejoras en la organización de la iglesia, depuraciones en lo moral, y revitalización misionera.

La reforma más minoritaria fue la *reforma radical*, o «anabaptismo», que aunque durante el siglo XVI tuvo seguimiento en amplios segmentos de la sociedad centroeuropea, sin embargo fue aplastada sin misericordia dejando para la posteridad pequeñas comunidades diseminadas en los escasos lugares donde pudieron alcanzar tolerancia a cambio de abandonar su empeño misionero o evangelizador.

«La Reforma», es decir la *reforma protestante*, empezó en el principado alemán de Sajonia, donde Martín Lutero era profesor

---

<sup>10</sup> D. Byler, *El diablo y los demonios según la Biblia* (Librería Amazon: Ediciones Biblioteca Menno, 2ª ed. 2014), pp. 80-86.

de teología en la Universidad de Wittenberg, y se difundió rápidamente entre diferentes principados alemanes y hasta penetrar en Dinamarca y Suecia, Holanda, Inglaterra, algunos cantones suizos y algunas regiones de Francia.

Como toda figura importante o fundadora en la religión, Lutero había tenido intensísimas experiencias religiosas. En su juventud el miedo al castigo divino provocó su ingreso a la orden de frailes agustinos. Y sin embargo nada, ni la confesión ni la penitencia ni las peregrinaciones, le daba el sosiego interior de saberse perdonado por Dios. Por fin, estudiando el libro de Romanos, descubrió en Pablo el concepto de la Gracia de Dios como motivo necesario y suficiente para el perdón de Dios y la reconciliación con Dios. Esto transformó radicalmente su estado de ánimo interior y su forma de entender y enseñar la teología cristiana.

Por aquella época el Papa, buscando recaudar fondos para construir lo que es hoy la monumental Basílica de San Pedro en Roma, promovió la venta de «indulgencias», con las que se pretendía que a cambio de donaciones de dinero, la gente podía obtener el perdón de todos sus pecados, y hasta de los pecados de sus seres queridos ya difuntos. Lutero aborreció esto como desviación espantosa de la verdad cristiana que él había redescubierto: el perdón gratuito de Dios. Otros muchos adoptaron el rechazo abanderado por Lutero, por considerar que el Papa estaba esquilmando a los pobres ignorantes y crédulos alemanes, para enriquecer a Roma y a los territorios papales en Italia.

Estimulados por las ideas de Lutero, que hallaron amplia difusión, fueron surgiendo otros muchos reformadores más o menos locales o nacionales, tanto dentro de los diversos principados alemanes como en otros países. Tal vez el más influyente junto con Lutero fue Juan Calvino, por su obra monumental *La institución de la religión cristiana*, que él fue ampliando en ediciones sucesivas. La base de operaciones de Calvino fue Ginebra, en Suiza; pero su mayor influencia permanente fue en Holanda, y a la postre en Escocia.



Si la particularidad del pensamiento de Lutero se puede tipificar por su redescubrimiento de la gracia de Dios, la de Calvino fue su noción de la soberanía absoluta de Dios. Calvino llegó a concluir que la salvación y condenación de las almas eternas viene predeterminada o «predestinada» [ver *predes-tinación*], y que nada que el ser humano haga, piense o decida, puede cambiar el destino eterno de su alma decidido de antemano por Dios.

En Inglaterra la Reforma tomó su propio camino, impulsada por la corona como rebeldía contra el poder papal. Exteriormente mantenía grandísima continuidad con el catolicismo — exceptuando la adopción del inglés para sus ritos, en lugar del latín— pero fue incorporando elementos del luteranismo y el calvinismo protestantes.

La Reforma tuvo su expresión preferente como religión estatal, un defecto que heredó del cristianismo medieval, que a su vez lo había heredado de la iglesia imperial romana. Los monarcas católicos y protestantes determinaban la religión de sus súbditos, que se «convertían» en protestantes por el sencillo expediente de que su soberano viese políticamente conveniente adoptar el luteranismo o calvinismo.

Como se comprenderá, la Reforma dejó muchísimas cosas sin reformar. La fe evangélica de hoy debe tanto, o más, a la «reforma radical» anabaptista y a otra multitud de reformas posteriores al siglo XVI, que derivaron en la multitud de «denominaciones» cristianas que existen hoy.

**regeneración** — Ver *nacer de nuevo*.

**reino/reinado de Dios/de los cielos** — El gobierno directo de Dios sobre la humanidad es, tal vez, la aspiración más elevada que enuncia el testimonio de la Biblia. Todas las sociedades de todas las civilizaciones a lo largo de los milenios, nos hemos sabido instintivamente mal gobernados. Lo que nos proponen como justicia es justicia... según para quién. Lo que nos explican

como defensa, excusas para llevarse a nuestros hijos como carne de cañón para guerras por intereses particulares. Lo que nos presentan como generosidad, una proporción pequeña de lo que nos extorsionan del fruto de nuestro trabajo. ¡Ay, si nos gobernara en persona desde el cielo Dios!

*Los diferentes términos.* He aprendido de Antonio González que es más apropiado hablar de *reinado* que de *reino* de Dios. *Reino*, sustantivo, indica un territorio. Por ejemplo: el Reino de España. *Reinado*, participio del verbo *reinar*, suele indicar el período de gobierno de un monarca y es por consiguiente más dinámico, menos pasivo. Se refiere a la propia acción de reinar que es, precisamente, lo que interesa en cuanto al reino o reinado de Dios.

Luego en los evangelios, hay alguna ocasión cuando este reinado se califica como *de los cielos*, ya no como *de Dios*. Esto se explica fácilmente por el tabú en el judaísmo contra la pronunciación del Nombre del Señor, por temor a incurrir en violación del mandamiento contra tomar el Nombre en vano. Las dos expresiones son idénticas: En una se evita mentar expresamente a Dios, en la otra no; pero ambas vienen a indicar el reinado *de Dios*.

Esto es venir a decir que el ámbito del gobierno de Dios no es otro que esta tierra en que se desarrolla nuestra vida presente. No es algo que se posterga indefinidamente y solamente podrá suceder en un ámbito puramente espiritual, informe, descartado, inmaterial. La esperanza «escatológica» (de los últimos tiempos) en un futuro glorioso más allá de la muerte es un elemento irrenunciable de la fe cristiana. Jesús no es reacio a pronunciarse sobre ese futuro. Pero en cuanto al reinado de Dios, lo que parece indicar es que con las señales que acompañan su propia presencia —la de Jesús— en el mundo, ese reinado «se ha acercado», ya ahora, a la humanidad.

*El papel del Mesías, o Cristo.* A lo largo del Antiguo Testamento, la idea del gobierno de Dios se desenvuelve a la par con la del ser humano que hace de intermediario entre Dios y la sociedad

que Dios gobierna. Durante unos pocos siglos la corte y su templo anexo en Jerusalén, promovieron la teoría de que ese intermediario era la monarquía. El rey era ungido al acceder al trono. Esta palabra, *ungido*, se dice *Mesías* en hebreo y *Cristo* en griego. Y durante los cuatro siglos de la monarquía en Jerusalén, nadie dudó que ese Mesías o Cristo era el descendiente de David que a la sazón gobernaba, adoptado en cada generación como «hijo de Dios».

En los siglos posteriores, el Sumo Sacerdote —también ungido— ocupó el espacio político que antes había ocupado el rey de Jerusalén. Pero la corrupción evidente de la corte del Sumo Sacerdote, hizo entender a la gente que Dios se reservaba otro *Mesías*, otro reinado mucho más directo sobre la nación.

Jesús no quiso presentarse como soberano político con alegatos de línea directa con Dios [ver *hijo de Dios*]. Rechazó cualquier forma de asociación con la figura monárquica humana, que él —como también una parte importante del testimonio de la Ley y los Profetas— consideraba problemática. El relato de las tentaciones inmediatamente después de su bautismo nos indica que asumir esos atributos de «hijo de Dios» fue una tentación que Jesús pensó que había que resistir —aunque con ello se le abría la posibilidad de gobernar toda la tierra (de la mano de Satanás)—.

Sin embargo, después de su resurrección y ascensión al cielo, la Iglesia no dudó en atribuirle el rango de *Cristo*, ungido para gobernar sobre toda la humanidad como Dios o bien, indistintamente, *hijo de Dios*. El Nuevo Testamento no lo ve como rey en ciernes, preparándose para gobernar en un futuro indeterminado. Lo ve, al contrario, como Cristo y como Rey ya hoy. Gobierna ya, hoy... en esta tierra. Pero no en un territorio en particular, sino en los corazones de aquellos que aceptan ser gobernados por Dios. Cristo no gobierna *desde arriba* con autoritarismo y amenazas de violencia. Gobierna *desde adentro*, por el amor y la devoción y la lealtad que inspira en nosotros.

Tenemos en las epístolas la promesa de que reinaremos juntamente con él, con Cristo. Desaparece así de una vez por todas la idea de *monarquía*, el gobierno por uno solo. Ya no hará falta. Porque nacerán espontáneamente de nuestro interior el bien y la misericordia y la bondad y el amor y la solidaridad y la perfección de intención.

Sin duda jamás será perfecto esto en esta vida presente. Pero pretenderlo es lo que nos mueve y nos inspira.

**religión** — Conjunto de creencias, rituales y conductas que orientan los valores más íntimos y esenciales del ser humano en relación con lo divino y con el prójimo.

Hace poco oí en un culto evangélico la afirmación de que lo nuestro —la fe y prácticas evangélicas— no es «religión» sino otra cosa presuntamente superior y más digna y admirable. Es un tópico de la forma de entenderse a sí misma la religión evangélica. Me suena haberlo oído ya hace por lo menos 50 años. Chirría mucho. Es una falsedad evidente, por no comprender el significado real de la palabra «religión». Es además deshonesto, por tachar de insinceras y superficiales las creencias y prácticas de los demás, dando a entender que la superficialidad e insinceridad no existen en el propio mundo evangélico.

La fuerza del argumento de superioridad de la religión evangélica, cuando se explica con falsedad y deshonestidad, se desmorona en la propia manera de argumentarlo. Yo creo firmemente en mi manera de practicar la religión cristiana; pero por eso mismo no me parece ni justo ni necesario recurrir a argumentos espurios para defenderla.

Empecemos por lo que sería una definición correcta del concepto de «religión». En la lengua castellana, esto describe un conjunto de creencias, rituales y prácticas que constituyen una manera determinada de entender cómo hemos de relacionarnos con el mundo de lo invisible, lo divino, esa dimensión espiritual que nos produce recogimiento y adoración y que nos motiva para vivir como entendemos que agrada a la deidad que

adoramos. Como se observa, esta descripción objetiva es por consiguiente neutral: no entra a decir cuáles creencias, rituales o prácticas son correctas, siendo en cambio un término que se puede emplear con justicia para describirlas todas.

Cada religión monoteísta, por el propio reclamo de creernos los adoradores del único Dios que realmente existe —frente a creencias supersticiosas y ritos ineficaces—, se escandaliza de que con una misma palabra se pueda describir lo nuestro y lo ajeno. La palabra «nacionalidad» vale igual para Italia que para Guatemala que para la China. Nos puede disgustar que asimismo en cuanto a «religión», la misma palabra sirva para la fe evangélica que para el islam o para el budismo<sup>11</sup>. Pero el caso es que nuestro vocabulario contiene esta palabra, así de neutral, sin juicios de valor sobre cuál es la religión correcta. Nos guste o no nos guste y aunque nos escandalice, esta palabra es así y tiene esa función en nuestra lengua castellana.

Otra cuestión es la de la sinceridad y profundidad del compromiso religioso. Aquí es importante no confundir el testimonio personal, con realidades objetivas de aplicación universal. La última vez que oí decir que la fe evangélica no es religión, fue para poder decir —quien así se expresaba— que el ritual de la misa católica y los rezos a la Virgen no habían satisfecho su anhelo de acercarse a Dios. Pero que ahora en el cristianismo evangélico, según testificaba, tenía el convencimiento de conocer personalmente a Dios y de relacionarse con Dios como un hijo amado de Dios. Algo arde ahora en su corazón, que antes no experimentaba.

Todo testimonio personal, siempre que honesto y sincero, es digno de respetar. A la vez tiene que ser posible reconocer que otras personas tal vez hayan tenido experiencias diferentes, pero con idéntica sinceridad. Según el caso particular, el hijo de una familia evangélica podría expresarse en términos idénticos al comparar su asistencia a la iglesia y a la escuela dominical

---

<sup>11</sup> No toda creencia en el ámbito sobrenatural es religión. Ver *magia*.

cuando niño, en comparación con otras experiencias personales vividas en relación con Dios a lo largo de la vida. También hay hijos de familias evangélicas que hoy son agnósticos o ateos, o que comulgan en otra rama del cristianismo. Su testimonio de insatisfacción con la religión evangélica no tiene por qué tacharnos de insinceros y superficiales a todos los que seguimos en ella.

El testimonio personal sigue siendo —y sospecho que siempre será— la manera más convincente de comunicar las realidades transformadoras del evangelio de Dios en Cristo. Haremos bien en librarnos de expresiones e insinuaciones que dan a entender que lo que viven los demás no sirve para nada. Mucho más convincente es limitarnos positivamente a contar nuestra experiencia de Dios y dejar que los oyentes hagan cada cual su comparación con lo que haya sido su propia experiencia. En muchos casos, los oyentes se sentirán hermanados a nosotros aunque comulguen en otra iglesia, identificándose con lo que hemos vivido. En otros muchos casos, se sentirán atraídos por algo que anhelarían experimentar pero hasta ahora no han conocido. Ahí es donde actuará el Espíritu para atraer hacia sí a todos los que le buscan con integridad.

**renacer** — Ver *nacer de nuevo*.

**resurrección** — Volver a vivir después de muerto. Tal vez la doctrina más emblemática de los cristianos, sostiene que habrá una resurrección general de todos los justos, para una vida en el Paraíso. Esta doctrina sustenta y a la vez viene sustentada, por la doctrina de que Jesús volvió a vivir al tercer día de su muerte crucificado.

Existe un curioso caso paralelo, en la mitología griega, a la historia de la resurrección de Jesucristo. Heracles (Hércules, para los latinos), héroe de una fuerza física incomparable, hijo de Zeus y una mujer humana, muere al fin envenenado. Entonces, cuando arde el cadáver de Heracles en la pira funeraria,

Zeus su padre le devuelve la vida y lo eleva al rango de dios inmortal en el Olimpo.

Pero la historia de Jesús es otra cosa. Dios su Padre lo resucita después de muerto y Jesús asciende al cielo para gobernar la humanidad y el universo entero. Pero esto no sucede en un pasado mitológico sino en momento identificable de la historia humana. Y hubo por tanto testigos oculares. Testigos que tocaron su cuerpo resucitado y comieron con él. Esos testigos resultaron tan convincentes para muchos de sus contemporáneos, que acabaron perfectamente convencidos de que no mentían.

La antigua fe de Israel no tenía cabida para la resurrección. Había, si acaso, una especie de «vida eterna» que venía de perpetuarse en los hijos y nietos. Poco antes de Cristo y los apóstoles, sin embargo, el judaísmo desarrolló la idea de que los judíos que morían mártires volverían a vivir. Entonces por una parte se regocijarían al conocer el fin eterno de sus verdugos y por otra parte recuperarían —a manera de recompensa— los años perdidos por el martirio. El judaísmo rabínico, siguiendo en esto la doctrina de los fariseos de la época de Jesús y los apóstoles, sostiene que «todo Israel» resucitará cuando venga el Mesías, para vivir bajo su reinado.

El apóstol Pablo, fariseo, sostiene esta doctrina de la resurrección como un elemento emblemático también para el cristianismo. Es Pablo quien desarrolla la idea de que la resurrección de Jesús es «el primer fruto» de la resurrección de todo Israel sostenida por la doctrina farisea. Pablo sostiene que la mejor prueba de la resurrección general es el hecho de que Jesús haya resucitado. Y que quien niega la eventual resurrección de todos los creyentes, en efecto está negando la del propio Jesús, por cuanto esta es un anticipo de aquella.

El Nuevo Testamento se ciñe también a otras ideas que se conservan en el judaísmo rabínico. Como que una cosa es la resurrección y otra —acaso también necesaria pero diferente— la curación de las heridas. En la resurrección, según los rabinos, la

ropa de los resucitados estará podrida y el Mesías deberá curarlos de lo que los mató, para que no se vuelvan a morir al instante. Y en los relatos del Nuevo Testamento, Jesús resucitado sigue con las heridas abiertas, que muestra a sus discípulos. (Su ropa no está podrida porque solo lleva tres días enterrado.)

Con esta doctrina de la resurrección, convive en el propio texto del Nuevo Testamento otra idea muy diferente: la de una existencia en otro plano o nivel, diferente de la vida material, humana y biológica de la Tierra. Cuando Jesús dice al malhechor crucificado a su lado y que clama a él: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», parece estarse refiriendo a algo diferente que la vida biológica, algo que no exige una resurrección como la que va a experimentar Jesús mismo en tres días. La idea de una supervivencia eterna del alma incorpórea estaba muy difundida en aquella época. Solía venir a la par con un desprecio de lo material por considerarlo inferior a lo espiritual. Entonces si uno al morir ascendía a un plano de existencia superior y espiritual, resucitar a la vida biológica sería un paso atrás. Supondría volver a asumir esas limitaciones y condicionantes que habían hecho tan imperfecta la vida humana.

Al fin nos quedamos con una cierta falta de claridad o definición en los textos del Nuevo Testamento, donde se afirman ambas cosas a la vez. Por un parte, al morir estamos mejor que en vida, entramos al instante a la presencia del Padre, pasamos a un nivel superior de existencia. Pero por otra parte el ideal de resurrección a la vida biológica sobre este planeta Tierra tampoco se olvida como aspiración última... por mucho que pareciera ser un paso atrás, una involución a un estadio inferior de existencia.

En cualquier caso, la salvación de Dios en Cristo no depende de nuestra capacidad para comprender cuestiones que tal vez sean sencillamente incomprensibles. La salvación de Dios en Cristo depende tan solamente de la gracia de Dios y su amor eterno. Y descubrir lo que haya después de la muerte quedará para todos como una gran aventura, un adentrarnos entera-



mente a lo desconocido. Pero —eso sí— siempre acompañados por la amante presencia de nuestro Creador.

[Ver también *muerte*.]

**revelación** — Iniciativa de Dios, por la que da a conocer sus propósitos en la historia, y su voluntad para la conducta humana. En última instancia, la revelación divina es autorrevelación: Dios se da a conocer él mismo.

La historia del pueblo de Dios arranca en Génesis 12 con la afirmación: «Y el SEÑOR dijo a Abrán: “Vete de tu tierra...”» Sin explicaciones, el texto da a entender que Abrán ya sabe de antemano quién es este que habla, lo reconoce como su soberano a cuyas órdenes vive, y sabe que entre sus cualidades está la de hablar al ser humano de manera inconfundible, para dar instrucciones claras. Génesis no explica este acto de revelación divina: se limita a decir que Dios habla y que Abrán oye y entiende y obedece.

Generalmente en la Biblia, Dios habla desde la invisibilidad. En diferentes oportunidades, sin embargo, Dios se presenta visiblemente para hablar, adoptando la forma de «el ángel del SEÑOR», que parece ser una materialización visible para efectos de esta divina comunicación: el ángel habla en primera persona, con un «yo» cuyas palabras son propiamente palabras de Dios, no de un intermediario. Sin embargo la mención del «ángel del SEÑOR», parece querer indicar que no están viendo de verdad al propio SEÑOR, que sería de suyo invisible. Incluso Moisés, de quien se dice que hablaba con Dios cara a cara, sin embargo cuando en cierta ocasión expresa el deseo de ver a Dios, como respuesta tiene solamente el privilegio de ver «la gloria» del SEÑOR; y esta, de espaldas.

Más adelante en la historia bíblica, notablemente en Daniel y en los evangelios, los ángeles ya no son «el ángel del SEÑOR» como revelación visible de la presencia de Dios mismo, sino que empezarán a figurar como dioses menores, con nombre y persona que no son el mismo nombre y la misma persona que el

propio Dios. Seguirán revelando *las palabras* y la voluntad de Dios, pero ahora como seres intermediarios entre Dios y la humanidad. [Ver *ángel*.]

En la Biblia Dios también se revela, y revela su voluntad y sus propósitos, mediante la profecía. La profecía no es propiamente, no necesariamente, adivinar el futuro. La profecía es hablar de parte de Dios, comunicar a otros mediante palabras (y actos simbólicos, a veces) la voluntad y los propósitos de Dios; y muy especialmente, el veredicto divino sobre las naciones y sus políticas. Existen casos bíblicos de profecía personal, tocante a la vida de un particular; pero no es lo típico.

El escolasticismo protestante desarrolló mucho la idea de la revelación como algo prácticamente idéntico a la Biblia. En la controversia inicial del protestantismo con el catolicismo, el concepto de «sola Escritura» significaba una nueva libertad para estudiar la Biblia sin tener que ceñirse necesariamente al cúmulo de interpretaciones fijadas ya de antemano por la tradición y el magisterio católico. En las generaciones subsiguientes, la idea protestante de «sola Escritura» pasó a significar que no existe ninguna otra fuente fiable de revelación divina, aparte de la Biblia.

El escolasticismo protestante desarrolló también la idea de que cada una de las palabras del texto bíblico son palabras atribuibles directamente a Dios mismo. La Biblia se cree entonces revelada por un proceso más o menos equivalente al dictado, donde una persona habla y la otra va anotando palabra por palabra. Según cómo se entienda esto, todas las observaciones bíblicas del mundo material, así como cada detalle de la historia que narra, serían entonces de suyo revelación divina, y por consiguiente, verdad absoluta inapelable.

La humanidad tiene también otras formas de descubrir la verdad: la observación de la naturaleza, el descubrimiento científico, la investigación del mundo material, etc. En muchos particulares, la investigación humana nos lleva a otras conclu-

siones que determinadas afirmaciones bíblicas sobre el mundo material y sobre la historia de la humanidad.

No hace falta escoger entre la ciencia humana y la revelación divina, sin embargo, si se entiende que la Biblia se limita a revelar a Dios, revelar sus propósitos, sus mandamientos y su voluntad; pero no revela ni pretende revelar nada que el ser humano sea capaz de investigar y descubrir por su propia cuenta. Así las cosas, cuando la ciencia y la Biblia no dicen lo mismo, no hace falta tachar de mentiroso ni a la ciencia humana, ni mucho menos a Dios.

Por último, según el Nuevo Testamento, la máxima y última y definitiva revelación de Dios se produce en la persona del Hijo. Jesús nos revela a la perfección, por una parte, la naturaleza moral de Dios, su benignidad y amor y compasión y perdón. Y por otra parte, con su enseñanza y por el ejemplo de su vida, Jesús nos revela cómo desea Dios que vivamos como hijos e hijas de Dios también nosotros.

**sabiduría** — Virtud por la que las personas pueden pensar y conducirse en todas las circunstancias, de una manera prudente y acertada, consonante con el objetivo de vivir con contentamiento y paz interior, relacionándose armoniosamente con Dios, con el prójimo y con el medioambiente.

En la colección de la Biblia Hebrea, a la que se ciñe la tradición evangélica, el exponente de sabiduría bíblica sería el libro de Proverbios. En la colección del Antiguo Testamento griego, que siguen los ortodoxos y católicos y algunos protestantes, se añaden también los libros de Sabiduría (de Salomón) y de Eclesiástico (Ben Sirá [Sirac]). Los libros de Job y Eclesiastés integran también la colección bíblica de sabiduría; el primero porque constituye una exploración sobre el problema del sufrimiento de los inocentes; y el segundo, porque predica la filosofía de *carpe diem*, disfrutar de la vida hoy porque no se sabe lo que traerá el mañana.

La cuestión de la sabiduría es, sin embargo, mucho más importante en la Biblia que lo que daría a entender este catálogo tan escueto de obras «sapienciales». Proverbios no duda en considerar que Sabiduría (Jocmá, Sofía) fue la primera y más esencial colaboradora con Dios en la creación del universo; y el arranque del evangelio de Juan nos lleva a entender que Jesús es la encarnación corporal de Sabiduría, esa colaboradora indispensable de Dios en todas sus obras.

No sería en absoluto descabellado entender la Biblia entera como una colección que desde el principio hasta el fin, desde Génesis hasta Apocalipsis, enseña conceptos de sabiduría. La Biblia entera enseña cómo vivir en armonía con el prójimo, con la naturaleza y por supuesto, con el propio Dios, que es el que da sentido a nuestra existencia.

*El punto de arranque de la sabiduría es el temor al Señor. El conocimiento del Santísimo es inteligencia (Pr 9,10)*<sup>12</sup>.

Esto vendría a sugerir que todos aquellos otros libros de la Biblia, donde se puede observar la actividad de Dios y conocer lo que él manda, es ante todo sabia instrucción, cuyo conocimiento nos hace sabios.

El Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia, se conoce en hebreo como la *Torá* —es decir la Instrucción—. Su función no es en primer lugar informarnos sobre cosas que sucedieron en un pasado remoto, ni servir como Ley o legislación divina, sino instruirnos en sabiduría, para que sepamos cómo quiere Dios que vivamos los seres humanos. Sus historias son hondamente aleccionadoras porque vemos las consecuencias que vienen de las diferentes actitudes que tienen las personas y las diferentes conductas que adoptan. Saber medir adecuadamente las consecuencias de nuestras acciones, es desde luego una de las mayores evidencias de sabiduría.

---

<sup>12</sup> En este artículo las traducciones del texto bíblico son por D.B.

*La sabiduría empieza por temer a Dios. Gran comprensión demuestran los que los cumplen* [es decir, que cumplen sus mandamientos] (Sal 111,10).

La *Torá*, por cierto, como toda la Biblia, también nos instruye sobre la otra cara de la realidad de Dios, que es su amor eterno, misericordia, perdón y gracia. Aunque Dios muchas veces nos abandona al infeliz desenlace de nuestras actitudes y acciones, otras muchas veces interviene para que los resultados no sean todo lo desastrosos que merecíamos. Es también sabio, por consiguiente, saber apelar a la gracia y el perdón de Dios.

Una función parecida a la de la Instrucción, es la que tienen los relatos de la historia de Israel, los Salmos, y las palabras de los profetas. Como así también son sabias las palabras y conducta que ejemplificó y enseñó Jesús en los evangelios, y las instrucciones para las iglesias en las cartas de los apóstoles; y lo que aprendemos del Apocalipsis sobre la victoria final del bien sobre el mal. Todo esto es de enorme sabiduría.

La sabiduría bíblica tiene cuatro aspectos, que están entrelazados entre sí y son inseparables:

En primer lugar tenemos la sabiduría en relación con Dios: la justa reverencia, adoración y humildad personal frente a nuestro Creador y Juez.

En segundo lugar tenemos la sabiduría en relación con el prójimo, las personas con quienes convivimos y que pueden alegrar nuestras vidas o amargárnoslas, según sepamos o no tratarlas como es debido.

Después tenemos la sabiduría en relación con el medioambiente en este planeta Tierra, de lo que depende no solamente nuestra supervivencia personal, sino la de la raza humana en general. De esto último también trata la Biblia, aunque la teología tradicional no se venía fijando en ello hasta últimamente, cuando empezamos a darnos cuenta lo importante que es.

Y por último está la sabiduría en relación con uno mismo: entender nuestras motivaciones y permitir que el Espíritu de Dios nos ayude a alcanzar la paz interior.

**sacerdocio, sacerdote** — El sacerdocio actúa en representación del pueblo o de la humanidad ante Dios, así como el profeta representa la voz de Dios dirigida al pueblo. Son dos funciones perfectamente diferenciadas, de sentido contrario, ambas necesarias para la religión.

En la Biblia pero también en todos los tiempos y religiones, los sacerdotes han sido profesionales de la religión. Había que recurrir a ellos para funciones como —típicamente— la presentación de sacrificios a los dioses (o al Dios único de la Biblia). Para estas funciones el clero sacerdotal era consagrado como personas especiales, apartadas del resto de la sociedad por su carácter de intermediarios ante la deidad.

Desde muy temprano en la Biblia, sin embargo, aparece la idea de que Dios aspira a tener «un reino de sacerdotes, una nación consagrada» (Ex 9,6). Es una noción que reaparece en diferentes textos en ambos Testamentos, expresada de diferentes maneras. La forma típica de expresar esto en la teología cristiana es referirnos al «sacerdocio de todos los creyentes». Fue una noción muy defendida por la Reforma protestante; pero no es ajena al catolicismo, que también la acepta sin renunciar por ello a un clero de sacerdotes especialmente ordenados.

El sacerdocio de todos los creyentes (o reino o nación de sacerdotes) no significa que ya no necesitamos sacerdotes, que cada persona se vale por su propia cuenta para representarse a sí misma delante de Dios. La idea de que ahora cada cual se representa a sí mismo es una distorsión comprensible, pero de todas maneras una distorsión. Lo que significa «el sacerdocio de todos los creyentes», es que la función sacerdotal se desprofesionaliza y generaliza en todo el pueblo. Todos somos quién para interceder ante Dios por cualquier otro ser humano y por la humanidad entera. Todos somos quién para acercarnos a Dios en nombre de otra persona cualquiera, para pedir que Dios perdone sus pecados y tenga a bien tratarlo con misericordia y bondad.

El resultado no es que yo ya no necesito a nadie, que entre Dios y yo nos entendemos solos y nadie tiene por qué meter sus narices en mi espiritualidad. El resultado es que en lugar de un único profesional que intercede por toda la comunidad, esta función está ahora delegada en todos nosotros y vosotras, dependemos todos unos de otros, somos sacerdotes mutuos para interceder ante Dios unos por otros y por el mundo entero.

En el Antiguo Testamento tenemos muchos ejemplos de personas importantes, particularmente reyes de Israel o gobernadores en Jerusalén por cuenta del rey persa, que elevaban oraciones de alabanza y adoración a Dios en representación del pueblo. Pero si somos todos sacerdotes, ya no hace falta que las oraciones de alabanza a Dios en representación del pueblo sean pronunciadas por una persona de rango social descollante. Cualquiera de nosotros y vosotras es quién para levantar su voz en nuestras asambleas y hacer oír sus alabanzas que nos representan a todos.

Jesús, en su ejercicio particular de esta función sacerdotal —la de representar al prójimo y defender su causa ante Dios— acabó perdiendo la vida ejecutado por las fuerzas del orden y la religión. (Jesús fue también profeta, por supuesto, y su ejecución puede explicarse asimismo como consecuencia de declarar sin pelos en la lengua la proximidad del Reinado de Dios.)

Esas fuerzas del orden y la religión que ejecutaron a Jesús y perseguían a los apóstoles, se conocen en el Nuevo Testamento como «principados y potestades». «Principados y potestades» es una expresión que aunque clara y netamente política, indica también una dimensión espiritual o inmaterial de resistencia contra la soberanía última de Dios. Aunque se hacen presentes en cada instante histórico en personas en particular que ejercen esa función, la función en sí es algo más grande y más imperecedero que la persona. El príncipe o el potentado puede morir o ser destituido, pero su principado o potestad sigue ahí, encarnado en la persona que le haya sustituido. Por eso nuestra intervención sacerdotal no puede ser nunca «contra carne y

sangre», sino que tiene que ser consciente de esa dimensión invisible que tienen «en las esferas espirituales» [ver *principados y potestades*].

Representar fielmente ante Dios a sus amigos y seguidores, a las multitudes que acudían a ellos buscando liberación y salud, costó a Jesús la crucifixión y a los apóstoles persecución y martirio. Penetrando en las esferas espirituales en nuestra actividad intercesora y para dar voz a la adoración del pueblo de Dios, molestamos inevitablemente a todos aquellos poderes que se han endiosado. Se sienten cuestionados por los anhelos de liberación, salvación y salud que expresamos a favor del prójimo, y por nuestras alabanzas de devoción única al Señor.

En esta dimensión sacerdotal, entonces, como en otras dimensiones de nuestra vida como cristianos, tenemos una vocación y un privilegio inconmensurable: padecer juntamente con Cristo, para asemejarnos también a Cristo en gloria.

**sacrificio** — Método para aplacar la ira o conseguir el favor de los dioses en la antigüedad, que consistía en dar al dios algo de especial valor (matándolo o destruyéndolo). Cuanto más valioso lo sacrificado, mayor se entendía ser el efecto. Para las situaciones normales, bastaba con quemar alimentos o matar los mejores ejemplares del ganado. Pero en ocasiones de crisis extraordinaria, había que recurrir al sacrificio de lo máspreciado: el hijo y heredero, aquel en quien debiera haberse perpetuado en el futuro el linaje de quien ahora lo mata para su dios.

Estas nociones, que datan de miles de años antes de la revelación bíblica, perviven en la propia Biblia aunque van sufriendo una transformación y evolución paulatina, hasta su casi total desaparición en la espiritualidad cristiana contemporánea.

¿Cómo es posible explicar la presencia del concepto de sacrificio —incluso el sacrificio de un hijo— en el testimonio bíblico, cuando sus orígenes están en un paganismo prebíblico, de



civilizaciones de la antigüedad cuya barbarie y violencia ofende tanto la sensibilidad humana?

Toda idea nueva encaja en la mente del que la recibe, dentro del marco de referencia de lo que esa persona ya sabe (o piensa saber). Si hoy se nos apareciese un ángel o el mismísimo Jesucristo y nos dijera cosas nuevas, cosas que nunca antes habíamos oído, nos esforzaríamos —como buenos cristianos— por compaginarlo dentro del marco de referencia que es para nosotros la revelación bíblica. También, inevitablemente, nuestras mentes se esforzarían por hacer que encaje con nuestras experiencias vitales hasta ese momento. Entenderíamos —o pensaríamos entender— lo que nos dijera; pero nunca en estado puro, sino filtrado por todos nuestros conceptos previos y nuestras experiencias previas.

Por eso toda revelación de Dios en la propia historia sagrada que contiene la Biblia, ha tenido que ser progresiva. Son posibles avances repentinos y sorprendentes en el conocimiento de Dios mediante un profeta especialmente elegido; pero estos avances siempre se acaban amoldando a lo conocido con anterioridad. La revelación bíblica es el resultado, entonces, del cúmulo de ajustes en las nociones que se tiene de Dios. Ajustes que culminan para los cristianos en la revelación del Hijo y el derramamiento del Espíritu. Y en los últimos dos mil años, el cúmulo de experiencias vividas por la Iglesia nos han llevado a continuar evolucionando nuestras ideas acerca de Dios y de las realidades últimas, que ya no somos capaces de concebir en exactamente los mismos términos que en el siglo I.

Todo esto viene a explicar los episodios de sacrificio de un hijo que cuenta la Biblia. Seguramente el más sorprendente, por la interpretación positiva que tiene incluso en el libro de Hebreos, en el Nuevo Testamento, es el de Jefé. El testimonio bíblico nos lleva a comprender lo hondamente trágica que es la necesidad de que Jefé sacrifique a su hija, pero no desautoriza expresamente esa acción como contraria a la voluntad de Dios, sino que alaba a Jefé como un héroe de la fe.

El judaísmo rabínico desarrolló en los primeros siglos de nuestra era, una forma revolucionariamente nueva de vivir la espiritualidad. Para ellos ya no eran posibles los sacrificios, por cuanto el Templo había sido destruido por segunda vez, lo cual les indicaba con claridad meridiana que Dios mismo ya no estaba interesado en recibir sacrificios.

Esta idea de una espiritualidad o devoción a Dios sin sacrificios, acabó siendo adoptada también por los cristianos. Para los cristianos fue un poco más complicado y lento, porque entre nuestras formas de explicarnos la crucifixión de Jesús, había aparecido casi desde el principio la idea de que el de Jesús fuera un caso más de la eficacia del sacrificio del padre que mata a su hijo para aplacar la Ira o Justicia divina. Es una explicación que deja un poco perplejo, por cuanto el mismo Dios sería el Sacrificador, el Sacrificado, el Sacerdote, y la Deidad que aparta su Ira recibiendo con agrado el sacrificio.

Explíquese como se quiera ese enigma, en la práctica de nuestra espiritualidad, la realidad es que los cristianos estamos hoy día persuadidos de que a Dios no le interesa que nos quitemos la comida de la boca para dársela a él. Ni mucho menos que le matemos nuestros hijos.

La noción del sacrificio sigue operando, sin embargo, y con un signo positivo, en la disposición de los cristianos a dar a Dios y al prójimo nuestro tiempo y compartir nuestros bienes con los necesitados y con la obra de la Iglesia. «Nos sacrificamos», entonces, no porque pensemos con ello aplacar la ira de Dios ni ganarnos un trato preferente. Lo hacemos porque hemos adaptado nuestros valores a los del Reinado de Dios y entendemos, por consiguiente, que hay cosas en la vida que merecen nuestro esfuerzo y «sacrificio».

**salvación** — Acto por el que la persona que está a punto de perecer o ser destruida, se libra de ese fin prematuro. En la Biblia es muy frecuente un sentido secundario y metafórico del término, donde se emplea para describir los efectos sobre la

condición del ser humano en relación con Dios. (Y en la reflexión teológica posterior a la Biblia, este sentido secundario es casi el único que suscita interés.)

No conviene olvidar que el origen de este término —y la fuerza con que puede captar nuestra imaginación para desvelar verdades espirituales— se encuentra en situaciones de vida y muerte en el plano material.

Digamos que donde Israel primero conoce a Dios como Salvador es en la emancipación de los esclavos de Egipto. La situación es una de dura opresión y esclavitud con un régimen de gobierno espantosamente autoritario. Un régimen de tal calaña que es posible proponerse el exterminio genocida de toda la clase social de los esclavos. Proponérselo y poner en marcha un plan para ejecutarlo. Y es aquí donde aparece el Salvador, el Señor de Israel que los libra de un desastre seguro e irreversible.

A lo largo de la historia que cuentan las narraciones del Antiguo Testamento, vemos una y otra vez esta clase de salvación, la salvación en su sentido más elemental y material. Porque si el pueblo o el individuo no alcanzan siquiera a sobrevivir, aunque sea por medio de sus hijos, cualquier otro tipo de salvación resulta bastante irrelevante.

El faraón, que se creía que era divino a la vez que humano, representa perfectamente las dos vertientes del peligro del que era necesario salvación. Porque había siempre enemigos humanos —nobles, reyes, ejércitos enemigos, vecinos envidiosos— que deseaban destruir al hombre. Pero había también fuerzas invisibles, «espíritus» de desesperación o tristeza, locura o muerte. Y había también «dioses» que traían enfermedades, hambrunas, guerras, terremotos, tormentas terribles, huracanes en alta mar. Todos estos enemigos procuraban la destrucción prematura del pobre individuo o de toda la nación. De ellos era también necesario obtener salvación.

Y no es solamente necesario salvarse de enemigos. El Señor que salvó a Israel en Egipto y vuelve a salvarlos regularmente de todos sus enemigos, resulta ser un Dios celoso. Exige una

fidelidad absoluta y un cumplimiento riguroso de sus normas de conducta. Israel no tarda en descubrir que el Señor es —si cabe— más peligroso que Faraón, más peligroso que un ejército invasor, más peligroso que toda la colección de «espíritus» y «dioses» que pululan por el mundo. Porque si bien hay alguien —el Señor— que puede librarlos de Faraón y de cualquier enemigo, ¿quién hay que los pueda librar de la ira del Señor?

Aquí es donde cobra especial interés y belleza el concepto de salvación como acto de gracia, misericordia y generosidad divina, por la que el Señor aparta y apaga su propia ira y perdona. Perdona por amor, perdona sin otros motivos que su propio deseo de perdonar, perdona como acto de salvación divina.

En algunas corrientes del pensamiento cristiano se concibe la salvación como esencialmente salvación de castigos eternos. No vamos a tratar ahora del «infierno» o la idea de unas ansias infinitas, eternas e inagotables de venganza por parte de Dios —de las que necesitaríamos ser salvados y que solamente la tortura eterna de los seres humanos que le han sido rebeldes podría atenuar. (Pero no del todo y por eso la tortura tendría que seguir y seguir sin jamás terminar.) [Ver *infierno*.]

Entendida así la necesidad de salvación, esta se obtendría cuando el individuo consigue evitar esa tortura eterna y tiene garantizado, al contrario, los disfrutes eternos del Paraíso. Y esto se conseguiría aceptando como ciertos, determinados puntos cardinales de la doctrina cristiana.

A mi entender, sin embargo, la salvación que describe el Nuevo Testamento es mucho más dinámica. Lo que la motiva no es el miedo a castigos de una crueldad psicópata e infinita, sino toda una vida vivida en relación de amor y confianza mutua entre Dios y nosotros.

Tras observar el desenlace de la vida de Jesús en muerte indefensa a mano de los poderosos pero resurrección en gloria, aprendemos a perdonarle a Dios las muchas cosas desagradables que nos pasan en la vida y agradecerle las otras muchas cosas agradables. Dios, por su parte, disfruta de nuestro amor y

alabanzas y va perdonando nuestras muchas torpezas e incon-tancias. En esta relación viva, vital, dinámica y fluida vamos avanzando por la vida hasta que un día traspasamos el umbral de la muerte... y nos encontramos con solo Dios sabe qué misterios por descubrir, pero siempre acompañados por la Presencia del mismo Amigo que nos viene ayudando y cuidando en esta vida terrenal.

Eso, a mi entender, es la salvación. (Pero es cierto que no todos lo ven así.)

**samaritano, -a** (adj. y sust.) — Natural de Samaria, capital del antiguo Reino de Israel. Por extensión, se aplicó a la postre a los habitantes del territorio de aquel reino. En el Nuevo Testamento, designa a los adeptos a una de las facciones israelitas cuya forma de entender y practicar la religión no era aceptada por los judíos de Jerusalén y Babilonia.

Cuando accede al trono el nieto del rey David, las diez tribus del norte —el reino de Israel— no aceptan la sucesión. A partir de entonces Jerusalén gobernaría el reino relativamente insignificante de Judá. La única dinastía más o menos estable de Israel sería la de Omri, quien compró tierras cananeas y fundó en ellas su ciudad real: Samaria. En las décadas siguientes, Samaria y el reino de Israel prosperaron y medraron, mientras Jerusalén seguía siendo una ciudad insignificante. El grueso del territorio gobernado por Samaria era de población cananea, conquistada por el rey David. Israel era, por consiguiente, un reino dividido en cuanto a religión. La mayoría de la población, de etnia cananea, seguía adorando al dios fenicio Baal. Una minoría importante, sin embargo, adoraba al Dios tradicional de Israel, Yahveh (Yahvé, Jehová).

Más adelante, el general Jehú encabeza un golpe de estado, imponiendo por la fuerza el culto a Yahveh en Samaria. Sin embargo, el expansionismo asirio acabó por tragarse el reino de Israel. Los asirios realizaban intercambios de partes importantes de la población de los reinos que conquistaban, asentando las

gentes en lugares nuevos, para evitar que organizaran movimientos independentistas. En Israel, entonces, el panorama religioso que ya de por sí venía siendo de una tensa convivencia entre baalistas y yahvistas, se volvió a complicar con la llegada de adoradores de otras deidades.

En Jerusalén, entre tanto, se había ido desarrollando la teología de la elección divina de su ciudad y templo como única sede legítima del culto a Yahveh. Curiosamente, este exclusivismo fue apoyado por los propios israelitas practicantes de ese culto, que tendieron a emigrar hacia Judá tras la caída de Samaria.

Con el paso del tiempo, los neobabilonios, que a la sazón habían conquistado Asiria, conquistaron también Judá. Saquearon Jerusalén, incendiaron el templo y se llevaron a las élites judías —la nobleza militar y sacerdotal— a exilio en Babilonia. Otros muchos judíos se refugiaron en Egipto. A la postre, cuando los persas tomaron Babilonia, permitieron que los que quisieran, volviesen a sus tierras ancestrales. Esto hizo una minoría de los judíos. La mayoría prefirieron quedarse en Babilonia y en Egipto.

En Babilonia, la religión de los judíos había dado los primeros pasos hacia una evolución notable. En particular, el gremio de los *escribas* avanzó la confección de escritos que fomentaban la identidad nacional judía —lo que con el tiempo acabaría constituyendo el grueso de nuestro Antiguo Testamento—. Los que volvieron a Jerusalén eran —naturalmente— los más convencidos acerca de la necesidad de reimplantar el ritual templario, como ciudad escogida en exclusividad para esos fines por Yahveh. La pequeña provincia persa de Yehud, sin embargo, probablemente nunca pasó de 30.000 habitantes, de los que tal vez 10% vivían en Jerusalén. Samaria seguía siendo una ciudad mucho más importante. Naturalmente, el reclamo judío de superioridad y exclusividad para el templo de Jerusalén, seguía sin hallar apoyos entre los israelitas (es decir, samaritanos).

Sintiéndose marginados por este exclusivismo, ninguneados y sin permiso para acceder al templo por ser considerados una

raza mezclada e impura, los samaritanos optaron por construir en el siglo V su propio templo a Yahveh en el monte Gerizim, muy próximo a la antigua sede yahvista de Siquem. No fueron los únicos. En Elefantina, en Egipto, existía una importante población judía que también tenía su propio templo —seguramente con la misma desaprobación furibunda de parte de los jerosolimitanos—.

Aunque los judíos destruyeron el templo de Gerizim en el siglo II a.C., la relación con los samaritanos no siempre fue de enemistad. Sin embargo en el siglo I de nuestra era, el cisma entre judíos y samaritanos ya es aceptado como total e irreversible.

Los samaritanos estaban convencidos de ser israelitas de hecho y derecho. Aceptaban los cinco libros de Moisés, aunque no los escritos judíos posteriores. Sin embargo para los judíos, los samaritanos eran peores que paganos. Porque un pagano es pagano y se sabe pagano; pero los samaritanos, pretendiendo ser israelitas, no aceptaban la forma «ortodoxa» que había ido adquiriendo el culto a Yahveh en Babilonia y en Jerusalén.

Hoy pervive todavía una pequeña comunidad de samaritanos en su tierra ancestral de Israel.

**sangre** — Asociada desde antiguo con la esencia de la vida, la sangre —y especialmente su derramamiento en muerte violenta— tiene en la Biblia un elevado valor simbólico.

La primera mención de sangre en la Biblia se refiere a la muerte humana por homicidio: Caín mata a Abel y Dios reprende a Caín porque la sangre de su hermano clama a él desde la tierra. Tal vez aquí sea importante recordar que el concepto hebreo de santidad [ver *santidad*] es uno de separación o distinciones necesarias, donde lo que no está en su lugar correcto es una «profanación» (es decir, falta de «santidad»). Dios había creado la vida humana a partir de la tierra, creando una distinción entre la tierra y la vida humana, es decir, «santificando» la vida humana en relación con la tierra (y «santificando» la tierra

como algo diferente a la vida humana). El derramamiento de sangre humana (que cae a tierra y es absorbida por ella) profana la tierra, entonces, al borrar esa separación o distinción.

Esta misma idea de santidad como separación figura en la siguiente mención de sangre en la Biblia: los mandamientos divinos a Noé y sus descendientes cuando desembarcan tras el diluvio. En Génesis 9,4 el mandamiento es contra la ingesta de sangre. Como la sangre se define en este versículo como la vida del animal cuya carne se come, la profanación se debería a la fusión de la sangre animal con la sangre humana, es decir la falta de «santidad» o distinción entre la vida animal y la humana. El versículo siguiente adelanta un poco más el argumento, prohibiendo del todo tomar la vida del ser humano (es decir, derramar su sangre), se ingiera su sangre o no: Dios pedirá cuenta tanto de los animales como de las personas que maten a un ser humano. Y en el versículo siguiente (Gn 9,6) tenemos un último argumento más práctico tal vez, contra el homicidio: la triste realidad de que un homicidio siempre lleva a otro y una vez empezado, es muy difícil detener el ciclo vicioso de venganzas de venganzas de venganzas de homicidios.

En la antigüedad, el acto de derramar la sangre de animales —y de seres humanos— como acto de culto a los dioses, adquirió una gran importancia. Hubo un largo camino que recorrer en la revelación bíblica —y en la teología judía y cristiana— hasta por fin dejar atrás esas prácticas [ver *sacrificio*].

Ha sido desde antiguo y es corriente hasta hoy, la idea de que el derramamiento de sangre tiene un especial valor frente al mundo de lo invisible, como protección contra malos espíritus o bien como acercamiento a la deidad. En Egipto Moisés, por ejemplo, manda pintar con sangre el marco de las puertas como protección contra «el ángel de la muerte».

Pero no es como acto religioso que Jesús dejó que derramasen su sangre. Se dejó matar él porque antes había entendido que no podía él defenderse matando a nadie, si es que pretendía representar fielmente el perdón de Dios. No podía él defenderse



matando a nadie si pretendía enseñarnos cómo quiere el Padre que vivamos nosotros. Su sangre derramada es la consecuencia natural de sus ideas, de sus enseñanzas recogidas en los evangelios. Hemos de amar a nuestros enemigos como Dios nos amó a nosotros, la humanidad que estábamos enemistados con él. Si hemos entendido esto, nosotros también «tomaremos nuestra cruz cada día», dispuestos a sufrir una muerte violenta antes que matar a nadie nosotros.

La «sangre» o muerte de Jesús nos reconcilia con el Padre, entonces. Junto con su resurrección, nos ha dado el último impulso necesario para que nos decidamos a adoptar para nuestras vidas, la eterna Voluntad de Dios para la humanidad.

Cuando esa «sangre de Cristo» se transforma en solamente un símbolo de la religión, en un talismán o fetiche para protegernos del mal, desvirtuamos la fuerza de las convicciones de Jesús acerca de la naturaleza (perdonadora, amante y bondadosa) de Dios. Y desvirtuamos la fuerza de las convicciones de Jesús acerca de la responsabilidad humana de tratar bien al prójimo.

¡Naturalmente, quien vive presa del temor a demonios y espíritus invisibles de maldad, que invoque la sangre y la cruz de Cristo con fe, que sentirá inmediatamente aliviados sus temores y vivirá seguro y confiado! Esto no es cuento. Funciona.

Después, el mensaje del evangelio nos llevará más allá. Nos enseñará que no hace falta vivir con esos temores, porque nos inspira una fuerza infinitamente más fuerte, radicalmente transformadora de la existencia humana. Es la fuerza de las ideas de Jesús, que amó hasta el fin aunque en ello perdió la vida. Es la fuerza de que se levantó de su tumba y sigue vivo hoy para inspirar en nosotros, hoy también, esa misma entrega radical por el prójimo. Cuando la gente se propone dejarse la sangre como se la dejó Jesús, ¡Ay, entonces sí que huyen despavoridos los demonios!

**Santa Cena** — *Ver Comunción.*

**santidad** — Dedicación exclusiva. Se dice de las cosas, tiempos y personas que habiéndose apartado de su uso habitual —es decir, profano— ahora se encuentran destinadas solamente al uso divino.

La cosa, el momento o la persona así santificada, dedicada exclusivamente a fines religiosos a disposición de la Deidad, no tiene antes de esa dedicación ningún rasgo esencial que lo distinga de cualquier otro. Los corderos que se sacrificaba cada día en el Templo de Jerusalén eran iguales que todos los demás corderos del rebaño. Bien es cierto que debían carecer de defecto, pero esa no era una exigencia de perfección absoluta sino que se requería que el animal estuviera sano como cualquier cordero que uno quisiera comer. Los días dedicados a festividades religiosas eran como cualquier otro día salvo en ese particular: que ese día en lugar de trabajar, se guardaba una fiesta. La persona consagrada a Dios no tenía —no necesariamente— nada de especial antes de consagrarse. Como el cordero o el día, lo que hacía especial a la persona era el propio acto de consagración, de dedicación exclusiva a Dios.

El relato bíblico cuenta que Dios escogió a todo el Pueblo de Israel para sí de entre las naciones. La elección divina hace de Israel entero una nación santa, cuyo fin en la historia de la humanidad es servir en exclusiva al Señor de Israel. Esa elección por Dios de la nación entera para consagrarla y cumplir mediante ella sus propios propósitos, marca el destino, la identidad y la esencia de cada generación de Israel. Da sentido a su existencia incluso en sus horas más oscuras de derrota nacional o duras persecuciones. Hay así en toda la Biblia una clara diferenciación entre el pueblo de Israel —que es «de Dios», es decir santo— y «las naciones» o demás gentes del mundo —los «gentiles»— que sin ser necesariamente mala gente ni especialmente pecadora, sin embargo carecen de esa santidad que le es propia al pueblo de Israel sencillamente por su elección y consagración a los propósitos de Dios.

En el mundo bíblico, se consideraba de importancia fundamental conservar siempre esa distinción entre lo santo y lo profano. Para inculcar la importancia de mantener esa diferenciación, la Ley de Moisés establece otras diferencias que se han de observar. Israel ha de abstenerse de ciertos alimentos como la carne de cerdo no porque esta sea mala carne, sino sencillamente por enfatizar que no todo es igual. Estaba prohibida también (aunque en realidad se practicaba) la cruce de animales, por ejemplo de caballo y asno para obtener mulos. Tampoco se permitía sembrar más que una clase de semilla en cada parcela de campo ni hacer hilo con más de un tipo de hebra, mezclando por ejemplo el lino y la lana. Todas estas leyes de «santidad» tenían como fin inculcar la importancia de distinguir entre lo santo y lo profano, entre lo que estando bien en un lugar o momento, estaba mal en otro. Y en última instancia, inculcar en Israel la importancia de su identidad nacional como pueblo santo, dedicado exclusivamente a servir los propósitos de Dios en la historia.

*Sed santos porque Yo soy santo.* Curiosamente, una de las motivaciones más señaladas para exigir esa dedicación exclusiva —o santidad— al pueblo de Israel, es la propia santidad de Dios. ¿Pero qué puede querer decir que Dios sea santo? Quizá podríamos suponer que así como Israel se dedica enteramente a Dios, Dios se dedica enteramente a Israel; y así como Israel no ha de tener otros dioses, Dios tampoco tiene otros pueblos. Sin embargo el propio desarrollo de la historia bíblica indica que este no es el caso. Los profetas consideraban que Dios dirigía los destinos de todas las naciones y celebraban el que su Dios fuese reconocido y temido y alabado por todo el mundo. Y en el Nuevo Testamento, los gentiles empiezan a adorar a Cristo y santificarse también para servir al Padre.

Tal vez, entonces, la «santidad» de Dios indicaría que está dedicado exclusivamente a realizar sus propósitos; que no se deja distraer en cuestiones secundarias ni pierde de vista el fin que tiene ideado para la historia de la humanidad. Desde que Dios promete, Dios también cumple. Cumple con la entereza de

propósito que es propia de un ser consagrado a ese fin. En Dios no habría entonces matices ni mezclas de ninguna clase. En él todo es luz, todo es amor, todo es fidelidad, todo es cumplir lo prometido, todo es bondad, todo es gracia y misericordia. No hay ninguna sombra de tinieblas en él. Es «santo».

*Los santos.* En el Nuevo Testamento «los santos», siempre en plural, siguen siendo el pueblo de Dios, ahora expandido con los gentiles que se empiezan a añadir. Aunque es deber de todo cristiano santificarse, dedicarse a Dios sin mezclas impuras, sin embargo no se usa el calificativo de «San» o «Santa» para referirse a las personas en particular. Referirse a una persona así exigiría suponer que todos los demás cristianos estemos menos dedicados a Dios, que seamos menos suyos, menos «santos», en una palabra. Pero esto es imposible. Porque en el Nuevo Testamento, como en el Antiguo, todos nosotros tenemos una misma elección y un mismo llamamiento a dedicarnos enteramente a Dios. Esa es nuestra identidad y nuestra vida: ser santos.

**Satanás** — Ver *diablo*.

**señal** — En el uso corriente, esta palabra tiene muchos sentidos. Puede ser un pago adelantado de una parte del precio, una indicación en la carretera para los conductores de vehículos, y muchas otras cosas. En el Nuevo Testamento la palabra tiene también diferentes usos, pero el que nos interesa aquí es el que se suele entender como equivalente a «milagro».

Tal vez el elemento más esencial del concepto de señal, es que indica otra cosa más allá de sí misma. En el primero de los ejemplos que acabamos de dar, el dinero que se paga anticipadamente señala la intención de cumplir con el pago de la suma total contratada. Funciona como garantía de que se pagará lo demás también. En el segundo de los ejemplos, la señal de tráfico indica la disposición legal de una velocidad máxima o de una prohibición de adelantar, por ejemplo. Así que la señal no es

en sí misma lo esencial, sino que indica la existencia de otra cosa que sí lo es.

En el Nuevo Testamento la palabra se emplea de diversas maneras, pero aquí nos centraremos en ese uso donde solemos entender que una «señal» es algo más o menos equivalente a «milagro» o «prodigio». Así por ejemplo en Mateo 12,38-39:

*Entonces algunos de los escribas y fariseos le dijeron:*

*—Maestro, queremos ver una señal de tu parte.*

*Pero él les respondió:*

*—Es una generación perversa e infiel la que pretende una señal, y no recibirá señal alguna más allá de la señal de Jonás el profeta<sup>13</sup>.*

Entendemos que lo que pretendían esos escribas y fariseos era o que Jesús hiciera un milagro para acreditar ser el portavoz autorizado de Dios que sus palabras daban a entender; o bien que al no poder hacer ningún milagro, quedase en evidencia como farsante y falso profeta.

En el judaísmo posterior hubo rabinos que por su santidad se les conocían milagros, pero en general la tradición rabinica ve con suspicacia todo lo que se pudiera considerar «magia», razonando que aunque sirve para prestigiar a los magos, no contribuye en absoluto al prestigio del Señor. Así que si Jesús respondía con un milagro, quedaba en entredicho como nada más que un «mago»; y si no, quedaba en entredicho por no acreditarse como profeta. En cualquiera de los casos salía perdiendo.

Jesús curaba enfermos todos los días, pero no como espectáculo ni para darse importancia. Así que sale ahora con el tipo de respuesta inteligente e incontestable que se le recuerda en otras muchas oportunidades. Apela al ejemplo de Jonás. Se recordará que con Jonás toda la población de Nínive se arrepintió de sus pecados con tan solo escuchar al profeta, sin ningún prodigio sobrenatural que los convenciera.

---

<sup>13</sup> En este artículo las traducciones del texto bíblico son por D.B.

En Juan 2,11, al terminar de contar lo del vino en la boda de Caná, pone:

*Este comienzo de señales obró Jesús en Caná de Galilea. Dejó ver su resplandor y sus discípulos creyeron en él.*

Lo importante aquí no es la boda ni tampoco la calidad superior del vino, sino que sus discípulos entendieron lo que hizo Jesús como «señal», algo que apuntaba fuera del hecho en sí hacia otra cosa: en este caso, la «gloria» o resplandor de Jesús. Con el resultado de que creyeron en él.

¿Cuál sería esa gloria? Tal vez hubiera que comparar con la otra ocasión en los relatos bíblicos cuando el agua fue transformada en otro líquido: Moisés hizo que el agua en Egipto se hiciera sangre. Fue uno de los milagros que anteceden la liberación de los esclavos y la posterior creación del pueblo de Israel instalado en Canaán, con un pacto eterno con el Señor simbolizado por la recepción de la Ley en el Sinaí.

Jesús vino anunciando la inmediatez del reinado de Dios. El pueblo de Israel, oprimido por los romanos, podía recuperar esperanzas en ser liberado y renovado en su eterno pacto con el Señor. Si había sido maravillosa la experiencia con Moisés, cuando el agua se transformó en sangre que nadie podía beber, cuánto más maravilloso sería este nuevo «éxodo» con Jesús, cuando el agua se transforma en vino que alegra los corazones en la celebración de una boda.

Hay otros momentos en los evangelios cuando alguna acción de Jesús queda descrita como «señal». Como señales, tenderían siempre a indicar algo más allá —y más importante— que el milagro o el acto en sí. Tal vez las multitudes se quedasen solamente con el asombro y la sensación de haber visto algo extraordinario. Pero para los que empezaban a conocer quién era de verdad Jesús y el significado de su vida entre ellos, el sentido último de esos actos iba más allá. Hacía de señal, para indicar algún elemento de la realidad del reinado de Dios en Jesús.

Una curación o un milagro podía tener un efecto limitado —y francamente pasajero— en una o pocas vidas. En cuanto señal, sin embargo, su efecto anunciador podía inspirar a multitudes innumerables, durante generaciones incontables.

**SEÑOR, el** — Ver *Yahvé*.

**Seol** — El lugar de los muertos en el Antiguo Testamento. Un lugar debajo de la tierra. Inicialmente, más o menos lo mismo que «cementerio» o «tumba». Sin embargo en los últimos siglos antes de Cristo, empieza a influir en los judíos la noción griega del «Hades», un reino de sombras y ultratumba, donde los muertos conservan algún tipo de consciencia y existencia más allá de la muerte.

Hay en prácticamente todas las culturas humanas la idea de la pervivencia de los muertos. En primera instancia, está la propia experiencia que nadie puede negar, de la pervivencia de las personas en el recuerdo de los vivos. Al principio hasta solemos «hablar» con los muertos —en la imaginación— mientras nos vamos acostumbrando a aceptar del todo esa ausencia que nos ha provocado su muerte. En algunos casos esta idea de seguir en contacto con los muertos se plasma en la creencia en fantasmas, en miedos supersticiosos en torno a tumbas y cementerios —y hasta en prácticas espiritistas—.

En algunas culturas es tal la reverencia a los antepasados difuntos, que en torno a ellos se erige todo un culto y se levantan altares familiares en su memoria.

Algo de esta idea de la supervivencia de los antepasados más allá de la muerte, hallamos en el comentario de Jesús a partir de que el Señor de Israel dice: «Yo soy el Dios de Abraham, Isaac y Jacob». Jesús añadió que el Señor «no es un dios de muertos», afirmando así que en algún sentido Abraham, Isaac y Jacob seguían vivos a pesar de haber fallecido más que mil años antes. Esta afirmación de Jesús es interesante porque no viene estrictamente obligada por la lógica: No es necesario que Abraham,

Isaac y Jacob sigan vivos, para poder afirmar que Dios «es» el Dios de ellos. Podríamos entender que «Yo soy el Dios de Abraham, Isaac y Jacob» significa, en efecto: «Yo soy el mismo Dios a quien adoraron y sirvieron Abraham, Isaac y Jacob *mientras vivían*».

Jesús y los primeros cristianos creían, al igual que el fariseísmo dentro del cual surgieron como una «secta» del judaísmo, no solo en la pervivencia de la existencia de los difuntos, sino especialmente en su resurrección o revivir al final de los tiempos. La parábola de Jesús sobre el mendigo Lázaro y el rico (Lc 16,19-31), da a entender no solo la pervivencia más allá de la muerte sino también diferentes lugares de destino final, según fueron las obras del difunto. Todas estas ideas eran todavía bastante novedosas y radicales en aquel tiempo; y desde luego distan mucho del concepto de la muerte que rige en la gran mayoría de los escritos del Antiguo Testamento.

En aquellos escritos, se entendía que la muerte es permanente; que los cuerpos de las personas vuelven al polvo del que nacieron y ya nunca más volverán a existir. Quedaba, sí, una esperanza para el futuro, que es la que brindaba la «simiente» o descendencia. Esto es asombrosamente paralelo a como hoy en día algunos científicos afirman que la única función de los organismos superiores (por ejemplo un animal cualquiera o el propio ser humano como organismo viviente), es la reproducción de los rasgos genéticos que contienen las cadenas de ADN. Se diría que los *genes* sobreviven; y que las personas individuales no son más que la expresión circunstancial y pasajera de esos genes. No es así como lo expresan los autores del Antiguo Testamento, pero es más o menos lo que indica la esperanza de dejar una «simiente» cuando uno haya desaparecido. No había infortunio más desdichado en Israel, entonces, que el de morir sin descendencia. Eso suponía morir del todo, desaparecer para siempre de la tierra. Mientras que quien moría dejando descendencia, seguía viviendo en esa «simiente» que había dejado.



«Descender al Seol», entonces —para llegar por fin a una expresión más o menos típica del Antiguo Testamento— vendría a ser sencillamente descender a la tumba. Morir. Los que descienden al Seol ya no pueden adorar al Señor (Sal 6,6[5]; 115,17) ni se enteran de nada (Ec 9,10). Han dejado de existir (Job 7,9; Is 38,18).

La traducción del Antiguo Testamento al griego, que empezó en el siglo III a. C., pone «Hades» donde en hebreo ponía «Seol». Para los griegos, el Hades era claramente un lugar donde los muertos seguían existiendo. Allí conservaban algún tipo de continuidad espiritual con la esencia de lo que habían sido cuando seguían biológicamente vivos. Al poner «Hades» donde en su Biblia hebrea ponía «Seol», los traductores judíos indican estar aceptando la creencia griega en el tipo de existencia eterna —aunque muy limitada— de las «almas» de los difuntos. Esto todavía no es lo mismo que el concepto de «infierno» como lugar de castigo y «cielo» como lugar de gozo eterno. Para expresar esto último habrá que utilizar otra palabra que «Seol».

**sumisión** — En el Nuevo Testamento, el verbo griego *hypotássō* se suele traducir indistintamente al castellano, según el contexto y los traductores, como «someter/se» o «sujetar/estar sujeto».

En otros tiempos, cuando las diferencias sociales se asumían sin rechistar y las personas no eran ciudadanos libres sino súbditos de un soberano, el concepto de sumisión o estar sujeto a un superior, era no solo natural sino necesario.

Cuando Pablo manda y explica, en los primeros versículos de Romanos 13, la necesidad de someterse a las autoridades cívicas y militares del Imperio Romano, lo hace desde el reconocimiento del poder ilimitado que tenían para hacerles la vida imposible — incluso quitarles la vida— a los súbditos del imperio. Un poder así solamente era concebible para Pablo desde la presuposición de que así Dios ponía orden en la sociedad para impedir el caos y la violencia generalizada. No creer que Dios lo ordenaba

habría sido admitir que hubiese algo que se escape al control soberano de Dios sobre todo lo que existe.

Algo parecido habrá sido su razonamiento, seguramente, en cuanto a la sumisión de esclavos a sus amos, o de las esposas a sus maridos, en conformidad con las normas sociales de su día. Al someterse a sus superiores sociales, los cristianos y las cristianas por una parte evitaban entrar en conflictos inútiles cuyo único resultado sería ser sometidos por un poder superior a sus fuerzas para resistir. De una manera —voluntariamente o por la fuerza— iban a acabar teniendo que reconocer su rango inferior. Entonces era más inteligente someterse voluntariamente y así evitar padecerlo a la fuerza, con violencia.

Pero especialmente, esa sumisión voluntaria venía a expresar el convencimiento de que en esta escala social donde mandaban los más fuertes y privilegiados sobre los más débiles y desprotegidos, Dios mismo está sentado en el trono por encima de todas las demás autoridades, humanas, espirituales, angélicas y demoníacas. Ningún poder se puede escapar del poder último de Dios, a quien los cristianos encomendaban su causa, a quien imploraban en sus padecimientos y humillación.

En esto seguían el ejemplo de Cristo, que por la esperanza que tenía en el Padre, por la certeza de la resurrección y gloria que le aguardaba, se sometió al tribunal saduceo y al juicio de Pilato, incluso a la violencia del centurión que lo crucificó y de los soldados que lo clavaron a una cruz. Los cristianos también habían de llevar su cruz —sabiendo que su propia cruz los hacía participar en la cruz de Cristo— con la esperanza de alcanzar ellos también resurrección y gloria. Porque sobre todas las demás autoridades está el Trono en el cielo, con Cristo sentado a la diestra de la Majestad en las alturas.

Este discurso sobre la necesidad de sumisión de las personas inferiores en el escalafón social del Imperio Romano, sin embargo, se ve matizado y socavado por otro discurso, que es el de las relaciones en el seno de la comunidad cristiana. Aquí lo necesario es en primer lugar estar sometidos unos a otros, y todos al

Espíritu, que por medio de cualquier hermano o hermana, tal vez hasta de una esclava sin honra ni independencia personal, pudiera pronunciarse proféticamente sobre la vida de cualquiera. Someterse unos a otros en un proceso de discernimiento en comunidad, en la mutua confesión de pecados, en la mutua exhortación a la santidad en Cristo.

Luego también, junto con el discurso de sumisión de los débiles, está el discurso de amor, suavidad, tacto, y generosidad de los fuertes. En Efesios 5 la esposa debe someterse al esposo como la iglesia se somete a Cristo; pero a la inversa, el esposo ha de amar y mostrar generosidad de espíritu hasta entregar la mismísima vida por el bien y la felicidad de su esposa. Pedro dice que si los esposos no se ponen de acuerdo en esta relación, que viene a ser una expresión más de esa *sumisión mutua*, entonces sus oraciones hallarán impedimento y no serán atendidas por Dios. Entre tanto, bien es cierto que Pablo manda al esclavo fugado Onésimo regresar a las órdenes de su amo Filemón; pero en su carta insta a Filemón a no tratarlo como un esclavo, sino como un hermano; como si se tratase nada menos que del mismísimo apóstol Pablo.

Pero es que Jesús ya había dicho que en la comunidad de sus seguidores, lo primeros serían los últimos; los principales serían los que se humillaban como niños (que eran los últimos en el escalafón social de aquella era, equiparables a los esclavos); los más importantes serían los que más se dedicaban a servir a los demás.

Pero entonces, si la disposición servicial es lo que nos da la talla de la auténtica autoridad espiritual en la comunidad cristiana, tal vez lo que más corresponde al Reinado de Dios sería que los varones se sometieran a las mujeres, y los amos a los esclavos. Entonces resultaría que el Reino de Dios es realmente lo que pretende ser: un reino al revés, donde las apariencias engañan y Dios está haciendo algo nuevo, revolucionario, en la sociedad humana.

**superstición** — Credulidad exagerada; la atribución de una conexión de causa y efecto entre dos eventos o cosas que suceden, donde no existe realmente tal conexión en un sentido material y constatable.

En el vocabulario de los romanos, la superstición era un exceso, una desmesura en la atribución de lo que nos pasa en la vida, a la intervención de los dioses. Una cosa era la religión: una forma ordenada y ritualizada de relacionarse con los dioses; otra cosa era la superstición: el imaginar que los dioses y demonios intervenían caprichosa y habitualmente en el orden natural de las cosas.

La superstición (como contrario del sentimiento religioso justo, o como exceso de credulidad respecto a la actividad sobrenatural) depende bastante de quién sea el que opina. Los romanos, por ejemplo, consideraban que los cristianos eran supersticiosos, porque atribuían a la actividad de un tipo que ellos habían crucificado y dejado bien muerto, toda clase de intervención en sus vidas: curaciones, protección, prosperidad, etc. Mientras que los cristianos considerarían, seguramente, que eran los paganos los supersticiosos, por adorar lo que no eran dioses de verdad sino fábulas estúpidas.

Hoy día los ateos consideran que no existe distinción entre la religión y la superstición, sino que es todo ello igualmente fabulación y credulidad sin ningún fundamento en la realidad. Para ellos, ese *exceso* de credulidad sería cualquier tipo de fe religiosa.

El cerebro humano es un instrumento maravillosamente evolucionado para hallar conexiones. Ya desde niños nos entretiene unir los puntos numerados en una hoja de papel con el trazo de un lápiz. Es rara la vez que el resultado sorprenda. Ya nuestra imaginación había visto la conexión entre esos puntos sueltos dispuestos en la lámina y sabíamos qué era lo que dibujaban.

Esta capacidad de inferir conexiones es muy útil. En las relaciones interpersonales, por ejemplo, podemos adivinar que si tratamos a la gente de determinadas maneras, reaccionarán de

formas previsibles. Y la ventaja de saber esto de antemano, por nuestra capacidad de hilar la relación de causa y efecto en las relaciones, es enorme para el ser humano.

Luego también nuestro cerebro al juntar una cosa con otra y organizarlas, lo hace con una narrativa, con una historia continua que procede ordenada y lógicamente. Si vemos un banco en una plaza, imaginamos con cierta facilidad la narrativa de su fabricación en un taller y de su colocación en la plaza por obreros municipales.

Pero no siempre acertamos ni en la conexión de una cosa con otra, ni en la narrativa que nos inventamos para explicarnos el porqué de las cosas. En la antigüedad la gente veía salir y ponerse el sol y les podía parecer verosímil contar historias sobre su muerte y resurrección cada 24 horas. Seguimos haciendo esto hoy. No saber algo es muy poco inconveniente: somos perfectamente capaces de imaginar explicaciones razonables, narraciones de causa y efecto que nos lo expliquen satisfactoriamente. Explicaciones en todo caso falsas; tan falsas como las «leyendas urbanas» que circulan en nuestra sociedad. Tan falsas como esos emails tan molestos que nuestros amigos nos reenvían sin comprobar si lo que ponen es cierto.

Observo que entre los cristianos —como entre la gente en general— hay diferentes niveles de fe y de credulidad. Observo que la fe acrisolada de unos, a otros les parece poco menos que incredulidad rebelde contra Dios y su Palabra. Mientras que a aquellos, la fe sincera de estos les parece pura superstición y credulidad descerebrada.

Yo —¡Ay de mí!— confieso igual impaciencia con la credulidad supersticiosa de quienes se creen gigantes espirituales por tragarse cualquier disparate —cuanto más disparatado mejor— que con ateos incapaces de ver nunca la mano de Dios. No son fáciles de convencer, ni los unos ni los otros. Pero no pienso que creer en el Dios y Padre de Jesucristo y adorarlo, me obligue a inventarme toda suerte de conexiones donde no las hay.

Realmente no sé si es posible distinguir entre la fe y la credulidad supersticiosa. Yo me imagino ser un hombre de fe, aunque no supersticioso. Pero en ese equilibrio personal de que presumo, unos seguramente opinarán que soy un descreído con poca fe, mientras que otros, al contrario, seguramente piensan que soy perdidamente supersticioso por el mero hecho de creer en Dios. Y por atribuir a la guía del Espíritu Santo las decisiones más importantes de mi vida.

Quizá este tema se nos tenga que quedar así, entonces: En un respeto de las creencias sinceras de cada individuo, por una parte. Y en la admisión, con cierto sano sentido de humor, que lo que cada uno creemos, otros inevitablemente tacharán de superstición.

**tabernáculo** — Una carpa rodeada por un rectángulo configurado por cortinas, que delimitaban en Israel un espacio que se consideraba sagrado, dedicado al encuentro entre Dios y los hombres (representados estos por sacerdotes debidamente consagrados). El término hebreo, *miscán*, viene del verbo *sacán* (instalarse, posarse, habitar, acampar) y significaría algo así como «lugar donde se ha posado o instalado —o donde habita o acampa— la deidad».

La Biblia sitúa la construcción del tabernáculo en la generación del desierto, indicando a la vez detalladamente, los materiales que se emplearon en su fábrica. La descripción del tabernáculo que nos ofrece el libro de Éxodo indicaría toda suerte de materiales nobles cuya obtención en medio del desierto resulta desde luego muy sorprendente. La carpa entera estaba recubierta, por ejemplo, con pieles de *tajás*, delfín, un animal que como se comprenderá no es que abunde, precisamente, en los desiertos. Ante esta dificultad algunos traductores han ensayado traducciones creativas: Reina-Valera 1960 pone *pieles de tejón*, la versión Dios Habla Hoy lo deja en *pieles finas*.

Las descripciones del tabernáculo en Éxodo, con sus finísimos y carísimos materiales de construcción, puede que confundan la

vieja carpa de encuentro con Dios que se instaló en Siló (en la cual todavía en la niñez de Samuel seguía el Arca de la Alianza y que inspiraba peregrinaciones), y la carpa que mandó fabricar el rey David en Jerusalén<sup>14</sup>. El Arca era el talismán de guerra de las huestes de Israel [ver *arca*]. Se suponía que traía la presencia divina a sus batallas y por consiguiente, aseguraba sus victorias. Se recordará que cuando el profeta Natán prohibió a David construir un templo de piedra para el Arca, David mandó fabricar ese real tabernáculo para alojar la Presencia divina junto a su palacio.

Habría habido entonces dos tabernáculos en tiempos bíblicos. El antiguo, ajustado a las exigencias para el desierto en tiempos de Moisés y Josué, pero que se abandonó cuando los filisteos vencieron a los israelitas y se llevaron el Arca. Y otro fabricado con materiales nobles en Jerusalén, cuya descripción podría ser más o menos la que encontramos en Éxodo 26.

La forma, tanto de este tabernáculo como del templo, es de tres cuadrados. El lugar santo ocupa un rectángulo equivalente a dos cuadrados; el lugar santísimo ocupa el tercero. Estas mismas proporciones son típicas de los templos cananeos. En la Biblia, como en la religión cananea, se supone que estas proporciones se corresponden con un modelo celestial, que los templos de la tierra imitan.

Uno de los nombres más típicos de Dios en la Biblia es El. En la mitología cananea, El habita en una tienda, puesto que es el dios de la guerra. La tienda de campaña militar de El tenía el mismo tipo de estructura que el tabernáculo de Éxodo 26: un marco de pilares y vigas de madera, recubierto de cortinas de bellísima factura. Esta tienda se encontraba, según los cananeos, en un monte mitológico en el extremo norte de la región, el Monte Safón. Curiosamente, en alguno de nuestros salmos, el monte templario de Jerusalén se describe poéticamente como el Safón o Norte.

---

<sup>14</sup> Frank Moore Cross, *From Epic to Canon: History and Literature in Ancient Israel* (Baltimore: Johns Hopkins Univ. Press, 1998), pp. 84-95.

Simultáneamente, sin embargo, los cananeos entendían que El reside en las profundidades del mar. Este detalle recuerda a Cross el tema de las pieles de *tajás* y la incongruencia de hallar esas pieles en el desierto. Pero desde luego si el dios El mora simultáneamente en el monte Safón/Norte y también en las profundidades del mar, el empleo de pieles de delfín para esa morada divina —de la que el tabernáculo sería una imitación en la tierra— resulta apropiado.

¿Qué podemos sacar en limpio de todo esto?

¿Hay aquí algo que nos pueda ser de edificación a los cristianos del siglo XXI?

Creo que es universal en el corazón humano anhelar la presencia de Dios, de un Dios vivo y real, que no nos abandona sino que nos acompaña a lo largo de toda la vida. La idea de que Dios habite en una tienda o carpa móvil, nos comunica que no importa adónde vayamos, Dios viene con nosotros y jamás estará lejos. A aquellas generaciones de la antigüedad de Israel, la carpa donde posaba la gloria de Dios les pudo comunicar esta idea de proximidad divina. Pero hasta el día de hoy, el recuerdo de aquella carpa en medio del campamento de Israel, debería sernos también reconfortante como idea de su cercanía y su compañía en todo lugar y ante cualesquier peligros.

**temor** — 1. Miedo, terror, sensación de espanto por un peligro inminente. 2. Reverencia, respeto, adoración, amor.

1. El temor se presenta normalmente como una reacción negativa, indeseada, frecuentemente injustificada, ante los hechos o ante la revelación de Dios. «El amor echa fuera el temor; y en el amor perfecto no hay temor» (1 Jn 4,18).

En la Biblia, las primeras palabras cuando se aparecía un ángel eran: «No temas». Parece ser que la aparición de un ser tan directamente conectado con Dios y con el cielo provocaba la misma reacción que la habitual en los protagonistas de ciertas películas hoy día, cuando se encuentran ante un alienígena o extraterrestre. Sabiéndose tan hondamente limitados y mortales



ante un ser inmortal con poderes superiores, los personajes bíblicos sienten espanto y temor en la presencia de los ángeles. Pero es un temor que aunque natural, no está justificado; por cuanto la aparición de los ángeles es habitualmente para traer buenas noticias de salvación inminente para el pueblo de Dios.

En otros casos, el temor es negativo y no se justifica porque resulta de una falta de fe y confianza en Dios. Los enemigos mucho más numerosos y mejor armados que el pueblo de Dios solo espantaban a los que ignoraban que «Son más los que están con nosotros que los que están con ellos», como le dijo Eliseo a su siervo (2 R 6,16), y que el poder de Dios es plenamente capaz de defendernos de cualquier enemigo. Ninguna circunstancia negativa, ninguna situación en que nos podamos encontrar, resulta jamás imposible de resolver para el Señor. De ahí las frecuentes exhortaciones a descansar y confiar tranquilos, esperando y observando actuar la salvación de Dios.

En efecto, defendernos nosotros mismos en lugar de esperar en Dios denuncia que lo que nos mueve es el miedo; por cuanto si Dios nos defiende, sobra y es ridícula cualquiera defensa humana. Los cobardes pelean; pero los valientes esperan en Dios. Ambos pueden sufrir y morir a pesar de todo. Pero los cobardes no entrarán a la Vida (Ap 21,8), mientras que los que confían en Dios hallarán recompensa eterna.

Hasta cierto punto —y admitiendo que sobre este tema hay opiniones y testimonios muy diferentes— esto mismo es aplicable al ámbito espiritual. Quien por la gracia de Dios vive libre del temor, no pelea contra demonios y malos espíritus. Sencillamente se encomienda a la protección de Dios, luego se olvida de que existan tales cosas y se dedica a la fidelidad a Dios, la adoración y las buenas obras. No se deja espantar por sombras ni ninguna realidad invisible, por cuanto confía que el Creador y Sustentador de todo lo que existe vela por su bien.

**2.** La palabra «temor» se emplea frecuentemente en la Biblia para expresar el concepto de reverencia o respeto o sumisión delante de Dios.

«Temer a Dios» y darle gloria o adorarle, son términos más o menos equiparables. «Temer a Dios» es reconocernos sus inferiores, reconocer que por la insalvable diferencia de poder y autoridad entre Dios y nosotros, estamos obligados a obedecerle sin rechistar y a expresarle ardientemente nuestra devoción y adherencia y lealtad. Vivimos con tan especial intensidad esta lealtad personal a Dios, que «temer a Dios» viene a ser lo mismo que amarle.

Es tan infinita la diferencia de rango entre Dios y nosotros, que este temor es el necesario contrapeso a un exceso de familiaridad y presunción con que algunos tratan a Dios como si fuese nuestro igual, dándole órdenes como si fuese nuestro mandado. Las oraciones en la Biblia nunca olvidan nuestro carácter de peticionarios ante un superior, de súbditos ante un soberano absoluto con derecho a disponer a capricho de nuestra vida y muerte. Expresan confianza, sí, pero solo porque este ser tan infinitamente superior ha declarado sernos propicio y favorable. Y las oraciones en la Biblia, por consiguiente, nunca olvidan las formas —que son de hondo respeto, reverencia y humillación hasta el polvo ante quien no somos dignos de presentarnos—.

Jesús —bien es cierto— nos enseñó a tratar al Señor de Papá. Pero ese amor y esa confianza filial nunca deberían llevarnos a olvidar que este Papá sigue siendo el Amo y Señor del universo entero, mientras que nosotros somos como la hierba, que hoy florece y mañana se marchita y desaparece. Que Dios nos conceda con magnanimidad el privilegio de tutearnos con él, no debería hacernos perder la cabeza: ¡No! ¡No somos iguales a él!

- Estas dos acepciones —la negativa y la positiva— del término «temor», parecen contradictorias. Pero es necesario no privilegiar un sentido contra el otro, sino vivir plenamente ambas cosas a la vez.

**templo** — Edificio, normalmente monumental, donde se aloja la imagen que hace concreta la presencia de un dios. En Jerusalén

cumplía simbólicamente la misma función, aunque sin imagen divina.

Los templos parecen haber existido desde una antigüedad muy remota en todas las civilizaciones importantes. Se conocen en Sumeria, miles de años antes de Abrahán. Aunque del antiguo Egipto son más notables las pirámides funerarias, también existieron templos monumentales. Como los hubo también en el subcontinente índico y en las culturas del lejano oriente: China, Camboya, Japón, etc. Los templos piramidales de Mesoamérica parecen acusar influencias chinas.

En el mundo cananeo donde surge Israel, hubo entonces templos desde tiempos remotos de la antigüedad, a la vez que altares monumentales en «lugares altos» (la cima de ciertas colinas o montes), y una proliferación de *matsebás* (piedras clavadas verticalmente, en representación de la deidad masculina) y *aserás* (troncos o palos clavados verticalmente, en representación de la deidad femenina).

Los templos fenicios tenían una disposición de dos cámaras, como imitaría a la postre el templo al Señor de Israel, en Jerusalén. En cuanto a este, se conoce que la cámara interior tenía la forma de un cubo de unos diez metros de lado, mientras que la exterior o primera, era rectangular, duplicando exactamente el volumen de la otra. A la primera solían entrar los sacerdotes para el ritual diario; a la interior, o «lugar santísimo», se entraba una vez al año. Allí estaba el Arca sobre la que posaban las estatuas de dos querubines, enormes y forradas de oro. Los querubines no representaban a Dios mismo, sino probablemente su «trono» o cabalgadura [ver *querubines*].

Según los relatos bíblicos, Salomón había construido este templo integrándolo a su complejo palaciego, «la ciudad de David», donde vivía con su harén. Había allí además un gran número de otros templos menores, dedicados a las diferentes deidades que adoraban sus esposas. Como el acceso al interior del templo al Señor en Jerusalén estaba limitado a un número muy exclusivo de sacerdotes, la mayoría de los adoradores

rendían culto —en las festividades anuales y en las horas diarias de sacrificio— en el «atrio» del templo: una explanada al aire libre frente al edificio templario. Allí se encontraban el altar y el «mar» de bronce lleno de agua para los rituales de purificación, y dos columnas inmensas junto a la entrada del templo.

Destruído por los babilonios tres siglos después de su construcción, en el siglo V a.C. se construyó otro en Jerusalén, dedicado también al Señor de Israel, por orden del rey persa. En el siglo II a.C. el emperador griego de Siria lo dedicó a Zeus, interrumpiendo el ritual judío, que se restableció con la victoria de los macabeos. Hacia el año 20 a.C., Herodes el Grande lo reconstruyó a escala monumental. El templo de Herodes rivalizaba con los más magníficos que pudiera encontrarse en el mundo romano, pero fue destruido en el 70 d.C. cuando el ejército romano tomó Jerusalén tras el alzamiento y la brevísima independencia de los judíos. Nunca se volvió a reconstruir, aunque los romanos construyeron en el monte de Sion un templo dedicado a Júpiter Capitolino.

Los soberanos persas y griegos habían empleado el templo de Jerusalén —y otros a lo ancho de su imperio— como tesorerías estatales donde almacenar caudales. A estos efectos, la legislación bíblica de los judíos especificaba la entrega de diezmos, ofrendas y contribuciones obligatorias en especie, que convertían el templo en una auténtica máquina de generar ingresos para la corona, que nunca se inhibió de «saquear el templo» (que es como lo sentían los devotos judíos) cada vez que se vieran en necesidad de sus fondos.

Hay un número de salmos que nos dejan ver el hondo sentimiento de devoción religiosa que inspiraban las peregrinaciones anuales al templo de Jerusalén, acompañadas de cánticos y salmos, en un ambiente festivo a la vez que religioso, seguramente reminiscente de las romerías populares en España. Había en esas ocasiones generosa consumición de carne, que era un alimento especialmente preciado porque su consumo no estaba normalmente al alcance de las clases trabajadoras.

Casi todas las tradiciones cristianas han dado en referirse a sus lugares de culto como «templo». Algunas tradiciones evangélicas, sin embargo, entendemos que «templo del Espíritu Santo» somos nosotros, el pueblo de Dios y cada cristiano en particular. Así es como se expresa el Nuevo Testamento. Aunque los apóstoles predicaron al principio habitualmente en el atrio del templo de Jerusalén, también conservaron palabras muy duras de Jesús, que desconfió rotundamente de toda la pompa y riqueza y poder mundanal que representaba ese edificio construido por Herodes.

**teología** — Es el estudio y la disertación sobre Dios (*theo* en griego). Es comúnmente sabido que *logos* significa «palabra» en griego. Podríamos decir entonces que la *theo-logía* es las palabras con que hablamos acerca de Dios. Los *teólogos* serían los doctores o eruditos que conocen al detalle lo que es correcto o no decir al hablar sobre Dios y describir a Dios. Pero la *teología* en sí, hablar acerca de Dios, es la realidad y responsabilidad ineludible de todo cristiano. No sabríamos vivir sin hablar sobre Dios y sobre nuestra experiencia vivida en relación con Dios.

Podríamos decir que la *teología*, hablar sobre Dios, es demasiado importante como para dejársela a los *teólogos*. Si Dios es real y si incide en cada una de nuestras vidas, si es impensable para nosotros afrontar cada día sin tenerle a nuestro lado, resulta también impensable dejar que solamente pudiesen hablar de Dios unos eruditos que viven con la vista metida en libros.

Cuando suspiramos «¡Ay, Dios!» o «¡Dios mío!», estamos dando expresión al convencimiento de que Dios existe y que atiende a nuestros suspiros y nos comprende perfectamente aunque no nos pongamos a explicarle por qué le hemos invocado. Es *teología*, hablar de Dios.

Si al contrario alguien exclama «¡Me c--- en Dios!», está expresando groseramente la idea de que aquello desafortunado

que está viviendo o que le ha pasado, es porque Dios así lo ha querido para fastidiarle; o al contrario, lo dice porque ni siquiera cree que Dios exista. Es *teología*, hablar de Dios.

Si decimos que hemos caído tan bajo y nuestros pecados son ya tan horrendos que Dios jamás nos podrá perdonar, estamos haciendo una afirmación teológica —errónea, por cierto— acerca de ciertas limitaciones que atribuimos a su divina capacidad de perdonar.

Si al contrario opinamos que Dios nos tiene que perdonar siempre que se lo pidamos y aunque no tengamos la más mínima intención real de enmendar nuestros pasos, estamos haciendo una afirmación teológica —también equivocada—. Estaríamos afirmando que su perdón es una especie de mecanismo automático que nosotros podemos manipular con facilidad.

Si afirmamos que Dios no existe, bueno, ahí hay tela. Los judíos y cristianos de la antigüedad, en tiempos bíblicos, probablemente fueron tenidos por ateos por la mayoría de sus vecinos. Para ellos Marte, Venus, Saturno, Sol, Luna, y todos los astros del cielo eran dioses; y se tenían que escandalizar de que para estos otros, no fuesen más que luces que alumbran en el cielo. Cuando alguien afirma que no cree que Dios exista, habría que ver quién y cómo es ese dios que creen que no existe. Tal vez pudiera uno estar de acuerdo con ellos, sin negar a Aquel que sí existe y a quien amamos.

No he tenido muchas conversaciones con ateos pero me fascinan sus escritos. Muchos ateos lo son en rebeldía contra ideas supersticiosas y manipuladoras de Dios que les han intentado meter desde niños para obligarles a ser conformistas y a no pensar por cuenta propia. A algunos les han inculcado que para creer en Dios hay que negar la investigación histórica y los descubrimientos científicos. Si creer en Dios nos obligase a ser ignorantes capaces de tragarnos cualquier fantasía a la vez que negamos la realidad, entonces adelanta mucho quien no cree en Dios.

Obviamente, se entenderá, yo no creo que creer en Dios nos obligue a eso. Me parece que mi vida vivida en relación permanente con mi Creador es perfectamente compatible con cualquier cosa que se descubra que es cierta, e incompatible con cualquier cosa que se descubra que es mentira.

Todas estas afirmaciones, de un signo y del contrario, incluso las afirmaciones ateas —la negación de que Dios existe— son de suyo afirmaciones teológicas.

Algunas ciertas, otras no.

Y ahí está el quid de la cuestión de la teología como tema de investigación, estudio y reflexión humana: saber distinguir entre lo que es cierto y lo que no, cuando hablamos de Dios.

Para los cristianos, la reflexión teológica es inseparable del hondo conocimiento de las Escrituras. Para nosotros, los siglos de relación del pueblo hebreo y cristiano con Dios encerrada en los dos Testamentos de la Biblia, es una fuente esencial adonde volvemos una y otra vez para beber y refrescar nuestras ideas.

Pero no solamente la Biblia. El estudio correcto de la Biblia tiene que contextualizarse en la experiencia de la comunidad de fe, donde vivimos y compartimos unos con otros lo que supone vivir en relación con Dios. Es en la comunidad de los que se disponen a seguir a Jesús en su mansedumbre, humildad y compasión, que nuestro «hablar de Dios», nuestra *teología*, ofrece mayores garantías de ajustarse a la realidad.

**testamento** — Ver *pacto*.

**Trinidad** — Término con que en los primeros siglos de existencia de la iglesia, se acabó de definir el enigma de que Dios, siendo uno y único, se manifestase como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Los autores del Nuevo Testamento no parecen inquietarse por el dilema lógico que plantea «la Trinidad» (un término que no aparece en la Biblia). Como herederos que son de la tradición

judía y el Antiguo Testamento, dan por supuesto que Dios es uno y único. Jesús añade enseñar a sus discípulos a tratar a Dios con la expresión infantil *Abba*, «Papá».

Sin negar en absoluto que Dios es uno y único, el libro de Proverbios había propuesto la existencia de *Jocmá*, Sabiduría, personificada allí como mujer, de quien dice que estuvo presente juntamente con Dios en la Creación, y sin la cual nada de lo que existe pudiera haberse creado. Entre tanto la filosofía griega había producido su propia idea de un Dios uno y único, entera y absolutamente Espíritu, que nada puede tener que ver con el universo material. Esta filosofía enseñaba también la existencia del *Logos*, la Palabra, intermediario necesario, capaz de relacionarse con Dios a la vez que con la mente de los seres humanos.

En distintos escritos del Nuevo Testamento tenemos, entonces, la idea de que *Jocmá* (Sabiduría) o *Logos* (Palabra) se hizo materialmente presente en la persona de Jesús. En esta condición, funcionó a todos los efectos prácticos y reales como Dios presente en medio de la humanidad. Dios es uno y único y está en el cielo (y en todo lugar), a la vez que se hizo presente en carne, en la persona humana de Jesús.

Los apóstoles alegan, entonces, que este hombre humano, Jesús, existe eternamente antes de hacerse humano; que sin él nada de lo que fue creado puede existir y que, de hecho, él es ahora quien «sustenta» el universo entero desde el cielo, donde, a la diestra de Dios, determina el desenlace de la historia. El Apocalipsis, por ejemplo, se refiere frecuentemente «al que está sentado en el trono y al Cordero», de tal suerte que nos siembra la duda de si son dos o si es uno.

Dios es nuestro Padre, nuestro *Abba*. Jesús es Sabiduría de Dios y Palabra de Dios —algo que naturalmente, de suyo, es inseparable de Dios mismo— viviendo entre nosotros en carne. Dios es Espíritu Santo, por supuesto, naturalmente: ¿Qué iba a ser si no? Y ahí nos deja la cuestión la Biblia.

Pero la iglesia temprana tuvo que lidiar con dos retos, desde direcciones contrarias. Por un lado hubo quienes negaron que



Jesús fuese más que un profeta. Quizá el más grande de todos los profetas, por qué no, pero esencialmente humano y nada más. Por el lado contrario, hubo quienes negaron que Dios se materializara de verdad en un ser humano: decían que solamente *pareció* ser humano, pero en realidad Jesús era divino y nada más. La iglesia se reafirmó en sostener el testimonio de los apóstoles en el Nuevo Testamento: Cristo y Dios son uno, Jesús fue mucho más que un profeta. Y fue de verdad humano; nació de una madre y murió como todos nosotros (aunque después resucitó).

Esta reafirmación cristiana da lugar a debates posteriores tratando de encontrarle sentido a que Dios pudiera ser uno, pero a la vez Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Al final se opta por la idea de un único Dios que existe eternamente en tres personas: la Trinidad.

Esto no lo solucionó todo; no inmediatamente, por lo menos. Es absurdo pensar Dios pueda tener madre —opinó por ejemplo un tal Nestorio— de manera que María tuvo que ser madre de la humanidad de Cristo, pero no de su deidad. No —sentenció la iglesia— María tiene que ser «Madre de Dios», en el sentido de que es imposible diferenciar, distinguir o separar entre la humanidad y la divinidad en Cristo.

El término griego para decir «persona», *prósopon*, traducible también como «cara», significaba para los cristianos griegos algo así como la máscara que se ponía un actor para interpretar diferentes «personajes» en una obra de teatro. Un mismo actor podía ser tres «personas» en una obra, según la máscara que se pusiera.

Se tradujo *prósopon* al latín como «persona», sin embargo, un concepto que acabó evolucionando en el sentido de *personalidad*, individualidad de voluntad, intelecto, decisiones, identidad. Entendidas así las «personas» de la Trinidad, empieza a aparecer la idea de que Padre, Hijo y Espíritu Santo puedan relacionarse entre sí cada cual con su propia identidad y voluntad y opiniones. Pero entonces hemos caído en la herejía de enfatizar

hasta tal punto que son tres, que ya no sabemos qué significa decir que sean uno. Esto es el efecto contrario al que pretendía la iglesia cuando optó por decir que el Dios uno y único se expresa eternamente en tres *prósopon* o caras, en el sentido griego.

Entiéndase como se entienda (o no entienda) la Trinidad, lo esencial sigue siendo poder aceptar todo lo que dice la Biblia acerca de Dios nuestro Padre, acerca de Jesús el Hijo, y acerca del Espíritu Santo.

**unción** — Acto de ungir, con el que en Israel se instituía a reyes y sumo sacerdotes para el ejercicio de su cargo.

El verbo *chrío* (de donde deriva el término *Christos*, en castellano *Cristo*) figura en pocos textos griegos e indica una acción de engrasar, normalmente frotando, como quien engrasa una espada para evitar que se oxide. El sustantivo (*chrisma*, *chrima*) viene a ser una crema o pomada medicinal que se aplica con movimientos de frotación a modo de masaje.

El ritual de engrasar, o sea derramar un perfume a base de aceites sobre la cabeza y el cuerpo, se conocía entre los antiguos hititas (en lo que es hoy Turquía) como parte de la ceremonia de coronación de sus reyes. Estos ejercían a la vez de sacerdote principal del reino. Bien sea en cuanto rey o como sumo sacerdote, parece ser que se creía que el acto de engrasamiento —o sea unción— otorgaba al rey hitita poderes sobrenaturales que le capacitaban para ejercer el cargo.

En la región al sur de los hititas, los cananeos —entre ellos los jebuseos que habitaban en Jerusalén— adoptaron la costumbre de engrasar o ungir a sus reyes como parte de la ceremonia de coronación.

*En el Antiguo Testamento.* Llegamos así a los israelitas, sucesores de los cananeos, que también emplearon ese rito. El verbo hebreo es *machaj* (de donde viene *Machíaj*, en castellano *Mesías*). Sin embargo en Israel el sumo sacerdote y el rey eran personas diferentes, de linajes diferentes. Ambos, entonces, el

rey y el sumo sacerdote, eran ungidos en Israel al acceder al cargo. Se entendía que en el acto de engrasamiento o unción, el Señor les confería los poderes y las potestades necesarias para el ejercicio de su cargo. Aunque todos los reyes de Jerusalén pasaron por este rito cuando su coronación, en el Antiguo Testamento el rey David es considerado el *Mesías* o *ungido* por excelencia.

En Isaías 61,1, el profeta dice estar ungido por Dios «para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor». Como no hay ningún otro indicio de que los profetas se ungieran al estilo de los reyes y sumo sacerdotes, hay que suponer que Isaías habla aquí en un sentido figurado: se siente expresamente autorizado por Dios para anunciar al pueblo estas medidas de alivio en medio de la opresión e injusticia.

La palabra *Mesías* sigue su propio desarrollo en las profecías, los salmos y especialmente la esperanza popular de los judíos. Está claro que para cuando llega Jesús de Nazaret, había un enorme anhelo de un Mesías o Cristo, un «engrasado» o «ungido», que liberara al pueblo del yugo del opresor romano y trajera un gobierno directo de Dios sobre los judíos: un gobierno de justicia, paz y prosperidad. Aquellos salmos que, a la antigua usanza de los de los cananeos, proclamaban al rey ungido como un hijo de Dios, suscitan entre los judíos casi mil años más tarde una esperanza en que ese rey que esperan, salvador del pueblo judío oprimido, vivirá para siempre y que su reino será eterno.

*En el Nuevo Testamento.* Aquí, las esperanzas en un ungido — es decir el Mesías o Cristo— se declaran colmadas en la persona de Jesús de Nazaret.

El Nuevo Testamento no conoce otro *Cristo* que Jesús. No admite que pueda haber otros «ungidos» (otros *cristos*) aparte de Jesucristo.

*El verbo ungir en 2 Cor. 1,21-22.* Aquí podría ser que Pablo estuviera diciendo que su condición de apóstol se debe a haber sido ungido en determinado momento. Sin embargo, como aquí

este concepto va en paralelo con el de haber sido sellado y haber recibido el Espíritu Santo, parecería más natural suponer que Pablo se está refiriendo concretamente o a su bautismo o bien a una experiencia interior de «bautismo» o «plenitud» del Espíritu Santo. Experiencias, ambas, comunes a todos los cristianos.

Unción *en 1 Juan 2,20.27*. Seguramente es esta una referencia o al bautismo o bien a la labor continua y permanente del Espíritu Santo en la vida de todos los cristianos. El efecto expreso de esa unción es aquí que los cristianos tienen conocimiento de la verdad. Jesús había profetizado acerca del Espíritu Santo: «Pero cuando él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga» (Juan 16,13). En 1 Juan, se entiende que esto en efecto ha sucedido con quienes leen la carta.

La idea de «unción» como un «no sé qué» de espiritualidad intensa en determinadas reuniones o personas, es ajena a la Biblia. Nace y tiene un desarrollo importante en las últimas décadas, entre cristianos de tradición carismática y pentecostal.

**ungido** — Ver *Mesías*.

**vergüenza** — Sensación de humillación personal ante la baja opinión de uno que tienen o profesan los demás.

En la antigüedad y hasta hoy en muchas partes del mundo, el sentimiento de vergüenza ha sido uno de los controles más importantes de la conducta humana, socializando al individuo para que se conduzca de una manera aceptable para su entorno.

A manera de contraste, diríamos que para los occidentales es mucho más importante la conciencia personal. Saberse inocente en el fuero interior es relativamente más importante que lo que piensen de uno los demás. Pero no era así en la antigüedad ni es así en muchas partes del mundo hoy.

Esta idea de que es posible mantener la cabeza alta con dignidad, piensen lo que piensen los demás con tal de saberse uno inocente, habría resultado curiosa (y profundamente antisocial)

a los autores bíblicos. Ellos, como una proporción importante de la humanidad hasta el día de hoy, no concebían del ego (el yo) como una identidad autónoma sino que la identidad venía configurada por el entorno social. Yo soy quien las personas a mi alrededor opinan que soy. Necesito saber cómo me ven ellos para saber cómo me veo yo mismo. Si se burlan de mí y me desprecian sufro, porque eso constituye para mí una disminución real y evidente de mi valor como persona. Si me alaban y me honran lo disfruto, porque esos halagos dan fe de mi auténtica valía personal. Yo podía sospechar que valgo mucho, pero esa opinión solamente se sostiene cuando lo afirman los demás.

Así las cosas, es relativamente más importante en el mundo bíblico la vergüenza que la culpa. Una cosa que sorprende a los occidentales cuando vamos a otras latitudes, es que lo importante allí no es ser justo sino parecerlo, lo importante no es ser inocente sino conseguir aparentarlo. Si el mundo se desmorona alrededor de mí no es por lo que haya hecho —por mi culpa— sino porque me hayan pillado —por mi vergüenza—.

Así las cosas, entonces, no hay peor condición social que la del «sinvergüenza», la persona que no siente vergüenza aunque se descubran sus crímenes. Pero no es un sinvergüenza quien actúa mal sino aquel al que han pillado y sin embargo pretende conservar todo su prestigio personal como que «aquí no ha pasado nada». Mientras nadie lo sabía, en efecto, nada ha pasado (no hay de qué avergonzarse); pero cuando se sabe, entonces las personas honradas padecen vergüenza. Esconden la cara y les produce sofoco tener que aparecer en público.

Pero no solamente las personas malvadas cuya maldad sale a la luz. El inocente falsamente acusado padece igual vergüenza, igual martirio social. Protestan airadamente su inocencia tanto el culpable como el inocente, entonces, porque lo que hay en juego es recuperar el prestigio social perdido, poder mostrar la cara entre amigos y conocidos.

Este tema del desprestigio social, la vergüenza extrema por lo que otros opinan de uno, está presente yo diría que en casi todos los salmos. Los salmos de queja tienen muchos motivos por los que claman a Dios, pero desde luego el escarnio, el menosprecio, la burla, ser objeto de chistes, ir por la calle y ver cómo la gente menea la cabeza y le señalan con el dedo... ¡Ay Dios mío, eso es lo que más les duele! La salvación tiene entonces muchas dimensiones, pero una de las más importantes es recuperar el prestigio social, dejar de ser insultados y despreciados por enemigos —y por aquellos que uno había venido creyendo que eran amigos—.

Este mismo sufrimiento lo padece también Jeremías. Y Job padece muchos males a muchos niveles, pero entre las cosas que más le duelen está la vergüenza de saber que hablan mal de él a sus espaldas —o incluso a su propia cara—.

El caso de Pablo es quizá especialmente interesante. Muchos han visto en Pablo un precursor de la conciencia personal occidental antes que la vergüenza. Pablo afirma, bien es cierto, que no se guía por la opinión que tengan otros de él; pero añade que tampoco se fía de su propia conciencia. Al final lo que de verdad importa —dice— es la opinión que de él tenga Dios (1 Co 4,3-5). La meta es recibir alabanza (vers. 5), solo que no la que viene del juicio de los hombres sino de Dios.

La cuestión aquí, entonces, no es principalmente una de culpabilidad o inocencia. ¡Todos somos culpables ante Dios! La cuestión es si en el juicio recibiremos alabanza o desprecio, si honra o vergüenza.

**vida eterna** — Prolongación ilimitada de la vida; perfección y superabundancia de vida, expresión máxima de lo que significa estar vivos.

Más de la mitad de las referencias a la vida eterna en el Nuevo Testamento se hallan en la literatura joánica: 17 veces en el evangelio de Juan, otras 6 veces en 1 Juan.

Esto parecería indicar que si bien la expresión *vida eterna* era generalmente conocida en la iglesia de las primeras décadas, donde más interés pudo tener es allí donde había mayor tendencia a considerar el evangelio desde una perspectiva teológica y filosófica. Se recordará que el evangelio de Juan no empieza con el nacimiento, sino tachando a Jesús de *logos* eterno de Dios («la Palabra») y como Luz, en lo que parecen alusiones directas al papel de *Sofía* (Sabiduría) en la creación, según Proverbios 8. Es perfectamente verosímil que donde interesan la sabiduría y filosofía, el *logos* o Palabra eterna que es mediadora entre Dios y el mundo material, y Luz divina que ilumina a la humanidad, hubiera también un interés marcado en la vida eterna como aquello a que aspirar.

Como concepto filosófico, la vida «eterna» no es exactamente lo mismo que una vida interminablemente larga. Una vida de miles de millones de años sin fin suena, francamente, aburrida y carente de sentido. A no ser que además de esa longitud interminable, hubiera otro atractivo superior. La vida eterna es entonces un estado de perfección y bienestar. Es el «no va más» de todo lo bueno imaginable, el culmen, la cima, la expresión máxima de lo que significa estar vivo.

La primera vez que aparece esta expresión en el Nuevo Testamento es en Mateo 19,16, donde el joven rico le saca el tema a Jesús. La conversación concluye así:

*—Hombre, si lo que buscas es la perfección —exclamó Jesús—, entonces vas y vendes todo lo que tienes y repartes entre los pobres, que así tendrás un tesoro en el cielo. ¡Ven aquí! ¡Sígueme!*<sup>15</sup>

En este diálogo Jesús finge no entender, pero no por la expresión «vida eterna», sino por la idea de ganársela con buenas obras. Si fuese cosa de buenas obras, dice Jesús, la única forma posible sería venderlo todo y repartirlo entre los pobres. (Aunque incluso así, vaya uno a saber si ha alcanzado la

---

<sup>15</sup> En este artículo, las traducciones de la Biblia son por D.B.

verdadera perfección de vida que viene a suponer el estado de «vida eterna».) Pero Jesús le ofrece una alternativa: la de la gracia, la de no procurararlo con méritos propios sino dependiendo de la bondad de Dios. «¡Bueno hay uno solo!», ya la ha indicado. Por eso Jesús le ofrece la alternativa al camino de las buenas obras para obtener la vida eterna: «¡Ven aquí! ¡Sígueme!». *Seguir a Jesús* vendría a ser lo que significa vivir plenamente, a la perfección.

Hay tres textos en el Nuevo Testamento donde se indica qué es la vida eterna:

En Juan 12,49-50, son los mandamientos divinos: [...] *mi Padre que me envió me ha mandado qué es lo que he de decir y hablar. Y sé muy bien que su mandamiento es vida eterna [...]*. Bien puede ser que las buenas obras no sean la forma de alcanzar o poseer la vida eterna, pero obedecer y agradecer a Dios es claramente la expresión y evidencia de estar viviendo en esa plenitud insuperable de vida.

En 1 Juan 5,20, Jesús el Hijo es Dios y es vida eterna: [...] *Y nos mantenemos en aquel que no miente: en su Hijo, Jesús Ungido. Él es Dios, que no miente, y es vida eterna*. Quien quiera saber cómo sería esa vida filosóficamente perfecta a insuperable que solo es posible describir como «vida eterna», que mire a Jesús y cómo vivió y amó y se entregó por el prójimo y hasta por nosotros que éramos sus enemigos.

En Juan 17,3, *conocer* a Dios y a Jesús es vida eterna: *Esta es la vida eterna, que consiste en conocerte a ti, el único Dios, que no mientes; y al que tú has enviado, a Jesús Ungido*. Esa perfección insuperable de vida solamente es posible desde una experiencia personal de Dios que es más que conocimiento teórico de sus virtudes. De lo que se trata es de conocerle personalmente y vivir en relación estrecha con él.

Como dijo Hans Denk, un anabaptista del siglo XVI: *Nadie puede conocer a Cristo a no ser que le siga con la vida. Y nadie puede seguir a Cristo sin conocerle primero*. Parece una contradicción, pero describe un proceso vital, continuado en el tiempo,



donde conocer a Cristo y vivir como Cristo vivió acaban siendo una misma cosa: la vida eterna.

**virgen** — Una joven casta. Existen en hebreo dos términos sinónimos, *betulá* y *'almá*. Ambas palabras describen indistintamente tanto la juventud de la soltera, como la castidad o virginidad que se le presupone. En griego el término es *parthenos* y es más exactamente equivalente al término castellano «virgen», como expresión de nunca haber yacido sexualmente con otra persona.

En la cultura hebrea —como entre algunas gentes hasta hoy— sufría un desprestigio importante la familia entera si una joven yacía con varón antes de casarla. La sociedad del pueblo bíblico, en ambos Testamentos y a pesar de vivir en eras y civilizaciones diferentes, fue siempre fuertemente patriarcal. En las sociedades patriarcales existe una enorme inseguridad masculina en relación con las mujeres. Esa inseguridad se manifiesta en el impulso obsesivo por controlar la sexualidad de las mujeres y categorizarlas conforme a los intereses masculinos.

La mujer en la sociedad hebrea del Antiguo Testamento se clasificaba automáticamente en tres divisiones: la «virgen», la «casada» y la «prostituta». Tanto la soltera como la casada, si tenía trato sexual fuera del matrimonio, pasaba a tener la consideración de «prostituta». No interesaba conocer sus motivaciones personales sino solamente su conformidad a las expectativas impuestas por la inseguridad obsesiva de los varones. La mujer violada, por consiguiente —como crimen civil o por la soldadesca enemiga— pasaba también a tener la consideración de «prostituta». Lo mismo sucedía con las esclavas, cuyo cuerpo estaba legalmente a disposición de su amo y de quienquiera el amo dispusiera. Por lo menos en tiempos del Nuevo Testamento, si no antes también, a la esclava se le suponía promiscuidad sexual precisamente por carecer de ninguna capacidad de controlar lo que otros hacían con su cuerpo.

La virginidad no tiene especial consideración teológica en el Antiguo Testamento. Tiene mención, sí, dentro de los listados de tabúes sexuales que regían en la sociedad hebrea: regirse por esos tabúes era una de las formas de expresar «santidad» en relación con Dios. Aparte de eso el término carecía de interés teológico. No así la «prostitución» (es decir, cualquier tipo de experiencia sexual femenina fuera del matrimonio), que figura ampliamente en los profetas como metáfora de la infidelidad del pueblo de Israel con su «marido», el Señor su Dios.

En el cristianismo el interés principal del término recae en la madre de Jesús, conocida universalmente en castellano como «la Virgen». Esto tiene importancia teológica, naturalmente, en aquella variedad de cristianismo que considera que la Virgen, sin ser exactamente la diosa esposa de Dios, sin embargo, a todos los efectos prácticos la venera, adora y considera como tal diosa. Podemos descartar esto como una herejía en la práctica si no en teoría, sostenida por personas que desean ser considerados monoteístas sin serlo.

Para los cristianos que se precian de fundamentar su doctrina en los apóstoles y en la Biblia, la madre de Jesús fue una buena persona, casada y normal. Aguarda, como todos los mortales, la resurrección de los muertos cuando la consumación final de los planes de Dios y la *parusía* de nuestro Señor Jesús [ver *parusía*].

La virginidad de María, en el testimonio bíblico, es un detalle interesante de las circunstancias del nacimiento de Jesús, pero no se le atribuye ningún valor propio teológico. Ni Marcos ni Juan ni Pablo ni Santiago ni Judas (el de la Epístola) ni los autores de Hebreos o del Apocalipsis lo mencionan. Esto parecería indicar que en la generación apostólica se entendía que la referencia a su virginidad solamente indicaba su juventud, tal vez su recato personal como mujer honrada, y nada más. Desde luego nada de valor teológico, ni que incidiera en la obra, el misterio y la salvación que nos trajo su hijo Jesús.

Existe, por último, la descripción de los 144 mil que en una escena del Apocalipsis tañen arpas y cantan loas al Señor:

«Estos son los que no se ensuciaron con mujeres, porque son vírgenes» (Ap 14,4). El versículo concluye añadiendo que son lo más escogido ante Dios y el Cordero. Aunque los tabúes sexuales del Antiguo Testamento consideraban «sucias» a las mujeres con la regla, la idea categórica de que la mujer ensucia al varón sencillamente por serlo, es realmente sorprendente. Yo diría que hasta repugnante. Como tantas otras expresiones en la Biblia, cuando su sentido literal ofende la sensibilidad moral, hay que considerar otras interpretaciones.

Como explica J. Nelson Kraybill en *Apocalipsis y lealtad*<sup>16</sup>, la «gran prostituta» en el Apocalipsis es Roma. Lo es recuperando el sentido metafórico de «prostitución» en el Antiguo Testamento, como infidelidad a nuestro «esposo» Dios. Estos 144 mil «vírgenes» del Apocalipsis, entonces, probablemente sean una cifra alegórica que indica a toda aquella multitud de fieles que no se han contaminado con la idolatría en general, ni con la idolatría de Roma en particular.

**virtud** — Cualidad propia, de signo positivo. Excelencia moral y personal.

Estas anotaciones serán muy diferentes de lo habitual. Cuando iba pensando en palabras que sería interesante o útil tratar aquí, pensé que el término «virtud» sería uno de los más apropiados, porque, ¿no es acaso la virtud una meta loable para todo cristiano? Descubro, sin embargo, que es un término casi desconocido en la Biblia. Lo que sigue, entonces, son algunas ideas mías acerca de por qué esto es así.

En primer lugar, descartamos como de poco interés la expresión «en virtud de» o «por virtud de», que en algunas de nuestras traducciones de la Biblia al castellano pueden ser más o menos frecuentes. En esta expresión el término se refiere a lo característico o propio de algo, no a una cualidad positiva que se

---

<sup>16</sup> Kraybill, *Apocalipsis y lealtad*. *Culto, política y devoción en el libro de Apocalipsis* [Librería Amazon: Ed. Biblioteca Menno, 2016], p. 140.

pretenda promocionar. También podemos descartar la expresión en la versión Reina-Valera, 1960, «varones de virtud» (Éxodo 18,21.25), porque aunque parece encerrar una cualidad recomendable, en hebreo el término solo indica hombres «capaces, hábiles, diestros».

Hay dos textos en el Nuevo Testamento donde «virtud» es una cualidad que se recomienda o exhorta (según la mayoría de las traducciones al castellano):

*En cuanto a lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad* (Filipenses 4,8 RV60).

*Vosotros también, poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor* (2 Pedro 1, 5-7 RV60).

Es interesante que el término griego empleado aquí (*areté*), aunque no figura en nuestro Antiguo Testamento, sí aparece en los libros de Macabeos; especialmente IV Macabeos, un libro que solo figura en las Biblias Ortodoxas. IV Macabeos es de aproximadamente la época del Nuevo Testamento y donde figura este término es casi exclusivamente como una especie de hombría o arrojo propia de los mártires, que afrontan la tortura y muerte sin pestañear. *Virtud*, por lo menos en IV Macabeos, sería entonces esa cualidad de valentía u hombría propia del soldado (o del mártir) que tiene decidido destacar por su forma gloriosa de morir.

No en balde era esta cualidad griega, *areté*, una virtud en primer lugar varonil. La mujer también podía ser virtuosa, desde luego, pero para ello tenía que abandonar su natural flojera y debilidad femenina. Conceptos que no comparto; sencillamente informo de cómo se pensaba en aquella era. Como *areté* conlleva gloria y excelencia, era también un rasgo de los dioses griegos. Y

por cierto la palabra castellana, derivada del latín *vir*, varón, comparte esa misma sensibilidad esencialmente machista.

Descubrimos así, sospecho, por qué el término no es de uso tan frecuente en la Biblia como hubiéramos imaginado. Un término que empieza como ensalzamiento de virtudes marciales, especialmente la muerte gloriosa, difícilmente se adapta a la mentalidad bíblica. En el Antiguo Testamento lo que interesa no es morir con gloria sino vivir con integridad delante de Dios y con humildad y amor fraternal entre los humanos. (Aunque no faltan ejemplos, notablemente en Daniel, de disposición a morir por las convicciones.)

No creo que fuera del todo descabellado sugerir que las virtudes que promueve la Biblia son más bien las que en el mundo de la antigüedad eran consideradas «femeninas». Virtudes como la paciencia o no violencia; aprender a callar y soportar frente a los más fuertes y poderosos, esperando en la salvación de Dios; perdonar en lugar de vengar; servir en lugar de mandar. Poca «virtud», en fin, aunque sí mucho parecerse a Cristo.

El uso posterior que se da a algunas palabras en castellano, guarda poca relación con su origen. En la antigüedad el noble era superior al plebeyo y el esclavo por su superior nacimiento y sangre. Esto lo hacía por naturaleza más puro, digno, honroso, moral, religioso, espiritual, valiente, honesto, etc. La nobleza de sangre producía naturalmente nobleza de espíritu. Pero hoy podemos emplear el término «noble» para describir lo bueno y loable, sin recordar ya esos rancios prejuicios de clase. Algo parecido sucede con el concepto de «virtud», de cuyos orígenes machistas y marciales ya nadie se acuerda. «Virtud» ha pasado a significar en nuestro vocabulario, entonces, sencillamente «bondad», «excelencia», «perfección moral».

Esto es en efecto lo que ya significaba en aquel entonces — por ejemplo en los textos citados de Filipenses y 2 Pedro— aunque esa excelencia moral y personal se concibiese como esencialmente masculina. Los tiempos cambian; y con los tiempos, nuestra manera de pensar. Pero lo que no debe cambiar es

que procuremos ser personas caracterizadas por la excelencia moral y personal.

**voluntad** — Ver *predestinación*.

**Yahvé** (Jehová, el SEÑOR) — El nombre de Dios, revelado a Moisés cuando el Señor se le apareció para enviarlo a Egipto a liberar de la esclavitud a su pueblo.

Los patriarcas —Abraham, Isaac, Jacob y sus descendientes— eran adoradores del dios llamado El. Entre otras evidencias está el propio nombre del patriarca *Isra-El* («Dios pelea», Gn 32,28). Se sabe que en el 2º milenio a.C., El era adorado por muchos pueblos de la región como el principal entre los dioses. Para cuando toma forma el idioma hebreo, sin embargo, la palabra «el» ya funciona como sustantivo común: *dios*.

Aquellas gentes del 2º milenio a.C. adoraban otros dioses además de El, entre los cuales estaba Baal, que significa «el Señor». Existía otro término que también se traduce como «señor», *adón*, de donde recibiría su nombre la deidad griega Adonis. Ambas palabras, *baal* y *adón*, podían valer para describir una relación de señorío (el rey con su vasallo, el amo con su esclavo, el padre de familia con su esposa e hijos), pero en Israel se prefirió claramente, para Dios, el término *adón* —y *adonái*, mi Señor— por cuanto Baal se siguió conociendo como un dios prohibido, que los israelitas no debían confundir o identificar con Jehová. Que esa identificación o confusión existía, se puede ver en algunos nombres entre los israelitas, por ejemplo en la familia del rey Saúl: por ejemplo Isbaal («hombre de Baal» — cuyo nombre figura ridiculizado en algún texto como Isboset, «hombre de una vergüenza»).

Es evidente que a lo largo de todo el período histórico hasta el exilio babilónico, el concepto del Señor como Dios único tuvo dificultades para penetrar en el ideario de los israelitas. ¡Era tanto más natural aceptar como adecuada la «verdad» que todas las demás naciones daban por cierta: que había multitud

de dioses, cada uno de ellos patrono de algún grupo o ciudad o país en particular! La gente tendía a pensar que el Señor era único solamente en el sentido de que era el único dios al que debían adorar ellos, los israelitas.

Dios se apareció a Moisés presentándose como el mismo Dios de sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob. No era cualquier dios del montón, sino el que ya venía adorando desde siempre su pueblo. Moisés, sin embargo, quiso saber algo más. Quiso saber Quién se entiende ser Dios mismo. No el nombre que le dan los hombres, sino el nombre que se da a sí mismo.

La respuesta, más que un nombre, es una afirmación teológica. «Yo soy el que soy. Diles que “Yo Soy” te envía». Esto tiene dos lecturas: Pudiera ser que Dios no se puede definir ni limitar con un nombre: Dios es lo que es, será lo que él quiera ser. La afirmación también pudiera ser una forma de poner en duda la existencia de otros dioses: Yo sí que soy, yo sí que existo, los demás presuntos dioses no existen, no son.

El nombre de Dios con ese significado «Yo soy», se transcribe al castellano diversamente como Yahvé o Yahveh, incluso Jahweh (por influencia del alemán).

La forma «Jehová» tiene una explicación muy interesante:

El pueblo de Israel siempre ha considerado que una de sus principales razones de existir es santificar el Nombre. Jesús pone la santificación del Nombre como primera exclamación de su oración, el Padrenuestro.

Un elemento de la santificación del Nombre, es nunca jamás violar el mandamiento en contra de tomar el nombre del Señor en vano. Para evitar esto, los judíos no pronuncian el Nombre. Esto ya era costumbre en tiempos de Cristo, como se observará por el hecho de que el propio Jesús solía evitar pronunciar el Nombre, Yahvé. Decía: «Reino de los cielos» o «Reino de Dios», por no decir: «Reino de Yahvé».

La forma habitual de evitar pronunciar el Nombre es sustituirlo con la expresión «mi Señor», *Adonái*. Esto es tan habitual que en los manuscritos de la Biblia Hebrea, con las consonantes

que indican Yahvé, vienen impresas las vocales de Adonái. En la transliteración de caracteres hebreos al latín, esa combinación da como resultado *Jehovah*. Una expresión sin sentido, que en absoluto sería pronunciar el Nombre.

Este servidor que escribe, suelo seguir la costumbre judía en la lectura de los textos hebreos del Antiguo Testamento: Pronuncio *Adonái* donde pone las consonantes del nombre Yahvé; y pronuncio *Adonái Hashem*, «mi Señor el Nombre», donde pone en hebreo «Adonái Yahvé». Y para lectura en voz alta en la iglesia prefiero aquellas versiones que ponen «el SEÑOR» en lugar de «Jehová» o «Yahvé». Me gusta la idea de «santificar» así el Nombre del Señor. No me obsesiono con ello: si hace falta, se pronuncia, no pasa nada; es sencillamente una preferencia personal.



# Índice

- adoración** 7  
**adulterio** 9  
**Adviento** 11  
**alabanza** 14  
**albedrío (libre)**  
— ver *predestinación* 16  
**alianza** — ver *pacto* 16  
**alma** 16  
**amilenialismo**  
— ver *milenarismo* 18  
**amor** 19  
**ángel** 21  
**anticristo** 23  
**apologética** 26  
**arca** 28  
**arrepentimiento** 31  
**Asiria, asirios** 33  
**autoridad** 35  
**bautismo** 38  
**bendición** 40  
**bienaventuranza** 43  
**blasfemar, blasfemia** 45  
**buscar (al Señor, a Dios)** 48  
**Canaán, cananeos** 50  
**Cena del Señor**  
— ver *Comunión* 53  
**cielo** 53  
**comunión** 55  
**Comunión (Santa Cena, Cena del Señor, Eucaristía)** 57  
**confianza** 60  
**conversión** 62  
**corazón** 64  
**Creación** 67  
**Cristo** — ver *Mesías* 69  
**culpa**  
— ver *pecado; vergüenza* 69  
**David** 69  
**demonio** 71  
**denominación** 73  
**diablo, Satanás** 76  
**Dios** 79  
**elección** 81  
**encarnación** 83  
**Navidad** — ver *Adviento* 171  
**Epifanía** 86  
**escatología** 88  
**esclavitud** 90  
**esperanza** 93  
**espíritu** 95  
**Espíritu Santo**  
— ver *Paráclito* 97  
**eterna, vida**  
— ver *vida eterna* 97  
**eucaristía**  
— ver *Comunión* 97  
**evangelio** 97  
**expiación** 100  
**fariseo, -a** 103  
**fe, fidelidad** 107  
**fidelidad**  
— ver *fe, fidelidad* 110  
**Filisteas, filesteos** 105  
**futuro** 110  
**gentiles** 112  
**gloria** 115  
**gracia** 117

- hebreos** (antecedentes históricos) 119
- hermenéutica** 121
- hijo de Dios** 124
- hijo de hombre,**  
**Hijo del Hombre** 126
- idolatría** 128
- iglesia** 129
- infierno** 131
- intercesión** 133
- interpretación**  
— ver *hermenéutica*;  
*perspicuidad* 135
- Isaías** — ver *Josué* 135
- Israel** (vida corriente,  
tribus primitivas) 135
- Jehová** — ver *Yahvé* 138
- Jesús** — ver *Josué* 138
- Josué,**  
Oseas, Isaías, Jesús 138
- justicia** 140
- justificación** 143
- levitas** 145
- Ley** 147
- libre albedrío**  
— ver *predestinación* 150
- magia** 150
- maldición**  
— ver *bendición* 153
- martirio** 153
- Mesías, Cristo, ungido** 155
- milagro** 157
- milenarismo, quiliasmo,**  
milenialismo 159
- misericordia** 162
- monoteísmo** 164
- muerte** 167
- nacer de nuevo,**  
renacer, regeneración 169
- Navidad** — ver *Adviento*;  
*encarnación* 171
- oración** 171
- ortodoxia** 174
- ortopraxis** 176
- Oseas** — ver *Josué* 179
- pacto,**  
alianza, testamento 179
- Padre (Dios)** 181
- palabra, Palabra** 183
- Paráclito** 186
- parusía** 188
- Pascua** 190
- paz** 193
- pecado** 195
- Pentecostés** 198
- perdón** 200
- persecución** 202
- Persia, persas** 205
- perspicuidad** 207
- pobreza** 210
- politeísmo**  
— ver *monoteísmo* 212
- postmilenialismo**  
— ver *milenarismo* 212
- predestinación** 212
- predicar** 214
- principados**  
**y potestades** 217
- profecía** 219
- propiciatorio** 221
- prosperidad** 224
- querubines** 226
- Reforma, la** 229
- regeneración**  
— ver *nacer de nuevo* 231

- reino/reinado de Dios/  
de los cielos** 231  
**religión** 234  
**renacer**  
     — ver *nacer de nuevo* 236  
**resurrección** 236  
**revelación** 239  
**sabiduría** 241  
**sacerdocio, sacerdote** 244  
**sacrificio** 246  
**salvación** 248  
**samaritano, -a** 251  
**sangre** 253  
**Santa Cena**  
     — ver *Comunión* 255  
**santidad** 256  
**Satanás** — ver *diablo* 258  
**señal** 258  
**SEÑOR, el** — ver *Yahvé* 261  
**Seol** 261  
**sumisión** 263  
**superstición** 266  
**tabernáculo** 268  
**temor** 270  
**templo** 272  
**teología** 275  
**testamento** — ver *pacto* 277  
**Trinidad** 277  
**unción** 280  
**ungido** — ver *Mesías* 282  
**vergüenza** 282  
**vida eterna** 284  
**virgen** 287  
**virtud** 89  
**voluntad**  
     — ver *predestinación* 292  
**Yahvé**  
     (Jehová, el SEÑOR) 292



**m** Ediciones Biblioteca Menno  
publicaciones de AMyHCE

**Otros libros por Dionisio Byler**

*La trilogía sobre la Biblia*

- La autoridad de la Palabra en la Iglesia
- Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia  
(y algunas cosas que preferirías no saber)
- Hablar sobre Dios desde la Biblia

Entre Josué y Jesús

El sentido de la historia del Antiguo Testamento

No violencia y Genocidios

¡Ánimo! Dios no nos olvida

El diablo y los demonios según la Biblia

Toda obra escrita es útil

Identidad cristiana (en la corriente anabaptista/menonita)

**Otros libros de Ediciones Biblioteca Menno**

Diversos autores: *Historia Menonita Mundial*

Cinco tomos, por continentes:

África. Europa. América latina. Asia. Norteamérica

John Howard Yoder

- Prefacio a la teología. Cristología y método teológico
- Textos escogidos de la Reforma radical

J. Nelson Kraybill: Apocalipsis y lealtad

Culto, política y devoción en el libro de Apocalipsis

José Luis Suárez: Metamorfosis

La madurez cristiana en un mundo cambiante

Levi C. Hartzler: Peregrinaje de servicio

Misión de alimentación de niños en España, 1937-39

Paul Erb: El Alfa y la Omega

[www.menonitas.org/biblioteca\\_menno](http://www.menonitas.org/biblioteca_menno)





Es esta una colección de artículos breves sobre una gran diversidad de temas de interés para la edificación, el pensamiento cristiano, y el conocimiento de la Biblia. Los diferentes temas pueden ser hallados fácilmente, gracias a estar organizados por orden alfabético, a la manera de diccionario o léxico.

Estos temas serán de utilidad para la lectura y edificación personal, y para la preparación de enseñanza y predicación cristianas.

La colección se estructura como un diccionario apto para consultar o para salir de dudas, pero puede resultar interesante leer el libro de corrido como cualquier otro libro. También podría recomendarse la lectura de un tema cada día, al ser breves meditaciones de edificación cristiana.

DIONISIO BYLER, es profesor de Biblia en la Facultad de Teología SEUT (Madrid). Durante muchos años fue el secretario de la asociación de iglesias anabautistas, menonitas y afines en España. Autor de cientos de artículos de edificación cristiana, ha escrito numerosos libros; entre ellos su «Trilogía sobre la Biblia», publicada también por Ediciones Biblioteca Menno.